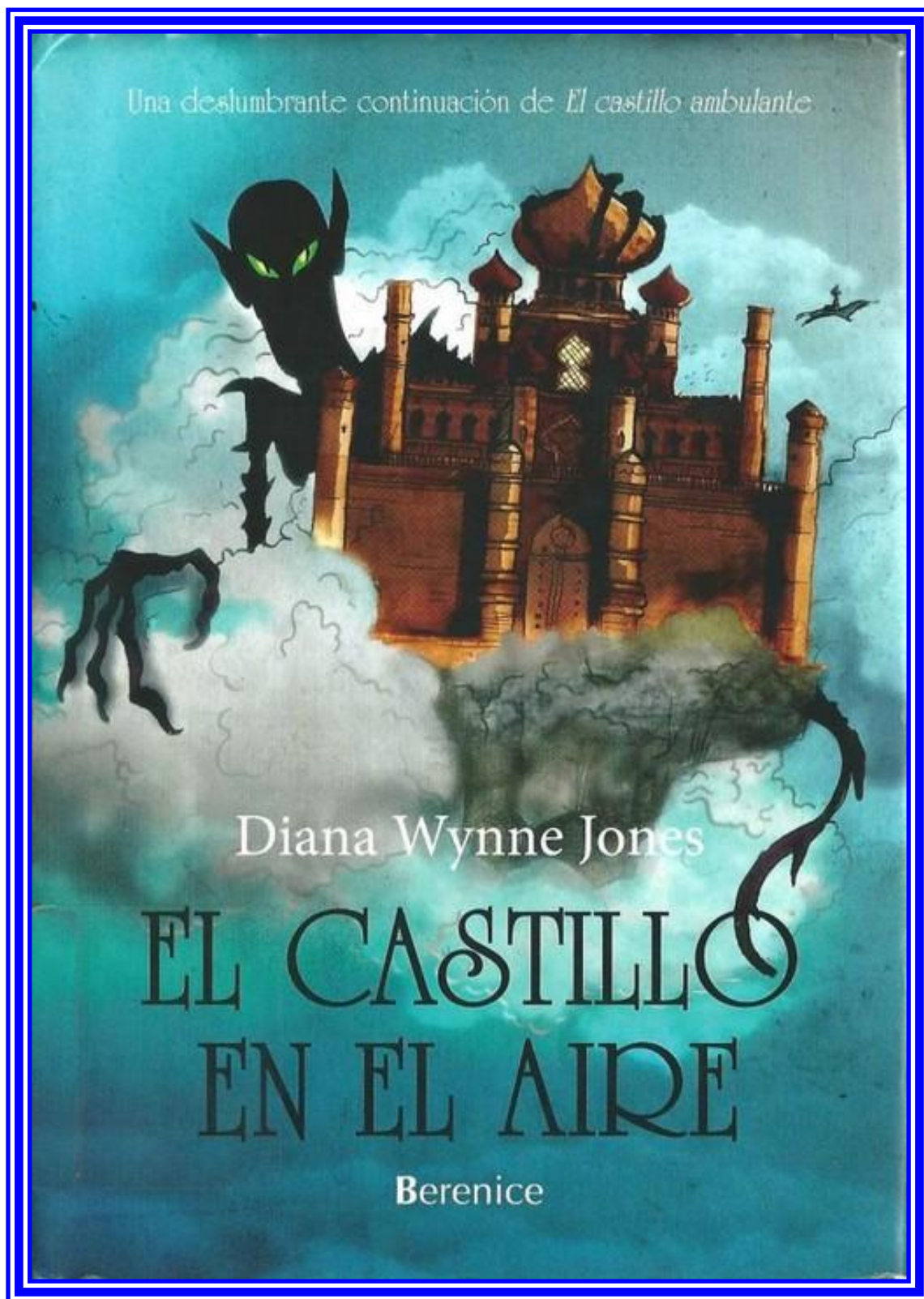






DIANA WYNNE JONES

EL CASTILLO EN EL AIRE

2º Howl



ARGUMENTO

Al sur de la tierra de Ingary, Abdullah, un joven y no muy próspero mercader de alfombras, pasa su humilde y tranquila vida soñando despierto con que es el hijo perdido de un gran príncipe y está destinado a casarse con una princesa. Pero un día la quietud de sus ensoñaciones se rompe con la visita de un extranjero que le vende una alfombra mágica. Desde ese momento se desata una vertiginosa fantasía, en la que nada (o casi nada) es lo que parece, llena de genios contestones, demonios buenos y malos, animales con inusual personalidad, persecuciones a camello y un castillo flotante cargado de princesas. Y un final que dejará a todos con la boca abierta.



Capítulo 1

En el que Abdullah compra una alfombra

Al sur de la tierra de Ingary, en los sultanatos de Rashpuht, vivía un joven mercader llamado Abdullah en la lejana ciudad de Zanzib. Tal como suele suceder con los mercaderes, Abdullah no era rico. Había sido una decepción para su padre y este al morir sólo le dejó el dinero suficiente para comprar y surtir un modesto puesto en la esquina noreste del Bazar. El resto del dinero de la herencia, así como el gran emporio de alfombras situado en el centro del Bazar, fue a parar a manos de los familiares de la primera mujer de su padre.

Nunca nadie le había dicho a Abdullah por qué había decepcionado a su padre. Cierta profecía de su nacimiento tenía algo que ver con ello, pero Abdullah no se había preocupado de averiguar nada; al contrario, desde muy pequeño, se había ido inventando su propia historia. Soñaba despierto con que él era en realidad el hijo perdido de un gran príncipe, lo que quería decir, por supuesto, que su padre no era su padre. Estos pensamientos no eran sino castillos en el aire... Y él lo sabía, Todo el mundo le decía que había heredado el aspecto de su padre, Cuando se miraba al espejo, veía a un joven decididamente guapo, de rostro fino, aguileño, y claramente parecido al retrato juvenil de su padre, siempre admitiendo que este poseía un florido mostacho, en tanto que Abdullah atesoraba apenas seis pelos en su labio superior, en espera de que se multiplicaran pronto. Desafortunadamente, y en esto también estaba de acuerdo todo el mundo, Abdullah había heredado el carácter de su madre (la segunda mujer de su padre), quien había sido una mujer soñadora y timorata, así como una gran decepción para todo el mundo. Pero eso no preocupaba particularmente a Abdullah. La vida de un mercader de alfombras ofrece pocas oportunidades para la valentía y, a fin de cuentas, él estaba contento con su vida. El puesto que había comprado, aunque pequeño, resultó estar bastante bien situado, no muy lejos del barrio este, donde los ricos vivían en grandes casas rodeadas de hermosos jardines. Mejor aún, era el primer sitio del Bazar al que llegaban los fabricantes de alfombras cuando entraban en Zanzib desde el desierto del norte. Tanto la gente adinerada como los fabricantes de alfombras iban normalmente en busca de las tiendas más grandes del centro del Bazar, pero una cantidad sorprendentemente cuantiosa de ellos estaba más que dispuesta a hacer un alto en el



puesto de un joven mercader de alfombras si este se apresuraba a su encuentro y les ofrecía respetuosamente gangas y descuentos.

De este modo, Abdullah tenía a menudo la oportunidad de comprar antes que nadie alfombras de la calidad más excelsa y revenderlas para obtener su beneficio. Entre que compraba y vendía podía sentarse en su puesto y continuar soñando despierto, que era lo que más se adecuaba con su manera de ser. De hecho, podría decirse que su único problema era la familia de la primera mujer de su padre que seguía visitándolo una vez al mes para señalarle sus errores.

—¡Pero no estás ahorrando nada! —le gritó un fatídico día el hijo del hermano de la primera mujer de su padre, Hakim (al que Abdullah detestaba).

Abdullah le explicó que su costumbre era usar la ganancia para comprar otra alfombra mejor. De manera que, aunque todo ese dinero estaba invertido en la mercancía almacenada, lo cierto es que el producto era mejor y mejor cada vez. Y, como le dijo a los parientes de su padre, él no tenía necesidad de más, ya que no estaba casado.

—¡Pues deberías casarte! —gritó la hermana de la primera mujer de su padre, Fátima (a la que Abdullah detestaba incluso más que a Hakim)—. Te lo dije una vez, y te lo diré de nuevo: ¡Un joven de tu edad ya debería tener al menos dos mujeres! —Y no contenta sólo con eso, Fátima declaró que ella misma se iba a encargar de buscarle esposas (una oferta que hizo que Abdullah se echase a temblar).

—Además, cuanto más valiosa sea tu mercancía, más probable será que te roben y más perderás si tu puesto se incendia. ¿Has pensado eso? —le regañó el hijo del tío de la primera mujer de su padre, Assif (un hombre al que Abdullah odiaba más que a los dos primeros juntos).

Abdullah, por su parte, le aseguró a Assif que siempre dormía dentro del puesto y que era muy cuidadoso con las lámparas. En ese punto los tres familiares de la primera mujer de su padre sacudieron la cabeza diciendo «¡Bah!», y se marcharon. Normalmente esto significaba que le dejarían en paz otro mes. Abdullah suspiró con alivio y directamente se puso a soñar.

A estas alturas el sueño era ya enormemente detallado. En él, Abdullah era el hijo de un poderoso príncipe que vivía tan lejos, al este, que su país era desconocido en Zanzib. Pero Abdullah había sido raptado cuando tenía dos años por un malvado bandido llamado Kabul Aqba. Kabul Aqba tenía una nariz ganchuda, como el pico de un buitre, y llevaba un aro de oro ensartado en una de las ventanas de su nariz. Portaba una pistola con culata engastada en plata con la que amenazó a Abdullah, y había una amatista en su turbante que parecía conferirle poder sobrehumano. Abdullah estaba tan asustado que huyó al desierto, donde fue hallado por el hombre al que ahora llamaba padre. El ensueño no tomaba en consideración que su padre nunca se había aventurado en el desierto en toda su vida; de hecho, solía decir que cualquiera que se aventurara más allá de Zanzib debía de estar loco. Sea como fuere,



Abdullah podía dibujar cada centímetro de aquel viaje de pesadilla que había hecho antes de ser encontrado, sediento, con los pies cansados y doloridos, por el buen mercader. Del mismo modo, podía dibujar con gran detalle el palacio del que había sido arrebatado, con su sala del trono llena de columnas y suelo de pórfido verde, sus aposentos para las mujeres, y sus cocinas, todas de la más extrema riqueza. Había siete cúpulas en su tejado, cada una recubierta de oro batido.

Últimamente, sin embargo, su sueño se centraba en la princesa con quien Abdullah había sido prometido en matrimonio desde su nacimiento. Ella era de tan ilustre cuna como él y había crecido sin conocer a Abdullah hasta convertirse en una auténtica belleza, de facciones perfectas y ojos profundos, oscuros y melancólicos. Vivía en un castillo tan rico como el de Abdullah, al que se llegaba a través de una avenida con una hilera de estatuas angelicales interrumpida por siete patios marmóreos, cada uno con una fuente en su centro, a cual más hermosa, empezando con una hecha de crisolita y terminando con una de platino tachonado de esmeraldas.

Pero aquel día, Abdullah sintió que el decorado no le satisfacía. Era este un sentimiento que le asaltaba a menudo después de la visita de los parientes de la primera mujer de su padre. Se le ocurrió que un buen palacio debería tener jardines magníficos. Abdullah adoraba los jardines aunque sabía muy poco de ellos. Sólo conocía los parques públicos de Zanzib (en los que el césped estaba algo pisoteado y las flores escaseaban) donde a veces, cuando tenía dinero para permitirse que el tuerto Jamal vigilase su puesto, pasaba la hora del almuerzo. Jamal tenía un puesto de frituras contiguo al suyo y se prestaba, por unas monedas, a atar a su perro frente al puesto de Abdullah. Abdullah era muy consciente de que no estaba suficientemente cualificado para inventar un jardín propio, pero puesto que cualquier cosa era mejor que pensar en dos esposas elegidas por Fátima, se perdió en las ondulantes frondas y perfumadas sendas de los jardines de su princesa.

O casi. Antes de que Abdullah hubiera apenas empezado, fue interrumpido por un hombre alto y sucio que llevaba una deslustrada alfombra en sus brazos.

—¿Compras alfombras para ponerlas a la venta, hijo de una grandísima casa?
—preguntó el extranjero, inclinándose ligeramente.

Para alguien que pretendía vender una alfombra en Zanzib, donde compradores y vendedores siempre se hablaban el uno al otro del modo más formal y florido, las maneras de este hombre resultaban escandalizadamente abruptas. De cualquier modo, Abdullah se molestó porque su sueño del jardín se estaba haciendo añicos con esta irrupción de la vida real. Respondió bruscamente:

—Así es, oh, rey del desierto. ¿Quieres tratar con este miserable mercader?

—Tratar no, vender. Oh, maestro de un montón de felpudos —le corrigió el forastero.

«¡Felpudos!», pensó Abdullah. Eso era un insulto. Una de las alfombras exhibidas



en el frontal del puesto de Abdullah era un raro ejemplar, engalanado de flores, procedente de Ingary (Ochinstan, como era conocida esa tierra en Zanzib) y en el interior había al menos dos, una de Inhico y otra de Farqtan, que el sultán en persona no habría desdeñado para cualquiera de las habitaciones más pequeñas de su palacio. Pero, por supuesto, Abdullah no podía mencionarlo. Las costumbres de Zanzib no permiten que uno se alabe a sí mismo. En lugar de eso, hizo una pequeña y fría reverencia.

—Es posible que mi bajo y escuálido establecimiento pueda proveerte de aquello que buscas, oh, perla de las maravillas —y, mientras lo decía, volvió los ojos críticonamente a la sucia ropa de desierto, el corroído tachón a un lado de la nariz y el andrajoso pañuelo de la cabeza del extranjero.

—Peor que escuálido, supuesto vendedor de cobertores de suelos —convino el extranjero. Sacudió uno de los extremos de su deslustrada alfombra hacia Jamal, que justo entonces estaba friendo calamares bajo nubes de humo azul con olor a pescado—. ¿No penetra en tu mercancía la honorable actividad de tu vecino —preguntó—, ni siquiera el duradero aroma a pulpo?

Abdullah hervía de tal modo por dentro que, para esconder su rabia, se puso a frotarse las manos mecánicamente. Se suponía que la gente no debía decir ese tipo de cosas. Y un ligero olor a calamares podría incluso mejorar aquello que el extranjero quería vender, pensó, mientras ojeaba la raída alfombra gris pardusca que portaba el hombre en sus brazos.

—Tu humilde sirviente cuida de fumigar el interior de este puesto con pródigos perfumes, oh, príncipe de sabiduría —dijo—. Pese a todo, ¿permitiría al príncipe la heroica sensibilidad de su nariz mostrar la mercancía a este miserable comerciante?

—Por supuesto que sí, oh, lirio entre escombros —respondió el extranjero—. ¿Por qué iba a estar yo aquí si no?

Abdullah separó remisamente las cortinas e introdujo al hombre dentro de su puesto. Allí encendió la lámpara que colgaba del poste, olfateó y decidió que no iba a gastar incienso en esa persona. El interior olía aún intensamente por los perfumes del día anterior.

—¿Qué magnificencia vas a desplegar delante de mis inútiles ojos? —preguntó dudosamente.

—¡Esta, comprador de gangas! —dijo el hombre, y con una diestra sacudida del brazo hizo que la alfombra se desenrollara a lo largo del suelo.

Abdullah también era capaz de hacerlo. Un mercader de alfombras aprendía esas cosas. No estaba impresionado. Metió sus manos dentro de las mangas en una actitud servil y estirada y examinó la mercancía. La alfombra no era grande. Desenrollada se veía incluso más deslustrada de lo que había imaginado, si bien el patrón era inusual, o lo habría sido si la mayor parte de él no hubiese estado



desgastado. Lo que quedaba estaba sucio, y sus esquinas, deshilachadas.

—Ay de mí, este pobre vendedor no puede ofrecer más de tres monedas de cobre por esta, la más ornamental de las alfombras —observó—. Este es el límite de mi modesto monedero. Son tiempos difíciles, ¡oh, capitán de muchos camellos! ¿Es aceptable el precio?

—Aceptaré QUINIENTAS —dijo el extranjero.

—¿Qué? —dijo Abdullah.

—Monedas de ORO —añadió el extranjero.

—Seguramente, el rey de todos los bandidos del desierto está encantado de bromear —dijo Abdullah—. ¿O, quizá, habiendo comprobado que en mi pequeño puesto no hay otra cosa que el olor de los calamares fritos, desee salir y probar suerte con un mercader más rico?

—No especialmente —dijo el extranjero—. Aunque saldré si no estás interesado, oh, vecino de los arenques. Esta es, por supuesto, una alfombra mágica.

Abdullah ya había escuchado aquello antes. Se inclinó sobre sus manos arropadas.

—Muchas y varias son las virtudes que dicen que residen en las alfombras —convino—. ¿Cuál de ellas reclama el poeta de las arenas para esta? ¿Da la bienvenida a un hombre a su tienda? ¿Trae paz al hogar? ¿O, quizá —dijo, dándole un significativo empujoncito al deshilachado filo de la alfombra con un dedo del pie— se dice de ella que nunca se desgasta?

—Vuela —dijo el extranjero—. Vuela adondequiera que el dueño le ordene, oh, mente pequeña entre las mentes pequeñas.

Abdullah levantó la vista hacia la sombría cara del hombre, en la que el desierto había atrincherado profundas arrugas bajo cada mejilla. Aquellas líneas se hacían aún más profundas con la expresión de desprecio de su rostro. Abdullah reparó en que disgustaba a esta persona al menos tanto como disgustaba al hijo del tío de la mujer de su padre.

—Deberás convencer a este incrédulo —dijo—. Si le das ocasión de lucirse a la alfombra, oh, monarca de la mendacidad, entonces podríamos cerrar algún trato.

En ese momento, tenía lugar en la caseta de frituras de la puerta de al lado un percance de lo más habitual. Probablemente algunos chicos de la calle habían intentado robar calamares. Fuera como fuese, el perro de Jamal se echó a ladrar; varias personas, incluido Jamal, empezaron a gritar, y ambos sonidos fueron virtualmente ahogados por el ruido de las cacerolas y el siseo de la grasa caliente.

Trampear era un modo de vida en Zanzib. Abdullah no permitió que su atención se distrajera ni un instante del extranjero y su alfombra. Era bastante posible que este hubiera sobornado a Jamal para provocar una distracción. Había mencionado bastante a Jamal, como si Jamal estuviera en su pensamiento. Abdullah mantuvo sus



ojos severamente fijos en la alta figura del hombre y, particularmente, en los sucios pies plantados sobre la alfombra. Pero reservó el rabillo de un ojo para mirarle la cara y vio que movía los labios. Sus oídos en alerta captaron incluso las palabras «un metro hacia arriba» a pesar del barullo del puesto contiguo. Y miró incluso con mayor atención cuando la alfombra se elevó suavemente del suelo y flotó más o menos a la altura de las rodillas de Abdullah, de tal modo que el turbante deshilachado del extranjero quedó apenas rozando el techo del puesto. Abdullah buscó barras bajo la alfombra. Buscó cables que pudieran haber sido hábilmente enganchados al techo. Agarró con fuerza la lámpara y la movió por todas partes, iluminando por encima y por debajo de la alfombra.

El extranjero mantuvo los brazos cruzados y una expresión de burla atrincherada en su cara mientras Abdullah realizaba estas pruebas.

—¿Ves? —dijo—. ¿Está convencido ahora el más desesperado de los dudosos? ¿Estoy o no estoy en el aire? —Tuvo que gritar. El sonido que venía de la puerta contigua era todavía ensordecedor.

Abdullah se vio forzado a admitir que la alfombra parecía flotar en el aire sin ningún medio de apoyo que él hubiese podido encontrar.

—Casi del todo —gritó a su vez—. La siguiente parte de la demostración es que desmontes y yo conduzca esa alfombra.

El hombre frunció el entrecejo.

—¿Y eso, por qué? ¿Qué añadirá el resto de tus sentidos a la prueba de tus ojos, oh, dragón de la incertidumbre?

—Podría tratarse de una alfombra de un solo hombre —vociferó Abdullah—, como sucede con algunos perros.

El perro de Jamal todavía bramaba fuera, así que era natural que pensase eso. Y el perro de Jamal mordía a cualquier persona que lo tocara excepto a Jamal.

El extranjero suspiró.

—Abajo —dijo, y la alfombra descendió suavemente al suelo. El extranjero desmontó y con una reverencia invitó a subir a Abdullah.

—Puedes probarla tú mismo, oh, jeque de la sagacidad.

Considerablemente emocionado, Abdullah se subió a la alfombra.

—Álzate medio metro —le dijo (o más bien le gritó). Parecía que los agentes de la Guardia de la ciudad habían llegado al puesto de Jamal. Hacían sonar las armas y vociferaban para que les explicaran qué había ocurrido.

Y la alfombra obedeció a Abdullah. Se elevó medio metro vertiginosa pero suavemente con un movimiento que le volteó el estómago. Se sentó con celeridad. La alfombra resultó ser perfectamente cómoda. La sentía como una hamaca muy estirada.



—Este intelecto lamentablemente lento empieza a estar convencido —confesó al extranjero—. ¿Cuál era tu precio, oh, parangón de la generosidad? ¿Doscientas de plata?

—Quinientas de ORO —contestó el extranjero—. Dile a la alfombra que descienda y discutiremos el tema.

Abdullah le dijo a la alfombra:

—Baja y aterriza en el suelo.

Y lo hizo, eliminando así una ligera duda que persistía en la mente de Abdullah: que el extranjero hubiera pronunciado algunas palabras cuando Abdullah se subió a la alfombra y que estas hubiesen quedado ahogadas por el barullo de la puerta de al lado. Se puso de pie y comenzó el regateo:

—Todo lo que tengo en mi monedero es ciento cincuenta monedas de oro —explicó—, y eso si lo sacudo y palpo hasta las costuras.

—Entonces debes sacar tu otro monedero o incluso palpar debajo del colchón —replicó el extranjero—. Porque el límite de mi generosidad es cuatrocientas noventa y cinco de oro, y jamás la vendería si no fuese por una necesidad imperiosa.

—Podría ofrecer otras cuarenta y cinco de oro si estrujase la suela de mi zapato izquierdo —contestó Abdullah—. Es lo que guardo para emergencias. Y lamentablemente no hay más.

—Examina tu zapato derecho —respondió el extranjero—. Cuatrocientas cincuenta.

Y así siguió la cosa. Una hora más tarde el extranjero salió del puesto con 210 piezas de oro, dejando a Abdullah como el encantado dueño de lo que parecía ser una genuina (aunque gastada) alfombra mágica. Pero Abdullah estaba todavía receloso. No concebía que nadie, ni siquiera un trotamundos del desierto con pocas necesidades, quisiera desprenderse de una auténtica alfombra voladora (aunque cierto es que casi deshecha) por menos de 400 piezas de oro. Era demasiado útil (mejor que un camello, porque no necesitaba comer, y un buen camello costaba al menos 450 de oro).

Tenía que haber trampa. Y Abdullah recordó un truco del que había oído hablar. Se hacía a menudo con caballos o perros. Un hombre llegaba y vendía a un granjero o cazador confiado un animal espléndido por un precio sorprendentemente pequeño, diciendo que eso es lo único que le salvaría de la inanición. El encantado granjero (o cazador) pondría el caballo en un establo (o el perro en una caseta) durante la noche. Por la mañana este se habría ido, entrenado como estaba para escaparse de su ronzal (o collar) y volver con su dueño durante la noche. A Abdullah le pareció que aquella obediente alfombra podría haber sido entrenada del mismo modo. Así que antes de dejar su puesto, envolvió cuidadosamente la alfombra mágica alrededor de uno de los postes que sujetaban el techo y la ató allí, vuelta tras vuelta, con un carrete



completo de bramante, que después ató a uno de las estacas de hierro en la base del muro.

—Creo que te será difícil escapar de aquí —le dijo—. Y salió para averiguar lo que había pasado en el puesto de comida.

El puesto estaba ahora en silencio y en calma. Jamal estaba sentado en su mostrador, abrazando lastimeramente a su perro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Abdullah.

—Unos ladronzuelos derramaron todos mis calamares —dijo Jamal—. ¡La mercancía de todo el día arrojada a la porquería, perdida, desperdiciada!

Abdullah estaba tan encantado con su trato que le dio a Jamal dos piezas de plata para comprar más calamares. Jamal sollozó con gratitud y abrazó a Abdullah. Su perro no sólo no hizo por morder a Abdullah sino que lamió su mano. La vida iba bien. Se fue silbando a encontrar una buena cena mientras el perro guardaba su tienda. Ya cuando la tarde teñía de rojo el cielo tras las cúpulas y minaretes de Zanzib, Abdullah regresó, todavía silbando, lleno de planes para vender la alfombra al mismísimo sultán por un precio muy, muy alto. Encontró la alfombra exactamente donde la había dejado. ¿O sería mejor ir a ver al gran visir (se preguntaba mientras se lavaba) y sugerirle que tal vez le conviniera hacerle un regalo al sultán? De esa manera podría pedir incluso más dinero. Con el pensamiento de cuan valiosa era la alfombra, la historia del caballo entrenado para escapar de su ronzal le molestó de nuevo. En cuanto se puso el camisón, Abdullah empezó a visualizar la alfombra meneándose libre. Era vieja y flexible. Probablemente estaba muy bien entrenada. Ciertamente podría liberarse del bramante. Incluso si no podía, sabía que la idea le mantendría despierto toda la noche.

Al final, cortó cuidadosamente el bramante y extendió la alfombra en lo alto de la pila de sus tapetes más valiosos, que usaba como cama. Después se colocó el gorro de dormir (algo necesario pues soplaban los fríos vientos del desierto y llenaban el puesto de corrientes de aire), se cubrió con su manta, le sopló a la lámpara y durmió.



Capítulo 2

En el que Abdullah es confundido con una joven dama

Cuando despertó se encontraba tumbado en un banco, con la alfombra todavía bajo él, en un jardín más maravilloso que cualquiera de los que había imaginado.

Abdullah estaba convencido de que era un sueño. Aquí estaba el jardín que había intentado imaginar cuando el extranjero le interrumpió tan rudamente. Aquí estaba la luna casi llena viajando en lo alto, arrojando una luz tan blanca como pintura sobre un centenar de flores pequeñas y fragantes en la hierba que le rodeaba. Redondas lámparas amarillas colgaban en los árboles, dispersando las densas y negras sombras de la luna. Abdullah pensó que esta era una idea muy agradable. Entre las dos luces, blanca y amarilla, podía ver una arcada de plantas trepadoras apoyada sobre elegantes pilares. Atrás, más allá del césped donde se encontraba, fluía tranquilamente el agua oculta.

Era todo tan fresco y celestial que Abdullah se levantó y fue en busca del agua escondida, paseando bajo la arcada, donde flores estrelladas rozaron su cara, todas blancas y calladas a la luz de la luna, y otras flores con forma de campana exhalaban la más embriagadora y suave de las esencias. Como hace uno en sueños, aquí Abdullah tocó un gran lirio ceroso y allí rodeó deliciosamente un pequeño claro de pálidas rosas. No había tenido nunca un sueño tan maravilloso.

El agua, cuando la descubrió más allá de un gran matorral de helechos que goteaba rocío, provenía de una sencilla fuente de mármol situada en otro parterre, y estaba iluminada por una fila de lámparas en los matorrales que convertía el agua ondulada en una maravilla de doradas y plateadas medias lunas. Abdullah paseó hacia allí embelesado.

Sólo una cosa faltaba para acabar de completar su embelesamiento y, como en todos los mejores sueños, allí estaba.

Una chica extremadamente encantadora llegó desde el otro lado del césped a su encuentro, pisando suavemente la hierba húmeda con los pies descalzos. Las prendas vaporosas que flotaban a su alrededor mostraban que era esbelta, pero no flaca, justo



como la princesa de las fantasías de Abdullah. Cuando estuvo cerca, Abdullah vio que su cara no era un óvalo perfecto, como debería haber sido el rostro de la princesa de sus sueños, y que sus enormes ojos oscuros no eran en absoluto melancólicos. De hecho, estos examinaban la cara de Abdullah de modo penetrante, con manifiesto interés. Abdullah, apresuradamente, ajustó su sueño, pues ella era verdaderamente maravillosa. Y cuando al fin habló, su voz era tal y como él podría haber deseado, luminosa y alegre como el agua de la fuente, pero también la voz de una persona segura de sí misma.

—¿Eres una nueva sirvienta? —dijo ella.

La gente siempre preguntaba cosas extrañas en sueños, pensó Abdullah.

—No, obra maestra de mi imaginación —dijo él—. Sabe que soy realmente el vástago perdido, mucho tiempo atrás, de un gran príncipe lejano.

—Oh —dijo ella—. Entonces eso cambia las cosas. ¿Quieres decir que tú y yo somos dos tipos diferentes de mujer?

Abdullah miró fijamente a la chica de sus sueños con cierta perplejidad:

—No soy una mujer —dijo.

—¿Estás segura? —preguntó—. Llevas un vestido.

Abdullah miró hacia abajo y descubrió que, a la manera de los sueños, llevaba puesto su camisón.

—Estos son atuendos extranjeros —dijo apresuradamente—. Mi verdadero país está lejos de aquí. Te aseguro que soy un hombre.

—Oh, no —dijo ella decididamente—. No puedes ser un hombre. No tienes la figura adecuada. Los hombres son dos veces más gruesos que tú por todos lados. Y sus estómagos sobresalen en una parte gorda que se llama barriga. Y tienen pelo gris por todas partes y nada salvo piel brillante sobre sus cabezas. Tú tienes pelo en la cabeza, como yo, y casi ninguno en tu cara. —Luego, mientras Abdullah ponía su mano, bastante indignado, sobre los seis pelos de su labio superior, ella preguntó—: ¿O tienes la piel desnuda bajo tu sombrero?

—De ninguna manera —dijo Abdullah, que estaba orgulloso de su espesa y ondulada cabellera. Puso su mano en su cabeza y se quitó lo que resultó ser su gorro para dormir—. Mira —dijo.

—Ah —respondió ella. Su encantadora cara estaba extrañada—. Tu pelo es casi tan bonito como el mío. No lo entiendo.

—Yo tampoco lo entiendo bien —dijo Abdullah—. Será que no has visto a muchos hombres.

—Por supuesto que no —dijo ella—. No seas tonto. ¡Sólo he visto a mi padre! Pero lo he visto mucho, así que sé bien de lo que hablo.



—Pero ¿no sales nunca? —preguntó Abdullah con impotencia.

Ella se rio.

—Sí, he salido ahora. Este es mi jardín nocturno. Mi padre lo hizo para que mi belleza no se arruinara con el sol.

—Me refiero a salir a la ciudad para ver gente —explicó Abdullah.

—Bueno, no, no todavía —admitió ella. Y como si eso le molestara un poco, se giró para alejarse y se sentó en el filo de la fuente. Volviéndose para mirarlo, continuó—: Mi padre dice que después de casarme podré salir y ver la ciudad alguna que otra vez si mi marido me lo permite, pero no será esta ciudad. Mi padre lo está organizando todo para casarme con un príncipe de Ochinstan. Hasta entonces tengo que permanecer dentro de estos muros, por supuesto.

Abdullah había escuchado que algunas personas muy ricas de Zanzib tenían a sus hijas (e incluso a sus mujeres) casi como prisioneras dentro de sus grandes casas. Él había deseado muchas veces que alguien hubiera hecho esto con la hermana de la primera mujer de su padre, Fátima. Pero ahora, en su ensoñación, le parecía que esta costumbre era irrazonable y nada justa con tan encantadora chica. ¡Qué extraño no saber cómo es el aspecto de un hombre joven!

—Perdona mi pregunta, pero ¿es el príncipe de Ochinstan quizá viejo y un poquito feo? —dijo él.

—Bueno —dijo ella, evidentemente no muy segura—, mi padre dice que está en la flor de la vida, justo como él mismo. Pero creo que el problema reside en la naturaleza brutal de los hombres. Si otro me viera antes que el príncipe, mi padre afirma que caería instantáneamente enamorado de mí, y me raptaría, lo cual arruinaría todos los planes, naturalmente. Mi padre dice que la mayoría de los hombres son grandes bestias. ¿Tú eres una bestia?

—Ni lo más mínimo —dijo Abdullah.

—Eso pensaba —dijo ella, y lo miró con gran preocupación—. Tú no me pareces una bestia. Lo que me hace estar bastante segura de que no eres un hombre en realidad. —Ella era evidentemente una de esas personas a las que les gusta aferrarse a una teoría una vez que la han fabricado. Tras considerarlo un momento, preguntó—: ¿Puede ser que tu familia, por razones que desconocemos, te haya inculcado una falsedad desde pequeño?

A Abdullah le hubiera gustado decir que era justo al contrario, pero puesto que eso lo tachaba de maleducado, simplemente agitó su cabeza y pensó en lo generoso que era por su parte el estar tan preocupada por él y cómo la preocupación en su cara la hacía más maravillosa (por no hablar de la manera en que sus ojos brillaban compasivamente en la luz dorada y plateada que reflejaba la fuente).

—Quizá tiene que ver con el hecho de que provienes de un país lejano —dijo ella, y dio unas palmaditas en el filo de la fuente—. Siéntate y háblame de eso.



—Dime tu nombre primero.

—Es un nombre bastante tonto —dijo nerviosa—. Me llamo Flor-en-la-noche.

Era el nombre perfecto para la chica de sus sueños, pensó Abdullah. La miró fijamente con admiración.

—Mi nombre es Abdullah —dijo él.

—¡Incluso te dieron un nombre de hombre! —exclamó con indignación Flor-en-la-noche—. Siéntate y cuéntame.

Abdullah se sentó junto a ella en el borde de mármol y pensó que este era un sueño muy real. La piedra estaba fría. Unas salpicaduras del agua de la fuente empaparon su camión mientras el dulce olor de agua de rosas de Flor-en-la-noche se mezclaba del modo más realista con los perfumes de las flores del jardín. Y, puesto que estaba en un sueño, eso significaba que aquí las fantasías que imaginaba despierto eran también reales. Así que Abdullah le habló del palacio en el que había vivido como príncipe y de cómo fue raptado por Kabul Aqba y de cómo escapó después al desierto, donde lo encontró el mercader de alfombras.

Flor-en-la-noche le escuchó con lástima.

—¡Qué terrible! ¡Qué agotador! —dijo—. ¿No podría ser que tu padre adoptivo se hubiese aliado con los bandidos para engañarte?

Aunque sólo estaba soñando, Abdullah tenía el sentimiento creciente de estar apelando a su compasión con engaños. Convino con ella que su padre podría haber estado al servicio de Kabul Aqba y después simplemente cambió de tema.

—Volvamos a tu padre y sus planes —dijo—. Me parece poco conveniente que debas casarte con este príncipe de Ochinstan sin haber visto a ningún otro hombre para poder comparar. ¿Cómo vas a saber si lo amas o no?

—Tienes razón —dijo ella—. Eso también me preocupa a mí a veces.

—Entonces te diré qué vamos a hacer —dijo Abdullah—. Supón que vuelvo mañana por la noche y te traigo los dibujos de tantos hombres como pueda encontrar. Así tendrías algo con lo que comparar al príncipe.

Fuese o no fuese un sueño, Abdullah no tenía absolutamente ninguna duda de que volvería mañana, y esta era la excusa apropiada.

Flor-en-la-noche consideró el ofrecimiento, meciéndose dubitativamente hacia delante y hacia atrás mientras sujetaba sus rodillas con las manos. Abdullah casi podía ver filas de hombres gordos, calvos y de grises barbas, desfilando por la mente de la joven.

—Te aseguro —le dijo— que hay hombres de todas las tallas y formas.

—Eso sería muy instructivo —convino ella—. Y al menos me daría una excusa para verte de nuevo. Eres una de las personas más agradables que he conocido



nunca.

Abdullah se sintió incluso más determinado a volver al día siguiente. Se dijo a sí mismo que habría sido injusto dejarla en la ignorancia.

—Y yo pienso lo mismo de ti —dijo tímidamente.

En este momento, para desilusión de Abdullah, Flor-en-la-noche se levantó para irse.

—Tengo que volver adentro —dijo—. Una primera visita no debe durar más de media hora, y estoy casi segura de que llevas aquí más del doble. Pero ahora que nos conocemos, puedes quedarte al menos dos horas la próxima vez.

—Gracias, lo haré —dijo Abdullah.

Ella sonrió y se esfumó como un sueño, más allá de la fuente y por detrás de dos arbustos frondosos y florecientes.

Después de aquello, el jardín, la luz de luna y las esencias parecían bastantes insulsas. Abdullah no tenía nada mejor que hacer que tomar de vuelta el camino por donde había llegado. Y allí, en el banco iluminado por la luna, encontró la alfombra. Se había olvidado de ella completamente. Pero puesto que también estaba allí, en el sueño, se recostó sobre ella y se quedó dormido.

Se levantó unas horas más tarde, con la cegadora luz del día entrando a raudales por las rendijas de su puesto. El olor del incienso que llevaba dos días en el aire se le antojaba vulgar y sofocante. De hecho, el puesto entero era anticuado, maloliente y vulgar. Y Abdullah tenía dolor de oído porque su gorro de dormir parecía habersele caído por la noche. Pero al menos, al buscar el gorro, reparó en que la alfombra no había salido corriendo mientras él dormía. Todavía la tenía debajo. Esto era lo único bueno en lo que de repente se le antojó una vida a todas luces aburrida y deprimente.

Entonces Jamal, agradecido aún por las piezas de plata, gritó desde el exterior que tenía el desayuno listo para los dos. Abdullah retiró gustosamente las cortinas del puesto. Los gallos cacareaban en la distancia. El cielo estaba de un azul brillante e intensos rayos de sol atravesaban el triste polvo y el viejo incienso dentro del puesto. Ni con aquella luz tan fuerte, Abdullah consiguió encontrar su gorro de dormir. Y se sentía más deprimido que nunca.

—Dime, ¿no hay días que te encuentras inexplicablemente triste? —le preguntó a Jamal mientras los dos se sentaban al sol, con las piernas cruzadas para comer.

Jamal le dio tiernamente un pastelito a su perro.

—Yo habría estado triste hoy —dijo— si no hubiese sido por ti. Creo que alguien pagó a esos desdichados para robarme.

Fueron tan concienzudos. Y encima, los guardias me multaron. ¿Te lo dije? Creo que tengo enemigos, amigo mío.

Esto confirmaba las sospechas de Abdullah acerca del extranjero que le había



vendido la alfombra, aunque no resultaba de mucha ayuda.

—Quizá —dijo— deberías estar más pendiente de a quién muerde tu perro.

—¡Yo no! —dijo Jamal—. Soy un creyente del libre albedrío. Si mi perro elige odiar a toda la raza humana menos a mí, es libre de hacerlo.

Después del desayuno, Abdullah buscó de nuevo su gorro de dormir. Simplemente no estaba allí. Intentó recordar cuándo fue la última vez que lo llevaba puesto, y resultó que fue al acostarse para dormir la noche anterior, cuando pensaba en llevarle la alfombra al gran visir. El sueño llegó después. Se dio cuenta de que en él llevaba puesto el gorro. Recordó que se lo había quitado para mostrarle a Flor-en-la-noche (¡qué nombre más maravilloso!) que no estaba calvo. A partir de entonces, que él recordara, había llevado el gorro en la mano hasta que se sentó junto a ella en el filo de la fuente. Después de eso, narró la historia de su secuestro por Kabul Aqba, y recordaba con claridad haber gesticulado libremente mientras hablaba y que no tenía el gorro en las manos. Las cosas desaparecían de pronto en los sueños, eso lo sabía, pero las pruebas apuntaban a que se le había caído al sentarse. ¿Sería posible que lo hubiera dejado en la hierba junto a la fuente? En tal caso...

Abdullah se quedó clavado en el centro del puesto, mirando los rayos de sol que, extrañamente, no le parecían ya llenos de escuálidas motas de polvo e incienso. En lugar de eso, eran puros fragmentos de oro.

—¡No fue un sueño! —dijo Abdullah.

De algún modo, su depresión había desaparecido. Incluso le resultaba más fácil respirar.

—¡Fue real! —dijo.

Se quedó pensativo mirando la alfombra mágica. Ella también había estado en el sueño, en tal caso...

—Eso quiere decir que me transportaste al jardín de algún hombre rico mientras dormía —le dijo—. Quizá te hablé y en sueños te ordené hacerlo. Seguramente. Pensaba en jardines. Eres incluso más valiosa de lo que yo creía.



Capítulo 3

En el que Flor-en-la-noche descubre varios hechos importantes

Abdullah volvió a atar cuidadosamente la alfombra alrededor del poste central y salió al Bazar, donde buscó el puesto del más hábil de los diversos artistas que comerciaban allí.

Tras las habituales cortesías iniciales, en las que Abdullah llamó al artista príncipe del lápiz y hechicero con las tizas y el artista replicó llamando a Abdullah crema de los clientes y duque del discernimiento, Abdullah dijo:

—Quiero dibujos de cada tamaño, forma y tipo de hombre que hayas visto nunca. Dibújame reyes y pobres, mercaderes y obreros, gordos y delgados, jóvenes y viejos, guapos y feos, y también hombres corrientes. Si no conoces alguno de estos tipos, te pido que te los inventes, oh, parangón de los pinceles. ¡Y si tu invención falla, lo que considero improbable, oh, aristócrata de los artistas, entonces todo lo que necesitas es volver tus ojos hacia el mundo, observar y copiar!

Abdullah extendió un brazo y señaló a la bulliciosa y rauda multitud que compraba en el Bazar. Casi se le saltaron las lágrimas con el pensamiento de que su paisaje diario era algo que Flor-en-la-noche no había visto jamás.

Con cierta reserva el artista se llevó la mano bajo su desaliñada barba.

—Claro, noble admirador de la humanidad —dijo—. Puedo hacerlo fácilmente. Pero ¿podría la joya del juicio explicarle a este humilde dibujante para qué necesita tantos retratos de hombres?

—¿Por qué motivo querría saber eso la corona y diadema de la mesa de dibujo? —preguntó Abdullah, bastante consternado.

—Ciertamente, el capitán de los clientes entenderá que este deshonesto gusano necesita saber qué medio usar —respondió el artista—. De hecho, no es sino simple curiosidad lo que siento acerca de este encargo extremadamente inusual. El que pinte al óleo en madera o lienzo, a lápiz en papel o pergamino, o incluso en un fresco sobre un muro dependerá de lo que esta perla entre los patrones desee hacer con los



retratos.

—Ah, papel, por favor —dijo Abdullah rápidamente. No tenía deseos de hacer público su encuentro con Flor-en-la-noche. Estaba claro que el padre de la muchacha debía ser un hombre muy rico que sin duda se opondría a que un joven mercader de alfombras le mostrase otros hombres que no fuesen el príncipe de Ochinstan—. Los retratos son para un inválido que nunca ha podido salir al extranjero como hacen otros.

—Así que eres un alma caritativa —dijo el artista, y decidió dibujar los retratos por una suma sorprendentemente pequeña—. No, no, hijo de la fortuna, no me lo agradezcas —añadió cuando Abdullah intentó expresar su gratitud—. Mis motivos son tres. Primero, conservo muchos retratos que he hecho por el mero gusto de dibujarlos, y cobrarte por esos no sería honesto puesto que los habría hecho de todas maneras. Segundo, la tarea que me pones es diez veces más interesante que mi trabajo habitual, que consiste en hacer retratos de mujeres jóvenes o de sus novios, o de caballos y camellos, a los que tengo que dibujar hermosos, carentes de realidad, o me dedico a pintar filas de empalagosos niños cuyos padres desean que parezcan ángeles, de nuevo faltos de realidad. Y mi tercer motivo es que creo que estás loco, el más noble de entre todos los clientes, y explotarte traería mala suerte.

Casi inmediatamente se supo por todo el Bazar que el joven Abdullah, el mercader de alfombras, había perdido la razón y que compraría cualquier retrato que estuviese en venta.

Esto resultó ser un gran incordio para Abdullah. Durante el resto del día fue interrumpido constantemente por personas que llegaban con largos y floridos discursos acerca del retrato de su abuela, del que sólo la pobreza les había inducido a separarse, o ese retrato del camello de carreras del sultán que resulta que se cayó de la parte trasera de una carreta, o el relicario que contenía un retrato de la hermana de alguien. Le llevó mucho tiempo a Abdullah librarse de esta gente. Lo que hizo, por supuesto, que la gente siguiera viniendo (y en diversas ocasiones compró una pintura o un dibujo si el retratado era un hombre).

—Solamente hoy. Mi oferta se extiende sólo hasta el atardecer de hoy —dijo finalmente a la multitud congregada—. Que todos los que tengan un retrato masculino en venta vengan una hora antes del atardecer y se lo compraré. Pero sólo entonces.

De este modo consiguió unas pocas de horas de paz para experimentar con la alfombra. A estas alturas se preguntaba si estaba en lo cierto al pensar que su visita al jardín había sido algo más que un sueño. Porque la alfombra no quería moverse. Naturalmente, Abdullah la había probado después del desayuno pidiéndole que se alzara medio metro, sólo para comprobar que todavía podía hacerlo. Y simplemente permaneció en el suelo. La probó de nuevo cuando volvió del puesto del artista, pero siguió sin moverse.



—Quizá no te he tratado bien —le dijo—. Te has mantenido fielmente junto a mí, al contrario de lo que sospechaba, y yo te he premiado atándote a un poste. ¿Te sentirías mejor si te permitiera reposar en el suelo, amiga mía? ¿Es eso?

Dejó la alfombra en el suelo, pero seguía sin volar. Como si se tratase de una alfombra cualquiera delante de una chimenea.

En un momento en que la gente no andaba molestándolo con sus retratos, Abdullah reflexionó de nuevo. Volvió a sus sospechas sobre el extranjero que le había vendido la alfombra y rememoró el enorme ruido que se desató en el puesto de Jamal en el preciso momento en que el extranjero ordenaba a la alfombra que ascendiera. Recordó que había visto los labios del hombre moverse en ambas ocasiones, pero no había escuchado todo lo que dijo.

—¡Eso es! —gritó golpeando la palma de una mano con el puño—. Hay que darle una orden para que se mueva, pronunciar una palabra que, por alguna razón altamente siniestra, no hay duda, este hombre me ha ocultado, ¡el muy villano! Y he debido de decir esta palabra en mi sueño.

Corrió hacia la parte de atrás del puesto y rebuscó hasta encontrar el maltratado diccionario que usaba en la escuela. Después, sentado sobre la alfombra, chilló: «Aarónico, vuela, por favor».

No pasó nada, ni entonces ni con ninguna de las palabras que empezaban con A. Obstinadamente, Abdullah continuó con la B y, cuando eso no funcionó, continuó con el diccionario completo. Le llevó algún tiempo con las constantes interrupciones de los vendedores de retratos. De todos modos, llegó a «Zuzón» al principio de la tarde sin que la alfombra hubiese hecho el más mínimo movimiento.

—Entonces tiene que ser una palabra inventada o extranjera —gritó febrilmente. Después de todo era eso o creer que Flor-en-la-noche había sido un sueño. E incluso si ella era real, las posibilidades de hacer que la alfombra le llevase a verla parecían cada vez más escasas. Permaneció allí murmurando cualquier extraño sonido y cada palabra extranjera que recordaba, y la alfombra no hizo el más mínimo movimiento.

Una hora antes del atardecer, Abdullah fue interrumpido de nuevo por una gran multitud que se había congregado afuera portando fardos y paquetes grandes y estrechos. El artista tuvo que abrirse camino entre la multitud con su portafolio de dibujos. La siguiente hora fue estresante al máximo. Abdullah inspeccionó pinturas, rechazó retratos de tías y madres y bajó los enormes precios que se pedían por malos dibujos de sobrinos. En el curso de aquella hora, adquirió (además de los cien excelentes dibujos del artista) otros ochenta y nueve retratos, relicarios, dibujos e incluso un trozo de muro embadurnado con una cara. También acabó con casi todo el dinero que le había quedado después de comprar la alfombra mágica (si es que era mágica). Ya había oscurecido cuando convenció al hombre que clamaba que la pintura de óleo de la madre de su cuarta mujer era lo suficientemente parecida a la de un hombre de que este no era el caso y lo expulsó del puesto. Estaba demasiado



cansado y emocionado para comer, se habría ido derecho a la cama si no hubiese sido porque Jamal (que había hecho su agosto vendiendo tentempiés a la multitud que esperaba) llegó con una brocheta de carne tierna.

—No sé qué te ha dado —dijo Jamal—. Creía que eras un tipo normal. Pero loco o no, debes comer.

—Nada de esto tiene que ver con la locura —contestó Abdullah—, simplemente he decidido invertir en una nueva línea de negocio.

Pero se comió la carne.

Al final pudo apilar sus ciento ochenta y nueve pinturas sobre la alfombra y tumbarse entre ellas.

—Ahora escúchame —le dijo a la alfombra—, si por una afortunada casualidad te digo la palabra clave en sueños, debes instantáneamente volar conmigo al jardín nocturno de Flor-en-la-noche.

No podía hacer más. Le llevó mucho tiempo dormirse.

Despertó a una ensoñadora fragancia de flores nocturnas, y una mano le empujó suavemente. Flor-en-la-noche estaba inclinada sobre él. Abdullah vio que ella era mucho más adorable de lo que la recordaba.

—¡Has traído los retratos! —dijo ella—. Eres muy amable.

«¡Los traje!», pensó Abdullah triunfalmente.

—Sí —dijo—. Aquí tengo ciento ochenta y nueve tipos de hombres. Creo que servirán para darte al menos una idea general.

Él la ayudó a descolgar unas lámparas doradas y a colocarlas en círculo alrededor del banco. Luego Abdullah le enseñó los retratos, sosteniéndolos bajo una lámpara primero y después apoyándolos contra el banco. Empezó a sentirse como un artista callejero.

De manera imparcial, y plenamente concentrada, Flor-en-la-noche examinó a cada hombre conforme Abdullah se lo mostraba. Después cogió una lámpara y revisó otra vez todos los dibujos del artista. Esto complació a Abdullah. El artista era un auténtico profesional. Había dibujado los hombres exactamente como él le pidió: desde una persona heroica y majestuosa, evidentemente tomada de una estatua, hasta el jorobado que limpiaba zapatos en el Bazar, y había incluido también un autorretrato a medio hacer.

—Sí, ya veo —dijo finalmente Flor-en-la-noche—. Los hombres varían mucho, justo como dijiste. Mi padre no es nada típico, y tampoco tú, por supuesto.

—¿Así que admites que no soy una mujer? —preguntó Abdullah.

—No me queda más remedio —dijo—, pido disculpas por mi error. —Después se movió de un lado a otro con la lámpara, examinando algunos de los retratos una



tercera vez.

Con bastante nerviosismo Abdullah se dio cuenta de que ella iba escogiendo a los más guapos. Miró cómo se inclinaba sobre ellos con un pequeño ceño en su frente y un rizado tirabuzón de pelo negro suelto sobre el ceño, mientras los observaba concentrada. Y él empezó a preguntarse qué había desatado.

Flor-en-la-noche juntó los retratos y luego los colocó ordenadamente en una pila junto al banco.

—Justo lo que pensaba —dijo—. Te prefiero a ti a todos esos. Algunos parecen demasiado orgullosos de sí mismos, y otros vanidosos y crueles. Tú eres sencillo y amable. Tengo la intención de pedirle a mi padre que me case contigo en lugar de con el príncipe de Ochinstan. ¿Te importaría?

El jardín parecía girar en torno a Abdullah en una nebulosa de oro y plata y verde oscuro.

—Yo... Yo creo que eso no funcionaría —consiguió decir finalmente.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. ¿Ya estás casado?

—No, no —dijo—. No es eso. La ley permite a un hombre tener cuantas mujeres se pueda permitir, pero...

El ceño volvió a la frente de Flor-en-la-noche.

—¿Cuántos maridos se les permite a las mujeres? —preguntó ella.

—¡Sólo uno! —dijo Abdullah, bastante escandalizado.

—Eso es extremadamente injusto —observó Flor-en-la-noche, meditabunda. Se sentó en el banco y añadió—: ¿Quieres decir que quizá el príncipe de Ochinstan tenga ya algunas mujeres?

Abdullah observó que el ceño aumentaba en la frente de la joven y que los delgados dedos de su mano derecha tamborileaban de manera casi irritante sobre el césped. No había duda de que, desde luego, había desatado algo. Flor-en-la-noche acababa de descubrir que su padre la mantenía en la ignorancia en lo que respecta a algunos hechos importantes.

—Si es un príncipe —dijo Abdullah nervioso—, es más que probable que tenga un buen número de esposas. Sí.

—Entonces está siendo codicioso —afirmó Flor-en-la-noche—. Esto me quita un peso de la mente. ¿Por qué dices que casarme contigo no funcionaría? Ayer mencionaste que también tú eres un príncipe.

Abdullah sintió que su cara se encendía y se maldijo a sí mismo por haberle revelado su sueño. Y aunque se dijo que tenía muchas razones para creer que estaba soñando cuando se lo contó, eso no le hizo sentir mejor.

—Es verdad. Pero también te dije que estaba perdido y lejos de mi reino —dijo



él—. Como puedes conjeturar, ahora no tengo más remedio que hacer mi vida por medios humildes. Yo vendo alfombras en el Bazar de Zanzib. Y tu padre es claramente un hombre muy rico. No le parecerá una alianza adecuada.

Los dedos de Flor-en-la-noche tamborileaban con enfado.

—Hablas como si fuera mi padre el que tuviese la intención de casarse contigo —dijo—. ¿Cuál es el problema? Te quiero. ¿Tú no me quieres?

Ella examinó la cara de Abdullah mientras lo decía. Él devolvió la mirada a la eterna oscuridad de sus ojos. Se descubrió a sí mismo diciendo: «Sí». Flor-en-la-noche sonrió. Abdullah sonrió. Pasaron varias eternidades más iluminadas por la luna.

—Me iré contigo cuando te vayas de aquí —dijo Flor-en-la-noche—. Puesto que lo que has dicho acerca de la actitud de mi padre bien podría ser verdad, deberíamos casarnos primero y decírselo después. Entonces no habrá nada que pueda objetar.

A Abdullah, que ya tenía alguna experiencia con hombres ricos, le hubiera gustado poder estar seguro de eso.

—Tal vez no sea tan simple —dijo—. Ahora que lo pienso, tengo la *certeza* de que la única forma prudente de proceder es dejar Zanzib. Debería ser fácil pues resulta que poseo una alfombra mágica. Está ahí, sobre el banco. Me trajo hasta aquí. Desafortunadamente necesita ser activada por una palabra mágica que, según parece, sólo sé decir en sueños.

Flor-en-la-noche cogió una lámpara y la sostuvo en lo alto para inspeccionar la alfombra. Abdullah la observó, admirando con qué gracia se inclinaba sobre esta.

—Parece muy antigua —dijo—, he leído acerca de estas alfombras. Probablemente la clave será una palabra muy común pronunciada de una manera antigua. Mis lecturas sugieren que estas alfombras estaban hechas para usarse rápidamente, en una emergencia, así que la palabra no ha de ser demasiado extraña. ¿Por qué no me dices cuidadosamente todo lo que sepas? Entre los dos deberíamos ser capaces de resolverlo.

Con esto Abdullah se dio cuenta de que Flor-en-la-noche (descontando las lagunas en su conocimiento) era inteligente y muy educada. La admiraba incluso más. Le contó, hasta donde sabía, cada hecho acerca de la alfombra, incluido el desastre del puesto de Jamal que había impedido que escuchara la palabra clave.

Flor-en-la-noche escuchó y asintió con cada nuevo detalle.

—Bien —dijo—, dejemos de lado los motivos por los que alguien te vendería una alfombra mágica asegurándose de que no pudieras usarla. Resulta algo tan extraño que no hay duda de que volveremos sobre eso más tarde. Pero pensemos primero en lo que hace la alfombra. Dices que descendió cuando se lo ordenaste, ¿habló entonces el extranjero?

La mente de ella era sagaz y lógica. Abdullah pensó que verdaderamente había



encontrado una perla entre las mujeres.

—Estoy casi seguro de que no dijo nada.

—Entonces —dijo Flor-en-la-noche— la orden sólo es necesaria para que la alfombra empiece a volar. Después de eso se me ocurren dos posibilidades: primero, que la alfombra hará lo que le ordenes hasta que toque suelo en cualquier sitio o, segundo, que obedecerá tu orden hasta que esté de vuelta al lugar inicial.

—Eso se puede probar fácilmente —dijo Abdullah. Estaba mareado de admiración hacia su lógica—. Creo que la primera posibilidad es la correcta. —Saltó sobre la alfombra y gritó como experimento—: Sube y devuélveme a mi puesto.

—¡No, no! ¡No lo hagas! ¡Espera! —gritó Flor-en-la-noche inmediatamente.

Pero fue demasiado tarde, la alfombra se levantó en el aire y después se lanzó de lado con tanta velocidad y tan bruscamente que Abdullah se cayó de espaldas perdiendo el aliento, y después se encontró a sí mismo en el aire, a una altura terrorífica, medio colgando del filo deshilachado. Cada vez que trataba de recuperar el aliento el aire del movimiento se lo impedía. Todo lo que pudo hacer fue arañar frenéticamente la alfombra para agarrarse mejor a los flecos de un extremo. Y antes de que pudiera averiguar la forma de volver a ponerse encima, y mucho menos de hablar, la alfombra se zambulló (llevándose el aliento que Abdullah acababa de recuperar) y se abrió camino violentamente a través de las cortinas del puesto (medio asfixiando a Abdullah en el proceso) hasta aterrizar con suavidad (y muy al final) en su interior.

Abdullah estaba tumbado sobre su rostro, jadeando, con recuerdos mareantes de torrecillas que se arremolinaban delante de él contra un cielo estrellado. Todo había pasado tan rápidamente que al principio lo único que pudo pensar fue que la distancia entre su puesto y el jardín nocturno debía de ser sorprendentemente corta. Después, cuando volvió al fin su aliento, quiso pegarse un puntapié. ¡Qué cosa tan estúpida había hecho! Al menos podía haber esperado hasta que Flor-en-la-noche hubiera tenido tiempo de subirse también a la alfombra. La lógica de Flor-en-la-noche le decía que no había manera de regresar con ella si no era quedándose dormido de nuevo y confiando en decir, por casualidad, la palabra adecuada en su sueño. Pero como esto ya había sucedido dos veces, estaba bastante seguro de que podría volver a hacerlo. Estaba aún más seguro de que Flor-en-la-noche llegaría a esta misma conclusión y le esperaría en el jardín. Ella era la inteligencia en persona (una perla entre las mujeres). Esperaría su regreso en aproximadamente una hora.

Después de una hora de, alternativamente, culparse a sí mismo y alabar a Flor-en-la-noche, Abdullah consiguió quedarse dormido. Pero, por desgracia, cuando despertó estaba todavía bocabajo sobre la alfombra, en mitad de su propio puesto. El perro de Jamal ladraba y esto era lo que le había despertado.

—¡Abdullah! —gritó la voz del hijo del hermano de la primera mujer de su padre—. ¿Estás despierto ahí dentro?



Abdullah gimió. Lo que faltaba.



Capítulo 4

Que concierne al matrimonio y la profecía

Abdullah no podía imaginar qué hacía allí Hakim. Normalmente, los parientes de la primera mujer de su padre sólo se acercaban una vez al mes, y ya habían hecho aquella visita dos días antes.

—¿Qué es lo que quieres, Hakim? —gritó con cansancio.

—¡Hablarle, por supuesto! —le gritó a su vez Hakim—. ¡Urgentemente!

—Aparta entonces las cortinas y entra —dijo Abdullah.

Hakim insertó su rechoncho cuerpo entre las cortinas.

—Debo decir que si esta es toda tu seguridad, hijo del esposo de mi tía —dijo—, no opino muy bien de ella. Cualquiera podría entrar y sorprenderte mientras duermes.

—El perro que hay fuera me advirtió de que estabas aquí —dijo Abdullah.

—¿Y eso de qué te sirve? —preguntó Hakim—. ¿Qué harías si yo resultase ser un ladrón? ¿Estrangularme con una alfombra? No, no puedo aprobar tu sistema de seguridad.

—¿Qué querías decirme? —preguntó Abdullah—. ¿O has venido sólo para poner faltas como siempre?

Hakim se sentó con porte en una pila de alfombras.

—No muestras tu escrupulosa y habitual educación, primo político —dijo—. Si el hijo del tío de mi padre estuviese aquí para escucharte, no estaría contento.

—¡No tengo que responder ante Assif por mi comportamiento ni por nada! —dijo Abdullah bruscamente. Estaba definitivamente abatido. Su alma gritaba por Flor-en-la-noche, y no podía conseguirla. No tenía paciencia para nada más.

—Quizá no debería molestarte con mi mensaje —dijo Hakim levantándose arrogantemente.

—¡Bien! —dijo Abdullah. Y se fue a la parte de atrás de la tienda a lavarse.



Pero estaba claro que Hakim no se iba a ir sin entregar su mensaje. Cuando Abdullah regresó, todavía estaba allí.

—Harías bien en cambiarte de ropa y visitar un barbero, primo político —le dijo a Abdullah—. Ahora mismo no pareces una persona adecuada para visitar nuestro emporio.

—¿Y por qué debería visitarlo? —preguntó Abdullah, algo sorprendido—. Todos vosotros dejasteis claro hace tiempo que no soy bienvenido allí.

—Porque —dijo— la profecía realizada en tu nacimiento ha aparecido en una caja que durante mucho tiempo pensamos que contenía incienso. Si te presentas en el emporio con la apariencia correcta, esta caja será puesta en tus manos.

Abdullah no tenía el más mínimo interés en la profecía. Ni veía porqué tenía que ir él mismo a recogerla cuando podía haberla traído fácilmente Hakim. Estaba a punto de rechazar la invitación cuando se le ocurrió que si conseguía esa noche murmurar la palabra correcta en sueños (algo que le parecía seguro, pues ya lo había hecho dos veces), él y Flor-en-la-noche, con toda probabilidad, se fugarían juntos. Un hombre debería ir a su propia boda correctamente vestido y lavado y afeitado. Así que ya que tenía que ir de todas maneras a los baños y a la barbería, de vuelta bien podía dejarse caer y recoger la tonta profecía.

—Muy bien —dijo—. Esperadme dos horas antes del atardecer.

Hakim frunció el entrecejo.

—¿Por qué tan tarde?

—Porque tengo cosas que hacer, primo político —explicó Abdullah. El pensamiento de su pronta escapada le regocijaba tanto que sonrió a Hakim y se inclinó con extrema educación—. Aunque las ocupaciones de mi vida me dejan poco tiempo libre para obedecer tus órdenes, allí estaré, no temas.

Hakim continuó frunciendo el entrecejo y, cuando se giró para mirar a Abdullah por encima del hombro, todavía tenía el ceño en su frente. Estaba claramente descontento y desconfiaba de Abdullah, a quien esto no podría haber importado menos. Tan pronto como Hakim se perdió de vista, le dio alegremente a Jamal la mitad del dinero que le quedaba para que guardase su puesto durante el día. A cambio, no tuvo más remedio que aceptar, del cada vez más agradecido Jamal, un desayuno que incluía cada una de las especialidades de su puesto. La emoción le había quitado el apetito. Había tanta comida que, para no herir los sentimientos de Jamal, Abdullah le dio en secreto la mayoría a su perro; lo hizo con cautela porque el perro era ladrador y también mordedor. Sin embargo, el perro parecía compartir la gratitud de su amo. Sacudía su cola educadamente, se comió todo lo que le dio Abdullah y después intentó chuparle la cara.

Abdullah esquivó esa muestra de educación. El aliento del perro estaba cargado con el perfume de los calamares rancios. Le dio unas palmaditas con cautela en su



rugosa cabeza, dio las gracias a Jamal y se alejó rápidamente hacia el interior del Bazar. Allí invirtió el dinero que le quedaba en el alquiler de un carrito. Cargó el carro cuidadosamente con sus mejores y más raras alfombras (la floral de Ochinstan, la brillante esterilla del Inhico, las doradas alfombras de Farqtan, las de gloriosos estampados procedentes del profundo desierto y el par idéntico del lejano Thayack) y las empujó a lo largo de los grandes puestos del centro del Bazar, donde comerciaban los más ricos mercaderes. A pesar de su excitación, Abdullah estaba siendo práctico. El padre de Flor-en-la-noche era evidentemente muy rico. Nadie salvo el más adinerado entre los hombres podría permitirse la dote del matrimonio con un príncipe. Así que estaba claro para Abdullah que Flor-en-la-noche y él deberían irse muy lejos, o el padre podría hacerles cosas bastante desagradables. Pero también estaba claro para Abdullah que Flor-en-la-noche estaba acostumbrada a tener lo mejor de todo. Ella no sería feliz apretándose el cinturón. Así que Abdullah tenía que tener dinero. Se inclinó ante el mercader más opulento de los puestos ricos y habiéndolo llamado tesoro entre los comerciantes y el más majestuoso de los mercaderes, le ofreció la alfombra floral de Ochinstan por una suma verdaderamente tremenda.

El mercader había sido amigo del padre de Abdullah.

—¿Y por qué, hijo del más ilustre del Bazar —preguntó— desearías alejarte de la que es, por su precio, seguramente, la gema de tu colección?

—Estoy diversificando mi negocio —le dijo Abdullah—. Como tal vez hayas oído, he estado comprando pinturas y otras formas de arte. Para hacer sitio a esas cosas estoy forzado a deshacerme de mis alfombras menos valiosas. Y se me ocurrió que un vendedor de alas celestiales como tú podría considerar ayudar al hijo de su antiguo amigo quitándole de las manos esta miserable cosa floreada, a un precio de ganga.

—El contenido de tu puesto debería ser selecto también en el futuro —dijo el mercader—, déjame ofrecerte la mitad de lo que pides.

—Ah, el más sagaz de los hombres sagaces, incluso una ganga cuesta dinero —dijo Abdullah—. Pero por ti, reduciré en dos de cobre mi precio.

Fue un largo, caluroso día. Pero al principio de la tarde Abdullah había vendido sus mejores alfombras por casi el doble de lo que había pagado por ellas. Consideró que ahora tenía suficiente dinero para mantener a Flor-en-la-noche en un lujo razonable durante unos tres meses. Después de eso esperaba que algo ocurriera o que la dulzura de su naturaleza la reconciliara con la pobreza. Se fue a los baños. Se fue al barbero. Llamó al fabricante de perfumes y se perfumó con aceites. Luego volvió a su puesto y se vistió con sus mejores ropas. Aquellas ropas, como las de la mayoría de los mercaderes, disponían de varios huecos, astutamente situados, fragmentos de bordados y trenzas ornamentales enroscadas que no eran ni mucho menos adornos, sino monederos, inteligentemente escondidos. Abdullah distribuyó el oro recién ganado en esos escondites y por fin estuvo listo. Se dirigió sin muchas



ganas al viejo emporio de su padre. Se dijo a sí mismo que esto le ayudaría a pasar el tiempo hasta la huida.

Era un curioso sentimiento, subir los pequeños escalones de cedro y entrar en el lugar donde había pasado tanto tiempo durante su infancia. El olor a madera de cedro y especias en el peludo, aceitoso perfume de las alfombras era tan familiar que si cerraba los ojos podía imaginar que tenía diez años de nuevo y que jugaba tras una alfombra enrollada mientras su padre regateaba con un cliente. Pero con los ojos abiertos, la ilusión se esfumaba. La hermana de la primera mujer de su padre tenía una lamentable afición por el púrpura brillante. Los muros, las celosías, las sillas para los clientes, la mesa de la caja, e incluso la caja registradora habían sido pintados con el color favorito de Fátima. Fátima salió a su encuentro vestida del mismo color.

—¡Vaya, Abdullah! ¡Qué pronto has llegado y qué elegante vienes! —Y por su forma de decirlo se entendía que ella esperaba que llegase tarde y andrajoso.

—¡Se diría que se ha vestido para su boda! —dijo Assif, acercándose también con una sonrisa en su delgada y malhumorada cara.

Era tan raro ver sonreír a Assif que Abdullah pensó por un momento que en realidad le había dado un tirón en el cuello y que aquello era una mueca de dolor. Entonces Hakim se rio por lo bajo, y Abdullah se dio cuenta de lo que Assif acababa de decir. Para su irritación, comprobó que estaba furiosamente ruborizado. No tuvo más remedio que inclinarse educadamente para ocultar su rostro.

—¡No hay necesidad de poner colorado al chico! —gritó Fátima. Eso, por supuesto, empeoró el azoramiento de Abdullah—. Abdullah, ¿qué es ese rumor que hemos oído de que de repente estás planeando dedicarte a las pinturas?

—Y vender lo mejor de tu mercancía para hacer sitio a las pinturas —añadió Hakim.

Abdullah dejó de ruborizarse. Supuso que lo habían mandado llamar para criticarlo. Y se convenció por completo cuando Assif añadió en tono acusador:

—Nuestros sentimientos están un poco heridos, hijo del marido de la sobrina de mi padre, ya que no has considerado que podríamos haberte hecho un favor quitándote de encima algunas alfombras.

—Querida parentela —dijo Abdullah—, ni por asomo se me ocurriría venderos mis alfombras. La idea es sacar provecho y yo no podría estafaros a vosotros, a los que mi padre amó. —Se sentía tan irritado que se dio la vuelta dispuesto a marcharse, pero descubrió que Hakim había cerrado y atrancado las puertas silenciosamente.

—No hace falta dejar abierto —dijo Hakim—. Estamos en familia.

—¡Pobre chico —dijo Fátima—, nunca antes ha tenido tanta necesidad de una familia para mantener su mente en orden!



—Así es —dijo Assif—. Abdullah, en el Bazar se rumorea que te has vuelto loco. Eso no nos gusta.

—Lo cierto es que ha estado comportándose de manera rara —convino Hakim—. Nos disgusta que se asocie toda esa palabrería con una familia respetable como la nuestra.

La cosa era peor de lo habitual. Abdullah dijo:

—A mi mente no le pasa nada raro. Sé lo que estoy haciendo. Y si cumplo mi propósito, probablemente mañana dejaré de daros motivos para criticarme. Mientras tanto, Hakim me dijo que viniera porque habéis descubierto la profecía de mi nacimiento. ¿Es así o se trataba meramente de una excusa?

Abdullah nunca había sido tan grosero con la familia de la primera mujer de su padre, pero ahora estaba lo suficientemente enfadado como para sentir que lo merecían.

Sin embargo, por extraño que parezca, en lugar de enfadarse con Abdullah, los tres parientes de la primera mujer de su padre empezaron a correr entusiasmados alrededor del emporio.

—¿Dónde está esa caja? —dijo Fátima.

—¡Encuétrala, encuéntrala! —dijo Assif—. Contiene las mismísimas palabras pronunciadas por la adivina que su pobre padre llevó a la cabecera de la cama de su segunda mujer, una hora después del nacimiento de Abdullah. ¡Debe verlo!

—Escrito por el puño y letra de tu padre —dijo Hakim a Abdullah—. El más grande tesoro para ti.

—¡Aquí está! —dijo Fátima triunfalmente sacando de un alto estante una caja de madera tallada. Le dio la caja a Assif y este la lanzó a las manos de Abdullah.

—¡Ábrela, ábrela! —gritaron los tres ansiosamente.

Abdullah puso la caja en la mesa púrpura e hizo saltar el cierre. La tapa se abrió, dejando salir un olor rancio del interior que estaba completamente vacío aparte de un ensobrado y amarillento papel.

—¡Sácalo! ¡Léelo! —dijo Fátima visiblemente emocionada.

Abdullah no entendía a qué venía tanto alboroto, pero sacó el papel del sobre. Tenía unas líneas escritas, cobrizas y desvaídas, que eran definitivamente de su padre. Se volvió hacia la lámpara colgante con el papel. Ahora que Hakim había cerrado las puertas principales, los reflejos púrpura de todo el emporio hacían que fuese más difícil ver allí dentro.

—Casi no puede ver —dijo Fátima.

—No me extraña —dijo Assif—. No hay luz. Llévalo a la habitación de atrás. Allí los postigos elevados están abiertos.



Él y Hakim agarraron a Abdullah de los hombros y lo empujaron hacia la parte de atrás de la tienda, metiéndole prisa. Abdullah estaba tan ocupado intentando leer la pálida y garabateada escritura de su padre que dejó que lo empujaran hasta que estuvo situado bajo los grandes postigos de lamas de la sala de estar, al fondo del emporio. Mucho mejor. Ahora comprendió porque había decepcionado tanto a su padre. El texto decía:

He aquí las palabras de la sabia adivina: Este hijo tuyo no continuará tu oficio. Dos años después de tu muerte, siendo todavía un hombre muy joven, se alzaré sobre todos los demás en esta tierra. Así como el destino lo decreta, yo he hablado.

La dicha de mi hijo es una gran decepción para mí. Ojalá el destino me mande otros hijos que puedan continuar mi oficio o habré gastado en balde cuarenta piezas de oro en esta profecía.

—Como puedes ver, te espera un grandioso futuro, querido chico —dijo Assif.

Alguien soltó una risita.

Abdullah levantó los ojos del papel, un poco perplejo. Parecía haber mucho perfume en el ambiente.

Volvió a escuchar la risita. Dos risitas.

Los ojos de Abdullah se abrieron de par en par. Sintió que se le salían de las órbitas. Dos mujeres extremadamente gordas permanecían frente a él. Se encontraron con su mirada y rieron de nuevo tontamente, con timidez. Ambas estaban vestidas de etiqueta con satén brillante y gasa abombada (rosa la de la derecha, amarilla la de la izquierda) y cargaban más colgantes y pulseras de lo que parecía posible. Además, la de rosa, que era la más regordeta, tenía una perla colgando en su frente, justo debajo de su pelo cuidadosamente rizado. La de amarillo, que simplemente era menos rellena que la otra, llevaba una especie de tiara ámbar y su pelo estaba aún más rizado. Las dos llevaban un montón de maquillaje, lo que, en ambos caso, era un severo error.

Tan pronto como estuvieron seguras de haber logrado la atención de Abdullah (y realmente la habían logrado, él estaba absolutamente horrorizado), cada muchacha se quitó un amplio velo de sus hombros (un velo rosa la de la izquierda y un velo amarillo la de la derecha) y se cubrieron castamente con ellos la cabeza y la cara.

—¡Saludos, querido esposo! —corearon bajo los velos.

—¡Qué! —exclamó Abdullah.

—Nos hemos cubierto con velos —dijo la de rosa.

—Para que no veas nuestras caras —continuó la de amarillo.



—Hasta que nos casemos —terminó la de rosa.

—¡Debe de haber un error! —dijo Abdullah.

—Ni el más mínimo —dijo Fátima—. Estas son las dos sobrinas de mi sobrina, y están aquí para casarse contigo. ¿No me escuchaste decir que te iba a buscar un par de esposas?

Las dos sobrinas rieron de nuevo.

—Es tan guapo —dijo la de amarillo.

Después de una pausa bastante larga, en la que él tragó saliva e hizo todo lo posible para controlar sus sentimientos, Abdullah dijo educadamente:

—Decidme, oh, parientes de la primera mujer de mi padre, ¿hace mucho que conocíais la profecía que se hizo en mi nacimiento?

—Años —dijo Hakim—. ¿Nos tomas por tontos?

—Tu querido padre nos la mostró —dijo Fátima— cuando hizo testamento.

—Y naturalmente no podemos permitir que te lleves tu gran fortuna fuera de la familia —explicó Assif—. Hemos estado esperando a que dejases de seguir el oficio de tu buen padre, señal, sin duda, de que el sultán te habrá hecho visir o te habrá invitado a dirigir sus tropas o quizá te habrá ascendido de alguna otra forma. Hemos dado los pasos oportunos para asegurarnos de que compartirías tu buena fortuna con nosotros. Esas dos novias tuyas son parientes muy cercanas de nosotros tres. Naturalmente tú no nos abandonarás en tu ascenso. Así que, querido chico, sólo me queda presentarte al magistrado que, como ves, espera preparado para casarte.

Abdullah había sido incapaz hasta entonces de mirar más allá de las hinchadas figuras de las dos sobrinas. Ahora levantó sus ojos y se encontró con la cínica mirada del juez del Bazar, que justo salió de detrás de un biombo con su registro de bodas en las manos. Abdullah se preguntó cuánto le habrían pagado.

Abdullah se inclinó cortésmente ante el juez:

—Me parece que esto no es posible —dijo.

—¡Ah! Sabía que iba a ser desagradable y grosero —dijo Fátima—. ¡Abdullah, piensa en la vergüenza y la decepción de estas pobres chicas si las rechazas ahora! Después de que han venido hasta aquí, esperando casarse, y completamente vestidas para la ocasión. ¡Cómo puedes hacerles esto, sobrino!

—Además, he cerrado todas las puertas —dijo Hakim—, no creas que podrás escapar tan fácilmente.

—Siento herir los sentimientos de estas dos espectaculares señoritas... —comenzó a decir Abdullah, pero los sentimientos de las dos novias se hirieron de todas maneras. Cada una lanzó un lamento. Cada una se cubrió el rostro con las manos y sollozó sonoramente.



—Es horrible —lloriqueó la de rosa.

—Sabía que le deberían haber preguntado primero —lloró la de amarillo.

Abdullah descubrió que la contemplación de dos mujeres llorando (particularmente unas tan grandes que hacían que todo se tambaleara) le hacía sentirse muy mal. Se vio a sí mismo como un zoquete y una bestia. Estaba avergonzado.

La situación no era culpa de las chicas. Habían sido usadas por Assif, Fátima y Hakim, al igual que lo había sido él mismo. Pero la principal razón por la que se sentía tan horrendo (y esto le avergonzaba tremendamente) era que sólo quería que pararan, que se callaran y pararan de lloriquear. Si no fuese por esto, le habrían importado tres pimientos sus sentimientos. Si las comparaba con Flor-en-la-noche, les resultaban repugnantes. La idea de casarse con ellas se le hacía insoportable. Se sentía enfermo. Pero gracias sólo a que estaban gimoteando, lloriqueando y montando el espectáculo frente a él se descubrió pensando que, después de todo, tres mujeres no eran tantas. Estas dos podrían hacerle compañía a Flor-en-la-noche cuando ambos estuvieran lejos de Zanzib y de casa. Quizá pudiera explicarles la situación y cargarlas en la alfombra mágica...

Este pensamiento le devolvió la razón a Abdullah. Con una sacudida. Con la clase de sacudida que podría hacer una alfombra mágica si la cargases con dos mujeres tan pesadas (siempre suponiendo que fuera capaz de levantarse del suelo con ellas encima. Porque estaban muy rechonchas). Imaginarlas haciendo compañía a Flor-en-la-noche... ¡Puf! Ella era inteligente, educada y amable, además de ser hermosa (y delgada). Esas dos no habían demostrado tener una neurona entre las dos. Querían casarse y su llanto era una manera de obligarle a ello. Y se reían tontamente. Él nunca había escuchado a Flor-en-la-noche reírse tontamente.

Abdullah se sorprendió al descubrir que, real y verdaderamente, amaba a Flor-en-la-noche tan ardientemente como se había dicho a sí mismo (o aún más, porque vio que la respetaba). Sabía que moriría sin ella. Y si aceptaba casarse con estas dos sobrinas gordinflonas, la perdería. Podría llamarle avaricioso, como al príncipe de Ochinstan.

—Lo siento mucho —dijo haciéndose oír por encima de los sollozos—, realmente deberíais haberme consultado primero, oh, parientes de la primera mujer de mi padre, oh, el más honrado y honesto de los jueces. Os habríais ahorrado este malentendido. No puedo casarme todavía. He hecho un voto.

—¿Qué voto? —exigieron saber todos, incluidas las novias gordas y el juez.

—¿Has registrado ese voto? Para que sean legales, todos los votos deben ser certificados por un magistrado.

Eso había sido torpe por su parte. Abdullah pensó con rapidez.

—Pues sí, está registrado, oh, verdadera balanza de la justicia —dijo—. Cuando



me ordenó hacerlo, mi padre me llevó frente a un magistrado para registrarlo. Por aquella época yo era sólo un niño pequeño. Aunque no lo entendí entonces, ahora veo que fue a causa de la profecía. Mi padre, un hombre prudente, no quería ver desperdiciadas sus cuarenta monedas de oro. Me hizo prometer que no me casaría hasta que el destino me hubiese alzado sobre todos los demás en esta tierra. Así que como veis —Abdullah metió las manos en las mangas de su mejor traje e hizo una reverencia pesarosa a las dos novias gordas— no puedo casarme con vosotras, ciruelas gemelas recubiertas de azúcar, pero llegará el momento.

Todo el mundo dijo: «Oh, en ese caso» en varios tonos de descontento y, para alivio de Abdullah, la mayoría de ellos se apartó de él.

—Siempre pensé que tu padre era un hombre bastante avaricioso —añadió Fátima.

—Incluso en su tumba —convino Assif—. Así pues, deberemos esperar el ascenso de este querido chico.

El juez, sin embargo, siguió en sus trece:

—¿Y ante qué magistrado hiciste este voto? —preguntó.

—No conozco su nombre —inventó Abdullah, hablando con intenso arrepentimiento. Estaba sudando—. Yo era un niño muy pequeño y sólo recuerdo a un hombre viejo con una larga barba blanca. —Pensó que aquello serviría como descripción de cualquier magistrado, allá donde los haya, incluyendo al juez que tenía en frente.

—Tendré que comprobar todos los registros —dijo el juez, con irritación. Se giró hacia Assif, Hakim y Fátima, y (bastante fríamente) hizo sus formales adioses.

Abdullah salió con él, casi agarrado al fajín oficial del juez, apremiado como estaba por escapar del emporio y de las dos novias gordas.



Capítulo 5

Que cuenta cómo el padre de Flor-en-la-noche quiso alzar Abdullah sobre todos los demás en la tierra

«¡Qué día!», se dijo Abdullah cuando al fin se encontró de vuelta en el interior de su puesto. «¡Si continúa así mi suerte no me sorprenderá que la alfombra no vuelva a moverse!». O peor aún, pensó mientras se tumbaba en la alfombra, vestido todavía con su mejor traje, sí que lograría llegar hasta el jardín nocturno, pero sólo para descubrir que a causa de su anterior estupidez, Flor-en-la-noche estaba demasiado enfadada como para amarlo nunca más. O quizá ella aún le amaba, pero había decidido no salir volando con él. O...

Le llevó un rato quedarse dormido.

Pero cuando despertó, todo era perfecto. Justo ahora, la alfombra aterrizaba suavemente sobre el banco iluminado por la luna. Así que Abdullah comprendió que había dicho la palabra correcta después de todo y hacía tan poco tiempo que la había dicho que casi recordaba cuál era. Pero se le borró de la cabeza cuando Flor-en-la-noche llegó corriendo ansiosamente hacia él, entre las blancas flores perfumadas y las redondas lámparas amarillas.

—¡Estás aquí! —dijo ella mientras corría—. Estaba bastante preocupada.

No estaba enfadada. El corazón de Abdullah cantó de alegría.

—¿Estás preparada para salir? —le dijo a su vez—. Salta junto a mí.

Flor-en-la-noche rio encantada —definitivamente eso no era una risita tonta— y fue corriendo a través del césped. La luna debió de esconderse tras una nube porque, por un momento, Abdullah vio a la joven iluminada sólo por las lámparas, dorada y ansiosa, mientras corría. Se puso de pie y tendió sus manos hacia ella.

Mientras lo hacía, la nube se colocó justo bajo la luz de las lámparas. Y no era una nube, sino grandes alas negras y coriáceas, batiendo silenciosamente. Un par de brazos también de cuero, con manos que tenían largas uñas como garras, salieron de



la sombra de esas alas batientes y envolvieron a Flor-en-la-noche. Abdullah vio cómo era sacudida y cómo esos brazos pararon su carrera. Ella miró alrededor y hacia arriba. Lo que quiera que viese le hizo soltar un único grito salvaje, desesperado, que se cortó cuando uno de los brazos curtidos cambió de posición para poner una enorme mano con forma de garra sobre su cara. Flor-en-la-noche golpeó el brazo con sus puños, pateó y forcejeó, pero todo resultó inútil. Fue elevada, una pequeña figura blanca contra la inmensa negrura. Las enormes alas volvieron a batir en silencio. Un pie gigantesco, con garras como las manos, presionó el césped a un metro del banco donde Abdullah estaba aún levantándose y una pierna coriácea flexionó los poderosos músculos de la pantorrilla para que aquella cosa (fuera lo que fuera) saltara hacia el cielo. Por un brevísimo momento, Abdullah se encontró a sí mismo contemplando una cara espantosa y pellejuda con un aro que atravesaba su ganchuda nariz y grandes ojos oblicuos, reservados y crueles. Aquello no le estaba mirando a él. Simplemente se concentraba en conseguir alzarse en el aire, junto con su cautiva.

Al siguiente segundo ya estaba volando. Un latido después, Abdullah lo vio sobre su cabeza: un poderoso demonio volador que balanceaba una diminuta y pálida chica humana en sus brazos. Después, la noche se lo tragó. Todo pasó increíblemente rápido.

—Tras él. Sigue a ese demonio —ordenó Abdullah a la alfombra.

La alfombra pareció obedecer. Se alzó del banco. Y entonces, casi como si alguien le hubiera dado otra orden, se arrellanó de nuevo y se quedó quieta.

—¡Tú, felpudo apolillado! —le chilló Abdullah.

Llegó un grito de más allá del jardín:

—¡Por aquí, hombres! El grito venía de allí arriba.

A lo largo de la arcada, Abdullah atisbo los reflejos de la luz de la luna sobre cascos metálicos y (peor todavía) las doradas luces de las lámparas reflejadas en espadas y ballestas. No se esperó a explicarle a esa gente porque había chillado. Se lanzó en plancha sobre la alfombra.

—¡De vuelta al puesto! —le susurró—. ¡Rápido! ¡Por favor!

Esta vez la alfombra obedeció tan deprisa como lo había hecho la noche anterior. En un abrir y cerrar de ojos estuvo fuera del banco y después sorteó volando a toda velocidad un muro amenazadoramente alto. Abdullah sólo pudo echar un vistazo fugaz al numeroso grupo de mercenarios norteños que daba vueltas alrededor del jardín iluminado por la luz de las lámparas, antes de llegar volando a toda velocidad sobre los tejados dormidos y las torres iluminadas por la luna de Zanzib. Casi no tuvo tiempo de comprender que el padre de Flor-en-la-noche debía ser aún más rico de lo que él había imaginado (pocas personas podrían permitirse aquella cantidad de soldados a sueldo y los mercenarios del norte eran los más caros) antes de que la



alfombra descendiera planeando y le dejara suavemente en medio de su puesto atravesando las cortinas.

Entonces le llegó la desesperación.

Un demonio había raptado a Flor-en-la-noche y la alfombra había rehusado seguirlo. Eso no era sorprendente. Un demonio, como todo el mundo sabía en Zanzib, dominaba enormes poderes en el aire y en la tierra. No había duda de que el demonio, como precaución, había ordenado a todas las cosas del jardín permanecer donde estaban hasta que él se llevara a Flor-en-la-noche. Seguro que no había notado la presencia de la alfombra ni a Abdullah sobre ella, pero la magia menor de la alfombra había sucumbido a la orden del demonio. De modo que el demonio había raptado a Flor-en-la-noche, a la que Abdullah amaba más que a su propia alma, justo cuando ella corría a sus brazos y no parecía que él hubiera podido hacer nada al respecto.

Sollozó.

Después prometió que tiraría todo el dinero que llevaba escondido en sus ropas. Ahora no le servía para nada. Pero antes de hacerlo volvió a entregarse a la pena, ruidosa y tristemente al principio, lamentándose en voz alta y golpeando su pecho a la manera de Zanzib; luego, cuando los gallos empezaron a cacarear y la gente comenzó su ir y venir de un lado a otro, cayó en una silenciosa desesperación. No sentía necesidad ni siquiera de moverse. El resto de la gente podría andar con prisas, silbar o tocar tambores, pero Abdullah no era ya parte de esa vida. Permanecía agachado sobre la alfombra mágica, deseando estar muerto.

Tan triste estaba que no se le ocurrió que él mismo podría estar en peligro. No prestó atención cuando todos los ruidos del Bazar cesaron de golpe, como pájaros cuando un cazador entra en el bosque. Ni se dio cuenta del ruido de la pesada marcha de los mercenarios, ni del regular ¡clanc, clanc, clanc! de sus armaduras. Cuando alguien ordenó «¡Alto!» fuera de su puesto, ni siquiera giró la cabeza. Pero se dio la vuelta cuando echaron abajo las cortinas. Se fue sorprendiendo poco a poco. Guiñó sus hinchados ojos a la poderosa luz del sol y se preguntó vagamente qué hacía allí una tropa de soldados nortños.

—Es él —dijo alguien con ropa de civil, que bien podría haber sido Hakim y que se escabulló prudentemente antes de que los ojos de Abdullah pudieran enfocarlo.

—¡Tú! —dijo con brusquedad el jefe del escuadrón—. Fuera. Con nosotros.

—¿Qué? —dijo Abdullah.

—Agarradle —dijo el jefe.

Abdullah estaba desconcertado. Protestó débilmente cuando le arrastraron y retorcieron los brazos para que anduviera. Continuó protestando mientras marchaban a paso ligero (¡clanc, clanc, clanc, clanc!) fuera del Bazar y hacia el barrio oeste. Al poco rato ya protestaba airadamente.



—¿Qué es esto? —jadeó—. Yo exijo... como ciudadano... ¿Dónde vamos?

—Cállate. Ya lo verás —respondieron, demasiado en forma para jactarse.

Poco después, metieron a toda prisa a Abdullah por debajo de una puerta maciza hecha de bloques de piedra que resplandecían al sol y lo condujeron a la puerta de una herrería, que parecía un horno, situada en un patio brillante, donde pasaron cinco minutos cargando a Abdullah de cadenas. Él protestó aún más.

—¿Para qué es esto? ¿Dónde estamos? ¡Exijo saberlo!

—Cállate —dijo el jefe del escuadrón. Luego comentó a su segundo al mando en su bárbaro acento del norte—: Siempre se retuercen así estos zanzibios, no tienen noción de la dignidad.

Mientras el jefe del escuadrón decía esto, el herrero (que era también de Zanzib) le murmuró a Abdullah:

—El sultán te busca. No creo que tengas muchas posibilidades. La última vez que encadené así a alguien, lo crucificaron.

—Pero yo no he hecho nada —protestó Abdullah.

—¡CÁLLATE! —gritó el jefe del escuadrón—. ¿Has terminado, herrero? Bien. ¡Paso ligero! —Y condujeron a Abdullah de nuevo a través del patio brillante y hasta el interior de un gran edificio situado en el otro extremo.

Abdullah jamás hubiera imaginado que era posible andar con esas cadenas. Así eran de pesadas. Pero es increíble lo que puede hacer uno si un grupo de soldados de caras largas se empeña en que lo hagas. Corrió, ¡clin, clan!, ¡clin, clan!, ¡clanc!, hasta que finalmente, con un exhausto traqueteo, llegó a los pies de un asiento sumamente alto hecho de azulejos dorados y azul marino y cubierto con almohadones. Allí, todos los soldados se arrodillaron, de forma distante, decorosa, como hacen los soldados del norte con la persona que les paga.

—Entrego al prisionero Abdullah, mi señor sultán —dijo el jefe del batallón.

Abdullah no se arrodilló. Siguió las costumbres de Zanzib y se tiró boca abajo. Además, estaba extenuado y era más fácil dejarse caer con un poderoso estrépito que hacer cualquier otra cosa. El suelo de azulejos estaba bendita y maravillosamente frío.

—Haced que el hijo del excremento del camello se arrodille —dijo el sultán—. Haced que esa criatura nos mire a la cara —hablaba en voz baja pero temblaba con ira.

Un soldado lo arrastró de las cadenas y otros dos tiraron de sus brazos hasta que consiguieron ponerlo más o menos de rodillas. Lo sostuvieron de aquella forma y Abdullah se alegró. De no ser así se habría derrumbado con horror. El hombre que ocupaba el trono de azulejos era gordo y calvo y tenía una poblada barba gris. Con aparente indolencia pero implacablemente enfadado en realidad, tamborileaba los



dedos en un almohadón sosteniendo una cosa de algodón blanco que tenía una borla encima. Fue esta cosa decorada con una borla lo que hizo que Abdullah entendiera en qué problema estaba metido. Aquello era su propio gorro de dormir.

—Bien, perro de un montón de estiércol —dijo el sultán—. ¿Dónde está mi hija?

—No tengo ni idea —dijo Abdullah con pesar.

—¿Niegas —dijo, balanceando el gorro como si se tratase de una cabeza cortada que estuviese sosteniendo por el pelo—, niegas que este sea tu gorro de dormir? ¡Tiene tu nombre dentro, el tuyo, miserable vendedor! Lo encontré yo, yo mismo, en persona, dentro del joyero de mi hija, junto con ochenta y dos retratos de personas corrientes, que habían sido escondidos por ella en ochenta y dos sitios ingeniosos.

¿Niegas que entraste sigilosamente en mi jardín nocturno y te presentaste ante mi hija con esos retratos? ¿Niegas que fue entonces cuando te llevaste furtivamente a mi hija?

—¡Sí, lo niego! —dijo Abdullah—. No niego el gorro o las pinturas, oh, el más exaltado de los defensores de los débiles, aunque debo señalar que tu hija es más lista escondiendo que tú encontrando, gran portador de sabiduría, puesto que le di, de hecho, ciento siete pinturas más de las que has descubierto, pero verdaderamente yo no he secuestrado a Flor-en-la-noche. Fue raptada delante de mis mismos ojos por un enorme y horroroso demonio. Y no sé mejor que tu celestial persona dónde está ahora mismo.

—¡Vaya historia! —dijo el sultán—. ¡Con demonio incluido! ¡Mentiroso! ¡Gusano!

—Juro que es verdad —gritó Abdullah. Tenía ya tal desesperación que poco le importaba lo que decía—. Trae el objeto sagrado que prefieras y yo juraré sobre él lo del demonio. Encántame para que diga la verdad y continuaré diciendo lo mismo, oh, poderoso machacador de los criminales. Porque esa es la verdad. Y, puesto que yo estoy más desolado que tú por la pérdida de tu hija, grandioso sultán, gloria de nuestra tierra, ¡te imploro que me mates ahora y me libres de una vida de miseria!

—Haré con gusto que te ejecuten —dijo el sultán—, pero primero dime dónde está ella.

—¡Pero si ya te lo he dicho, maravilla del mundo! —dijo Abdullah—, no sé dónde está.

—Lleváoslo —dijo el sultán con gran calma a sus soldados arrodillados quienes se levantaron de un salto y pusieron a Abdullah de pie—. Torturadle hasta sacarle la verdad —añadió el sultán—. Cuando la encontremos lo podéis matar, pero que sobreviva hasta entonces. Me atrevo a decir que el príncipe de Ochinstan aceptará ser su viudo si doblo la dote.

—¡Te equivocas, soberano de los soberanos! —jadeó Abdullah mientras los soldados lo arrastraban sonoramente sobre los azulejos—. No tengo ni idea de dónde fue el demonio, y mi gran pena es que se la llevó antes de que tuviera la oportunidad



de casarme con ella.

—¿Qué? —gritó el sultán—. ¡Traedlo de vuelta! —Los soldados al unísono arrastraron a Abdullah y sus cadenas otra vez hasta la silla de azulejos, donde ahora el sultán se inclinaba enfadado hacia delante—. ¿Ensucias mi limpio oído diciendo que no te has casado con mi hija, mugre? —exigió.

—Correcto, poderoso monarca —dijo Abdullah—. El demonio llegó antes de que pudiéramos fugarnos.

El sultán bajó hacia él una mirada que parecía de horror:

—¿Es esa la verdad?

—Juro —dijo Abdullah— que ni siquiera he besado a tu hija. Había pensado buscar un magistrado tan pronto como estuviésemos lejos de Zanzib. Sé qué es lo apropiado. Pero también veía apropiado asegurarme primero de que Flor-en-la-noche quería de verdad casarse conmigo. Me dio la impresión de que tomó su decisión en la ignorancia, a pesar de las ciento ochenta y nueve pinturas. Si me perdonas que diga esto, protector de los patriotas, tu método para criar hijas es definitivamente inaudito. Me tomó por una mujer cuando me vio la primera vez.

—Así que —dijo el sultán meditabundo— cuando la noche pasada ordené a los soldados atrapar y matar al intruso del jardín, podría haber sido desastroso. ¡Tú, loco —le dijo a Abdullah—, esclavo y chucho que se atreve a criticar! Por supuesto que debía criar a mi hija tal y como lo he hecho. ¡La profecía de su nacimiento afirma que se casará con el primer hombre, aparte de mí, que vea!

Pese a las cadenas, Abdullah se enderezó. Por primera vez en aquel día sintió una punzada de esperanza.

El sultán contemplaba la ornamentada y elegante sala de azulejos, pensando.

—Esa profecía me venía muy bien —comentó—. He deseado durante mucho tiempo una alianza con las ciudades del norte, porque ellos tienen mejores armas que las que hacemos aquí y, según tengo entendido, algunas de esas armas son verdaderamente mágicas. Pero los príncipes de Ochinstan son muy difíciles de atrapar. Así que todo lo que tenía que hacer, o eso creía, era alejar a mi hija de cualquier posibilidad de ver a un hombre, y darle naturalmente la mejor educación, asegurándome de que ella pudiera cantar y bailar y hacerse agradable para un príncipe. De este modo, cuando mi hija estuviera en edad casadera, invitaría al príncipe, en una visita de estado. Iba a venir el año próximo, cuando hubiera acabado de someter la tierra que anda conquistando con esas mismas excelentes armas. Y sabía que tan pronto como mi hija pusiera los ojos en él, ¡la profecía se encargaría del resto! —Sus ojos giraron torvamente hacia Abdullah—. ¡Mis planes han sido desbaratados por un insecto como tú!

—Eso es desafortunadamente cierto, oh, el más prudente de los gobernantes —admitió Abdullah—. Dime, ¿acaso es este príncipe de Ochinstan viejo y algo feo?



—Creo que es espantoso a la manera nortea, como estos mercenarios —dijo el sultán, y Abdullah notó que los soldados (la mayoría de ellos cubiertos de pecas y con el pelo rojizo) se ponían tensos—. ¿Por qué preguntas eso, perro?

—Porque, si perdonas más críticas a tu gran sabiduría, oh, abrigo de nuestra nación, eso parece algo injusto para tu hija —observó Abdullah. Sintió que los ojos de los soldados se giraban hacia él, maravillándose de su atrevimiento. Abdullah no se inmutó, sabía que tenía muy poco que perder.

—Las mujeres no cuentan, así que es imposible ser injusto con ellas.

—No estoy de acuerdo —dijo Abdullah, y los soldados lo miraron aún más fijamente.

El sultán le lanzó una mirada fulminante. Sus poderosas manos apretaban el gorro como si se tratase del cuello de Abdullah:

—¡Cállate, sapo enfermo! —dijo—. O harás que me olvide de mí mismo y ordene tu ejecución instantánea.

Abdullah se relajó un poco:

—Oh, absoluta espada entre los ciudadanos, te imploro que me mates ahora —dijo—. He transgredido, pecado y entrado sin autorización en tu jardín nocturno.

—¡Cállate! —dijo el sultán—. Sabes perfectamente que no puedo matarte hasta que haya encontrado a mi hija y me haya asegurado de que se casa contigo.

Abdullah se relajó aún más:

—Tu esclavo no sigue tu razonamiento, oh, joya de la justicia —protestó—, exijo morir ahora.

El sultán prácticamente le gruñó:

—Si he aprendido algo —dijo— de este penoso negocio, es que ni siquiera yo, el sultán de Zanzib, aun siéndolo puedo engañar al destino. La profecía se realizará de todos modos, lo sé. Así que, si quiero que mi hija se case con el príncipe de Ochinstan primero tengo que hacer que la profecía se lleve a cabo.

Abdullah se relajó por completo. Él había comprendido esto de inmediato, pero quería asegurarse de que el sultán también se diera cuenta. Y lo había hecho. Flor-en-la-noche había heredado claramente la mente lógica de su padre.

—Y bien, ¿dónde está mi hija? —preguntó el sultán.

—Te lo he dicho, oh, sol brillante sobre Zanzib —dijo Abdullah—. El demonio...

—No he creído lo del demonio ni por un momento —dijo el sultán—. Resulta demasiado oportuno. Tienes que haber escondido a la niña en alguna parte. Llévao slo —dijo a los soldados— y encerradlo en la mazmorra más segura que tengamos. Dejadle las cadenas. Ha debido de usar alguna forma de encantamiento para entrar en el jardín y probablemente la use para escapar a menos que seamos



cuidadosos. —Abdullah no pudo evitar estremecerse en este punto. El sultán se dio cuenta. Sonrió de forma desagradable—. Después quiero que busquéis a mi hija, casa por casa. Debe ser traída a la mazmorra para la boda tan pronto como sea encontrada. —Sus ojos se volvieron, meditabundos, hacia Abdullah—. Hasta entonces —dijo— me entretendré inventando nuevas maneras de matarte, por el momento, soy partidario de atravesarte con una estaca de veinte metros y después soltar buitres para que te coman a cachitos. Pero podría cambiar de idea si se me ocurre algo mejor.

Mientras los soldados lo arrastraban fuera, Abdullah sintió de nuevo algo cercano a la desesperación. Pensó en la profecía hecha en su propio nacimiento. Una estaca de veinte metros lo alzaría amablemente sobre todos los demás hombres de esta tierra.



Capítulo 6

Que muestra cómo Abdullah cayó de la sartén al fuego

Pusieron a Abdullah en una mazmorra profunda y maloliente cuya única iluminación procedía de una diminuta rejilla situada en el techo. Y la luz que llegaba no era luz del día. Probablemente venía de una ventana distante al final de un pasillo del piso superior, en cuyo suelo estaba la rejilla.

Consciente de que eso era lo que más iba a echar de menos, mientras los soldados lo arrastraban, Abdullah trató de llenar sus ojos y su mente con imágenes de luz. En el intervalo de tiempo en que los soldados cerraban la puerta exterior de las mazmorras, miró hacia arriba y a su alrededor. Estaban en un patio pequeño y oscuro, de desnudos muros de piedra que parecían acantilados. Pero si estiraba el cuello hacia atrás, Abdullah alcanzaba a ver, a media distancia, el contorno de un esbelto minarete alumbrado por el oro creciente de la mañana. Se sorprendió al comprobar que sólo pasaba una hora del amanecer. El cielo sobre el minarete era de un azul profundo y sólo había en él una plácida nube. La mañana todavía ruborizaba la nube de rojo y oro, dándole el aspecto de un castillo de altas torres y ventanas doradas. La dorada luz tocó las alas de un pájaro blanco que daba vueltas alrededor del minarete. Abdullah estaba seguro de que esa sería la última maravilla que vería en su vida. Fijó allí su vista mientras los soldados lo arrojaban dentro.

Cuando lo encerraron en la fría y gris mazmorra, intentó guardar esta imagen como un tesoro, pero le fue imposible. La mazmorra era otro mundo. Durante un buen rato, estuvo demasiado abatido como para notar cuánto lo constreñían las cadenas. Al darse cuenta, las zarandeo y las golpeó cuanto pudo en el suelo frío, pero esto no ayudó mucho.

—Debo hacerme a la idea de que estaré aquí de por vida —se dijo—. A menos que alguien rescate a Flor-en-la-noche, por supuesto. —Pero eso, en tanto el sultán se negara a creer en el demonio, parecía poco probable.

Más tarde, intentó conjurar su desesperación soñando despierto. Verse a sí mismo como un príncipe raptado no ayudaba para nada. Sabía que eran sólo mentiras, y se



culpó porque Flor-en-la-noche había creído que era cierto. Quizá ella había decidido casarse con él porque pensaba que era un príncipe (siendo ella misma una princesa, como ahora sabía). No podía ni imaginarse contándole la verdad. Durante unos momentos, se creyó merecedor del peor de los destinos que el sultán pudiera inventar para él.

Luego se puso a pensar en Flor-en-la-noche. Donde fuera que estuviese, seguro que estaba al menos tan asustada y triste como él. Abdullah anhelaba consolarla. Eran tantas sus ganas de rescatarla que pasó mucho tiempo tirando inútilmente de las cadenas.

—¡Puesto que lo más probable es que nadie más vaya a intentarlo —masculló—, debo salir de aquí!

Entonces intentó llamar a la alfombra, aunque estaba seguro de que esa era otra de sus tontas ideas, como sus sueños. La visualizó sobre el suelo de su puesto y la llamó en voz alta, una y otra vez, sin descanso. Pronunció todas las palabras mágicas que se le ocurrieron, esperando que alguna de ellas fuera la correcta.

No pasó nada. ¡Y qué tonto por su parte pensar lo contrario!, se dijo Abdullah. Aun cuando la alfombra pudiera escucharlo desde la mazmorra, y suponiendo que diera finalmente con la palabra clave, cómo podría apañárselas, por más que fuese una alfombra mágica, para retorcerse y entrar por la diminuta rejilla, y aún así, cómo podría ayudar a Abdullah a salir.

Abdullah desistió y se echó contra el muro, medio dormido, medio desesperado. Quizá fuese esta la hora más calurosa del día, aquella en la que la mayoría de la gente de Zanzib se tomaba cuando menos un pequeño descanso. El propio Abdullah, si es que no andaba visitando algún parque público, normalmente se sentaba a la sombra, frente a su tienda, sobre un montón de sus alfombras menos valiosas y bebía zumo, o vino, si es que podía permitírselo, y charlaba holgazanamente con Jamal. Pero ya nunca más. ¡Y este era sólo el primer día!, pensó morbosamente. «Ahora llevo la cuenta de las horas. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que pierda la cuenta de los días?»

Cerró los ojos. Algo bueno: la búsqueda casa por casa de la hija del sultán por lo menos causaría algunas molestias a Fátima, Hakim y Assif, ya que todo el mundo sabía que estos eran su única familia. Ojalá los soldados echasen abajo el emporio púrpura. Ojalá rajaran los muros y desenrollaran todas las alfombras. Ojalá arrestaran...

Algo aterrizó a los pies de Abdullah.

«Así que me echan comida» pensó, «pero yo prefiero morir de inanición».

Comenzó a abrir sus ojos perezosamente. Y se le abrieron de golpe.

Allí, en el suelo de la mazmorra, descansaba la alfombra mágica y, sobre ella, plácidamente dormido, estaba el malhumorado perro de Jamal.



Abdullah los miró fijamente a ambos. Podía imaginar que, en el calor del mediodía, el perro se había tumbado a la sombra de su puesto. E imaginaba que se había echado en la alfombra porque esta era cómoda. Pero quedaba fuera de su entendimiento cómo un perro (¡un perro!) había podido dar la orden a la alfombra. Mientras lo observaba, el perro empezó a soñar. Movía sus patas, arrugaba el hocico y resoplaba como si hubiese capturado la más deliciosa esencia, lanzando débiles quejidos como si se le estuviese escapando aquello que hubiese capturado en sueños.

—¿Es posible, amigo mío —le dijo Abdullah— que estés soñando con la vez en que te di casi todo mi desayuno?

En sueños, el perro le escuchó. Lanzó un fuerte ronquido y se despertó.

Como perro que era, no malgastó el tiempo preguntándose cómo habría llegado a esa extraña mazmorra. Olfateó y olió a Abdullah. Se irguió con un estallido de alegría, plantó sus patas en el pecho de Abdullah, entre las cadenas, y lamio su cara con entusiasmo.

Abdullah sonrió y estiró su cabeza para mantener la nariz lejos del aliento a calamar del perro. Ambos estaban casi igual de encantados.

—Así que soñabas conmigo —dijo—. Amigo mío, debería prepararte un cuenco de calamares a diario. ¡Has salvado mi vida y posiblemente también la de Flor-en-la-noche!

Tan pronto como el perro disminuyó un poco su, entusiasmo, Abdullah se esforzó en girar y arrastrarse por el suelo hasta quedar tendido, apoyado sobre un codo, encima de la alfombra. Dio un gran suspiro. Ahora estaba a salvo.

—Vamos —le dijo al perro—, súbete tú también a la alfombra.

Pero el perro había descubierto el olor de lo que sin duda era una rata en la esquina de la mazmorra. Perseguía el olor resoplando ansiosamente. Con cada resoplido, Abdullah sintió que la alfombra se agitaba debajo de él. Esa era la respuesta.

—Vamos —dijo—. Si te dejas aquí, te encontrarán cuando vengan con la comida o a interrogarme, y asumirán que me he convertido en perro. Y mi suerte será la tuya. Me has traído la alfombra y me has revelado su secreto, no puedo permitir que te claven en una estaca de veinte metros.

El perro tenía su hocico metido en la esquina. No prestaba atención. Pese a los gruesos muros de la mazmorra, Abdullah escuchó el inequívoco marchar de pasos y el repiquetear de unas llaves. Venía alguien. Desistió de persuadir al perro y se tumbó en la alfombra.

—Aquí, chico —dijo—. Ven y chúpame la cara.

Eso lo entendió perfectamente el perro. Abandonó la esquina, saltó sobre el pecho de Abdullah y le obedeció.



—Alfombra —musitó Abdullah por debajo de la ocupada lengua—, al Bazar, pero no aterrices, quédate sobre el puesto de Jamal.

La alfombra se elevó y salió disparada lateralmente. Por suerte, porque unas llaves estaban abriendo la mazmorra. Abdullah no supo con seguridad cómo había dejado la mazmorra la alfombra, ya que el perro no paraba de lamerle la cara y no tenía más remedio que cerrar los ojos. Sintió que atravesaba una sombra húmeda y fría (quizá cuando se desvanecieron cruzando el muro) y después sintió la brillante luz del sol. El perro, desconcertado, levantó la vista hacia el sol. Abdullah entreabrió los ojos y, a través de sus cadenas, vio un alto muro en frente que fue cayendo bajo ellos conforme la alfombra ascendía suavemente. Después llegó la sucesión de torres y tejados que, aunque Abdullah sólo había visto la noche anterior, le eran bastante familiares. Y luego la alfombra comenzó a descender, planeando hasta el extremo exterior del Bazar, pues el palacio del sultán estaba a sólo cinco minutos del puesto de Abdullah.

La tienda de Jamal se hizo visible, y junto a ella, los restos del puesto de Abdullah. Las alfombras estaban desparramadas por toda la calle. Obviamente los soldados habían ido allí a buscar a Flor-en-la-noche. Entre una enorme olla de calamares hirviendo y una parrilla de carbón con brochetas de carne humeantes, estaba Jamal, dormitando con la cabeza sobre sus brazos. Levantó la vista y su único ojo observó la llegada de la alfombra, que se quedó flotando en el aire frente a él.

—Abajo, chico —dijo Abdullah—. Jamal, llama a tu perro.

Evidentemente, Jamal estaba muy asustado. No es nada divertido tener la tienda junto a la puerta de alguien a quien el sultán quiere empalar en una estaca. Parecía haber perdido el habla. Puesto que el perro tampoco le hacía caso, Abdullah se incorporó con dificultad, sudando y haciendo ruido con las cadenas para sentarse. Con esto consiguió echar al perro, que saltó con destreza al mostrador de la tienda en donde Jamal lo tomó absorto entre sus brazos.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó, mirando las cadenas—. ¿Voy por un herrero?

A Abdullah le emocionó esta prueba de amistad de Jamal. Pero sentarse le había dado una visión general de la calle entre los puestos. Podía ver plantas de pies corriendo hacia allí y ropas que volaban a toda velocidad. Parecía que uno de los vigilantes de las tiendas se había puesto en camino para traer a la guardia, y algo en la figura del que corría le recordó fuertemente a Assif.

—No —dijo—. No hay tiempo. —Traqueteó hasta sacar con dificultad su pierna izquierda por el filo de la alfombra. —Mejor haz esto por mí. Pon tu mano en el bordado que hay sobre mi bota izquierda.

Obediente, Jamal alargó su musculoso brazo y tocó el bordado con mucha cautela.

—¿Es un conjuro? —preguntó nerviosamente.



—No —dijo Abdullah—. Es un monedero secreto. Mete la mano y saca el dinero.

Jamal estaba desconcertado pero sus dedos buscaron a tientas, encontraron el camino al monedero y sacaron una considerable cantidad de oro.

—Hay una fortuna aquí —dijo—. ¿Es para comprar tu libertad?

—No —dijo Abdullah—. Es tuyo. Te perseguirán a ti y a tu perro por ayudarme. Coge el oro y el perro y sal de aquí. Deja Zanzib. Vete al norte, a los lugares bárbaros, y escóndete allí.

—¡Al norte! —dijo Jamal—. ¿Pero qué voy a hacer yo en el norte?

—Compra aquello que necesites y establece un restaurante rashpuhtí —dijo Abdullah—. Ahí tienes suficiente oro para hacerlo, y además eres un excelente cocinero. Podrás hacer una fortuna.

—¿De veras? —dijo Jamal, mirando alternativamente a Abdullah y al puñado de monedas—. ¿De veras crees que podría?

Abdullah, que había mantenido un ojo cauteloso fijo en la calle, vio cómo el espacio se llenaba ahora no de guardias sino de mercenarios nortños que corrían a su alcance.

—Sólo si te marchas ya —dijo.

Jamal captó el traqueteo de los soldados corriendo. Se asomó para mirar y asegurarse. Luego silbó a su perro y se fue, tan silenciosa y rápidamente que Abdullah sintió admiración por él. Jamal había tenido tiempo incluso de quitar la carne de la parrilla, no fuese a salir ardiendo... Todo lo que encontrarían los soldados sería un caldero de calamares a medio cocer.

Abdullah susurró a la alfombra:

—¡Al desierto, a toda prisa!

A la voz de ya, la alfombra salió de costado con su habitual rapidez. Abdullah pensó que, de no ser por el peso de sus cadenas (que hacía que la alfombra se hundiera en su centro, como una hamaca), seguramente se habría caído. Y era necesaria la velocidad. Detrás de él, los soldados gritaban. Sonaron algunos disparos. Al instante, dos balas y una flecha cortaron el cielo azul junto a la alfombra y luego cayeron sin alcanzarla. La alfombra salió disparada, a través de los tejados, por encima de los muros y junto a las torres y después pasó rozando palmeras y huertos. Finalmente se lanzó a un vacío, caliente y gris, de brillantes blancos y amarillos bajo el inmenso tazón del cielo, y las cadenas de Abdullah empezaron, incómodamente, a calentarse. La ráfaga de aire cesó. Abdullah levantó la cabeza y vio Zanzib como un grupo de torres, sorprendentemente pequeño, en el horizonte. La alfombra flotaba ahora despacio y pasó junto a una persona que conducía un camello. Y este giró su cara cubierta de velos para mirarla. Empezó a descender hacia la arena. En ese punto, el hombre dio la vuelta en su camello y lo hizo trotar también tras la alfombra.



Abdullah casi podía imaginarlo pensando alegremente que esta era su oportunidad de echarle las garras a una alfombra mágica, genuina y en funcionamiento, y con su dueño encadenado y sin posibilidad de resistirse.

—¡Arriba, arriba! —prácticamente le chilló a la alfombra—. ¡Vuela hacia el norte!

La alfombra remontó de nuevo en el aire. Respiraba irritación y desgana por cada uno de sus hilos. Recorrió un enorme medio círculo y se meció suavemente, a paso lento, en dirección al norte. El hombre del camello acortó distancia recorriendo en línea recta los extremos del medio círculo y comenzó a galopar. Puesto que la alfombra flotaba a sólo dos metros y medio, era un objetivo fácil para alguien que galopase en un camello.

Abdullah pensó que era el momento adecuado para una charla rápida.

—¡Cuidado! —le gritó al jinete—. ¡Me han encadenado y me han expulsado de Zanzib por miedo a que propague la peste que tengo! —El jinete no estaba tan loco. Detuvo al camello y siguió con un paso más cauteloso mientras se las arreglaba para sacar del equipaje el poste de su tienda. Estaba claro que pretendía arrojar a Abdullah fuera de la alfombra con eso. Rápidamente, Abdullah volvió su atención hacia la alfombra.

—¡Oh, la más excelente de todas las alfombras! —dijo—. ¡Oh, la de colores más brillantes y la más delicadamente tejida, tu adorable lienzo está tan sutilmente realzado con la magia que temo que no te he tratado hasta ahora con el debido respeto! Te he dado órdenes con brusquedad, incluso te he gritado, y ahora veo que tu suave naturaleza requiere peticiones más amables. ¡Perdóname, oh, perdóname!

La alfombra apreció el gesto. Se tensó en el aire y aumentó un poco su velocidad.

—Y como el perro que soy —continuó Abdullah— te he obligado a trabajar en el calor del desierto, lastrándote terriblemente con el peso de mis cadenas. Oh, la mejor y más elegante de las alfombras, ahora pienso sólo en ti y en cuál será la mejor manera de librarte de este gran peso. Si volases a una velocidad moderada, esto es, sólo un poquito más rápido que el galope de un camello, hacia el lugar del desierto más cercano al norte, donde encontráramos a alguien que me quitara estas cadenas... ¿Se ajustaría esto a tu afable y aristocrática naturaleza?

Ahora sí parecía haber tocado la fibra correcta. Una suerte de orgullo petulante emanó de la alfombra. Ascendió cerca de medio metro, cambió ligeramente de dirección y avanzó con determinación a cien kilómetros por hora. Abdullah se sujetó como pudo al filo y echó un vistazo al frustrado jinete de camellos, cuya figura fue menguando hasta convertirse en un simple punto en el desierto.

—¡Oh, el más noble de los artefactos, tú eres una sultana entre las alfombras y yo tu miserable esclavo! —dijo con descaro.

Esto gustó tanto a la alfombra que marchó incluso más rápido.

Diez minutos más tarde, remontó una duna e hizo una abrupta parada al otro



lado, justo debajo de la cima. Desnivelándose. Sin poder evitarlo, Abdullah cayó rodando en una nube de arena. Y siguió rodando ruidosamente, dando brincos, levantando más arena y, tras unos esfuerzos desesperados, se deslizó con los pies por delante, como en un tobogán, abriendo un surco en la arena hasta dar de bruces con la orilla de la charca embarrada de un oasis. Unos harapientos que estaban sentados en cuclillas alrededor de algo se levantaron y dispersaron cuando Abdullah se estrelló contra ellos. Los pies de Abdullah chocaron contra lo que fuese que se arrodillaban, y eso salió despedido al interior de la charca. Uno de los hombres gritó indignado y se metió en el agua para rescatarlo. El resto sacó sables y cuchillos (e incluso una pistola de cañón largo), y rodearon amenazantes a Abdullah.

—Cortadle la garganta —dijo uno de ellos.

Abdullah parpadeó para quitarse la arena de los ojos y pensó que rara vez había visto una reunión de villanos como esta. Todos tenían cicatrices en el rostro, miradas sospechosas, malas dentaduras y desagradables expresiones. El más desagradable del lote era el hombre de la pistola. Tenía una especie de pendiente en su nariz aguileña y un bigote muy poblado. Su turbante tenía prendido un broche dorado con una llamativa piedra de color rojo.

—¿De dónde has salido? —dijo. Y pateó a Abdullah—. Expícate.

Los hombres, incluyendo al que salía ahora de la charca con una botella en la mano, miraron fijamente a Abdullah, y sus expresiones le decían que ya podía ir preparando una buena explicación. Si no...



Capítulo 7

Que presenta al genio

Abdullah todavía tenía arena en los ojos, pestañeó y observó con respeto al hombre de la pistola. Era la viva imagen del bandido de sus sueños. Debía tratarse de una coincidencia.

—Caballeros del desierto, imploro cien veces vuestro perdón —dijo muy educadamente— por entrometerme de esta manera en vuestros asuntos, pero ¿podría hablar con el más noble y mundialmente famoso de los bandidos, el sin igual Kabul Aqba?

Los bellacos que le rodeaban se quedaron atónitos. Abdullah escuchó con claridad que uno decía: «¿Cómo lo supo?». Pero el hombre de la pistola se limitó a hacer una mueca de desprecio. Algo para lo que su cara parecía estar perfectamente diseñada.

—Ese soy yo —dijo—. ¿Famoso?

Sí, era una de esas coincidencias, pensó Abdullah. Bien, al menos ahora sabía dónde se encontraba.

—¡Ay, trotamundos del desierto! —dijo—. Como vosotros, oh, nobles, yo también soy un relegado y un oprimido. He jurado venganza contra todo Rashpuht. He venido expresamente hasta aquí para unirme a vosotros y añadir la fuerza de mi mente y mis brazos a la vuestra.

—¿Sí? —dijo Kabul Aqba—. ¿Y cómo has llegado aquí? ¿Llovido del cielo, con cadenas y todo?

—Mediante la magia —dijo modestamente Abdullah. Pensó que sería lo más adecuado para impresionar a esta gente—. De hecho, oh, el más noble de los nómadas, he caído del cielo.

Desafortunadamente, no parecían impresionados. La mayoría rio. Con un movimiento de cabeza, Kabul Aqba mandó a dos de ellos a examinar el punto de llegada de Abdullah.

—Así que sabes hacer magia —dijo—. ¿Tiene algo que ver con esas cadenas que llevas?



—Desde luego —contestó Abdullah—. Soy un mago tan poderoso que el mismísimo sultán de Zanzib me cargó de cadenas por miedo a lo que puedo llegar a hacer. Tan sólo libérame de estas esposas y quítame las cadenas y presenciarás grandes cosas. —Vio de soslayo que los dos hombres regresaban portando la alfombra. Confió fervientemente en que esto fuera para bien—. Como sabes, el hierro impide a un mago usar su magia —dijo circunspecto—, permítete sacarme esto de encima y verás cómo se abre ante ti una nueva vida.

El resto de los bandidos lo miró dubitativamente.

—No tenemos cincel —dijo uno—, ni mazo.

Kabul Aqba se giró hacia los dos hombres que habían traído la alfombra.

—Esto es todo lo que había —informaron—. Ni huellas ni signos de cabalgaduras.

En ese momento, el jefe de los bandidos se acarició el bigote. Abdullah se preguntaba si se le habría enredado alguna vez en el aro de su nariz.

—Mmm... Me juego lo que sea a que es una alfombra mágica. Ponedla aquí. —Se giró sarcásticamente hacia Abdullah y dijo—: Siento desilusionarte, mago, pero puesto que te desenvuelves bien encadenado, te dejaré así y me haré cargo de tu alfombra, sólo para prevenir accidentes. Si de verdad quieres unirse a nosotros, primero tendrás que ser útil.

Para su sorpresa, Abdullah se dio cuenta de que estaba más enfadado que asustado. Tal vez hubiese agotado todo su miedo frente al sultán. O quizá era a causa del dolor. Estaba dolorido y magullado de rodar por la duna, y el grillete de uno de los tobillos le producía un brutal escozor.

—Pero te he dicho —afirmó con arrogancia— que no podré serte de ayuda hasta que me quites las cadenas.

—No es magia lo que queremos de ti. Es conocimiento —dijo Kabul Aqba. Le hizo señas al hombre que se había metido en la charca—. Explícanos qué es esto y te soltaremos las piernas como premio.

El hombre de la charca se agachó y luego mostró una botella de vientre redondeado llena de humo azul. Abdullah se apoyó sobre los codos y la miró, enojado. Parecía que era nueva. Un corcho limpio, y también reciente, sobresalía por el interior del cuello ahumado del vidrio, que había sido precintado con un sello de plomo, igualmente nuevo. Parecía un bote de perfume que hubiera perdido su etiqueta.

—Es bastante ligera —dijo el hombre agachado mientras agitaba la botella—, y no vibra ni suena al agitarse.

Abdullah trató de pensar en cómo podría usar esto para verse desencadenado.

—Es un genio embotellado —dijo—. Sabed, moradores del desierto, que podría tratarse de algo peligroso. Pero, si me quitáis las cadenas, controlaré al genio que hay



dentro de la botella y me aseguraré de que obedezca cada uno de vuestros deseos. Hasta entonces, creo que no debería ser tocada por nadie.

El hombre que sostenía la botella la soltó nerviosamente, pero Kabul Aqba se rio y la recogió del suelo.

—Más bien parece una buena bebida —dijo, y lanzó el frasco a otro hombre—. Ábrelo.

El hombre soltó su sable y sacó un cuchillo largo, con el que dio golpes al sello de plomo.

Abdullah vio cómo se esfumaba su oportunidad de librarse de las cadenas. Peor aún, estaba a punto de ser desenmascarado como farsante.

—Es real y extremadamente peligroso, oh, rubí entre los atracadores —protestó—. Una vez hayas roto el sello, no debes extraer el corcho bajo ningún concepto.

Mientras hablaba, el hombre despegó el sello y lo arrojó a la arena. Comenzó a sacar el corcho ayudado por otro hombre que sostenía erguida la botella.

—Si vas a quitar el corcho —balbuceó Abdullah—, por lo menos golpea la botella el número correcto y místico de veces, y asegúrate de que el genio haga un juramento.

Salió el corcho. ¡Pop! Un hilo de vapor morado humeó al exterior por el cuello del frasco. Abdullah deseó que fuera veneno, pero el humo se espesó al instante y se precipitó formando una nube alrededor de la botella, como si fuese una caldera que borboteaba vapor malva azulado. El vapor se transformó en un rostro (grande y enfadado y azul), unos brazos y el rastro de un cuerpo que seguía conectado a la botella, y siguió creciendo hasta que alcanzó con facilidad los tres metros de alto.

—¡Hice un voto! —aulló la cara con un rugido grande y ventoso—. Aquel que me sacara de la botella sufriría. ¡Ya está! —Los neblinosos brazos gesticularon.

Los dos hombres que sujetaban corcho y botella habían dejado aparentemente de existir. El corcho y la botella cayeron al suelo y el genio se vio forzado a inclinarse desde el cuello de la botella. De entre el vapor azul, surgieron dos grandes sapos que se arrastraron mirando alrededor con perplejidad. El genio volvió a alzarse, lenta y vaporosamente, flotando sobre el frasco con los brazos cruzados y mostrando una mirada de absoluto aborrecimiento en su neblinosa cara.

Para entonces, todo el mundo había salido corriendo salvo Abdullah y Kabul Aqba. Abdullah porque, encadenado como estaba, apenas podía moverse, y Kabul Aqba porque, clara e inesperadamente, era un hombre valiente. El genio les lanzó una mirada enfadada a ambos.

—Yo soy el esclavo de la botella —dijo—. Por mucho que deteste admitirlo, debo decir que estoy forzado a conceder un deseo diario a aquel que me posea —y añadió amenazadoramente—: ¿Cuál es tu deseo?



—Deseo... —comenzó a decir Abdullah.

Kabul Aqba tapó rápidamente la boca de Abdullah con su mano.

—Yo soy el que desea —dijo—. ¡Que te quede esto bien claro, genio!

—Te escucho —profirió el genio—. ¿Cuál es el deseo?

—Un momento —dijo Kabul Aqba. Puso la cara junto al oído de Abdullah. Su aliento olía aún peor que su mano. Aunque Abdullah tuvo que admitir que ninguno de estos olores podía compararse con el del perro de Jamal.

—Bien, mago —susurró el bandido—. Has demostrado saber de lo que estás hablando. Aconséjame qué desear y te haré un hombre libre y un miembro respetado de mi banda. Pero te mataré si tratas de desear algo en tu propio beneficio. ¿Entendido? —Puso el cañón de su pistola en la cabeza de Abdullah y le quitó la mano de la boca—. ¿Cuál debería ser mi deseo?

—Bueno —dijo Abdullah—, el deseo más sabio y generoso sería volver a convertir en hombres a tus dos sapos.

Kabul Aqba dedicó una larga mirada sorprendida a los dos sapos. Se arrastraban vacilantes sobre la embarrada orilla de la laguna, obviamente preguntándose si serían capaces de nadar o no.

—Vaya desperdicio de deseo —dijo—. Piensa otra vez.

Abdullah se estrujó el cerebro tratando de averiguar qué sería lo que más complacería a un jefe de bandidos.

—Por supuesto —dijo—, podrías pedir una fortuna ilimitada, pero entonces necesitarías transportar el dinero, así que quizá deberías desear primero un rebaño de robustos camellos. Y también necesitarías defender el tesoro. Así que quizá tu primer deseo debería ser un buen suministro de las célebres armas del norte, o...

—¿Pero cuál? —exigió Kabul Aqba—. Rápido. El genio empieza a impacientarse.

Eso era verdad. El genio no estaba zapateando de impaciencia, puesto que no tenía pies ni zapatos para hacerlo, pero algo en su amenazante y tenebroso rostro azul sugería que, si se le hacía esperar mucho más, pronto habría otros dos sapos en la laguna.

El destello de este pensamiento fue suficiente para convencer a Abdullah de que, pese a las cadenas, su situación sería peor si se convirtiese en sapo.

—¿Por qué no desear una fiesta? —preguntó con poca convicción.

—¡Eso está mejor! —añadió Kabul Aqba. Le dio una palmadita en la espalda a Abdullah y saltó de gozo—. Deseo la más impresionante de las fiestas.

El genio se inclinó, como la llama de una vela doblada por la corriente.

—Hecho —dijo amargamente—. Que te aproveche.



Y cuidadosamente se vertió a sí mismo de nuevo en su botella.

Fue la más impresionante de las fiestas. Surgió casi al instante, con un sordo pum. Apareció una larga mesa con un toldo a rayas, y con ella llegaron esclavos sirvientes de uniforme. Los bandidos se recuperaron bastante rápido del miedo, corrieron de vuelta y se repantingaron cómodamente en los sofás para comer los delicados manjares servidos en platos de oro mientras gritaban «¡Más, más, más!» a los esclavos. Cuando tuvo la oportunidad de hablar con ellos, Abdullah descubrió que los sirvientes eran esclavos del mismísimo sultán de Zanzib y que la fiesta debería haber sido la del sultán.

Esta noticia hizo que Abdullah se sintiese un poquito mejor. Pasó la fiesta encadenado, sujeto a una palmera próxima. Aunque no había esperado nada mejor por parte de Kabul Aqba, no dejaba de ser duro. Al menos, de tanto en tanto, Kabul Aqba se acordaba de él y, con un movimiento señorial de su mano, le enviaba un esclavo con un plato dorado o una jarra de vino.

Pues allí había de todo. Frecuentemente sonaba otro callado pum y llegaban más platos de comida fresca, servidos por más esclavos desconcertados, o se presentaba un carrito enjovado con lo que parecía ser la flor y nata de la bodega del sultán, o aparecía un sorprendido grupo de músicos. Cada vez que Kabul Aqba le mandaba un nuevo esclavo, Abdullah encontraba que este estaba bien dispuesto a responder a sus preguntas.

—En verdad, noble cautivo de un rey del desierto —le dijo uno—, el sultán se irritó bastante cuando el primer y el segundo plato desaparecieron misteriosamente. Cuando desapareció el tercer plato, este pavo real asado que llevo, colocó una guardia de mercenarios para escoltarnos a la cocina, pero fuimos raptados delante de sus narices, en el mismísimo salón del banquete y aparecimos instantáneamente en este oasis.

El sultán, pensó Abdullah, debería estar más y más hambriento a cada rato.

Más tarde, una tropa de bailarinas apareció, secuestrada del mismo modo. Aquello tuvo que haber irritado todavía más al sultán. Las bailarinas pusieron melancólico a Abdullah. Pensó en Flor-en-la-noche, que era el doble de hermosa que cualquiera de ellas, y sus ojos se invadieron de lágrimas. Mientras la alegría crecía en torno a la mesa, los dos sapos se sentaron a la orilla del estanque, resoplando amargamente. Sin duda, para ellos las cosas se veían tan mal como para Abdullah.

Cuando cayó la noche, los esclavos, los músicos y las bailarinas se desvanecieron, si bien quedaron los restos de la comida y el vino. Para entonces, los bandidos se habían saciado y habían vuelto a hartarse de comer. La mayoría cayeron dormidos allí donde estaban sentados. Pero, para consternación de Abdullah, Kabul Aqba se puso en pie, se tambaleó levemente y recogió la botella del genio de debajo de la mesa. Se aseguró de que estaba cerrada. Después volvió a tambalearse y se tumbó sobre la alfombra mágica con la botella en sus manos. Cayó dormido casi al instante.



Abdullah se recostó junto a la palmera con una ansiedad creciente. Si el genio había enviado a los esclavos de vuelta al palacio de Zanzib, y esto parecía lo más probable, entonces les harían enojosas preguntas. Todos contarían la misma historia, que habían sido forzados a servir a una banda de ladrones y que un joven encadenado y bien vestido lo miraba todo, sentado en una palmera. El sultán sumaría dos y dos. No era tonto. En este mismo momento, quizá una tropa de soldados, montados en rápidos camellos, hubiese sido enviada para buscar cierto pequeño oasis en el desierto.

Pero esa no era la mayor preocupación de Abdullah. Observaba con creciente ansiedad al dormido Kabul Aqba. Estaba a punto de perder su alfombra mágica y, ni que decir tiene, a un genio extremadamente útil junto con ella.

Como era de suponer, media hora después, Kabul Aqba rodó sobre su espalda y abrió la boca. Al igual que había hecho el perro de Jamal, y el propio Abdullah (pero seguramente no tan alto), Kabul Aqba lanzó un enorme y desagradable ronquido. La alfombra tembló. A la luz de la luna creciente, Abdullah vio con claridad que se elevaba medio metro, quedándose flotando y en espera. Abdullah conjeturó que estaría intentando interpretar cualquiera que fuese el sueño que tenía Kabul Aqba justo entonces. Abdullah no tenía ni idea de qué podría soñar el jefe de unos bandidos, pero la alfombra, sin duda, lo sabía. Ascendió en el aire y comenzó a volar.

Abdullah miró hacia arriba y la vio planeando sobre las ramas de la palmera. Realizó un último intento de influir sobre ella:

—¡Oh, la más desafortunada de las alfombras —la llamó con suavidad—, yo te habría tratado mucho más amablemente!

Quizá la alfombra le escuchó. O quizá fuese un accidente. Un objeto redondo y vagamente luminoso rodó desde la alfombra y cayó con un ligero ruido sobre la arena, a sólo unos metros de Abdullah. Era la botella del genio. Abdullah la alcanzó tan rápidamente como pudo, procurando que sus cadenas no tintineasen ni resonasen, y la arrastró hasta esconderla entre su espalda y la palmera. Después volvió a sentarse y esperó a la mañana, sintiéndose decididamente más esperanzado.



Capítulo 8

En el que los sueños de Abdullah continúan haciéndose realidad

En el momento en que el sol encendió de luz rosada las dunas de arena, Abdullah le quitó el corcho a la botella del genio. El vapor humeó al exterior, se convirtió en un chorro y salió disparado hacia arriba en la forma azul morada del genio, que ahora parecía, si cabe, más enfadado que nunca.

—¡Dije un deseo al día! —anunció la tormentosa voz.

—Sí, bueno, ya es un nuevo día, oh, malva magnificencia, y yo soy tu nuevo dueño —dijo Abdullah—. Y mi deseo es simple. Deseo que desaparezcan estas cadenas.

—Qué modo de malgastar un deseo —dijo el genio irrespetuosamente, y menguó con rapidez, introduciéndose de nuevo en la botella. Abdullah iba a protestar que, por trivial que pareciese el deseo a los ojos del genio, estar sin cadenas era importante para él, cuando advirtió que podía moverse libremente y sin más ruidos. Miró hacia abajo y vio que las cadenas se habían desvanecido.

Colocó cuidadosamente el corcho de vuelta en la botella y se levantó. Estaba terriblemente entumecido. Para poder moverse, se obligó a pensar en una flota de soldados montados en camellos que corrían a toda velocidad, acercándose al oasis, y en lo que le pasaría si los bandidos dormidos se despertasen y lo encontrasen allí de pie, sin sus cadenas. Aquello le hizo moverse. Se tambaleó como un viejo y se dirigió a la mesa del banquete. Muy cuidadosamente, para no despertar a un grupo de bandidos que dormía con la cara pegada al mantel, recogió comida y la puso en una servilleta. Tomó un frasco de vino y se lo ató al cinturón, junto con la botella del genio, usando otro par de servilletas. Luego cogió una última servilleta para cubrirse la cabeza en caso de insolación (los viajeros le habían contado que este era uno de los peligros del desierto) y se marchó cojeando, tan rápidamente como pudo, fuera del oasis, en línea recta hacia el norte.

Conforme caminaba, el entumecimiento fue desapareciendo. Caminar se volvió casi placentero y, durante la primera mitad de la mañana, Abdullah se alejó con



determinación, dando grandes zancadas, pensando en Flor-en-la-noche, comiendo succulentos pasteles de carne y bebiendo tragos del frasco de vino mientras caminaba. La segunda mitad de la mañana no fue tan buena. El sol colgaba sobre su cabeza. El cielo se puso de un blanco brillante y todo destellaba. Abdullah deseó haber tirado el vino y haber rellenado el frasco en el estanque embarrado. El vino no ayudaba con la sed, de hecho la empeoraba. Mojó de vino la servilleta y se la colocó en la nuca, pero se secó rápidamente. A mediodía pensó que iba a morir. El desierto oscilaba frente a sus ojos, y la potente y deslumbrante luz le hacía daño. Se Sentía como una brasa humana.

—¡Parece que el destino ha decretado que todas mis fantasías se hagan realidad!
—gruñó.

Hasta ese momento, creía que se había imaginado su huida del bandido Kabul Aqba con todo detalle, pero ahora sabía lo poco que se había acercado en su mente a lo horrible que es caminar bajo un calor chillón, siempre a punto del desplome, con el sudor metiéndose en los ojos. No había llegado a imaginar el modo en que la arena consigue colarse por todos lados, incluyendo la boca. Ni había tenido en cuenta en sus sueños la dificultad de guiarse por el sol cuando el sol se halla justo sobre la cabeza. El diminuto charco de sombra bajo sus pies no le servía de guía para orientarse. Continuamente tenía que girarse para mirar hacia atrás y comprobar que la línea de sus huellas era recta. Lo cual le preocupaba porque era tiempo perdido.

Tiempo perdido o no, al final se vio forzado a detenerse a descansar, agachándose en un hueco de las arenas en donde había un pequeño trozo de sombra. Se sentía como un pedazo de carne en la parrilla de carbón de Jamal. Mojó la servilleta con el vino y la estrujó sobre su cabeza, viendo cómo sus mejores ropas se llenaban de manchas rojas. Lo único que le convencía de que no iba a morir era la profecía de Flor-en-la-noche. Si el destino había decretado que ella y él se casarían, era seguro que sobreviviría, puesto que no se habían casado todavía. Después pensó en su propia profecía, la que había puesto por escrito su padre. Puede que tuviese más de un significado. De hecho, podría haberse hecho realidad ya, pues, ¿no se había alzado sobre todos los demás hombres de la tierra volando en la alfombra mágica? O quizá se refería a la estaca de veinte metros.

Este pensamiento lo obligó a levantarse y ponerse de nuevo a caminar.

La tarde fue todavía peor. Abdullah era joven y delgado, pero la vida de un mercader de alfombras no incluye largos paseos. Le dolía todo, desde los talones a la punta de la cabeza (sin olvidar los dedos de los pies, que parecían estar en carne viva). Además, una de sus botas le hacía rozaduras con el monedero. Sus piernas estaban tan cansadas que apenas podía moverlas. Pero sabía que tenía que poner el horizonte entre él y el oasis antes de que los bandidos empezaran a buscarlo o apareciese la flota de camellos. Puesto que no estaba seguro de lo lejos que estaba el horizonte, siguió adelante.

Al atardecer, todo lo que le hacía continuar era el convencimiento de que vería a



Flor-en-la-noche por la mañana. Ese sería el siguiente deseo que le pediría al genio. Aparte de eso, hizo voto de dejar de beber vino y juró no volver a ver un grano de arena.

Cuando cayó la noche, se desplomó en un banco de arena y se durmió.

Al amanecer, sus dientes rechinaban y no podía dejar de pensar en la congelación. El desierto era tan frío de noche como caliente de día. Aun así, Abdullah sabía que sus problemas casi habían acabado. Se sentó en la parte más cálida del banco de arena, mirando el dorado arrobamiento del amanecer en el este, y se reanimó con los restos que le quedaban de comida y el trago final del odioso vino. Sus dientes dejaron de rechinar, pero su boca sabía como si perteneciera al perro de Jamal.

Ahora. Sonriendo anticipadamente, Abdullah quitó con cuidado el corcho de la botella del genio.

El humo malva brotó y se desenrolló hacia arriba hasta formar la antipática forma del genio.

—¿De qué te ríes? —preguntó la voz tenebrosa.

—Mi deseo, oh, amatista entre los genios, de colores más bellos que los de los pensamientos... —respondió Abdullah—. Que las violetas perfumen tu aliento. Deseo que me transportes al lado de mi prometida, Flor-en-la-noche.

—Así que eso... —El genio se cruzó de brazos y se volvió a mirar en todas las direcciones, lo que, para fascinación de Abdullah, transformó en un nítido sacacorchos la parte de él que lo unía a la botella—. ¿Dónde está esa joven? —dijo con irritación el genio, mirando cara a cara a Abdullah de nuevo—. Parece que no puedo localizarla.

—Fue raptada de noche por un demonio en el jardín del palacio del sultán de Zanzib —expuso Abdullah.

—Eso lo explica —dijo el genio—. No puedo concederte tu deseo. Ella no está en la Tierra.

—Entonces estará en el reino de los demonios —añadió ansiosamente—. Seguramente tú, oh, príncipe púrpura entre los genios, conoces ese reino como la palma de tu mano.

—Eso muestra lo poco que sabes —dijo—. Todo genio confinado en una botella es excluido de los reinos de los espíritus. Si tu chica está en uno de ellos, yo no te puedo llevar. Te aconsejo que pongas el corcho en mi botella y sigas tu camino. Una buena tropa de camellos está llegando por el sur.

Abdullah subió de un salto a la cima del banco de arena. Efectivamente, allí estaba la temida fila de camellos, acercándose a velocidad constante, con grandes zancadas. Si bien, en la distancia, los jinetes sólo eran visibles como sombras de color índigo, podía jurar que iban armados hasta los dientes.



—¿Lo ves? —dijo el genio, inflándose hasta alcanzar la altura a la que estaba Abdullah—. Tal vez se confundan de camino y no te encuentren, pero lo dudo. —La idea le satisfacía claramente.

—Deprisa, debes concederme otro deseo —dijo Abdullah.

—Oh, no —dijo—. Un deseo al día. Tú ya has pedido uno.

—Es cierto, lo he hecho, oh, esplendor de los vapores de lilas —aceptó Abdullah con la rapidez de la desesperación—. Pero no has sido capaz de realizarlo. Y los términos, como escuché claramente cuando te referiste a ellos en primer lugar, eran que estás forzado a conceder un deseo diario a tu dueño. Y hoy no lo has hecho todavía.

—¡Que el cielo me asista! —dijo el genio disgustado—. El joven es un picapleitos.

—¡Naturalmente que lo soy! —dijo Abdullah algo acalorado—. Soy ciudadano de Zanzib, donde cada niño aprende a defender sus derechos puesto que nadie los defenderá por él. Y yo denuncio que hoy aún no me has concedido un deseo.

—Una objeción —dijo el genio balanceándose graciosamente por detrás de él con los brazos cruzados—. Sí ha habido un deseo.

—Pero no se ha concedido —dijo Abdullah.

—Yo no tengo la culpa de que pidas cosas imposibles —dijo el genio—, hay un millón de chicas maravillosas que podría traerte en lugar de esa. Si te gusta el pelo verde podrías tener una sirena. ¿O no sabes nadar?

La veloz línea de camellos estaba ahora mucho más cerca. Abdullah dijo rápidamente:

—Piensa, oh, rojiza perla de magia, y suaviza tu corazón. Seguramente, los soldados que se acercan me arrebatarán tu botella. Si te llevan de vuelta al sultán, él te forzará a realizar poderosas hazañas cada día, haciendo que le lleves batallones y armas y que conquistes agotadoramente a todos sus enemigos. Por otra parte, si te guardan para ellos mismos, y puede que lo hagan puesto que no todos los soldados son suficientemente honestos, pasarás de mano en mano y te pondrán a conceder deseos a diario, uno por cada hombre del escuadrón. Sea como sea, tendrás que trabajar mucho más duro que si lo haces para mí, que sólo quiero algo muy pequeño.

—¡Qué elocuencia! —dijo el genio—. Aunque lo cierto es que tienes razón. Pero ¿has pensado las oportunidades de sembrar el caos que me darán el sultán o sus soldados?

—¿Caos? —preguntó Abdullah con los ojos ansiosamente ocupados en los veloces camellos.

—Nunca dije que mis deseos tuvieran que hacer ningún bien —contestó el genio—; de hecho, juro que siempre harán el mayor daño posible. Los bandidos, por ejemplo, van ahora camino de la prisión, o de algo peor, por haberle robado la fiesta



al sultán. Los soldados los capturaron anoche.

—Me causas mayor trastorno a mí por no concederme un deseo y, al contrario que los bandidos, yo no merezco eso.

—Considérate desafortunado —dijo el genio—. Ya somos dos. Tampoco yo merezco estar encerrado en esta botella.

Los jinetes se habían acercado ahora lo suficiente como para ver a Abdullah, que podía escuchar disparos en la distancia y ver armas desenfundadas.

—Concédeme entonces el deseo de mañana —dijo con urgencia.

—Esa podría ser la solución —convino el genio para sorpresa de Abdullah—. ¿Qué deseo, pues?

—Transpórtame junto a la persona más cercana que pueda ayudarme a encontrar a Flor-en-la-noche —contestó Abdullah, y descendió corriendo el banco de arena y alzó la botella—. Deprisa —dijo al genio que ahora ondulaba sobre él.

El genio parecía un poco confundido.

—Esto resulta enojoso —dijo el genio—. Normalmente, mis poderes de adivinación son excelentes, pero lo que veo no tiene ni pies ni cabeza.

No demasiado lejos de donde estaban, una bala hizo un surco en la arena. Abdullah corrió, llevando al genio como la vasta llama ondulante de una vela malva.

—Sólo llévame junto a esa persona —gritó.

—Supongo que será lo mejor —dijo el genio—. Quizá tú puedes darle algo de sentido a todo esto.

La tierra parecía dar vueltas bajo los veloces pies de Abdullah. De pronto, parecía estar dando inmensas zancadas a través de tierras que se arremolinaban delante de él, ansiosas por encontrarle. Aunque la combinación de sus pies vertiginosos con el mundo que giraba lo convertía todo en un borrón (a excepción del genio, que se bamboleaba plácidamente en su mano, fuera de la botella), Abdullah supo que los veloces camellos se quedarían atrás al instante. Sonrió y siguió dando zancadas, sintiéndose tan plácido como el genio, regocijándose en el aire frío. Durante bastante tiempo le pareció correr al galope. Después, todo paró.

Abdullah estaba de pie en el campo, en medio de un camino, recobrando el aliento. Le llevó un tiempo acostumbrarse a este nuevo lugar. Era frío, como la primavera de Zanzib, y la luz era diferente. Aunque el sol brillaba radiantemente en un cielo azul, la luz que producía era más débil y más triste que aquella a la que estaba acostumbrado Abdullah. Quizá esto era debido a la gran cantidad de árboles frondosos que se alineaban en el camino y que derramaban una cambiante sombra verde sobre todas las cosas. O podía deberse a la hierba verde que crecía en los márgenes. Abdullah esperó a que sus ojos se acostumbraran y después buscó en derredor a la persona que supuestamente le ayudaría a encontrar a Flor-en-la-noche.



Todo cuanto podía ver era lo que parecía ser una fonda en una curva del camino, situada entre los árboles. A Abdullah le dio la impresión de que era un lugar espantoso. Era de madera enlucida con yeso blanco, como la más pobre de las moradas de Zanzib, y parecía que sus dueños sólo habían podido permitirse un tejado de hierba muy compactada. Alguien había tratado de embellecer el lugar plantando flores amarillas y rojas cerca de la carretera. El cartel de la fonda, que se balanceaba en un poste clavado entre las flores, era el intento de pintar un león por parte de un mal artista.

Ahora que finalmente había llegado, Abdullah miró la botella del genio con la intención de ponerle de nuevo el corcho. Pero se disgustó al descubrir que parecía haberlo tirado, quizá en el desierto o durante el viaje. «Oh, bueno», pensó. Levantó la botella a la altura de su rostro.

— ¿Dónde está la persona que puede ayudarme a encontrar a Flor-en-la-noche?
— preguntó.

Un rastro de vapor, que parecía mucho más azul que antes a la luz de esta extraña tierra, humeó de la botella.

— Dormido en un banco frente al León Rojo —susurró irritado, y se volvió a meter en la botella. La profunda voz del genio venía de su interior—: Me interesa. Brilla con deshonestidad.



Capítulo 9

En el que Abdullah se encuentra con un viejo soldado

Abdullah caminó hacia la fonda. Cuando llegó, comprobó que realmente alguien dormitaba en uno de los asientos de madera situados fuera del lugar. También había mesas, lo que sugería que, además, se servían comidas. Abdullah se deslizó hasta un asiento y miró dubitativamente al hombre dormido.

Parecía un auténtico rufián. Ni en Zanzib, ni cuando estuvo entre los bandidos, había visto Abdullah jamás tales marcas de deshonestidad como las que tenía la cara tostada de aquel hombre. De primeras, el enorme morral que había en el suelo junto a él hizo pensar a Abdullah que, quizá, se dedicaba a hacer chapuzas; pero estaba bien afeitado y, aparte de este, los únicos hombres que Abdullah había visto sin barba ni bigote eran los soldados del norte, los mercenarios del sultán. Tal vez se trataba de un mercenario. Sus ropas parecían los restos ajados de una especie de uniforme, y llevaba el pelo trenzado sobre su espalda, a la manera de los soldados del sultán. Una moda que los hombres de Zanzib encontraban bastante desagradable, pues se rumoreaba que los soldados nunca deshacían ni lavaban su trenza. Y a la vista de esta trenza, caída sobre el respaldo de la silla donde dormía, Abdullah podía creer que era cierto. Pero no era sólo la trenza, no había nada limpio en él. Aun así, se le veía fuerte y sano, si bien no era joven. Su pelo bajo la suciedad era de color gris hierro.

Abdullah dudó en despertar al tipo. No parecía alguien en quien se pudiera confiar. Y el genio había admitido abiertamente que concedía deseos para provocar el caos. Este hombre puede llevarme junto a Flor-en-la-noche, meditó Abdullah, pero seguramente me robará por el camino.

Mientras seguía con sus dudas, una mujer con delantal se asomó a la puerta de la fonda, quizá para ver si había clientes fuera. La ropa que llevaba le hacía la forma de un regordete reloj de arena, y a Abdullah le pareció claramente extranjera y desagradable.

—¡Oh! —dijo al ver a Abdullah—. ¿Está esperando que le sirvan, señor? Debería



haber golpeado en la mesa. Eso es lo que hacen todos por aquí. ¿Qué tomará?

Ella hablaba con el mismo acento bárbaro de los mercenarios del norte. Por lo que Abdullah concluyó que estaba en el país de aquellos hombres, fuera este cual fuese. Le sonrió.

—¿Qué me ofreces, oh, joya del camino? —preguntó.

Evidentemente, nadie antes había llamado joya a la mujer. Se enrojeció, sonrió y retorció su mandil.

—Bueno, ahora hay pan y queso —dijo—, pero se está haciendo la cena. Si no le importa esperar media hora, señor, puede tomar un pastel de carne con verduras de nuestra huerta.

Eso sonaba perfecto, mucho más de lo que Abdullah hubiera esperado de cualquier fonda con un tejado de hierba.

—Esperaré media hora de lo más encantado, oh, flor entre las mesoneras.

Ella le regaló otra sonrisita:

—¿Y quizá una bebida mientras espera, señor?

—Por supuesto —dijo Abdullah, que estaba todavía muy sediento del desierto. ¿Podría molestarla con un vaso de sorbete o, si no tiene, el zumo de cualquier fruta?

Ella le miró preocupada:

—Oh, señor, yo... Por aquí no somos mucho de zumo de frutas, y nunca he oído hablar de lo otro. ¿Qué tal una agradable jarra de cerveza?

—¿Qué es cerveza? —preguntó Abdullah cautelosamente. Lo cual desconcertó a la mujer.

—Yo..., bien, yo... es, er...

El hombre que había en el otro banco se levantó y bostezó.

—La cerveza es la única bebida apropiada para un hombre —dijo—. Un producto maravilloso.

Abdullah se giró para mirarlo de nuevo. El hombre le observaba con su par de ojos azules, redondos, límpidos y completamente honestos. Ahora que se había despertado no había trazas de deshonestidad en su cara morena.

—Fabricada con cebada y lúpulo —añadió el hombre—. Ya que estás aquí, patrona, me tomaré una pinta.

La expresión de la mesonera cambió por completo.

—Ya te lo he dicho —respondió ella—, quiero ver el color de tu dinero antes de servirte nada.

El hombre no se ofendió. Sus ojos azules miraron lastimeramente a los de



Abdullah. Después suspiró y cogió del asiento una larga pipa blanca de barro, que procedió a llenar y encender.

—¿Entonces cerveza, señor? —dijo la propietaria, volviéndose hacia Abdullah con una sonrisita.

—Si le place, señora de tremenda hospitalidad —dijo—, tráigame un poco y traiga también una cantidad apropiada para este caballero de aquí.

—Muy bien, señor. —Y echando una mirada desaprobadora al hombre de la trenza, volvió a meterse dentro.

—Muy amable por tu parte —dijo el hombre a Abdullah—. Vienes de lejos, ¿no?

—He recorrido un largo camino desde el sur, honorable trotamundos —contestó Abdullah con cautela. Pues no había olvidado lo deshonesto que parecía estando dormido.

—Del extranjero, ¿eh? Es lo que pensé al ver un bronceado como el tuyo —observó el hombre.

Abdullah estaba casi seguro de que el tipo andaba fisgoneando para ver si merecía la pena robarle. Así que se sorprendió cuando el hombre dejó de hacer preguntas.

—Tampoco yo soy de por aquí —dijo mientras fumaba grandes nubes de humo de su pipa bárbara—. Soy de Strangia. Un viejo soldado. De regreso al mundo con una simple paga después de que Ingary nos venciera en la guerra. Como has visto, mi uniforme despierta todavía muchos prejuicios aquí en Ingary.

Esto último lo dijo mirando a la mesonera que volvía con dos vasos de espumoso líquido marrón. Ella no le dirigió la palabra. Golpeó la mesa con un vaso frente a él y luego puso el otro cuidadosa y educadamente delante de Abdullah.

—La cena estará en media hora, señor —dijo antes de marcharse.

—¡Salud! —exclamó el soldado, alzando su vaso. Dio un trago largo a su bebida.

Abdullah estaba agradecido a este viejo soldado. Gracias a él, ahora sabía que se encontraba en un país llamado Ingary. Así que dijo «¡Salud!» y alzó dubitativamente su propio vaso. Le pareció que el contenido había salido de la vejiga de un camello. Al olerlo, el tufo no ayudó a desvanecer esa impresión. Se permitió probarlo sólo porque aún estaba terriblemente sediento. Bebió un sorbo con precaución. Bueno, estaba húmedo.

—Maravilloso, ¿no es así? —dijo el viejo soldado.

—Es algo de lo más interesante, oh, capitán de los guerreros —dijo Abdullah intentando no estremecerse.

—Es curioso que me llames capitán —dijo el soldado—. Por supuesto, no lo era. Sólo llegué a ser cabo. Presencié un montón de batallas y aunque de hecho tuve esperanzas de promoción el enemigo se lanzó sobre nosotros antes de que llegara mi



oportunidad. Una batalla terrible, ya sabes. Estábamos en plena marcha. Ninguno de nosotros esperaba que el enemigo llegara allí tan pronto. En fin, ahora todo ha acabado y no tiene sentido llorar por la leche derramada; pero que quede claro, los ingarianses no lucharon limpio. Llevaban un par de magos para asegurarse la victoria. En fin, ¿qué puede hacer un simple soldado como yo contra la magia? Nada. ¿Quieres que te cuente cómo fue la batalla?

Abdullah comprendió entonces en qué consistía la malicia del genio. El hombre que supuestamente iba a ayudarlo era un tremendo aburrimiento.

—No sé absolutamente nada de asuntos militares, oh, el más valiente de los estrategas —dijo firmemente.

—No importa —dijo el soldado con alborozo—. Créeme si te digo que fuimos total y completamente derrotados. Salimos huyendo. Ingary nos conquistó. Invadió todo el país. Nuestra familia real, benditos sean, tuvo que huir también, y pusieron en el trono al hermano del rey de Ingary. Se decía que querían legitimar al príncipe casándolo con nuestra princesa Beatrice, pero ella huyó con el resto de la familia, ¡larga vida para ella!, y no se le pudo encontrar. Pero fíjate, el nuevo príncipe no era malo del todo. Nos dio una paga a todo el ejército de Strangia antes de soltarnos. ¿Quieres saber en qué empleo mi dinero?

—Si te place contarlo, oh, el más bravo de los veteranos —contestó Abdullah ahogando un bostezo.

—Estoy viajando por Ingary —dijo el soldado—, pensé dar un paseo por el país que nos conquistó. Descubrir cómo es antes de sentar la cabeza. Mi paga es una buena suma. Si me administro bien, me puedo costear todo el viaje.

—Mis felicitaciones —dijo Abdullah.

—Nos pagaron la mitad en oro —añadió el soldado.

—Ajá —dijo Abdullah.

Para su descanso algunos clientes locales llegaron justo entonces. La mayoría eran agricultores, con mugrientos pantalones cortos y batas extravagantes que le recordaban a Abdullah su propio camión y enormes y sonoras botas. Estaban muy alegres, hablaban en voz alta de la cosecha de heno y daban golpetazos en las mesas pidiendo cerveza. Desde ese momento en adelante siguió llegando más y más gente, la patrona y el pequeño y frenético patrón, no paraban de entrar y salir de la fonda con bandejas llenas de vasos. Y el soldado (Abdullah no sabía si sentirse aliviado o enfadado o animado) perdió interés en Abdullah y se puso seriamente a hablar con los recién llegados. No parecía que ellos le encontrasen aburrido. Ni parecía importarles que hubiera sido un soldado enemigo. Al instante uno de ellos le invitó a cerveza. Se hacía más popular conforme llegaba más y más gente. Los vasos de cerveza se amontonaban frente a él. Poco rato después pidieron cena para él y, apartado de la multitud que rodeaba al soldado, Abdullah escuchó cosas como: «Una



gran batalla... Vuestros magos les dieron ventaja... Fijaos... Nuestro calvario... Nuestro flanco izquierdo se replegó... Nos acorralaron en la montaña... Nuestra infantería se vio forzada a huir... Huyendo como conejos... No tan mal... Nos reunieron y nos dieron una paga...».

Entretanto, la mesonera se dirigió hacia Abdullah con una bandeja humeante y más cerveza, sin que este la hubiese pedido. Tenía aún tanta sed que estuvo casi encantado con la cerveza. Y la cena se le antojó tan deliciosa como la de la fiesta del sultán. Estaba tan ocupado prestándole atención a todo esto que por un momento perdió el rastro del soldado. Cuando volvió a mirar al soldado, este estaba inclinado (sus ojos azules brillando con sincero entusiasmo) sobre su propio plato, ahora vacío, y movía los vasos y los platos de la mesa para mostrar a su campestre auditorio dónde estaba exactamente cada cosa durante la Batalla de Strangia. Al momento se quedó sin vasos, tenedores y platos. Puesto que la sal y la pimienta eran el rey de Strangia y su general, no le quedaba nada que usar como rey de Ingary, su hermano o los magos. Pero el soldado no dejó que esto le preocupara. Cogió una bolsa de su cinturón y sacó dos monedas de oro y algunas de plata y las arrojó sobre la mesa para representar al rey de Ingary, sus magos y sus generales.

Abdullah no pudo evitar pensar que aquello fue extraordinariamente estúpido por su parte. Las dos piezas de oro causaron muchos comentarios. En una mesa cercana, cuatro jóvenes con aspecto de patanes se giraron en sus asientos y prestaron toda su atención. Inmerso en su explicación de la batalla, el soldado no reparó en esto.

Finalmente, la mayoría de los que rodeaban al soldado se levantó y volvió a su trabajo. El soldado se levantó con ellos, se colgó su morral en la espalda, se colocó el sucio sombrero que llevaba escondido en el bolsillo superior del morral y preguntó por el camino que conducía al pueblo más cercano. Mientras todos le daban las explicaciones al soldado, Abdullah intentó encontrar a la patrona para pagarle su cuenta. Pero ella tardó en aparecer. Cuando llegó, el soldado había desaparecido por la curva de la carretera. A Abdullah no le importó demasiado. Sea cual fuese la ayuda que el genio pensara que este hombre podía ofrecerle, Abdullah sintió que no la necesitaba. Se alegró de poder mirar al destino cara a cara por una vez.

Abdullah, que no era un tonto como el soldado, pagó su cuenta con la más pequeña de sus monedas de plata. Por aquellos lugares eso parecía mucho dinero. La mesonera entró en la posada en busca de cambio. Mientras esperaba su regreso, Abdullah no pudo evitar escuchar a los cuatro patanes. Tuvieron una discusión rápida y significativa.

—Si vamos deprisa al viejo sendero —dijo uno— podemos pillarle en el bosque, en lo alto de la colina.

—Si nos escondemos en los arbustos —convino el segundo—, a ambos lados del camino, podremos atacarle por los dos lados.

—Nos dividiremos el dinero en cuatro partes —insistió el tercero—, tiene más del



que enseñó, eso es seguro.

—Pero debemos asegurarnos de que esté muerto primero —dijo el cuarto—, no queremos que vaya contando historias.

Y después del «bien», «bien» y «bien» de los otros tres, se levantaron y se marcharon justo cuando la patrona se apresuraba hacia Abdullah con dos puñados de monedas de cobre.

—Espero que este sea el cambio correcto, señor. No se ve mucha plata del sur aquí, y he tenido que preguntarle a mi marido cuánto valía. Dice que son cien de nuestras monedas de cobre, y nos debe cinco, así que...

—Bendita seas, oh, crema de los mesoneros y fabricante de cerveza celestial —dijo Abdullah con prisa devolviéndole un puñado de monedas en lugar de la agradable larga charla que ella obviamente pretendía obtener. Ella se le quedó mirando pero él salió tan rápido como pudo detrás del soldado. Puede que aquel hombre fuese descarado, aprovechado y tremendamente aburrido, pero eso no significaba que mereciera ser asaltado y asesinado por su oro.



Capítulo 10

Que habla de violencia y matanzas

Abdullah no podía ir muy rápido. Con el frío clima de Ingary, sentado en la fonda se le había quedado todo el cuerpo entumecido. Y las monedas que guardaba en su bota izquierda le habían hecho una severa ampolla en el pie. Empezó a cojear antes de haber recorrido cien metros, pero estaba demasiado preocupado por el soldado como para aminorar el paso. Sin parar de cojear, dejó atrás algunas cabañas de tejados de hierba y después el pueblo hasta que llegó a un camino más abierto. Desde allí pudo divisar al soldado en la distancia, que paseaba hacia un lugar donde el camino subía una colina cubierta con los frondosos árboles que crecían en aquellas tierras. Ese debía ser el sitio elegido por los violentos jóvenes para acometer su emboscada. A pesar de la cojera, Abdullah trató de ir más rápido. Un irritado humo azul salió de la botella, alzándose hasta su cintura.

—¿Tienes que golpearme así? —dijo.

—Sí —jadeó Abdullah—, el hombre que elegiste para que me ayudara necesita mi ayuda.

—¡Uh! —dijo el genio—. Ahora te entiendo. Nada cambiará tu romántica visión de la vida. Seguro que tu siguiente deseo es una armadura brillante.

El soldado caminaba bastante despacio. Abdullah cubrió el espacio que les separaba y entró en el bosque poco después que él. Pero allí, el camino serpenteaba entre los árboles para hacer más fácil la subida, de manera que Abdullah perdió de vista al soldado hasta que llegó cojeando a la última curva, donde lo volvió a ver sólo unos pocos metros por delante. Este resultó ser el momento exacto que los patanes habían elegido para hacer su ataque. Dos de ellos saltaron desde un lado del camino sobre la espalda del soldado. Por el otro lado del camino, los otros dos se abalanzaron de frente sobre él. Durante un momento se desató una tremenda lucha. Abdullah se apresuró a ayudar, aunque se acercó con dudas porque nunca le había pegado a nadie en su vida.

Mientras se aproximaba, tuvo lugar una sucesión de milagros. Los dos tipos situados a la espalda del soldado salieron volando en direcciones opuestas, a un lado



y otro de la carretera. Uno de ellos se golpeó la cabeza con un árbol y no volvió a molestar a nadie, mientras que el otro cayó desplomado. De los dos que encaraban al soldado, uno recibió casi al instante una interesante herida y se dobló para contemplarla. El otro, para sorpresa de Abdullah, se elevó en el aire y, por un momento, estuvo colgado de la rama de un árbol. De allí cayó de golpe y se quedó inconsciente en la carretera. En este punto, el joven que estaba agachado se enderezó y se dirigió hacia el soldado con un cuchillo largo y estrecho. El soldado agarró por la muñeca el brazo que sostenía el cuchillo. Hubo un punto muerto lleno de gruñidos en el que Abdullah se sorprendió a sí mismo creyendo fervorosamente que el conflicto se resolvería a favor del soldado. Estaba pensando que su preocupación había sido completamente innecesaria cuando el tipo tirado en la carretera se levantó de repente y se lanzó sobre el soldado por la espalda con otro cuchillo largo y estrecho. Con rapidez, Abdullah hizo lo que era necesario. Se adelantó y le golpeó en la cabeza con la botella del genio.

—¡Ay! —gritó el genio. Y el tipo se derrumbó como un roble caído.

Con este sonido, después de haber atado al otro joven, el soldado se giró. Abdullah retrocedió rápidamente. No le gustó la velocidad con la que se giró el soldado ni la manera en la que disponía sus manos, con los dedos firmemente juntos como dos asesinas armas sin filo.

—Escuché que planeaban matarte, valiente veterano —explicó rápidamente—, y corrí para poder advertirte y prestarte mi ayuda.

El soldado clavó sus ojos (muy azules, pero ya nada inocentes) en los suyos. Eran ojos que habrían destacado por su astucia incluso en el Bazar de Zanzib. Parecían catalogar a Abdullah de todas las maneras posibles. Por fortuna parecían satisfechos con lo que veían. El soldado dijo: «Entonces, gracias» y se giró para patear la cabeza del joven atado, que dejó de moverse también; y con esto, se acabó la partida.

—Quizá —sugirió Abdullah—, deberíamos informar a un agente.

—¿Para qué? —preguntó el soldado—. Se agachó y, para ligera sorpresa de Abdullah, realizó una búsqueda rápida y experta en los bolsillos del joven cuya cabeza acababa de golpear. Obtuvo un gran puñado de monedas de cobre y, mostrándose satisfecho, las guardó en su propio bolsillo.

—Un pésimo cuchillo, después de todo —dijo mientras lo rompía en dos—. Puesto que estás aquí, ¿por qué no miras al que has atizado, mientras yo hago lo propio con los otros dos? El tuyo debe valer al menos una moneda de plata.

—¿Quieres decir —preguntó Abdullah dubitativamente— que la costumbre de este país permite robar a los ladrones?

—No he oído hablar de que sea una costumbre —dijo el soldado con calma—, pero sí es lo que yo acostumbro a hacer. ¿Por qué crees que enseñé mi oro en la fonda? Siempre hay algún malvado que piensa que un estúpido soldado merece que



lo atraquen. Y casi todos ellos llevan suelto encima.

Cruzó la carretera y empezó a registrar al joven que había caído del árbol. Tras dudar un momento, Abdullah se dio a la ingrata tarea de rebuscar en los bolsillos del que él había derribado con la botella. No tuvo más remedio que revisar la idea que tenía del soldado. A un hombre que podía enfrentarse con tanta seguridad a cuatro atacantes a la vez era mejor tenerlo de amigo que de enemigo. Y los bolsillos del joven inconsciente contenían tres piezas de plata. También había un cuchillo. Abdullah intentó romperlo en la carretera como había hecho el soldado con el otro.

—Ah, no —dijo el soldado—. Ese sí es un buen cuchillo. Quédatelo.

—Honestamente, no sé usarlo —dijo Abdullah tendiéndoselo al soldado—, soy un hombre de paz.

—Entonces no llegarás lejos en Ingary —dijo el soldado—. Guárdalo y úsalo para cortar tu carne, si lo prefieres. Yo tengo seis cuchillos mejores que ese en mi morral, todos de diferentes rufianes. Quédate la plata también... aunque mostraste tan poco interés cuando hablé de mi oro que debes estar forrado, ¿no es así?

«Este es en verdad un hombre observador y perspicaz», pensó Abdullah, guardándose el dinero.

—No soy tan rico que no pueda serlo más —dijo.

Luego, sintiéndose parte de aquello, le quitó los cordones de las botas al joven y los usó para afianzar la botella del genio a su cinturón. Mientras lo hacía, el hombre se reanimó y gruñó.

—Están despertándose. Lo mejor es que nos vayamos —dijo el soldado—. Cuando despierten tergiversarán el asunto, dirán que fuimos nosotros los que les atacamos a ellos. Y como quiera que este es su pueblo y nosotros somos extranjeros, les creerán a ellos. Pienso acortar por las montañas. Si quieres un consejo, haz lo mismo.

—Me sentiría honrado, oh, el más discreto de los luchadores, si pudiera acompañarte —dijo Abdullah.

—No me importa —dijo el soldado—. No te mentiré, estaría bien tener compañía para variar. Recogió su morral y su sombrero (parecía que había tenido tiempo para esconderlos ordenadamente detrás de un árbol antes de que empezara la lucha) y enfiló el camino hacia el bosque.

Durante algún tiempo caminaron con paso seguro entre los árboles. El soldado hizo que Abdullah se sintiera deplorablemente desentrenado. Daba zancadas tan ligera y fácilmente como si el camino fuese cuesta abajo, y Abdullah cojeaba tras él. Sentía su pie izquierdo en carne viva.

Habiéndose alejado bastante, el soldado paró y le esperó en un promontorio en un claro del bosque.

—¿Te hace daño esa estrambótica bota? —preguntó—. Siéntate en la roca y



quítatela. —Se descolgó su morral mientras hablaba.— Tengo algo así como un botiquín de primeros auxilios bastante insólito, aquí dentro —dijo—. Lo encontré en el campo de batalla. Creo. En algún lugar de Strangia, en cualquier caso.

Abdullah se sentó y se descalzó. El alivio que sintió al quitársela fue rápidamente anulado cuando miró su pie. Estaba en carne viva. El soldado gruñó y le colocó rápidamente una especie de venda blanca que se quedó fija sin necesidad de atarla. Abdullah aulló. Después, un bendito frescor llegó de la venda.

—¿Es algún tipo de magia? —preguntó.

—Probablemente —dijo el soldado—, creo que esos magos de Ingary le dieron estos morrales a su ejército. Ponte la bota. Ahora podrás caminar. Deberíamos estar lejos antes de que los papás de esos chicos empiecen a buscarnos a lomos de sus caballos.

Abdullah pisó con precaución cuando se puso la bota. Definitivamente la venda tenía que ser mágica. Su pie parecía curado. Ahora casi era capaz de seguir el ritmo del soldado (y menos mal, porque el soldado continuó subiendo sin parar hasta que Abdullah sintió que habían caminado tanto como él el día anterior en el desierto). Abdullah no podía evitar echar un nervioso vistazo hacia atrás de vez en cuando, por si acaso los caballos estaban persiguiéndolos. Se dijo que al menos era un cambio con respecto a los camellos, aunque, por una vez, sería bastante agradable no tener a nadie persiguiéndolo. Pensando en esto, llegó a la conclusión de que también en el Bazar los parientes de la primera mujer de su padre lo habían perseguido desde el mismo momento en que este murió. Estaba enfadado consigo mismo por no haberse dado cuenta antes.

Entretanto, habían ascendido mucho, el bosque a esa altura daba paso a ásperos arbustos que crecían entre las peñas. A la caída de la tarde caminaban entre rocas, en algún lugar cerca de la cima de una línea de montañas, donde apenas unos pocos matojos, pequeños y olorosos, permanecían aferrados a las grietas. Abdullah pensó, mientras el soldado se encaminaba a lo largo de una especie de barranco entre altos riscos, que habían llegado a otro tipo de desierto. No parecía muy probable que encontraran allí algo para cenar.

Un poco más allá del barranco, el soldado se detuvo y se quitó el morral.

—Cuídame esto un momento —dijo—. Creo que allí arriba, a este lado del acantilado, hay una cueva. Voy a asomarme y veré si es un buen lugar para pasar la noche.

Cuando miró con cansancio hacia arriba, a Abdullah le pareció ver una apertura oscura en las rocas sobre sus cabezas. No le apetecía dormir allí. Parecía un lugar frío y duro. Pero pensó, mientras veía con pesar cómo el soldado subía fácilmente el acantilado y llegaba al agujero, que probablemente era mejor que dormir a cielo abierto sobre las rocas.



Y entonces sonó un estrépito como de engranajes metálicos.

Abdullah vio al soldado salir tambaleándose de la cueva, con una mano sobre su cara, y casi caerse de espaldas por el acantilado. Pero, de algún modo, consiguió salvarse y llegó resbalando y maldiciendo en una tormenta de escombros.

—¡Hay un animal salvaje ahí dentro! —jadeó—. Movámonos. —Sangraba abundantemente por ocho grandes arañazos. Cuatro de ellos comenzaban en su frente, cruzaban su mano, y bajaban por su mejilla hasta la barbilla. Los otros cuatro habían rasgado su manga y arañado su brazo desde la muñeca hasta el codo. Parecía que había conseguido taparse la cara con las manos justo a tiempo para no perder un ojo. Temblaba tanto que Abdullah tuvo que coger su sombrero y su morral y guiarlo para bajar el barranco (y lo hizo bastante rápidamente. Cualquier animal que pudiera ganarle la batalla a este soldado era un animal con el que Abdullah no quería encontrarse).

El barranco acababa cien metros más abajo. Y allí donde terminaba era un sitio perfecto para acampar. Ahora estaban en la otra cara de las montañas, con una amplia vista sobre las tierras que se extendían a lo lejos, todo tamizado de oro, verde y niebla en el sol del oeste. El barranco acababa en un espacioso suelo de roca y ascendía por una pendiente suave hasta acabar en otra especie de cueva, pues ahí las rocas colgaban sobre el suelo inclinado. Era aún mejor, justo delante había un pequeño arroyo que bajaba murmurando por la montaña.

Por muy perfecto que fuese, Abdullah no deseaba parar en un sitio tan cercano al animal salvaje de la cueva. Pero el soldado insistió. Los arañazos le dolían. Se echó en la roca inclinada y sacó algún tipo de ungüento del botiquín mágico.

—Enciende un fuego —dijo mientras se lo untaba en sus heridas—, los animales salvajes tienen miedo del fuego.

Abdullah cedió, trepó con dificultad y se dispuso a cortar los arbustos olorosos para el fuego. Un águila o algo similar había anidado en los peñascos hacía tiempo. Con el viejo nido llenó sus brazos de palitos y bastantes ramas, así que pronto tuvo una buena pila de leña. Cuando el soldado hubo terminado de untarse el ungüento, sacó un yesquero y encendió un pequeño fuego a medio camino de la roca inclinada. Las llamas crepitaban y saltaban de lo más alegremente. El humo, que olía parecido al incienso que Abdullah solía quemar en su puesto, se dispersaba desde el final del barranco y se extendía hacia el inicio de un glorioso atardecer. «Si esto realmente asusta a las bestias de la cueva», pensó Abdullah, «sería casi perfecto estar aquí». Sólo casi perfecto porque, por supuesto, no había nada para comer en kilómetros a la redonda. Abdullah suspiró.

El soldado sacó una lata de su morral.

—¿Te importaría rellenar esto con agua? A menos —dijo echándole un ojo a la botella del genio que Abdullah llevaba atada al cinturón— que tengas algo más fuerte en ese frasco tuyo.



—Desgraciadamente, no —dijo Abdullah—. Esto es meramente una reliquia familiar, un raro cristal ahumado de Singispat, que llevo por razones sentimentales. —No tenía intención de informar a alguien tan poco honesto como el soldado de la existencia del genio.

—Una pena —dijo el soldado—. Trae agua entonces, y yo me las apañaré para cocinarnos algo de cena.

Así el lugar se convirtió en un sitio casi completamente perfecto. Abdullah fue saltando presto hasta el arroyo. Cuando regresó vio que el soldado había sacado una sartén y vaciaba en ella paquetes de carne seca y guisantes secos. Añadió el agua y un par de cubitos misteriosos y lo puso todo a hervir en el fuego. En muy poco tiempo se había convertido en un sustancioso estofado. Y olía deliciosamente.

—¿Más material de los magos? —preguntó Abdullah mientras el soldado servía la mitad del estofado en un plato de latón y se lo pasaba.

—Eso creo —dijo el soldado—, lo cogí del campo de batalla. —Tomó la sartén para comer y encontró un par de cucharas. Se sentaron amigablemente a comer, con el fuego crepitando entre ellos mientras el cielo se volvía lentamente rosado y carmesí y dorado, y las tierras allí abajo empezaban a ponerse azules.

—No estás acostumbrado a pasar apuros, ¿verdad? —señaló el soldado—. Buenas ropas, botas caras, pero por el aspecto que tienen se ve que les has dado demasiado uso últimamente y se han desgastado y desgarrado. Y por tu forma de hablar y tu bronceado debes ser de bastante al sur de Ingary, ¿no?

—Todo eso es verdad, oh, el más preciso observador de los compañeros —dijo Abdullah cauteloso—. Y todo lo que yo sé de ti es que vienes de Strangia y actúas de la manera más extraña, exhibiendo las monedas de tu paga para que te roben.

—¡Maldita paga! —interrumpió el soldado con enfado—. No conseguí ni un penique de Strangia ni de Ingary. Me dejé todas mis agallas en esa guerra, todos lo hicimos, y al final dijeron: «Eh, chavales, ahora es tiempo de paz» y nos lanzaron a morir de hambre. Así que me dije a mí mismo ¡De acuerdo! ¡Alguien me debe todo el trabajo que he hecho y creo que ese alguien es la gente de Ingary! ¡Ellos son los que trajeron a los magos e hicieron trampas para ganar! Así que me puse en camino, dispuesto a reclamarles mi paga del modo en que me viste hacerlo hoy. Puedes llamarlo estafa si quieres, pero ya me has visto, júzgame. ¡Sólo le saco el dinero a los que intentan robarme!

—La palabra estafa nunca ha cruzado mis labios, oh, virtuoso veterano —dijo Abdullah con sinceridad—, yo diría que tu plan es de lo más ingenioso, y creo que nadie salvo tú podría llevarlo a cabo.

Esto pareció calmar al soldado. Miró pensativamente hacia la azul lejanía.

—Todo lo que ves ahí abajo —dijo— es la Llanura de Kingsbury. Debería reportarme un montón de oro. ¿Sabes?, cuando salí de Strangia, lo único que tenía



era un pedazo de plata de tres peniques y un botón de latón que solía hacer pasar por un soberano.

—Entonces has ganado mucho —dijo Abdullah.

—Y aún ganaré más —prometió el soldado.

Dejó la sartén cuidadosamente a un lado y pescó dos manzanas de su morral. Le dio una a Abdullah, se comió la otra y luego se estiró tumbándose hacia atrás para contemplar la tierra que oscurecía lentamente. Abdullah asumió que estaba calculando el oro que iba a ganar allí abajo. Se sorprendió cuando el soldado dijo:

—Siempre me encantó el campo por la noche. Echa un vistazo a ese atardecer. ¡Glorioso!

En verdad era glorioso. Las nubes habían llegado del sur y se expandían como un paisaje rubí a lo largo del cielo. Abdullah vio filas de montañas púrpura, a veces del color del vino tinto; una grieta de humo naranja como el corazón de un volcán; un calmado lago rosado. Más allá, reposando sobre una infinidad de cielo marino de azul dorado, estaban las islas, los arrecifes, las bahías y los promontorios. Era como si mirara hacia la costa del cielo o la tierra al oeste del paraíso.

—Y esa nube de ahí —dijo el soldado, señalando—, ¿no parece exactamente un castillo?

Así era. Permanecía en un alto cabo sobre una laguna celeste, una maravilla de esbeltas torres doradas, rubí, e índigo. El cielo dorado que vislumbró a través de la torre más alta, era como una ventana. Le recordaba dolorosamente a la nube que había visto sobre el palacio del sultán mientras era conducido a las mazmorras. Aunque no tenía la misma forma, le devolvió su pena con tanta fuerza que gritó:

—Oh, Flor-en-la-noche, ¿dónde estás?



Capítulo 11

En el que un animal salvaje hace que Abdullah malgaste un deseo

El soldado se giró hacia Abdullah y lo miró.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada —dijo Abdullah—, salvo que mi vida ha estado llena de decepciones.

—Cuenta —dijo el soldado—. Desahógate. Después de todo, yo te he hablado de mí.

—Nunca me creerías —dijo Abdullah—, mis penas son aún mayores que las tuyas, oh, asesino entre los mosqueteros.

—Inténtalo —dijo el soldado.

De algún modo, no fue difícil de contar lo que brotaba en Abdullah con el atardecer y el sufrimiento que acarreaba el atardecer. Así que, mientras el castillo se esparcía y disolvía en bancos de arena en el lago celeste y todo el atardecer se desvanecía suavemente del púrpura al marrón hasta concentrarse en tres rayas de rojo oscuro, como las marcas de garra que se curaban en la cara del soldado, Abdullah contó su historia. O por lo menos, contó lo esencial. No contó, por supuesto, nada tan personal como los sueños que tenía despierto o la incómoda manera en que se habían hecho realidad más tarde. Y fue muy cuidadoso de no decir nada acerca del genio. Desconfiaba de que el soldado cogiese la botella y se desvaneciera con ella durante la noche, y la fuerte sospecha de que el soldado tampoco había contado su historia completa le animó a redactar los hechos de ese modo. El final de la historia fue bastante difícil de contar sin referirse al genio, pero Abdullah pensó que lo había hecho bastante bien. Tal como lo contó, parecía que se había escapado de sus cadenas y de los bandidos más o menos por su propia voluntad, y que después había hecho a pie todo el camino hasta el norte de Ingary.

—Mmm... —dijo el soldado cuando Abdullah acabó. Meditabundo, puso más plantas aromáticas en el fuego, que era ahora toda la luz que quedaba—. ¡Vaya vida! Pero debo añadir que creo que merece la pena, ya que estás destinado a casarte con



una princesa. Eso es algo que yo siempre he deseado hacer... Casarme con una agradable y tranquila princesa de naturaleza bondadosa y con un pedacito de reino. Tremendo sueño el mío, la verdad.

A Abdullah se le ocurrió una idea espléndida.

—Es posible que lo puedas cumplir —dijo con tranquilidad—. El día que te conocí se me concedió un sueño..., una visión, en la que un ángel de humo del color de la lavanda se me acercó y te señaló, oh, el más inteligente de los cruzados, mientras dormías en un banco fuera de la fonda. Dijo que podías prestarme una ayuda valiosa para encontrar a Flor-en-la-noche. Y que si lo hacías, dijo el ángel, tu recompensa sería casarte con otra princesa. —Esto era (o podría serlo) casi verdad, se dijo Abdullah. Sólo tenía que pedir el deseo adecuado mañana. O *mejor* dicho, pasado *mañana*, recordó, ya que el genio le había forzado a usar el deseo de hoy— ¿Me ayudarás —preguntó ansiosamente mirando la cara del soldado iluminada por el fuego— a cambio de esa gran recompensa?

Abdullah notó que el soldado no parecía ni emocionado ni falto de interés.

—No sé muy bien qué podría hacer yo para ayudarte —dijo finalmente el soldado—. Para empezar, no soy ningún experto en demonios. No parece que haya muchos aquí tan al norte. Lo que deberías hacer es preguntarle a alguno de esos malditos magos de Ingary lo que hacen los demonios cuando raptan princesas. Los magos lo sabrán. Si quieres, yo podría ayudarte a sacarle la verdad a alguno. Sería un placer. Pero en cuanto a la princesa, estas no crecen en los árboles, ya sabes. La más cercana debe ser la hija del rey de Ingary, que está allá lejos, en Kingsbury. Pero si ella es lo que tu amigo de humo tenía en mente, entonces supongo que lo mejor será que tú y yo bajemos por aquel camino y veamos qué pasa. La mayoría de los obedientes brujos del rey viven también por allí, o eso me dijeron... Parece que tiene sentido. ¿Te cuadra esta idea?

—Excelentemente, amigo militar de mi alma —dijo.

—Entonces trato hecho. Pero no te prometo nada —dijo el soldado.

Sacó dos mantas de su morral y sugirió que avivaran el fuego, y se dispusieron a dormir.

Abdullah desenganchó la botella del genio de su cinturón y la puso cuidadosamente junto a él sobre la lisa roca, en el lado opuesto al soldado. Después se envolvió en la manta y se acomodó para lo que resultó ser una noche bastante agitada. La roca estaba dura. Y aunque no tenía ni mucho menos tanto frío como la noche anterior en el desierto, el aire húmedo de Ingary le hacía temblar lo mismo. Además, en el momento en que cerró los ojos empezó a obsesionarse con la bestia salvaje que había en la cueva, encima del barranco. Siguió imaginando que podía escucharla rondando por el campamento. Una o dos veces abrió los ojos e incluso llegó a pensar que había visto algo moviéndose más allá de la luz de la lumbre. Cada vez que sintió esto se incorporó y echó más leña al fuego, las llamas se inflamaron y



le mostraron que no había nada. Pasó bastante tiempo antes de que se quedara dormido. Y cuando se durmió tuvo un sueño infernal. Soñó que al amanecer llegaba un demonio y se sentaba sobre su pecho. Abrió los ojos para decirle que se fuera y descubrió que no era un demonio sino la bestia de la cueva. Esta permaneció con sus dos grandes patas delanteras plantadas en su pecho, mirándole fijamente con ojos que eran como lámparas azuladas en la aterciopelada oscuridad de su abrigo. Hasta donde Abdullah podía decir, era un demonio con la forma de una enorme pantera negra.

Se incorporó con un grito.

Naturalmente, allí, no había nada. Justo ahora rompía el alba. El fuego era una mancha cereza en el gris del crepúsculo y el soldado, un bulto oscuro que roncaba suavemente al otro lado del fuego. Tras él, las tierras estaban blancas con la niebla. Con cansancio, Abdullah puso otro arbusto en el fuego y se quedó dormido de nuevo.

Se despertó con el tempestuoso rugido del genio.

—¡Detén a esta cosa! ¡QUÍTAMELO de encima!

Abdullah saltó. El soldado saltó. Era completamente de día. No había duda de lo que vieron ambos. Un pequeño gato negro estaba agachado junto a la botella del genio justo al lado del lugar en que había estado la cabeza de Abdullah. O el gato era muy curioso o estaba convencido de que había algo de comida en la botella, porque tenía puesta su nariz delicada pero firmemente en el cuello del frasco. En torno a la cabecita negra del gato, el genio salía a borbotones de diez o doce espirales distorsionadas, y las espirales de humo se convertían en manos o caras y después volvían a convertirse en humo de nuevo.

—¡Ayúdame! —gritaban a coro—. ¡Está intentando comerme!

El gato ignoraba completamente al genio. Se comportaba como si en la botella estuviera el más tentador de los olores.

En Zanzib todo el mundo odiaba a los gatos. La gente no tiene mejor opinión de ellos que de las ratas y ratones que comen. Si un gato se te acerca, le pegas una patada y ahogas a cualquier gatito que se te ponga a mano. Así que Abdullah corrió tras el gato, preparado para lanzarle un puntapié.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Largo!

El gato saltó. De algún modo evitó el latigazo del pie de Abdullah y se encaramó en el saliente, desde donde bufó y miró enfurecido. Así que no era mudo, pensó Abdullah observándole fijamente los ojos. Eran azulados. ¡Conque era eso lo que se había sentado encima de él por la noche! Cogió una piedra y echó hacia atrás su brazo para arrojársela.

—¡No hagas eso! —dijo el soldado—. ¡Pobre animalito!



El gato no esperó a que Abdullah tirase la piedra. Se perdió de vista.

—Esa bestia no es ningún pobre animalito —dijo— debes darte cuenta, oh, bondadoso pistolero, de que la criatura casi te saca un ojo la pasada noche.

—Lo sé —dijo el soldado cariñosamente—, sólo para defenderse, pobre cosita. ¿Es un genio eso que hay dentro de ese frasco tuyo? ¿Es ese tu amigo de humo azul?

Un viajero que le vendió una alfombra le dijo una vez a Abdullah que la mayoría de la gente del norte era inexplicablemente sentimental con los animales. Abdullah se encogió de hombros y se giró amargamente hacia la botella, dentro de la cual el genio se había desvanecido sin una palabra de agradecimiento. ¡Sabía que esto tenía que pasar! Ahora tendría que vigilar la botella como un halcón.

—Sí —dijo.

—Lo suponía —comentó el soldado—. He oído hablar de los genios. Ven y mira esto, ¿quieres? Se detuvo y cogió su sombrero con cuidado, sonriendo extraña y tiernamente.

Definitivamente parecía que algo no marchaba bien en el soldado aquella mañana, como si su cerebro se hubiera ablandado durante la noche. Abdullah se preguntaba si serían esos arañosos, que ya casi habían desaparecido. Abdullah se acercó a él con preocupación.

De repente el gato apareció de nuevo en el saliente, haciendo ese sonido de poleas metálicas y mostrando enfado y preocupación en cada ápice de su pequeño cuerpo negro. Abdullah lo ignoró y miró el sombrero del soldado. Redondos ojos azules le observaban desde el grasiento interior. La pequeña boca sonrosada bufaba con rebeldía, el gatito se fue gateando hacia la parte de atrás del sombrero moviendo la diminuta escobilla de su cola para equilibrarse.

—¿No es dulce? —dijo el soldado embobado.

Abdullah echó un vistazo al gato que maullaba en lo alto de la roca, se quedó helado y miró de nuevo con más atención. Era enorme. Era una poderosa pantera que le mostraba sus grandes colmillos blancos.

—Estos animales deben pertenecer a una bruja, valeroso compañero —dijo temblorosamente.

—Si es así, entonces la bruja debe de estar muerta —dijo el soldado—. Tú lo has visto. Viven salvajes en aquella cueva. La madre gata habrá cargado a su gatito todo el camino hasta aquí por la noche, ¿no es maravilloso? ¡Ha debido saber que le íbamos a ayudar! —Miró hacia la enorme bestia que gruñía en la roca y no pareció darse cuenta de su tamaño—. ¡Baja, cosita dulce! —dijo persuasivamente—. Sabes que no te dañaremos ni a ti ni a tu gatito.

La bestia madre se lanzó desde la roca. Abdullah dio un grito ahogado, se echó a un lado y se sentó de golpe. El enorme cuerpo negro pasó volando sobre él y, para su



sorpresa, el soldado empezó a reír. Abdullah miró con indignación y descubrió que la bestia se había convertido en una pequeña gata negra y ahora estaba de lo más cariñoso, caminando sobre el hombro del soldado y frotándose en su cara.

—¡Oh! ¡Eres una maravilla, pequeña Medianoche! —El soldado soltó una risita—. Sabes que cuidaré de tu Mequetrefe por ti, ¿no? Así es. ¿Ronroneas?

Abdullah se levantó con disgusto y dio la espalda a esta fiesta del amor. La sartén se había limpiado muy concienzudamente por la noche. El plato de latón estaba pulido. Contrariado, fue y lavó ambos en el arroyo, esperando que el soldado olvidara pronto a esas peligrosas bestias mágicas y empezara a pensar en el desayuno.

Pero cuando el soldado soltó finalmente el sombrero y se quitó con ternura a la madre gata del hombro, en lo que pensó fue en el desayuno de los gatos.

—Necesitarán leche —dijo— y un buen plato de pescado fresco. Pide a ese genio tuyo que les consiga algo.

Un chorro malva azulado saltó del cuello de la botella y se esparció en un boceto de la cara irritada del genio.

—¡Oh, no! —dijo el genio—. Un deseo al día es todo lo que concedo, y él consiguió ayer el deseo de hoy. Ve y pesca en el arroyo.

El soldado avanzó con enfado hacia el genio.

—No hay peces a esta altura de la montaña —dijo— y la pequeña Medianoche está muriéndose de hambre y tiene un gatito que alimentar.

—¡Peor para ti! —dijo el genio—, y no intentes amenazarme, soldado. Por menos de eso hay hombres que se han convertido en sapos.

El soldado era realmente un hombre valiente (o uno muy tonto), pensó Abdullah.

—Hazme eso y romperé tu botella, sea cual sea mi forma —gritó—. No te pido el pescado para mí.

—Prefiero la gente egoísta —respondió el genio—. ¡De manera que quieres que te convierta en sapo!

Entonces salieron más borbotones de humo azul de la botella y se convirtieron en brazos que hacían unos gestos que Abdullah temía reconocer.

—No, no, detente. Te lo imploro, oh, zafiro entre los espíritus —dijo apresuradamente—. Deja al soldado tranquilo y, como un gran favor, consiente concederme otro deseo un día antes de lo debido: que los animales sean alimentados.

—¿También quieres convertirte en sapo? —dijo el genio.

—Si está escrito en la profecía que Flor-en-la-noche ha de casarse con un sapo, entonces conviérteme en sapo —dijo piadosamente—, pero trae primero leche y pescado, gran genio.



El genio se arremolinó de mal humor.

—¡Vaya con la profecía! Contra eso no puedo. De acuerdo. Tendrás tu deseo, con la condición de que me dejes en paz los dos próximos días.

Abdullah suspiró. Era una manera terrible de desperdiciar un deseo.

—Muy bien.

Una vasija de barro con leche y un salmón en un plato ovalado cayeron en la roca junto a sus pies. El genio ofreció a Abdullah una terrible mirada de enfado y se arrastró al interior de la botella.

—¡Gran trabajo! —dijo el soldado, y procedió a hacer un puré cociendo el salmón a fuego lento en la leche y asegurándose de que no hubiera raspas con las que pudiera ahogarse la gata.

Abdullah notó que la gata había pasado todo este tiempo lamiendo pacíficamente a su gatito en el sombrero. No parecía darse cuenta de que el genio estaba allí. Pero sí que se dio cuenta del salmón. Tan pronto como empezó a cocinarse, dejó a su gatito y empezó a enredarse en torno al soldado, maullando hambrienta y apremiante.

—¡Ya mismo, ya mismo, mi querida negrita! —dijo el soldado.

Lo único que se le ocurría a Abdullah es que la magia de la gata y la del genio eran tan diferentes que no eran capaces de percibirse el uno al otro. Lo bueno de la situación era que quedaría leche y salmón de sobra para los dos humanos.

Mientras la gata engullía con delicadeza, y su gatito daba lengüetazos, estornudaba y hacía con torpeza todo lo que podía para beber la leche con sabor a salmón, el soldado y Abdullah se dieron una fiesta con la papilla hecha de leche y filete de salmón asado.

Después de un desayuno como ese, Abdullah se sintió más afectuoso con el mundo entero. Se dijo a sí mismo que el genio no podía haber elegido un mejor compañero para él que este soldado. Y el genio no era tan malo. Además, seguro que pronto estaría mirando a Flor-en-la-noche. Estaba pensando que tampoco el sultán y Kabul Aqba eran tan malas personas cuando descubrió contrariado que el soldado pretendía llevar a la gata y a su gatito con ellos hacia Kingsbury.

—Pero, oh, el más benevolente bombardero y considerado coracero —protestó—, ¿que será del esquema que te habías hecho para ganar tu paga? No puedes robar a los ladrones con un gatito en tu sombrero.

—Considero que ahora que me has prometido una princesa ya no necesito hacer nada de eso —respondió el soldado con calma—. Y nadie debería dejar que Medianoche y Mequetrefe mueran de hambre en esta montaña. ¡Eso es muy cruel!

Abdullah sabía que no tenía argumentos. Ató amargamente la botella del genio a su cinturón y juró no volver nunca más a hacerle una promesa al soldado. El soldado rehízo su morral, dispersó el fuego y cogió cuidadosamente su sombrero con el gatito



dentro. Partió montaña abajo junto al arroyo, silbándole a Medianoche como si fuera un perro.

Medianoche, sin embargo, tenía otros planes. Cuando Abdullah salió tras el soldado, ella se detuvo en el camino mirándole fijamente. Abdullah no se dio cuenta y trató de sortearla dando un rodeo. Entonces la gata, de repente, volvió a convertirse en una enorme pantera negra, incluso más grande que antes (si eso era posible), que gruñía y bloqueaba su camino. Se detuvo, francamente aterrorizado, y la bestia saltó sobre él. Estaba tan asustado que no podía ni gritar. Cerró los ojos y esperó a que le arrancara la garganta. ¡Se acabaron el destino y las profecías!

En lugar de eso, algo suave tocó su garganta. Patas pequeñas y firmes pies pisaban sus hombros y otro conjunto de tales pinchaban su pecho. Abdullah abrió los ojos y descubrió que Medianoche tenía de nuevo el tamaño de un gato y se aferraba al frente de su chaqueta. Los ojos verdeazulados parecían decir: «Llévame, o verás».

—Muy bien, formidable felino —dijo Abdullah—. Pero ten cuidado de no rasgar más el bordado de esta chaqueta. Una vez fue mi mejor traje. Y, por favor, recuerda que cargo contigo en total desacuerdo. No me gustan los gatos.

Con tranquilidad, Medianoche se subió a los hombros de Abdullah, donde se sentó con petulancia, balanceándose mientras Abdullah siguió bajando lenta y pesadamente la montaña el resto del día.



Capítulo 12

En el que la ley alcanza a Abdullah y al soldado

Por la tarde, Abdullah casi se había acostumbrado a Medianoche. Ella, al contrario que el perro de Jamal, olía a limpio y era, a todas luces, una madre excelente. Sólo abandonó los hombros de Abdullah para alimentar a su gatito. Excepto por ese hábito suyo de crecer cuando él la enfadaba, sentía que podía llegar a tolerarla con el tiempo. El gatito, por su parte, era encantador. Se puso a jugar con el extremo de la trenza del soldado e intentó cazar mariposas (de manera temblorosa) cuando se detuvieron a almorzar. El resto del día lo pasó subido a la parte delantera de la chaqueta del soldado, mirando con avidez la hierba y los árboles y las cataratas, con su hilera de helechos, de camino a la Llanura.

Pero a Abdullah le disgustó completamente el número que montaron el soldado y sus nuevas mascotas cuando pararon por la noche. Decidieron quedarse en la primera fonda del primer valle al que llegaron, y aquí el soldado decretó que sus gatos tendrían que disfrutar de las mejores atenciones.

El posadero y su mujer eran de la opinión de Abdullah. Se trataba de gente ignorante que ya estaba de mal humor a causa del misterioso robo, ocurrido aquella misma mañana, de un cuenco de leche y un salmón. Corretearon de un lado a otro con adusta desaprobación y trajeron la cesta adecuada y una suave almohada que pusieron encima. Aunque huraños, se apresuraron en traer leche, hígado de pollo y pescado. A regañadientes prepararon ciertas infusiones que, según afirmaba el soldado, eran buenas para prevenir las úlceras de las orejas de los gatos. Salieron furiosos en busca de hierbas que se supone curaban a los gatos de los gusanos. Pero no pudieron creerlo cuando se les pidió que calentaran agua para el baño porque el soldado sospechaba que Mequetrefe había cogido una pulga.

Abdullah se vio forzado a negociar.

—¡Oh, príncipe y princesa de los patrones! —dijo—, os pido que seáis pacientes con las excentricidades de mi excelente amigo. Cuando dice un baño se refiere, por supuesto, a un baño para él mismo y para mí. Ambos estamos algo sucios del viaje y un poco de agua limpia y caliente sería bienvenida, y pagaremos, qué duda cabe, los extras necesarios.



—¿Qué? ¿Yo? ¿Baño? —dijo el soldado cuando el posadero y su mujer salieron desconcertados a poner a hervir las grandes calderas.

—Sí, tú —dijo Abdullah—, o tú y tus gatos y yo nos separamos esta misma tarde. El perro de mi amigo Jamal, allá en Zanzib, era bastante menos desagradable a la nariz que tú, oh, sucio guerrero; y Mequetrefe, con pulgas o sin ellas, es también bastante más limpio que tú.

—¿Pero qué hay de mi princesa y de la hija de tu sultán si te marchas? —preguntó el soldado.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo Abdullah—. Pero preferiría que te dieras un baño y, si lo deseas, metieras a Mequetrefe contigo. Ese fue mi propósito al pedirlo.

—Bañarte te debilita —dijo el soldado dubitativamente—. Pero supongo que mientras estoy ahí metido, podría bañar también a Medianoche.

—Usa ambos gatos como esponjas si te place, encaprichado soldado de infantería —dijo Abdullah. Y se dispuso a deleitarse con su propio baño. Como el clima de Zanzib era muy caluroso, la gente estaba acostumbrada a bañarse a menudo. Abdullah visitaba los baños públicos al menos un día sí y otro no, y ya lo echaba de menos. El propio Jamal iba a los baños una vez en semana, y se rumoreaba que llevaba a su perro con él. Abdullah pensó que el soldado, que ahora empezaba a calmarse metido en el agua caliente, no estaba más embobado con sus gatos de lo que Jamal lo estaba con su perro. Esperaba que Jamal y el perro se las hubieran ingeniado para escapar y, de ser así, que no estuviesen sufriendo las penalidades del desierto.

Después del baño, el soldado no parecía más débil en absoluto, si bien el tono de su piel se había vuelto de un moreno más pálido. Al parecer, Medianoche había salido corriendo con la simple visión del agua pero Mequetrefe, aseguró el soldado, había disfrutado cada momento.

—¡Jugaba con las pompas de jabón! —dijo con adoración.

—Espero que te creas merecedora de todo este embrollo —dijo Abdullah dirigiéndose a Medianoche mientras esta se sentaba en su cama, limpiándose delicadamente tras comer su leche y su pollo. La gata se giró y le dedicó una mirada desdeñosa (¡por supuesto que lo merecía!) antes de continuar con la seria tarea de lavarse las orejas.

La cuenta, a la mañana siguiente, era enorme. La mayor parte del cargo extra era debido al agua caliente, pero cojines, cestas e hierbas sumaban también una cantidad importante. Abdullah tiritó al pagar y preguntó con preocupación cuánto camino faltaba hasta Kingsbury.

«Seis días a pie», le dijeron.

—¡Seis días! —Abdullah casi lanzó un gruñido. Seis días gastando a este ritmo y, cuando al fin la encontrara, apenas podría mantener a Flor-en-la-noche en la más calamitosa pobreza. Peor aún, tendría que soportar seis días de enredos del soldado



y los gatos antes si quiera de poder pescar un brujo y comenzar la búsqueda. No, pensó Abdullah. Su siguiente deseo sería que el genio los transportara a todos a Kingsbury. Eso significaba que sólo tendría que aguantar otro dos días más.

Reconfortado con este pensamiento, bajó por la carretera dando grandes zancadas con Medianoche montada serenamente en sus hombros y la botella del genio balanceándose de un lado a otro. El sol brillaba. Después del desierto, el verdor del campo era un auténtico placer para Abdullah. Incluso empezaba a apreciar las casas de tejados de hierba. Tenían deliciosos jardines silvestres y, en muchas de ellas, había rosas u otras flores enredadas en las puertas. El soldado le dijo que los tejados de hierba eran costumbre allí. Se llamaban techos de paja y aseguró que servían para evitar la lluvia, cosa que le pareció muy difícil de creer a Abdullah.

Al poco tiempo, Abdullah estaba inmerso en otra de sus fantasías. En esta ocasión, Flor-en-la-noche y él vivían en una casita de tejado de hierba y rosas alrededor de la puerta. Pensó que podría fabricar para ella tal jardín que sería la envidia de todos en kilómetros a la redonda. Se puso a planificar el jardín.

Desafortunadamente, hacia el final de la mañana, su sueño fue interrumpido por unas gotas de lluvia cada vez más numerosas. Medianoche odiaba la lluvia y se quejaba ruidosamente en el oído de Abdullah.

—Métela dentro de tu chaqueta —dijo el soldado.

—No puedo hacer eso, oh, adorador de los animales —dijo Abdullah—. Ella no me quiere a mí más de lo que yo la quiero a ella y no hay duda de que aprovecharía la oportunidad para arañarme el pecho.

El soldado le dio a Abdullah su sombrero, con Mequetrefe en su interior cuidadosamente cubierto con un sucio pañuelo, y metió a Medianoche dentro de su propia chaqueta.

Siguieron caminando medio kilómetro más. Para entonces llovía a cántaros.

El genio dejó asomar un anguloso rastro de humo azul de la botella.

—¿No puedes hacer algo con toda esta agua que me está cayendo encima?

Con su pequeño y chirriante hilo de voz, Mequetrefe venía a decir lo mismo. Abdullah se sacó el pelo mojado de los ojos y se sintió agobiado.

—Tendremos que encontrar algún sitio donde refugiarnos —dijo el soldado.

Afortunadamente, había una fonda a la vuelta de la esquina. Chapoteando, entraron agradecidos en la cantina de la fonda y Abdullah comprobó encantado que el techo de hierba no dejaba pasar la lluvia.

El soldado (y Abdullah ya se estaba acostumbrando a esto) pidió un salón privado con chimenea para que los gatos estuvieran cómodos y comida para los cuatro. Abdullah también se estaba acostumbrando a preguntarse por cuánto le saldría todo aquello, aunque tuvo que admitir que el fuego era muy bienvenido. Chorreando, se



instaló frente a la chimenea con un vaso de cerveza (en esta fonda en particular, la cerveza sabía como si realmente procediera de un camello que estuviese bastante indispuerto) a la espera del almuerzo. Medianoche secó al gatito y después se secó a sí misma. El soldado colocó las botas junto al fuego y dejó que humearan mientras el genio de la botella, por su parte, se amorraba en la chimenea y también humeaba. Nadie se quejó de nada, ni siquiera el genio.

Entonces escucharon el sonido de caballos en el exterior. Lo cual no era inusual. La mayoría de la gente de Ingary viajaba a caballo siempre que le era posible. Tampoco era sorprendente que unos caballos se detuvieran en la fonda. Debían estar tan mojados como ellos. Abdullah estaba pensando que tendría que haber pedido al genio que los proveyera de caballos en lugar de leche y salmón, cuando escuchó los gritos que los jinetes proferían al posadero por la ventana del salón:

—¡Dos hombres, un soldado de Strangia y un tipo de tez oscura vestido de forma extravagante, buscados por asalto y robo!, ¿los has visto?

Antes de que los jinetes hubieran terminado de gritar, el soldado se había situado junto a la ventana de la estancia, con la espalda apoyada sobre el muro, de modo que podía mirar a través de ella sin ser visto y, de algún modo, había cogido su morral con una mano y su sombrero con la otra.

—Hay cuatro —dijo—, por el uniforme no hay duda de que son guardias.

Lo único que Abdullah podía hacer era permanecer boquiabierto del disgusto, pensando que eso era lo que pasaba cuando uno iba pidiendo cestas para gatos y baños y daba razones a los posaderos para no olvidarle. «¡Salones privados!», pensó cuando escuchó al posadero afirmar que sí, que de hecho los dos hombres estaban ahora mismo en el salón pequeño.

El soldado lanzó su sombrero a Abdullah.

—Pon a Mequetrefe aquí dentro. Después coge a Medianoche y prepárate para salir por la ventana en cuanto ellos entren en la fonda.

Mequetrefe había elegido aquel momento para ir de exploración debajo de un asiento de roble. Abdullah se lanzó por él. Mientras se arrastraba de rodillas hacia atrás con el gatito retorciéndose en su mano, pudo escuchar el golpeteo de unas botas en el suelo de la cantina. El soldado estaba abriendo el cerrojo de la ventana. Abdullah puso a Mequetrefe en el sombrero y se volvió a buscar a Medianoche. Y entonces vio la botella del genio, que se calentaba en la chimenea. Medianoche estaba en el otro extremo de la habitación, subida sobre un alto estante. La situación era desesperanzadora. El sonido de las botas se escuchaba cada vez más cerca, y se dirigía hacia la puerta de la habitación. El soldado le daba golpes a la ventana, que parecía estar atrancada.

Abdullah cogió rápidamente la botella.

—¡Ven aquí, Medianoche! —dijo y corrió hacia la ventana, donde chocó con el



soldado, que estaba retrocediendo.

—¡Apártate! —dijo el soldado—. Esto está atrancado. Voy a darle una patada.

Mientras Abdullah se tambaleaba, la puerta se abrió de golpe y tres corpulentos hombres de uniforme irrumpieron en la habitación. Al mismo tiempo, las botas del soldado golpearon con una patada el marco de la ventana. Esta se abrió violentamente y el soldado se precipitó al exterior por el alféizar. Los tres hombres gritaron. Dos se dirigieron a la ventana y uno se lanzó a por Abdullah. Abdullah volcó el asiento de roble, salió corriendo hacia la ventana y saltó al exterior sin pensárselo dos veces, saliendo de nuevo a la lluvia.

Justo después se acordó de Medianoche, y se dio la vuelta.

La gata estaba enorme de nuevo, más grande que nunca, y se cernía como una sombra negra bajo la ventana, enseñando sus inmensos colmillos blancos a los tres hombres, que chocaron y cayeron uno sobre el otro al intentar escapar a toda prisa por la puerta. Abdullah salió corriendo tras el soldado, agradecido. Corría como loco en dirección a la esquina más alejada de la fonda. El cuarto guardia, que se había quedado sujetando los caballos, comenzó a perseguirlos a la carrera hasta que se dio cuenta de su estupidez y volvió por los caballos y estos, a su vez, se asustaron y salieron cabalgando cuando lo vieron correr hacia ellos. Mientras Abdullah trataba de dar alcance al soldado, apresurándose a través del encharcado huerto de la cocina, escuchó el griterío de los cuatro guardias que intentaban atrapar a sus caballos.

El soldado era un experto en huidas. Sin perder el más mínimo instante, encontró un camino que conducía desde el jardín de verduras a un sembradío y, allí, una cancela que daba a campo abierto. La espesura cubierta de lluvia que se divisaba en la distancia era una promesa de seguridad.

—¿Cogiste a Medianoche? —jadeó el soldado mientras trotaban por la empapada hierba del campo.

—No —dijo Abdullah—, No tenía aliento para explicarse.

—¿Qué? —exclamó el soldado. Se paró y dio media vuelta.

En ese preciso momento, los cuatro caballos, cada uno con su respectivo guardia subido a la silla de montar, llegaron saltando la valla del sembradío. El soldado profirió una violenta maldición. Abdullah y él aceleraron hacia la espesura. Cuando alcanzaron los arbolados alrededores, los jinetes ya habían recorrido la mitad de la distancia que los separaba. El soldado y Abdullah atravesaron los arbustos y se introdujeron en el campo arbolado cuyo suelo, para sorpresa de Abdullah, estaba poblado de miles de flores que cubrían de azul la lejanía, como si fuesen una alfombra.

—¿Qué... estas flores? —jadeó.

—Jacintos del bosque —dijo el soldado—. Si has perdido a Medianoche, te mataré.



—No la he perdido. Ella nos encontrará. Creció. Te lo dije. Magia —jadeó de nuevo.

El soldado no había visto nunca ese truco de Medianoche. No creyó a Abdullah.

—Más rápido —dijo—. Tenemos que dar un rodeo y volver a recogerla.

Se apresuraron, pisoteando los jacintos, sofocados con su extraño e intenso perfume. De no ser por la negra tempestad y los gritos de los guardias, habría creído que corrían sobre el suelo del cielo. Volvió rápidamente a su sueño. Pensó que cuando hiciera el jardín de la casa que compartiría con Flor-en-la-noche, tendría jacintos azules como estos a miles. Pero eso no le hizo pasar por alto que estaban dejando un rastro de quebrados tallos blancos y flores destrozadas. Y no podía dejar de escuchar el ruido de ramas rotas que hacían los guardias mientras espoleaban los caballos por el bosque, en su búsqueda.

—La situación es desesperada —dijo el soldado—. Haz que ese genio tuyo consiga que los guardias nos pierdan de vista.

—Ten en cuenta..., oh, zafiro de los soldados... No habrá deseos... pasado mañana —jadeó Abdullah.

—Que te adelante otro —dijo el soldado.

El humo azul asomó con enfado de la botella que llevaba Abdullah en la mano.

—Te concedí el último deseo con la única condición de que me dejaras tranquilo —dijo el genio—. Lo único que pido es que me dejéis en paz en mi botella, a solas con mi dolor. ¿Y eso hacéis? No. Al primer signo de problemas, empezáis a lloriquear en busca de un deseo extra. ¿Es que no hay nadie aquí que me tenga en cuenta?

—Emergencia... Oh, jacinto... jacinto de los espíritus embotellados —resopló Abdullah—. Transpórtanos lejos de aquí.

—No, no hagas eso —dijo el soldado—, no desees que nos aleje de aquí sin Medianoche. Mejor que nos haga invisibles hasta que la encontremos.

—Jade azul de los genios —jadeó Abdullah.

—Si hay algo que odio —interrumpió el genio, alzándose en una nube malva— más que esta lluvia y que me den la lata continuamente pidiendo deseos por adelantado, es que me coaccionen con florituras. Si quieres un deseo, habla claro.

—Llévanos a Kingsbury —dijo Abdullah con sofoco.

—Haz que nos pierdan esos tipos —dijo a la vez el soldado.

Se miraron el uno al otro mientras corrían.

—Decidid —dijo el genio. Cruzó sus brazos y se alzó despreciativamente tras ellos.

—No voy a dejar a Medianoche —dijo el soldado.



—Si vamos... gastar un deseo... —jadeó Abdullah— deberíamos... provechosamente..., insensato cazafortunas..., adelantar nuestra... búsqueda... Kingsbury.

—Entonces puedes irte si mí —dijo el soldado.

—Los jinetes están sólo a ciento cincuenta metros —remarcó el genio.

Miraron sobre sus hombros y descubrieron que era completamente cierto. Abdullah cedió a toda prisa.

—Entonces haz que no puedan vernos —balbuceó.

—Haznos imperceptibles hasta que nos encuentre Medianoche —añadió el soldado—. Sé que lo hará. Es así de lista.

Abdullah vislumbró una sonrisita malévola en la cara de humo del genio y en sus brazos humeantes mientras hacía ciertos gestos.

A esto le siguió una extrañeza pegajosa y húmeda. El mundo se distorsionó alrededor de Abdullah y creció, vasto y azul y verde y desenfocado. Se arrastraba lenta y arduamente, agachado entre lo que parecían ser jacintos gigantes, apoyando con extremo cuidado cada mano enorme y verrugosa porque, por alguna razón, no podía mirar hacia abajo (sólo hacia arriba y hacia el frente). Era un esfuerzo tan duro que quería detenerse y quedarse agachado donde estaba, pero el suelo se estremecía aterradoramente. Podía sentir que unas criaturas gigantescas galopaban hacia él, así que se arrastró con frenesí. Con todo, apenas pudo salir a tiempo del camino. El enorme casco de un caballo, tan grande como una torre circular, con la base metálica, aplastó todo lo que había junto a él. Abdullah estaba tan asustado que se quedó completamente inmóvil. Juraría que las criaturas también se habían detenido bastante cerca. Así se quedó un tiempo. Luego, el estrépito de cascos empezó de nuevo y siguió un rato más, pisoteando aquí y allá, siempre muy cerca, hasta que, después de lo que le pareció la mayor parte del día, las criaturas desistieron en su búsqueda y se marcharon, pisoteando y haciendo ruido.



Capítulo 13

En el que Abdullah desafía al destino

Abdullah se quedó agazapado un rato largo, pero cuando vio que las criaturas no iban a regresar, volvió a arrastrarse, de modo impreciso y desatinado, esperando descubrir qué le había pasado. Sabía que algo le había pasado, pero no parecía tener mucho cerebro con el que pensar.

Mientras se arrastraba, cesó la lluvia. Esto le apenó, pues resultaba maravillosamente refrescante para su piel. Por otro lado, una mosca voló en círculos alrededor de un rayo de sol y se posó en la hoja de un jacinto cercano. Abdullah lanzó vertiginosamente su larga lengua, alcanzó a la mosca y se la tragó. «¡Qué rica!», pensó. Y luego pensó: «Pero si las moscas están sucias». Más preocupado que nunca se arrastró hasta otro macizo de jacintos silvestres.

Y allí había alguien que era justo como él.

Era marrón y rechoncho y verrugoso, y tenía los ojos amarillos encima de la cabeza. Tan pronto como este le vio, abrió su amplia boca sin labios en un alarido de horror y empezó a hincharse. Abdullah no esperó a ver más. Se dio la vuelta y se arrastró tan rápido como le permitían sus deformadas piernas. Ahora sabía en qué se había convertido. Era un sapo. El malicioso genio lo había arreglado todo para que fuese un sapo hasta que Medianoche lo encontrara. Y cuando lo hiciera, seguramente se lo comería.

Se arrastró debajo de la hoja de la flor más cercana y se escondió allí.

Casi una hora más tarde, las hojas de los jacintos se separaron para dejar pasar las garras de un monstruo negro. Parecía interesado en Abdullah. El monstruo le cubrió la cabeza con sus garras y le dio unos golpecitos. Abdullah estaba tan atemorizado que intentó saltar hacia atrás. Y se encontró a sí mismo tumbado de espaldas entre los jacintos del bosque.

Lo primero que hizo fue pestañear mirando a los árboles, intentando adaptarse al hecho de tener otra vez pensamientos en la cabeza. Algunos de esos pensamientos eran más bien desagradables, como el recuerdo de dos bandidos convertidos en sapos que se arrastraban frente a la charca de un oasis, o el haberse comido una



mosca, o el ser casi pisoteado por un caballo. Después miró alrededor y vio al soldado agachado cerca de él. Parecía tan desconcertado como Abdullah. Tenía su morral al lado y, más atrás, Mequetrefe hacía decididos esfuerzos para saltar fuera de su sombrero. El genio se encontraba junto al sombrero, complacido.

Tan pequeño como la llama de una lámpara de alcohol, el genio se asomaba al exterior apoyando el humo de sus brazos en el cuello de la botella.

—¿Os divertís? —preguntó mofándose—. Os he pillado, ¿eh? ¡Eso os enseñará a no molestarme con más deseos de la cuenta!

La repentina transformación de Abdullah y el soldado había sobresaltado de tal manera a Medianoche que su pequeño cuerpo formaba un arco y les bufaba con enfado a los dos.

El soldado alargó su mano hacia ella, haciendo ruiditos tranquilizadores:

—Como vuelvas a asustar así a Medianoche —le dijo al genio—, romperé tu botella.

—Eso ya lo dijiste antes —respondió el genio— y no pudiste hacer nada, ¡mala suerte!, la botella está encantada.

—Entonces me aseguraré de que su próximo deseo sea convertirte en sapo —dijo el soldado alzando su pulgar hacia Abdullah.

El genio dirigió a Abdullah una mirada desconfiada. Abdullah no dijo nada pero le pareció una buena idea para mantener al genio a raya. Suspiró. De una manera o de otra, no había forma de dejar de malgastar deseos.

Se levantaron, recogieron sus cosas y reanudaron el viaje. Pero a partir de entonces viajaron con mucha más cautela, escogiendo los caminos más estrechos y las veredas que encontraban. Y aquella noche, en lugar de ir a una fonda, se detuvieron en un antiguo granero vacío. Había algo allí que interesaba a Medianoche y la mantenía alerta. De repente, se escabulló hacia las esquinas en sombra. Después de un rato volvió trotando con un ratón muerto para Mequetrefe y lo dejó cuidadosamente junto a él en el sombrero del soldado. Aunque Mequetrefe no estaba muy seguro de qué hacer con eso, al final decidió que era la clase de juguete sobre el que podía saltar con ferocidad y jugar a matar. Medianoche salió a merodear de nuevo. La mayor parte de la noche, Abdullah escuchó los débiles sonidos de su cacería.

Con todo, al soldado le preocupaba alimentar a los gatos. Al día siguiente quería que Abdullah fuese a la granja más cercana y comprase leche.

—Hazlo tú si quieres —dijo Abdullah cortante.

Pero sin saber cómo, fue él quien se encontró saliendo de camino a la granja, con una lata del morral del soldado a un lado del cinturón y la botella del genio golpeando en el otro lado.

A la mañana siguiente pasó exactamente lo mismo, y a la otra también, con la



pequeña diferencia de que durmieron bajo almiar las dos noches y de que, la primera mañana, Abdullah compró un maravilloso pan de molde recién hecho y huevos la siguiente. La tercera mañana, mientras regresaba al almiar, intentó entender porque se sentía cada vez más malhumorado y explotado. No era sólo el hecho de que pasara todo el rato mojado, entumecido y cansado. Ni tampoco que malgastase mucho tiempo haciendo mandados para los gatos del soldado... Aunque sí, esto tenía algo que ver. Medianoche era, en parte, culpable. Abdullah sabía que tenía que estarle agradecido por defenderlos de los guardias. Y estaba agradecido. Pero todavía no terminaba de llevarse bien con Medianoche. Se montaba en sus hombros desdeñosamente cada día y se las apañaba para dejar bastante claro que, para ella, Abdullah era sólo una especie de caballo. Algo difícil de admitir, sobre todo viniendo de un simple animal.

Durante todo el día, Abdullah estuvo rumiando este y otros asuntos mientras atravesaban el campo; él, penosamente, con Medianoche colgada con elegancia alrededor de su cuello, y el soldado en cabeza, cansado pero alegre. No era que no le gustasen los gatos. Ya se había acostumbrado. A veces encontraba a Mequetrefe casi tan dulce como lo encontraba el soldado. No, su mal humor tenía más que ver con la manera en que el soldado y el genio se empeñaban ambos en retrasar la búsqueda de Flor-en-la-noche. Abdullah pensó que, si no tenía cuidado, se pasaría el resto de la vida atravesando fatigosamente caminos campestres sin llegar ni tan siquiera a Kingsbury. Y cuando llegara todavía tenía que localizar al mago. No, esto no podía seguir así.

Aquella noche acamparon en los restos de una torre de piedra. Eso era mucho mejor que un almiar. Pudieron encender fuego y comer caliente gracias a los paquetes del soldado, y Abdullah por fin pudo secarse y calentarse. Su ánimo mejoró.

El soldado también estaba alegre. Se sentó contra el muro de piedra junto a Mequetrefe, que estaba dormido en su sombrero, y contempló el atardecer.

—He estado pensando —dijo—. Mañana puedes pedirle un deseo a tu brumoso amigo, ¿no? ¿Sabes cuál sería el deseo más práctico? Deberías desear que volviera esa alfombra mágica. Así, sí que podríamos conseguirlo.

—Sería mucho más fácil desear que nos mande directamente a Kingsbury, inteligente soldado de infantería —señaló Abdullah (un poco hoscamente, la verdad sea dicha).

—Ah, sí, pero ya le he cogido la medida al genio, sé que estropeará ese deseo si puede —dijo el soldado—. Me refiero a que tú sabes cómo funciona la alfombra, podrías llevarnos allí con menos problemas y con un deseo a mano, listo para emergencias.

Tenía sentido. Pese a eso, la única contestación de Abdullah fue un gruñido. Pues el modo en que el soldado había expuesto su consejo le abrió los ojos. Por supuesto



que el soldado le había cogido la medida al genio. El soldado era así. Un experto en conseguir que otras personas hicieran lo que él quería. La única criatura que podía lograr que el soldado hiciera algo que no quería era Medianoche y Medianoche sólo hacía algo que ella misma no quería si era Mequetrefe el que quería algo. Eso ponía al gatito justo en lo alto del escalafón. «¡Un gatito!», pensó Abdullah. Y puesto que el soldado le había cogido la medida al genio y el genio estaba definitivamente muy por encima de Abdullah, eso ponía a Abdullah justo por debajo de todos. ¡No le extrañaba haberse sentido tan explotado! Y darse cuenta de que así es como habían funcionado las cosas con los parientes de la primera mujer de su padre, no le hacía sentir mejor.

De modo que Abdullah se limitó a gruñir, algo que en Zanzib se hubiese considerado como una tremenda grosería, pero el soldado no estaba al tanto de esto y señaló alegremente hacia el cielo.

—Otro encantador atardecer. Mira, otro castillo.

El soldado estaba en lo cierto. Había magníficos lagos amarillos en el cielo e islas y promontorios y un largo cabo índigo hecho de nube y, sobre él, una nube cuadrada y arrugada como una fortaleza.

—No es igual que el otro castillo —dijo Abdullah. Sentía que era hora de imponerse.

—Por supuesto que no. No puedes ver la misma nube dos veces —dijo el soldado.

A la mañana siguiente, Abdullah se las arregló para ser el primero en despertarse. El amanecer estaba todavía encendiendo el cielo cuando se levantó, agarró la botella del genio y se la llevó a cierta distancia de las ruinas donde habían acampado.

—Genio —dijo—. Aparece.

De mala gana, un fantasmal revoloteo de humo apareció en la boca de la botella.

—¿Y esto a qué viene? —dijo—. ¿A dónde ha ido a parar toda esa charla de joyas, flores y demás?

—Dijiste que no te gustaba. He dejado de hacerlo —dijo Abdullah—. Ahora me he convertido en un realista. Mi deseo es acorde a mi nueva forma de ser.

—¡Ah! —dijo el humo del genio—, vas a pedir que vuelva la alfombra mágica.

—Para nada —dijo Abdullah. Esto sorprendió tanto al genio que por poco se sale de la botella. Miró a Abdullah con unos ojos enormes, que en la luz del amanecer parecían sólidos y brillantes y casi humanos.

—Me explicaré —dijo Abdullah—. El destino está claramente decidido a retrasar mi búsqueda de Flor-en-la-noche. Y eso a pesar de que también ha decretado que debo casarme con ella. Cada vez que intento ir contra el destino resulta que tú te aseguras de que mi deseo no haga bien a nadie y normalmente también te aseguras de que acabe perseguido por jinetes en camellos o caballos. O bien el soldado



consigue que malgaste un deseo. Puesto que estoy cansado de tu malicia y de la del soldado, que va siempre a lo suyo, he decidido desafiar al destino para variar. Pretendo malgastar cada deseo deliberadamente de ahora en adelante. El destino se verá forzado a tomar partido o, si no, la profecía relativa a Flor-en-la-noche nunca se verá cumplida.

—Te estás comportando como un chiquillo —dijo el genio— o como un héroe. O posiblemente como un loco.

—No..., como un realista —dijo Abdullah—. Más aún, te desafiaré a ti malgastando los deseos de manera que hagan el bien a alguien en algún sitio.

El genio se mostró completamente sarcástico:

—¿Y cuál es tu deseo hoy? ¿Un hogar para los huérfanos? ¿Qué el ciego recupere la vista? ¿O simplemente prefieres que coja todo el dinero de los ricos y se lo dé a los pobres del mundo?

—Estaba pensando —dijo Abdullah— que debería desear que esos dos bandidos que transformaste en sapos volvieran a su forma humana.

Una mirada de delicioso regocijo se extendió en la cara del genio.

—Podría ser peor. Te lo concedo con placer.

—¿Qué problema acarrea ese deseo? —preguntó Abdullah.

—Oh, uno no muy grande —dijo el genio—. Sencillamente que los soldados del sultán siguen acampados en aquel oasis. El sultán está convencido de que todavía andas en algún lugar del desierto. Sus hombres están peinando la región entera en tu busca. Pero estoy seguro de que emplearán algo de tiempo con los dos bandidos, aunque sólo sea para mostrarle al sultán lo celosos que son de su trabajo.

Abdullah lo tuvo en cuenta.

—¿Y quién más hay en el desierto que podría estar en peligro debido a la búsqueda del sultán?

El genio le miró de reojo:

—Estás ansioso por desperdiciar un deseo, ¿no? No muchos, salvo algunos tejedores de alfombras y algún profeta que otro... Y Jamal y su perro, por supuesto.

—¡Ah! —dijo Abdullah—. Entonces gastaré este deseo en Jamal y su perro. Deseo que Jamal y su perro sean transportados instantáneamente ambos a una vida de comodidad y prosperidad como, déjame ver, como cocinero y perro guardián en el palacio real más cercano, aparte del de Zanzib.

—Haces muy difícil —dijo el genio patéticamente— que ese deseo salga mal.

—Tal era mi propósito —dijo Abdullah—. Si pudiera descubrir cómo hacer que ninguno de tus deseos salga mal, me quedaría descansando.



—Podrías conseguir eso con un solo deseo —dijo el genio.

El genio sonaba bastante melancólico por lo que Abdullah adivinó a qué se refería. Quería ser liberado del encantamiento que lo ataba a la botella. Podría gastar fácilmente así su deseo, reflexionó Abdullah, pero sólo lo haría si pudiese contar con que, después, el genio estuviera suficientemente agradecido para ayudarle a encontrar a Flor-en-la-noche. Con este genio eso parecía de lo menos probable. Y si liberaba al genio, entonces se vería obligado a dejar de desafiar al destino.

—Pensaré en ese deseo más tarde —dijo—. Mi deseo de hoy es para Jamal y su perro. ¿Están ya a salvo?

—Sí —dijo el genio malhumoradamente. Por la mirada en su cara de humo mientras se desvanecía al interior de la botella, Abdullah tuvo la inquietante sensación de que, de alguna manera, se las había arreglado para hacer que este deseo también saliera mal, pero, por supuesto, no había manera de saberlo.

Abdullah se giró y se encontró al soldado mirándolo. No tenía idea de cuánto había escuchado pero se encontraba preparado para contestarle.

Aunque lo único que dijo el soldado fue «No entiendo demasiado bien la lógica de todo eso», antes de sugerir que caminaran hasta encontrar una granja donde poder comprar el desayuno.

Abdullah volvió a montar a Medianoche en los hombros y se pusieron en camino. Aunque no había signos de guardias, no parecía que se estuviesen acercando a Kingsbury. De hecho, cuando el soldado le preguntó a un hombre que cavaba una fosa cómo de lejos quedaba, este le contestó que estaba a cuatro días de camino. «¡El destino!», pensó Abdullah.

A la mañana siguiente, le dio la vuelta al almiar donde habían dormido y deseó que los dos sapos del desierto se convirtieran en hombres.

El genio estaba muy disgustado:

—¿No me escuchaste decir que la primera persona que abriese mi botella se convertiría en sapo? ¿Qué quieres, que deshaga un trabajo bien hecho?

—Sí —dijo Abdullah.

—¿Y eso contando con el hecho de que los hombres del sultán siguen allí y seguramente los colgarán? —preguntó el genio.

—Creo —dijo Abdullah recordando su experiencia como sapo— que incluso así preferirían ser hombres.

—¡Oh, muy bien! —respondió el genio con enfado—. Te das cuenta de que estás arruinando mi venganza, ¿no? ¡Pero, qué te importa! ¡Para ti soy sólo un deseo diario en una botella!



Capítulo 14

Que cuenta cómo la alfombra mágica reaparece

Una vez más, Abdullah se dio la vuelta y se encontró al soldado mirándolo, pero ahora el soldado no dijo nada de nada. Abdullah estaba seguro de que sencillamente esperaba su momento. Aquel día, el camino se empinaba, y ellos seguían adelante con dificultad. Los exuberantes senderos verdes dieron lugar a otros arenosos y bordeados de arbustos secos y espinosos. Alegrementemente, el soldado remarcó que al fin parecían llegar a un sitio diferente. Abdullah se limitó a gruñir. Estaba decidido a no darle una oportunidad al soldado.

Al anochecer se hallaron a gran altura, en monte abierto, contemplando un nuevo tramo de llanura. Un punto borroso en el horizonte, dijo el soldado con alegría, era definitivamente Kingsbury. Mientras plantaban el campamento, invitó a Abdullah, con mayor alegría si cabe, a observar lo encantador que resultaba que Mequetrefe jugara con las hebillas de su morral.

—Indudablemente —dijo Abdullah—, me parece tan encantador como que aquel pizco del horizonte sea Kingsbury.

Hubo otro vasto atardecer de color rojo. Mientras cenaban, el soldado se lo señaló a Abdullah y dirigió su atención a una gran nube roja con forma de castillo.

—¿No te parece hermoso?

—Es sólo una nube —dijo Abdullah—. No tiene mérito artístico.

—Amigo —dijo el soldado—. Creo que estás dejando que ese genio te afecte.

—¿Cómo?

El soldado apuntó con la cuchara a un oscuro montecillo en el atardecer.

—¿Lo ves? —dijo—. Es Kingsbury. Tengo el palpito, y creo que tú también lo tienes, de que las cosas van a empezar a cambiar cuando lleguemos allí. Pero no parece que lleguemos. No creas que no entiendo tu punto de vista: un tipo joven, desconsolado, impaciente; naturalmente piensas que el destino está en contra tuya. Créeme, así es como se comporta el destino la mayoría del tiempo. No está de parte de nadie, ni el genio tampoco.



—¿Por qué dices eso? —preguntó Abdullah.

—Porque el genio odia a todo el mundo —contestó el soldado—. Quizá sea su naturaleza, aunque me atrevo a decir que estar encerrado en una botella no ayuda en absoluto. Pero no olvidemos que, sean cuales sean sus sentimientos, siempre tiene que concederte un deseo. ¿Por qué te lo pones aún más difícil tratando de fastidiar al genio? ¿No sería mejor pedirle el deseo más útil que se te ocurra, sacar de él lo que haya que sacar, y enfrentarse con cualquier cosa que se invente para que todo salga mal? He seguido dándole vueltas al asunto y creo que, haga lo que haga el genio para fastidiarlo, el mejor deseo sigue siendo pedir que vuelva la alfombra mágica.

Mientras hablaba el soldado, Medianoche se subió a las rodillas de Abdullah, para gran sorpresa de este, y se frotó contra su cara, ronroneando. Abdullah tuvo que admitir que se sentía halagado. Había permitido que Medianoche le afectara tanto como el genio y el soldado, por no hablar del destino.

—Si deseo la alfombra —dijo—, apuesto a que los infortunios que el genio traiga con ella sobrepasarán de lejos su utilidad.

—¿Lo apuestas? —dijo el soldado—. Nunca rechazo una apuesta. Va una pieza de oro a que la alfombra será más útil que problemática.

—Hecho —dijo Abdullah—. Lo haremos a tu manera. Me sorprende, amigo mío, que nunca llegaras a comandar ese ejército tuyo.

—A mí también —dijo el soldado—. Hubiese sido un buen general.

A la mañana siguiente los despertó una niebla densa. Todo estaba blanco y húmedo, y era imposible ver más allá de los arbustos más cercanos. Medianoche se enrolló junto a Abdullah, temblando. Cuando Abdullah se plantó frente a la botella del genio, este tenía un aspecto decididamente enfurruñado.

—Sal —dijo Abdullah—. Necesito pedir un deseo.

—Puedo concedértelo bastante bien desde aquí dentro —respondió cavernosamente—. No me gusta esta humedad.

—Muy bien —dijo Abdullah—. Deseo que vuelva mi alfombra mágica.

—Hecho —dijo el genio—. ¡Y espero que eso te enseñe a no hacer apuestas tontas!

Durante un rato, Abdullah miró hacia arriba y a su alrededor, expectante, pero no parecía que ocurriese nada. Después Medianoche dio un brinco. La cara de Mequetrefe asomó del morral del soldado, con sus orejas ladeadas hacia el sur. Cuando Abdullah miró en esa dirección, le pareció escuchar un leve susurro, que bien podría haber sido del viento o de algo que se movía en la niebla. Pronto la niebla se arremolinó y luego volvió a arremolinar-se más intensamente. El rectángulo gris de la alfombra apareció a la vista y planeó hasta situarse en el suelo, junto a Abdullah.

Llevaba un pasajero. Acurrucado sobre ella, pacíficamente dormido, había un hombre malvado con un largo mostacho. Su nariz ganchuda presionaba la alfombra,



pero Abdullah pudo ver el aro de oro, medio oculto por el mostacho y la sucia tela del turbante. Una de las manos del hombre agarraba firmemente una pistola engastada en plata. No había duda de que se trataba de Kabul Aqba.

—Creo que he ganado la apuesta —murmuró Abdullah.

El murmullo (o quizá la frialdad de la niebla) hizo que el bandido se revolviese inquieto y mascullase con mal humor. El soldado se llevó un dedo a los labios y agitó la cabeza. Abdullah asintió. De haber estado solo, se habría preguntado qué demonios hacer, pero con el soldado allí, sintió que estaba casi en igualdad con Kabul Aqba. Tan silenciosamente como le fue posible, dio un ronquido y le susurró a la alfombra:

—Sal de debajo de ese hombre y flota junto a mí.

Se formaron unas ondas en el filo de la alfombra. Abdullah comprendió que estaba intentando obedecer. Dio una sacudida pero, evidentemente, el peso de Kabul Aqba no le permitía escurrirse bajo él. Así que lo intentó de otra manera. Se elevó tres centímetros más en el aire, y antes de que Abdullah pudiera darse cuenta de lo que pretendía hacer, salió como una flecha de debajo del durmiente.

—¡No! —dijo Abdullah, pero lo dijo demasiado tarde.

Kabul Aqba se pegó un golpetazo en el suelo y se despertó. Trató de incorporarse y se quedó sentado, agitando su pistola y aullando en una extraña lengua.

Actuando con rapidez, pero con calma, el soldado cogió la alfombra flotante y la enrolló alrededor de la cabeza de Kabul Aqba.

—Coge su pistola —dijo, sujetando con sus musculosos brazos al bandido, que forcejeaba.

Abdullah se agachó sobre una rodilla y agarró la fuerte mano que agitaba la pistola. Era una mano muy, muy fuerte. Abdullah no pudo hacer nada para quitarle la pistola. Sólo pudo colgarse de ella y darse golpes, a un lado y a otro, mientras la mano intentaba liberarse. Kabul Aqba parecía sorprendentemente fuerte. Mientras era vapuleado, intentó agarrar uno de los dedos del bandido y estirarlo para que soltara la pistola. Pero, llegados a este punto, Kabul Aqba rugió y se hizo más grande y Abdullah fue arrojado hacia atrás, con la alfombra de algún modo enrollada alrededor de él en lugar de alrededor de Kabul Aqba. El soldado, por su parte, aguantó el envite. Resistió incluso a pesar de que Kabul Aqba seguía creciendo y rugiendo como si el cielo se desplomase, y el soldado pasó de estar aferrado a sus brazos a aferrarse primero a su cintura y luego a sus piernas. Kabul Aqba gritó como si su voz fuera la de una tormenta y creció más todavía, hasta que sus piernas fueron demasiado grandes para ser sujetadas las dos a la vez, y el soldado se deslizó y quedó rígidamente agarrado a una de ellas, justo por debajo de la vasta rodilla. La pierna pataleó para que la soltaran, pero no lo consiguió. De modo que Kabul Aqba extendió unas enormes alas coriáceas y trató de salir volando. Pero aunque se



escurrió de nuevo hacia abajo, el soldado siguió aguantando.

Abdullah observó todo esto mientras forcejeaba para salir de debajo de la alfombra. Captó también de un vistazo a Medianoche, situada sobre Mequetrefe para protegerlo, más grande incluso de lo que lo había sido cuando encaró a los guardias, pero no lo suficientemente grande. Lo que se erguía allí delante de ellos era uno de los más poderosos demonios. Su mitad superior se perdía arriba entre la niebla, batida en arremolinado humo por sus alas, que eran incapaces de volar porque el soldado anclaba al suelo la garra de uno de sus pies.

—¡Explicate, oh, poderoso entre los poderosos! —gritó Abdullah a la niebla—. ¡Por los Siete Grandes Sellos, te conjuro a que ceses la lucha y te expliques!

El demonio dejó de rugir y detuvo el violento aleteo de sus alas.

—¿Tú me conjuras, mortal? —la hosca voz cayó desde lo alto.

—Sí, lo hago —dijo Abdullah—. Qué hacías con mi alfombra y bajo la forma del más innoble de los nómadas. ¡Me has engañado por lo menos dos veces!

—Muy bien —dijo el demonio. Empezó a arrodillarse laboriosamente.

—Ya lo puedes soltar —dijo Abdullah al soldado, que, ajeno a las leyes que gobiernan a los demonios, colgaba aún del enorme pie—. Ahora está obligado a quedarse y responderme.

El soldado lo soltó con recelo y se secó el sudor del rostro. No se mostró menos tranquilo cuando el demonio plegó sus alas y se arrodilló con naturalidad. Nada extraño, porque incluso arrodillado el demonio era tan alto como una casa y la cara que se hacía visible entre la niebla era horrorosa. Abdullah echó otro vistazo a Medianoche, que había vuelto a tamaño normal y se había escabullido entre los arbustos con Mequetrefe colgando de su boca. Pero la cara del demonio ocupaba casi toda su atención. Aunque brevemente, ya había visto antes esa mirada hueca y marrón y el anillo de oro que atravesaba la nariz ganchuda: cuando Flor-en-la-noche fue secuestrada en el jardín.

—Rectifico —dijo Abdullah—. Me has engañado tres veces.

—Oh, fueron más veces —dijo la voz del demonio retumbando indescritiblemente—. Tantas que ya he perdido la cuenta.

En este punto, Abdullah cruzó los brazos con enfado:

—Explicate.

—Gustosamente —dijo el demonio—. De hecho estaba esperando que alguien me interrogase, aunque había supuesto que probablemente lo haría el duque de Farqtan o los tres príncipes rivales de Thayack, pero no tú. Ninguno antes ha mostrado suficiente determinación, lo que en cierto modo me sorprende. Salvo tú, y eso que nunca fuiste mi primera opción. Sabe, pues, que soy uno de los más grandes demonios de la Congregación de Demonios Buenos, y mi nombre es Hasruel.



—No sabía que hubiera demonios buenos —dijo el soldado.

—Oh, claro que los hay, inocente norteño —le dijo Abdullah—. He escuchado el nombre de este pronunciado en términos que lo sitúan casi al nivel de los ángeles.

El demonio frunció el ceño, una imagen poco agradable.

—Desinformado mercader —retumbó—, soy más importante que algunos ángeles. Unos doscientos ángeles del cielo inferior están a mi mando. Sirven como guardianes en la entrada de mi castillo.

Abdullah mantuvo los brazos cruzados y dio golpecitos en el suelo con el pie.

—Siendo ese el caso —dijo—, explícame porqué has considerado correcto comportarte conmigo de forma tan poco angelical.

—La culpa no es mía, mortal —dijo el demonio—. La necesidad me espoleó a hacerlo. Entiéndelo todo y perdóname. Sabe que mi madre, el gran espíritu Dazrah, en un momento de descuido, hará unos veinte años, se permitió ser embelesada por un demonio de la Congregación del Mal. Y dio a luz a mi hermano Dalzel que, puesto que el Mal y el Bien no casan bien juntos, resultó débil y blanco y escuchimizado. Mi madre no toleraba a Dalzel y me lo dio a mí para que lo criara. Me prodigué en cuidados durante su crecimiento. Así que puedes imaginar mi horror y mi pena cuando demostró haber heredado la naturaleza de su malvado padre. Cuando llegó a la mayoría de edad, su primer acto fue robar mi vida y esconderla, convirtiéndome de esta forma en su esclavo.

—¿Cómo? —dijo el soldado—. ¿Quieres decir que estás muerto?

—En absoluto, hombre ignorante —dijo Hasrueel—. Los demonios no somos como vosotros los mortales. Sólo si es destruida una pequeña y concreta porción de nosotros podemos morir. Por esta razón, todos los demonios se quitan prudentemente esa pequeña parte y la esconden. Así lo hice yo. Pero cuando instruí a Dalzel para que escondiese su propia vida, yo, amorosa e imprudentemente, le dije dónde había escondido la mía. Y al instante se apoderó de ella, forzándome a hacer lo que se le antojara si no quería morir.

—Ahí quería yo llegar —dijo Abdullah—, se le antojó que raptaras a Flor-en-la-noche.

—Rectifico —dijo Hasrueel—. Mi hermano ha heredado la grandeza de mente de su madre, la gran Dazrah. Me ordenó raptar a todas y cada una de las princesas del mundo. Tiene sentido, si te paras a pensarlo. Mi hermano está en edad de casarse, pero es tan mezclado de nacimiento que ningún demonio femenino lo aceptará. Se ha visto forzado a recurrir a mujeres mortales. Pero naturalmente, como demonio que es, sólo le sirven las mujeres de más alta cuna.

—Mi corazón sufre por tu hermano —comentó Abdullah—. ¿No se sentiría satisfecho con menos que la totalidad?



—¿Y por qué debería? —preguntó Hasrue—. Él dirige ahora mi poder. Ha pensado cuidadosamente el tema. Y entendiendo claramente que sus princesas serían incapaces de caminar sobre el cielo, como hacemos los demonios, me ordenó primero que sustrajese cierto castillo que pertenecía a un mago de estas tierras de Ingary para alojar en él a sus prometidas, y sólo después me ordenó que comenzara a raptar princesas. En esto ando ocupado ahora. Pero, obviamente, al mismo tiempo hago planes para mí mismo. Por cada princesa que me llevo, procuro dejar atrás al menos un amante herido o un príncipe desconsolado, alguien que pueda decidirse a intentar el rescate. Para conseguirlo, tendrá que desafiar a mi hermano y averiguar dónde esconde mi vida.

—¿Y aquí es donde entro yo, poderoso maquinador? —preguntó Abdullah con frialdad—. Formo parte de tus planes para recuperar tu vida, ¿no es así?

—Un poco sí —respondió el demonio—. Aunque lo cierto es que mis esperanzas estaban puestas en los herederos de Alberia o en el príncipe de Peichstan, pero ambos han olvidado el asunto y se han dedicado a la caza. De hecho, todo el mundo ha mostrado una destacable falta de espíritu, incluyendo al rey de High Norland, que se ha resignado a tener que catalogar sus libros por sí mismo, sin la ayuda de su hija; y aún así, él me parecía una opción más prometedora que tú. Podría decirse que tú eras una apuesta mínima. Después de todo, la profecía de tu nacimiento era altamente ambigua. Confieso haberte vendido la alfombra casi con aburrimiento.

—¡Fuiste tú! —exclamó Abdullah.

—Sí. Lo único divertido era la cantidad y la naturaleza de los sueños que procedían de tu puesto —dijo Hasrue. Pese al frío de la niebla, Abdullah notó que su cara estaba acalorándose—. Así que —continuó Hasrue— cuando para mi sorpresa escapaste del sultán de Zanzib, me pareció también divertido convertirme en tu personaje Kabul Aqba y teforcé a vivir algunas de tus fantasías. Siempre procuro que le sucedan las aventuras adecuadas a cada pretendiente.

Pese a su bochorno, Abdullah habría jurado que los ojos oscuros y dorados del demonio miraron de soslayo al soldado mientras decía esto último.

—¿Y a cuántos príncipes desconsolados has movilizado hasta la fecha, oh, perspicaz y chispeante demonio?

—A cerca de treinta —dijo Hasrue—, pero, como he dicho, la mayoría de ellos no se han puesto realmente en movimiento. Lo cual se me antoja extraño porque su cuna y sus cualidades son de sobra mejores que las tuyas. De cualquier modo, me consuelo pensando que aún me quedan ciento treinta y dos princesas por raptar.

—Creo que deberías sentirte satisfecho conmigo —dijo Abdullah—. Puede que mi cuna sea baja, pero así lo quiere el destino. Y estoy en posición de asegurar esto, puesto que recientemente lo he desafiado en lo que refiere a esta misma cuestión.

El demonio sonrió (una estampa tan poco agradable como cuando frunció el ceño)



y asintió:

—Lo sé. Esa es la razón por la que me he rebajado a aparecer ante ti. Dos de mis ángeles sirvientes regresaron ayer a mi lado tras haber sido colgados del cuello, en su forma humana. Ninguno de los dos estaba completamente complacido por ello y ambos afirmaban que había sido cosa tuya.

Abdullah hizo una reverencia.

—Sin duda, cuando lo piensen dos veces, preferirán esto a ser sapos inmortales —dijo Abdullah—, Ahora dime una última cosa, amable ladrón de princesas. Dime dónde puedo encontrar a Flor-en-la-noche, por no mencionar a tu hermano Dalzel.

La sonrisa del demonio se agrandó, haciéndose incluso más desagradable, pues de este modo revelaba un puñado de colmillos, extremadamente largos. El demonio señaló hacia arriba con un pulgar vasto y puntiagudo.

—¡Diantre, aventurero terrestre! Naturalmente están en el castillo que has visto todos estos días al atardecer —respondió—. Como te dije, solía pertenecer a un mago de esta región. No te será fácil llegar hasta allí y, si lo haces, te vendría bien recordar que soy el esclavo de mi hermano y que me veré forzado a actuar contra ti.

—Entendido —dijo Abdullah.

El demonio plantó sus garras en el suelo y comenzó a impulsarse hacia arriba.

—Debería hacer otra observación —dijo—: la alfombra tiene órdenes de no seguirme. ¿Puedo partir ya?

—¡No, espera! —gritó el soldado.

Al mismo tiempo, Abdullah recordó algo que había olvidado y preguntó:

—¿Y qué hay del genio?

Pero la voz del soldado era más fuerte y profunda que la de Abdullah:

—¡ESPERA, monstruo! ¿Está ese castillo merodeando por aquí en el cielo por algún motivo en particular, monstruo?

Hasruel sonrió de nuevo y se detuvo, manteniendo el equilibrio sobre una enorme rodilla.

—Muy perspicaz por tu parte, soldado. De hecho, sí. El castillo está aquí porque estoy preparando el secuestro de la hija del rey de Ingary, la princesa Valeria.

—¡Mi princesa! —dijo el soldado.

La sonrisa de Hasruel se convirtió en carcajada. Echó para atrás la cabeza y chilló alejándose en la niebla:

—¡Lo dudo, soldado! ¡Oh, lo dudo! La princesa sólo tiene cuatro años. Pero aunque ella no te sea útil a ti, confío en que vosotros me seáis útiles a mí. Tú y tu amigo de Zanzib sois unos peones bien situados en mi tablero de ajedrez.



—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el soldado con indignación.

—¡Que vosotros vais a ayudarme a raptarla! —dijo el demonio y, con una fuerte sacudida de sus alas, se impulsó hacia arriba, al interior de la niebla, profiriendo una risa descomunal.



Capítulo 15

En el que los viajeros llegan a Kingsbury

—Si quieres saber mi opinión —dijo el soldado tirando de mala gana su morral sobre la alfombra mágica— te diré que esa criatura es tan mala como su hermano... ¡Si es que tiene un hermano!

—Oh, por supuesto que tiene un hermano. Los demonios no mienten —dijo Abdullah—, pero se consideran superiores a los mortales, incluso los demonios buenos. Y el nombre de Hasruel está en las Listas del Bien.

—¡Pero podrías haberme engañado tú! —dijo el soldado—. ¿Dónde se habrá metido Medianoche? Ha de estar muerta de miedo.

El soldado montó tanto jaleo atrapando a Medianoche entre los arbustos que Abdullah desistió de seguir explicándole las costumbres de los demonios, algo que todos los niños de Zanzib aprendían en la escuela. Lo cierto es que temía que el soldado tuviera razón. Hasruel podía haber tomado los Siete Votos necesarios para pertenecer a la Congregación del Bien, pero su hermano le había dado la excusa perfecta para romper todos y cada uno de ellos. Fuese un demonio bueno o malo, Hasruel se lo estaba pasando en grande.

Abdullah recogió la botella del genio y la puso en la alfombra, pero la botella, de repente, se cayó de lado y rodó hacia fuera.

—¡No, no! —gritó el genio desde el interior—. ¡Yo no me monto en eso! ¿Por qué crees que me tiré la última vez? Odio las alturas.

—¡Oh, no empieces! —dijo el soldado. Tenía a Medianoche enrollada alrededor de un brazo pataleando, rasgando, mordiendo y demostrando de todas las maneras posibles que los gatos y las alfombras voladoras no hacen una buena mezcla. Lo cual habría bastado para irritar a cualquiera, pero Abdullah sospechaba que el mal humor del soldado tenía más que ver con el hecho de que la princesa Valeria era sólo una niña de cuatro años. El soldado ya se había imaginado comprometiéndose con la princesa Valeria. Y ahora, como era natural, se sentía como un tonto.

Abdullah agarró con firmeza la botella del genio y se sentó en la alfombra. Diplomáticamente, evitó hacer comentarios acerca de su apuesta aunque para él



estaba claro que había ganado. Es cierto que volvían a tener la alfombra, pero como le estaba prohibido seguir al demonio no resultaba útil para rescatar a Flor-en-la-noche.

Después de una prolongada riña, el soldado consiguió que Medianoche y su sombrero y Mequetrefe y él mismo estuvieran más o menos seguros en la alfombra.

—Da tus órdenes —dijo el soldado. Su cara morena estaba encendida.

Abdullah roncó. La alfombra se elevó medio metro en el aire con suavidad y Medianoche aulló y forcejeó, y el genio se estremeció en las manos de Abdullah.

—Oh, elegante tapiz de encantamiento —dijo Abdullah—. Oh, alfombra compuesta de los más complejos conjuros, te ruego que te muevas a una velocidad sosegada hacia Kingsbury, pero, para ejercitar la grandiosa sabiduría entretejida en tu fabricación, asegúrate de que nadie nos ve por el camino.

Obediente, la alfombra se dirigió hacia arriba y hacia el sur, escalando la niebla. El soldado apresó a Medianoche en sus brazos. Una ronca y temblorosa voz dijo desde la botella:

—¿Tienes que alabarla tan nauseabundamente?

—Al contrario que tú —dijo Abdullah—, esta alfombra es de un sortilegio tan puro y excelente que atiende sólo al más fino lenguaje. En el fondo es una poeta entre las alfombras.

Una cierta satisfacción emanó de las hebras de la alfombra. Mantuvo sus raídos filos orgullosamente rectos y navegó con dulzura hacia la dorada luz del sol sobre la niebla. Un pequeño chorro azul salió de la botella y desapareció con un aullido de pánico:

—¡Bueno, yo no haría eso! —replicó el genio.

Al principio fue fácil para la alfombra que no la vieran. Se limitó a volar sobre la niebla, que permanecía bajo ellos con el cuerpo y la blancura de la leche. Pero, conforme el sol ascendía, empezaron a aparecer a través de la bruma brillantes campos verdes y dorados y después caminos blancos y casas aisladas. Mequetrefe estaba completamente fascinado. Permaneció de pie en el borde mirando hacia abajo con tanta atención que parecía que se iba a tirar de cabeza de un momento a otro, así que el soldado agarró su pequeña y poblada cola con una mano.

Y menos mal que lo hizo. La alfombra se inclinó y se lanzó sobre una hilera de árboles que seguían el margen de un río. Medianoche clavó sus garras en ella y Abdullah apenas pudo salvar el morral del soldado.

El soldado parecía algo mareado:

—¿Son necesarias tantas precauciones para que no nos vean? —preguntó mientras se deslizaban entre los árboles como unos amantes agazapados entre los setos.

—Así lo creo —dijo Abdullah—, mi experiencia dice que ver esta águila entre las



alfombras es desear robarla —y le habló del jinete montado en el camello.

El soldado convino que Abdullah tenía razón.

—Es sólo que nos está retrasando —dijo—. Deberíamos llegar a Kingsbury y advertir al rey de que un demonio va por su hija. Los reyes dan grandes recompensas a cambio de ese tipo de información.

Estaba claro que, ahora que se había visto forzado a abandonar la idea de casarse con la princesa Valeria, el soldado buscaba otras maneras de hacer fortuna.

—Lo haremos, no temas —dijo Abdullah, y una vez más no mencionó la apuesta.

Tardaron casi todo el día en llegar a Kingsbury. La alfombra sobrevoló ríos y se deslizó del bosque a la floresta, aumentando la velocidad sólo si la tierra debajo estaba vacía. Cuando, al final de la tarde, alcanzaron la ciudad (un enorme conjunto de torres dentro de altos muros, al menos tres veces más altos que los de Zanzib), Abdullah le indicó a la alfombra que buscara una buena posada cerca del palacio del rey y que aterrizara donde nadie pudiera sospechar cómo habían viajado hasta allí.

La alfombra obedeció deslizándose sobre los grandiosos muros como una serpiente. Después, prosiguió por los tejados, siguiendo la forma de cada uno de ellos igual que un lenguado sigue el fondo del mar. Abdullah y el soldado, y también los gatos, miraban maravillados hacia abajo y los alrededores. Las calles, ya fuesen estrechas o amplias, estaban abarrotadas de gente con ricos vestidos y caros carruajes. Cada casa le parecía a Abdullah un palacio. Vio torres, domos, ricas esculturas, cúpulas doradas y plazas de mármol que el sultán de Zanzib habría estado encantado de llamar suyas. Las casas más pobres (si se podía llamar pobre a tanta riqueza) estaban exquisitamente decoradas con dibujos. En lo que respecta a las tiendas, la abundancia y la cantidad de la mercancía a la venta hizo que Abdullah se diera cuenta de que el Bazar de Zanzib era realmente humilde y de segunda fila. ¡No había duda de por qué el sultán estaba tan ansioso de una alianza con el príncipe de Ingary!

La posada que encontró la alfombra, cerca de los grandes edificios de mármol del centro de Kingsbury, había sido enyesada con elevados diseños frutales por todo un artista, y sus muros habían sido cubiertos después con pan de oro y los colores más brillantes. La alfombra aterrizó suavemente en el tejado inclinado de los establos de la posada, escondiéndoles astutamente junto a un capitel dorado coronado por una veleta refulgente. Se sentaron y contemplaron todo este esplendor mientras esperaban que el patio se quedase vacío. Había dos sirvientes abajo limpiando un rico carruaje y murmurando mientras trabajaban.

Casi toda su charla era relativa al dueño de la posada, un hombre que innegablemente amaba el dinero. Pero cuando terminaron de quejarse de lo poco que les pagaba, uno de ellos dijo:

—¿Alguna noticia del soldado estrangiano que robó a toda esa gente en el norte?



Alguien me dijo que se dirigía hacia aquí.

A lo que el otro respondió:

—Seguro que se dirige hacia Kingsbury. Todos lo hacen. Pero están vigilando su llegada en las puertas de la ciudad. No irá muy lejos.

Los ojos del soldado se encontraron con los de Abdullah.

—¿Tienes algo para cambiarnos de ropa? —murmuró Abdullah.

El soldado asintió y buscó furibundamente en su morral. Hizo aparecer enseguida dos camisas de estilo campesino con bordados fruncidos en el pecho y la espalda. Abdullah se preguntó cómo las habría conseguido.

—¡Tendederos! —murmuró el soldado, sacando su cuchilla y un cepillo para la ropa. Allí, en el techo, se puso una de las camisas e hizo lo que pudo para cepillar sus pantalones sin hacer ruido. La parte más ruidosa fue cuando se afeitó sólo con una cuchilla. Los dos sirvientes miraron hacia el techo, donde sonaba un seco raspar.

—Debe ser un pájaro —dijo uno.

Abdullah se puso la segunda camisa encima de su chaqueta que, a estas alturas, parecía cualquier cosa menos la mejor de sus ropas. Tenía bastante calor así, pero no había forma de sacar el dinero escondido en la chaqueta sin que el soldado viese cuánto tenía. Se cepilló el pelo con el cepillo de la ropa, se alisó su mostacho (ahora sentía como si tuviese al menos doce pelos) y después, también con el cepillo de la ropa, alisó sus pantalones. Cuando terminó, el soldado le pasó a Abdullah la cuchilla de afeitar y se soltó silenciosamente la trenza que llevaba recogida.

—Un gran sacrificio, pero creo que uno sabio, amigo mío —murmuró Abdullah.

Cortó la trenza y la escondió en el capitel de oro. Fue una gran transformación. El soldado parecía ahora un próspero y melenudo granjero. Abdullah esperaba pasar por el hermano menor del granjero.

Mientras hacían esto, los dos sirvientes terminaron de limpiar el carruaje y lo empujaron hacia la cochera. Cuando pasaron bajo el techo donde estaba la alfombra, uno de ellos preguntó:

—¿Y qué piensas de la historia de que alguien está intentando raptar a la princesa?

—Bueno, ya que lo preguntas, creo que es verdad —contestó el otro—. Dicen que el mago real se arriesgó mucho para mandar el mensaje, pobre tipo, y es de los que no se arriesgan por nada.

Los ojos del soldado y Abdullah se encontraron de nuevo. La boca de aquel pronunció una buena maldición.

—No te preocupes —murmuró Abdullah—, hay otras maneras de conseguir una recompensa.

Esperaron hasta que los sirvientes volvieron a la posada. Después Abdullah le



pidió a la alfombra que aterrizara en el patio y esta se deslizó obedientemente hacia abajo. Abdullah cogió la alfombra y envolvió con ella la botella del genio mientras el soldado cargaba su morral y ambos gatos. Fueron hacia la posada intentando parecer respetables y no llamar la atención.

Les recibió el dueño. Advertido por lo que habían dicho los sirvientes, Abdullah llevaba intencionalmente una moneda de oro entre sus dedos. El dueño la vio. Fijó tan atentamente una mirada inexpresiva en la moneda de oro que Abdullah dudó incluso de que hubiera visto sus caras. Abdullah fue extremadamente educado. Y también el dueño. Les mostró una espaciosa y agradable habitación en el segundo piso. Aceptó mandarles cena y proporcionarles baños.

—Y los gatos necesitarán... —comenzó el soldado.

Abdullah golpeó con fuerza el codo del soldado.

—Y eso será todo, oh, león entre los posaderos —dijo—. Aunque, oh, el más servicial de los anfitriones, si tus vigorosos y diligentes empleados pudieran proporcionarnos una cesta, un cojín y un plato de salmón, la poderosa bruja a la que llevaremos mañana el regalo de este par de excepcionales gatos sin duda te recompensará generosamente por ello.

—Veré qué puedo hacer, señor —dijo el dueño.

Abdullah le lanzó despreocupadamente la pieza de oro. El hombre hizo una larga reverencia y salió de la habitación caminando hacia atrás. Abdullah se sintió satisfecho de sí mismo.

—No hay necesidad de parecer tan petulante —dijo el soldado con enfado—. ¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora? Aquí soy un hombre perseguido por la ley y parece que el rey sabe lo del demonio.

Fue un sentimiento placentero para Abdullah descubrir que ahora era él el que estaba al mando de los acontecimientos y no el soldado.

—¡Ah! ¿Pero sabe el rey que hay un castillo lleno de princesas raptadas, flotando encima de sus cabezas, en espera de su hija? —dijo—. Estás olvidando, amigo mío, que el rey no ha tenido la oportunidad de hablar personalmente con el demonio. Deberíamos hacer uso de esa ventaja.

—¿Pero cómo? —exigió el soldado—. ¿Se te ocurre alguna manera de que el demonio no rapte a la niña? ¿O se te ocurre alguna manera para llegar al castillo?

—No, pero opino que un mago sabrá esas cosas —dijo Abdullah—. Creo que deberíamos repensar la idea que tuviste antes. En lugar de buscar a uno de los magos del rey y retorcerle el pescuezo, deberíamos preguntar cuál es el mejor mago que hay por aquí y pagarle por su ayuda.

—Está bien, pero eso lo tendrás que hacer tú —dijo el soldado—. Cualquier mago que valga la pena descubrirá a simple vista que soy extranjero y llamará a los



agentes antes de que pueda moverme.

El dueño en persona trajo la comida para los gatos. Se dio mucha prisa en traer un cuenco de leche, un salmón al que habían quitado cuidadosamente las espinas y un plato de chanquetes. Lo seguía su esposa, una mujer de ojos tan inexpresivos como los suyos que llevaba una suave cesta de juncos y un cojín bordado. Abdullah intentó no parecer presuntuoso de nuevo:

—Mil gracias, oh, los más ilustres posaderos —dijo—, le hablaré a la bruja de vuestro gran esmero.

—Muy bien, señor —dijo la posadera—. Aquí en Kingsbury sabemos cómo respetar a aquellos que usan la magia.

Abdullah fue de la petulancia a la mortificación. Tendría que haberse presentado él mismo como un mago. Calmó sus sentimientos diciendo:

—Espero que este cojín sea de plumas de pavo real. La bruja es de lo más particular.

—Sí, señor —dijo la posadera—, conozco todo eso.

El soldado tosió. Abdullah desistió. Dijo grandilocuentemente:

—Además de los gatos, a mi amigo y a mí se nos ha confiado un mensaje para un mago. Preferiríamos entregarlo al mago real, pero hemos escuchado rumores por el camino de que se ha encontrado con cierto infortunio.

—Así es —dijo el posadero apartando a su mujer con un empujón—. Uno de los magos reales ha desaparecido, señor, pero afortunadamente hay dos. Puedo dirigirle al otro, el mago real Suliman, si usted quiere, señor.

Miraba elocuentemente las manos de Abdullah.

Abdullah suspiró y le acercó su pieza más grande de plata. Pareció ser la cantidad correcta. El posadero le dio meticulosas indicaciones y cogió la moneda de plata, prometiendo que enseguida vendrían los baños y la cena. Los baños, cuando llegaron, estaban calientes, y la cena fue buena. Abdullah estaba encantado. Mientras el soldado se bañaba a sí mismo y a Mequetrefe, Abdullah pasó su caudal de la chaqueta a su cartera de seguridad, lo que le hizo sentir más tranquilo. El soldado debía de sentirse mejor también. Después de cenar se sentó con los pies sobre la mesa, fumando con su larga pipa de arcilla. Alegrementemente desató el cordón del cuello de la botella del genio y lo balanceó para que Mequetrefe jugara con él.

—No hay duda —dijo—. El dinero convence en esta ciudad. ¿Vas a hablar con el mago real esta noche? Desde mi punto de vista, cuanto antes lo hagas mejor.

Abdullah estuvo de acuerdo.

—Me pregunto cuál será su precio —dijo.

—Elevado —dijo el soldado—. A menos que puedas hacerle ver que le estás



haciendo un favor contándole lo que te dijo el demonio. Al mismo tiempo —continuó pensativo, quitándole el cordón a Mequetrefe, que lo había enredado en sus patas— creo que no deberías hablarle del genio o de la alfombra si puedes evitarlo. Esos señores de la magia aman los objetos mágicos del mismo modo que el posadero ama el oro. Y no querrás que los exija como paga. ¿Por qué no los dejas aquí cuando te vayas? Yo los cuidaré.

Abdullah dudó. Parecía tener sentido. Aun así no se fiaba del soldado.

—Por cierto —dijo el soldado—, te debo una moneda de oro.

—¿Ah, sí? —dijo Abdullah—. ¡Esa es la noticia más sorprendente que escucho desde que Flor-en-la-noche me confundió con una mujer!

—Nuestra apuesta —continuó diciendo el soldado—. La alfombra trajo consigo al demonio y ese es un problema todavía mayor del que normalmente provoca el genio. Tú ganas. Aquí tienes.

Le lanzó una pieza de oro a Abdullah a través de la habitación.

Abdullah la cogió, la guardó y sonrió. El soldado era honesto, aunque a su manera. Inundado con los pensamientos de que pronto estaría tras el rastro de Flor-en-la-noche, Abdullah bajó alegremente las escaleras y allí la posadera le detuvo y le contó de nuevo cómo llegar a la casa del mago Suliman. Abdullah estaba tan contento que se marchó, casi sin remordimiento, con otra moneda menos de plata.

La casa no estaba lejos de la posada, pero se encontraba en el Barrio Viejo, lo que quería decir que el camino discurría principalmente a través de intrincados y pequeños callejones y recónditos patios. Anochecía y ya brillaban con fuerza un par de estrellas en el azul oscuro del cielo, sobre las cúpulas y las torres, pero Kingsbury estaba bien iluminada por grandes globos de luz que flotaban como Junas sobre su cabeza.

Abdullah los estaba mirando, preguntándose si serían artefactos mágicos, cuando percibió una sombra negra de cuatro patas que se escabullía en los tejados junto a él. Podría haber sido cualquier gato negro cazando entre las tejas. Pero Abdullah sabía que era Medianoche. No había confusión posible por el modo en que se movía. Al principio, cuando se desvaneció en la profunda sombra negra de un gablete, supuso que buscaba una paloma dormida para llevarle otra inapropiada comida a Mequetrefe. Pero apareció de nuevo cuando Abdullah iba por la mitad del siguiente callejón y se arrastró cautelosamente a lo largo de un parapeto que había sobre él. Al cruzar un estrecho patio que tenía tinajas con árboles en el centro, la vio acercarse hasta allí saltando de un canalón a otro y supo con certeza que le estaba siguiendo. No tenía ni idea de porqué. Le siguió la pista con el rabillo del ojo mientras bajaba los dos callejones siguientes, pero sólo logró verla un instante, en el arco de una entrada. Cuando llegó al patio adoquinado de la casa del mago real, no había señales de ella. Abdullah se encogió de hombros y se dirigió a la puerta.



Era una casa estrecha y bonita con vitrales romboidales en sus ventanas y entrelazados signos mágicos pintados en sus viejos e irregulares muros. A un lado y otro de la puerta principal, sobre dos soportes de cobre, ardían grandes espirales de llamas amarillas. Abdullah agarró el aldabón, un rostro de mirada maliciosa con un anillo en su boca, y llamó con energía.

Un criado de cara alargada y adusta abrió la puerta.

—Temo que el mago está extremadamente ocupado, señor —dijo—. No recibe clientes hasta nueva orden. —Y empezó a cerrar la puerta.

—¡No, espera, fiel criado y el más encantador de los lacayos! —protestó Abdullah—. ¡Tengo que comunicarle algo que atañe nada menos que a la seguridad de la hija del rey!

—El mago lo sabe todo acerca de eso, señor —dijo el hombre y siguió cerrando la puerta.

Abdullah puso su pie con destreza en la puerta.

—Debes escucharme, oh, el más sabio de los sirvientes —empezó—. Vengo...

De detrás del criado, la voz de una joven mujer dijo:

—Espera un momento, Manfred. Sé que esto es importante.

La puerta se abrió de nuevo.

Abdullah miró boquiabierto cómo el sirviente se desvanecía en la puerta para reaparecer, de algún modo, dentro del vestíbulo. Una mujer joven, extremadamente encantadora, con rizos oscuros y una cara vivaz ocupó su lugar en la puerta. A Abdullah le bastó una mirada para darse cuenta de que, a su manera nortea y extranjera, era tan hermosa como Flor-en-la-noche, pero, al momento, se sintió obligado a apartar modestamente la vista. Era obvio que iba a tener un hijo. Las mujeres en Zanzib no se dejaban ver cuando se hallaban en este interesante estado y Abdullah apenas sabía hacia dónde mirar.

—Soy la mujer del mago, Lettie Suliman —dijo la joven—. ¿Para qué has venido?

Abdullah hizo una reverencia, esto le ayudaba a mantener los ojos fijos en el umbral de la puerta.

—Oh, fructífera luna de la encantadora Kingsbury —dijo—, sabe que soy Abdullah, hijo de Abdullah, mercader de alfombras de la lejana Zanzib, y traigo noticias que tu esposo deseará escuchar. Dile, oh, esplendor de una casa mágica, que esta mañana hablé con el poderoso demonio Hasruel acerca de la más preciada hija del rey.

Claramente, Lettie Suliman no estaba acostumbrada a las maneras de Zanzib.

—¡Cielo santo! —dijo—. Quiero decir, ¡qué educado! Y dices la verdad, ¿no? Creo que deberías hablar con Ben enseguida. Entra, por favor.



Se retiró de la puerta para permitir que Abdullah entrase.

Abdullah, que todavía bajaba la mirada con modestia, entró en la casa. Tan pronto lo hizo, algo cayó en su espalda, luego despegó con un fuerte desgarrón lanzándose por encima de su cabeza y aterrizó de golpe en el prominente torso de Lettie. Un ruido como de engranajes metálicos llenó el aire.

—¡Medianoche! —dijo Abdullah irritado, tambaleándose hacia delante.

—¡Sophie! —gritó Lettie, tambaleándose hacia atrás con el gato en sus brazos.

—¡Oh, Sophie, estaba muerta de preocupación! Manfred, trae a Ben enseguida. No me importa qué esté haciendo. ¡Es urgente!



Capítulo 16

En el que les suceden extrañas cosas a Medianoche y a Mequetrefe

Todo era prisa y confusión alrededor de Abdullah. Aparecieron dos sirvientes más, seguidos primero por uno y después por dos jóvenes con largas togas azules, que parecían ser los aprendices del mago. Unos y otros correteaban mientras Lettie iba de un lado a otro del vestíbulo con Medianoche en sus brazos, dando órdenes a gritos. En medio de todo este desorden, Manfred se acercó a Abdullah y le ofreció asiento y un vaso de vino con solemnidad. Y puesto que parecía que eso era lo que se esperaba de él, Abdullah se sentó y le dio un sorbo al vino, perplejo por la confusión.

Justo cuando parecía que iba a seguir así por siempre, todo paró. Un hombre alto, imponente, vestido con una toga negra apareció de algún sitio.

—¿Qué diablos pasa? —dijo el hombre.

Esa frase resumía todos los sentimientos de Abdullah, de modo que aquel hombre le cayó bien desde el principio. Tenía el pelo de un color rojizo desvaído y una cara cansada, con los rasgos muy marcados. La toga confirmó las suposiciones de Abdullah, aquel debía ser el mago Suliman, y habría parecido mago llevara lo que llevara. Abdullah se levantó de la silla e hizo una reverencia. El mago le dirigió una mirada de marcado desconcierto y se volvió hacia Lettie.

—Viene de Zanzib, Ben —dijo Lettie—, y sabe algo sobre la amenaza a la princesa. Y trajo a Sophie con él. ¡Sophie es una gata! ¡Mira! ¡Ben, tienes que transformarla enseguida!

Lettie era una de esas mujeres que se ven más encantadoras cuanto más consternadas están. Abdullah no se sorprendió cuando el mago Suliman la cogió por los codos suavemente y le dijo: «Sí, por supuesto, mi amor» y después la besó en la frente. Esto hizo que Abdullah se preguntase con tristeza si él tendría alguna vez la oportunidad de besar así a Flor-en-la-noche, o de decir, como acababa de añadir el mago: «Cálmate, acuérdate del bebé». Después de esto el mago se giró y dijo mirando por encima de su hombro:



—¿Y puede alguien cerrar la puerta? Media Kingsbury debe de haberse enterado ya de lo que está pasando aquí.

Con esas palabras, el mago Suliman se acabó de ganar el aprecio de Abdullah. Lo único que le había impedido a él mismo levantarse y cerrar la puerta era la duda de que dejar la puerta abierta en una crisis fuese una costumbre del lugar. Hizo otra reverencia y luego se topó con el mago, que giraba sobre sus talones para mirarlo de frente.

—¿Y qué ha pasado, joven? —preguntó el mago—. ¿Cómo sabías que esta gata era la hermana de mi mujer?

La pregunta sorprendió a Abdullah. Explicó (y lo explicó varias veces) que no tenía ni idea de que Medianoche fuese humana, ni mucho menos de que fuese la cuñada del mago real, pero no estaba demasiado seguro de que alguien le estuviese escuchando. Todos parecían tan contentos de ver a Medianoche que simplemente asumieron que Abdullah la había llevado a la casa motivado por pura amistad. Lejos de exigir una gran suma, el mago Suliman parecía creer que era él quien le debía algo a Abdullah y cuando Abdullah afirmó que no le debía nada, el mago añadió: «Bueno, de todos modos acompáñame y mira cómo se transforma». Lo dijo de un modo tan amistoso y confiado que Abdullah sintió aún más cariño por él y se dejó arrastrar junto con los demás a una gran habitación que parecía estar situada detrás de la casa (aunque Abdullah tenía la sensación de que, de algún modo, también estaba situada en otro, sitio). El suelo y los muros se inclinaban de una manera inusual.

Abdullah no había visto nunca hacer brujería a nadie, la habitación estaba abarrotada de intrincados artefactos mágicos y lo miró todo con mucho interés. Lo que tenía más cerca eran unas formas de filigrana rodeadas de delicadas volutas de humo. Junto a ellas, dentro de unos complejos signos, había velas grandes y peculiares y, más allá, se veían insólitas esculturas hechas de arcilla húmeda. Aún más lejos, vio una fuente de cinco chorros de los que manaban raros diseños geométricos y esa parte escondía muchas otras cosas extrañas que se amontonaban en la distancia.

—Aquí no hay sitio para trabajar —dijo el mago, atravesando la sala—. Estos tendrán que apañárselas solos mientras preparamos la habitación de al lado. Venga, daos prisa.

Entraron tumultuosamente en la siguiente habitación, era más pequeña y estaba vacía salvo por algunos espejos redondos que colgaban de los muros. Lettie soltó con cuidado a Medianoche sobre una piedra verdeazulada situada en el centro, la gata se sentó allí lamiéndose severamente el interior de sus patas delanteras y mostrando completa indiferencia mientras todos los demás, incluyendo a Lettie y los sirvientes, trabajaban a ritmo frenético para construir, con unas varas plateadas, una especie de tienda de campaña alrededor de ella.

Prudentemente, Abdullah se hizo a un lado y se quedó mirando, apoyado contra



la pared. A estas alturas, se arrepentía de haberle dicho al mago que no le debía nada. Debería haber aprovechado la ocasión para preguntarle cómo llegar al castillo del cielo. Pero consideró que, ya que nadie parecía escucharle, era mejor esperar a que las cosas se calmaran. Entretanto, las varas formaron el dibujo de las estructuras de unas estrellas plateadas y Abdullah miró el ajeteo, desorientado por la manera en que la escena se reflejaba en todos los espejos, pequeña, llena de gente y redondeada. Los espejos se doblaban tan inexplicablemente como los muros y los suelos.

Finalmente el mago Suliman dio una palmada con sus grandes y huesudas manos.

—Bien —dijo—. Lettie puede quedarse para ayudar. Los demás, id a la otra habitación y aseguraos de que los custodios de la princesa siguen en su sitio.

Los aprendices y sirvientes se apresuraron. El mago Suliman extendió sus brazos. Abdullah trató de mirar fijamente y recordar todo lo que sucedía. Pero tan pronto como la magia empezó a funcionar, no pudo estar seguro de lo que estaba pasando. Sabía que ocurrían cosas, pero parecía que no estaban ocurriendo. Era como escuchar música siendo duro de oído. A menudo, el mago Suliman pronunciaba una palabra extraña y profunda que volvía borrosa la habitación y el interior de la mente de Abdullah, lo que complicaba incluso más ver lo que estaba pasando. Pero la mayoría de las dificultades de Abdullah tenía que ver con los espejos de la pared. Seguían mostrando imágenes pequeñas y curvas que parecían reflejos, pero que no lo eran (o no exactamente). Cada vez que el ojo de Abdullah captaba uno de los espejos, este mostraba el armazón de varas brillando con la luz plateada de un nuevo dibujo (una estrella, un triángulo, un hexágono o algún otro símbolo angular y secreto), pero el armazón real que tenía frente a sí no brillaba en absoluto. En una o dos ocasiones, uno de los espejos mostró la imagen del mago Suliman con los brazos extendidos cuando, en la habitación, sus brazos permanecían caídos. Varias veces, un espejo exhibió a Lettie inmóvil, con sus manos apretadas y con aspecto vívidamente nervioso. Pero si Abdullah miraba a Lettie, ella no dejaba de moverse con tranquilidad, gesticulando de modo extraño. Medianoche no aparecía nunca en los espejos. Aunque su pequeña silueta negra, colocada en medio de las varas, era también sorprendentemente difícil de ver en la realidad.

De repente, todas las varas brillaron argentina y brumosamente y el espacio que había dentro de ellas se llenó de niebla. El mago dijo una última palabra insondable y retrocedió.

—¡Maldita sea! —exclamó alguien desde dentro de las varas—. ¡Ya no puedo olerlos!

Esto hizo que el mago sonriera y Lettie riera abiertamente. Abdullah buscó con la mirada a la persona que tanto los divertía y al instante no tuvo más remedio que mirar hacia otro lado. La joven que estaba en cuclillas dentro del armazón, como es lógico, no tenía nada de ropa encima. El simple vistazo le bastó para comprobar que la joven era tan rubia como morena era Lettie y que, aparte de esto, ambas eran muy parecidas. Lettie corrió a un extremo de la habitación y regresó con una toga mágica



de color verde. Cuando Abdullah se atrevió a mirar de nuevo, la joven llevaba la toga puesta como una bata y Lettie trataba simultáneamente de abrazarla y sacarla del armazón.

—¡Oh, Sophie! ¿Qué te pasó? —siguió diciendo.

—Un momento —jadeó Sophie—. Al principio, parecía tener dificultad para equilibrarse sobre los dos pies pero abrazó a Lettie y luego fue tambaleándose hacia el mago y le abrazó también.

—Se me hace tan raro no tener cola —dijo—. Pero gracias de corazón, Ben.

Después avanzó hacia Abdullah, caminando con mayor facilidad ahora. Abdullah apretó la espalda contra la pared, preocupado de que fuese a darle también un achuchón, pero todo lo que dijo Sophie fue:

—Debes de haberte preguntado porque te seguía. La verdad es que siempre me pierdo en Kingsbury.

—Me alegro de haber sido de ayuda, oh, la más encantadora de los metamorfoseados —dijo Abdullah con cierta indiferencia. No estaba seguro de que se fuese a llevar mejor con Sophie de lo que se había llevado con Medianoche. Se le antojó que era una joven incómodamente testaruda..., casi tanto como la hermana de la primera mujer de su padre, Fátima.

Lettie volvió a preguntar con exigencia qué había convertido a Sophie en gato y el mago Suliman dijo con preocupación:

—Sophie, ¿significa eso que Howl deambula también como un animal?

—No, no —dijo Sophie, y de repente pareció desesperadamente preocupada—. No tengo ni idea de dónde esta Howl. Fue él quien me transformó en gato, ya ves.

—¿Qué? ¿Tu propio marido te convirtió en un gato? —exclamó Lettie—. ¿Se trata de otra de vuestras peleas?

—Sí, pero hay una explicación perfectamente razonable —dijo Sophie—. Verás, lo hizo cuando alguien nos robó el castillo ambulante. Supimos que eso iba a pasar con casi medio día de antelación y todo gracias a que Howl estaba trabajando en un conjuro adivinatorio para el rey. El conjuro le mostró que algo realmente poderoso se llevaría el castillo y secuestraría después a la princesa Valeria. Howl dijo que avisaría al rey al momento. ¿Lo hizo?

—Desde luego —respondió el mago Suliman—. La princesa no pasa ni un segundo sin protección. He invocado espíritus y he dispuesto guardias en la habitación contigua. Cualquiera que sea el ser que la está amenazando, no tiene oportunidad de llegar a ella.

—¡Menos mal! —dijo Sophie—. Eso me quita un peso de encima. Se trata de un demonio, ¿lo sabías?

—Ni si quiera un demonio podría alcanzarla —contestó el mago Suliman—. ¿Pero



qué hizo Howl?

—Primero maldijo —continuó Sophie—. En galés. Después ordenó a Michael y al nuevo aprendiz que se marchasen. Quería que yo me marchara también. Pero le dije que, ya que él y Calcifer se iban a quedar allí, yo me quedaría también y le pregunté si no podría hacer un conjuro para que el demonio, sencillamente, no notase mi presencia. Y discutimos sobre eso...

Lettie se rio entre dientes.

—¿Por qué no me sorprende? —dijo.

Sophie se sonrojó y levantó su cabeza desafiante.

—Bueno, Howl siguió diciendo que yo estaría más segura en Gales, con su hermana, y él sabe que no me llevo bien con ella y yo dije que sería de más utilidad si me quedase en el castillo, oculta a los ojos del ladrón. Sea como fuere —puso su cara entre las manos—, me temo que aún estábamos discutiendo cuando llegó el demonio. Hubo un enorme ruido y todo se volvió oscuro y confuso. Recuerdo que Howl gritó el conjuro del gato, farfullando a toda prisa, y que después le chilló a Calcifer.

—Calcifer es su demonio de fuego —explicó Lettie educadamente a Abdullah.

—Le chilló a Calcifer para salir de allí y salvarse a sí mismo, porque el demonio era demasiado fuerte para cualquiera de los dos —siguió Sophie—. Luego el castillo despegó delante de mí como la tapa de un plato de queso. Lo siguiente que sé es que yo era un gato y que estaba en las montañas al norte de Kingsbury.

Lettie y el mago intercambiaron miradas perplejas sobre la cabeza agachada de Sophie.

—¿Por qué en esas montañas? —se preguntó el mago Suliman—. El castillo no estaba precisamente cerca de aquí.

—No, estaba en cuatro sitios a la vez —dijo Sophie—. Creo que fui arrojada en medio de los cuatro. Podría haber sido aún peor. Había muchos ratones y pájaros para comer.

El gesto de la encantadora cara de Lettie se torció con disgusto:

—¡Sophie! —exclamó—. ¡Ratones!

—¿Por qué no? Eso es lo que comen los gatos —dijo Sophie y levantó de nuevo su cabeza desafiantemente—. Los ratones son deliciosos. Pero no soy muy aficionada a los pájaros. Te atragantas con las plumas. Pero... —tragó saliva y volvió a cubrirse el rostro con las manos—, pero todo esto sucedió en una época bastante mala para mí. Morgan nació una semana después de aquello y, por supuesto, fue un gatito...

Esto último causó a Lettie, si cabe, aún mayor consternación que la idea de su hermana comiendo ratones. Se echó a llorar y extendió sus brazos en torno a Sophie.



—¡Oh, Sophie! ¿Qué hiciste?

—Lo que hacen los gatos siempre, por supuesto —dijo Sophie—. Alimentarlo y lavarlo mucho. No te preocupes Lettie, lo dejé con un soldado que es amigo de Abdullah. Ese hombre mataría a cualquiera que hiciera daño a su gatito. Creo —dijo al mago Suliman— que debería traer a Morgan ahora para que puedas transformarlo también.

El mago Suliman se mostraba casi tan consternado como Lettie.

—¡Ojalá lo hubiera sabido! —dijo—. Si nació gato a causa del mismo conjuro, puede que ya haya sido transformado. Lo mejor será que lo averigüemos. —Cruzó de prisa la sala en dirección a uno de los espejos redondos e hizo gestos circulares con ambas manos.

Inmediatamente, el espejo, todos los espejos parecían reflejar la imagen de la habitación de la posada. Cada uno de ellos desde un punto de vista diferente, como si realmente estuvieran colgados en aquellas paredes. Abdullah fue mirando cada espejo y, al igual que les sucedió a los otros tres, lo que vio le alarmó. Por algún motivo, la alfombra mágica había sido desenrollada en el suelo. Sobre ella estaba un bebé rosado, desnudo y regordete. A pesar de lo reciente que era el bebé, Abdullah pudo ver que tenía una personalidad tan fuerte como la de Sophie. Y estaba reafirmando esa personalidad. Sus piernas y brazos daban golpetazos en el aire, su carita estaba crispada con furia y su boca era un enorme y enfadado agujero negro. Pese a que las imágenes de los espejos carecían de sonido, quedaba claro que Morgan estaba siendo muy ruidoso.

—¿Quién es ese hombre? —dijo el mago Suliman—. Lo he visto antes.

—Un soldado de Strangia, oh, realizador de maravillas —dijo Abdullah sin que resultase de mucha ayuda.

—Entonces será que me recuerda a alguien que conozco —dijo el mago.

El soldado estaba de pie junto al bebé chillón y lo miraba horrorizado e impotente. Quizá esperaba que el genio hiciera algo. En cualquier caso, tenía la botella en una mano. Pero el genio colgaba fuera de la botella en varios chorros de angustiado humo azul, tan impotente como el soldado, y cada chorro se tapaba con sus propias manos los oídos de una cara.

—¡Oh, pobre niño querido! —dijo Lettie.

—Pobre bendito soldado, querrás decir —replicó Sophie—. Morgan está furioso. Hasta ahora sólo ha sido un gatito y los gatitos pueden hacer muchas más cosas que los bebés. Está enfadado porque no puede caminar. Ben, ¿no podrías...?

El resto de la pregunta de Sophie quedó ahogada por un sonido como de una pieza gigante de seda rajándose. La habitación tembló. El mago Suliman exclamó algo y se dirigió a la puerta y entonces se tuvo que apartar rápidamente. Una multitud de cosas gritonas y quejumbrosas se deslizó a través del muro cercano a la



puerta, planeó a lo largo de la habitación y se desvaneció por el muro contrario. Fuesen lo que fuesen, iban demasiado rápido para ser vistas con claridad y ninguna de ellas parecía humana. Abdullah tuvo una borrosa visión de múltiples piernas con garras, de algo más que se desplazaba y fluía sin piernas, de seres con un único ojo enorme y de otros con muchos ojos en racimo. Vio cabezas dentadas, lenguas flotantes, colas en llamas. Lo que se movía más rápido era una pelota rodante de lodo.

Después, se fueron. Un agitado aprendiz abrió la puerta de par en par.

—Señor, señor. ¡Los custodios han caído! No pudimos sujetar...

El mago Suliman agarró al joven del brazo y se lo llevó corriendo a la otra habitación, volviéndose para decir:

—¡Regresaré en cuanto pueda! ¡La princesa Valeria está en peligro!

Abdullah se asomó a los espejos para ver qué le estaba pasando al soldado y al bebé, pero los redondos cristales sólo le devolvieron su propia cara preocupada y la de Sophie y Lettie.

—¡Ay! —dijo Sophie—. Lettie, ¿no puedes hacer que funcionen?

—No, son la especialidad de Ben —dijo Lettie.

Abdullah reparó en la alfombra desenrollada y en la botella del genio que tenía el soldado en la mano.

—En ese caso, oh, par de perlas gemelas —dijo—, oh, adorables señoras, con vuestro permiso volveré corriendo a la posada antes de que haya quejas por el ruido.

Sophie y Lettie dijeron a coro que ellas irían también. Abdullah no podía culparlas por ello, pero estuvo a punto de hacerlo cinco minutos después. Al parecer, Lettie no estaba preparada para salir a toda prisa por las calles en su interesante estado. Cuando los tres se apresuraron a través del caótico embrollo de conjuros rotos de la habitación contigua, el mago Suliman dejó un instante de colocar nuevas cosas entre las ruinas y ordenó a Manfred que sacara el carruaje. Y mientras Manfred lo hacía, Lettie llevó a Sophie escaleras arriba para conseguirle ropa apropiada.

Abdullah se quedó dando vueltas por el vestíbulo. A ojos de cualquiera, no esperó más de cinco minutos, pero durante ese tiempo intentó abrir la puerta principal al menos diez veces y en cada ocasión un conjuro la mantenía cerrada. Pensó que se iba a volver loco. Le pareció que había pasado un siglo cuando Sophie y Lettie bajaron las escaleras, ambas elegantemente vestidas para salir, y Manfred abrió la puerta principal y les señaló un pequeño carruaje tirado por un bonito capón zaino, esperando sobre el empedrado.

Abdullah pensó en subir de un salto al carruaje y espolear al caballo. Pero, por supuesto, eso no era educado. Tuvo que esperar hasta que Manfred ayudó a subir a las señoras y se colocó él mismo en el asiento del conductor. El carruaje salió



impulsado mientras Abdullah se apretujaba en el asiento junto a Sophie, y repiqueteó por el empedrado, deprisa aunque no lo suficiente en opinión de Abdullah. Apenas podía soportar el pensamiento de lo que estaría haciendo el soldado.

—Espero que Ben pueda lograr que parte de los custodios regresen pronto con la princesa —dijo Lettie preocupada mientras rodaban vigorosamente a través de una plaza.

Las palabras acababan de salir de su boca cuando llegó hasta sus oídos una rápida descarga de explosiones, como fuegos artificiales mal manejados. Una campana comenzó a sonar en alguna parte, lúgubre y apresurada... ¡Tan, tan! ¡Tan, tan!

—¿Qué es todo eso? —preguntó Sophie, y después se respondió a sí misma, señalando y gritando—: ¡Maldición! ¡Mirad, mirad, mirad!

Abdullah estiró su cuello para ver lo que ella estaba señalando. Pudo ver la negra extensión de unas alas que tapaban las estrellas sobre las cúpulas más cercanas y las torres. Más abajo, de la cima de varias torres, llegaron los pequeños fulgores y los sonidos de un gran número de disparos, los soldados intentaban darle a las alas. Abdullah podría haberles dicho que ese tipo de cosas no funciona contra los demonios. Las alas revolotearon impasiblemente y giraron hacia arriba y después se desvanecieron en la azul oscuridad del cielo de la noche.

—Tu amigo el demonio —dijo Sophie—. Creo que hemos distraído a Ben en un momento crucial.

—Eso es justo lo que el demonio pretendía que hicieras, antigua felina —dijo Abdullah—. Si lo recuerdas, cuando se marchaba remarcó que uno de nosotros le ayudaría a raptar a la princesa.

Por toda la ciudad, las campanas se unían para dar la alarma. La gente corría por las calles y miraba hacia arriba. El carruaje continuó su tintineo a través de un creciente clamor y se vio forzado a ir más y más lentamente conforme más gente se agolpaba en las calles. Todos parecían saber qué había ocurrido: «La princesa se ha ido», escuchó Abdullah. «Un demonio ha raptado a la princesa Valeria.» La mayoría parecía sobrecogida y atemorizada, pero uno o dos decían: «¡Deberían colgar a ese mago real! ¡Para qué se le paga!».

—¡Ay, querida! —dijo Lettie—. ¡El rey no creerá que Ben ha estado trabajando muy duro para impedir que esto pasara!

—No te preocupes —dijo Sophie—, tan pronto como haya agarrado a Morgan, iré y le contaré lo que ha pasado al rey. Se me da bien contarle cosas al rey.

Abdullah la creyó. Se sentó y tembló como un flan de la impaciencia.

Después de lo que se le antojó otro siglo, pero que probablemente sólo fueran cinco minutos, el carruaje se abrió paso en el abarrotado patio de la posada. Estaba lleno de gente que miraba hacia arriba. «Vi sus alas», escuchó Abdullah decir a un hombre. «Era un pájaro monstruoso que tenía a la princesa atrapada entre sus



garras.»

El carruaje se detuvo. Al fin, Abdullah pudo dar rienda suelta a su impaciencia. Saltó fuera, gritando:

—¡Despejad el camino, despejad el camino, oh, gente! ¡Aquí hay dos brujas con negocios importantes que hacer! —Con continuos gritos y empujones, se las apañó para llevar a Sophie y a Lettie hasta la puerta de la posada y empujarlas dentro. Lettie estaba muy avergonzada.

—¡Preferiría que no fueras diciendo que soy una bruja! —dijo ella—. A Ben no le gusta que la gente lo sepa.

—Ahora mismo no tendrá tiempo de pensar en eso —dijo Abdullah. Las empujó junto al posadero, que las miraba, y hacia las escaleras—. Aquí están las dos brujas de las que te hablé, oh, el más celestial de los posaderos —le dijo al hombre—. Están ansiosas por ver sus gatos. —Subió saltando los escalones. Adelantó a Lettie, después a Sophie y luego voló hasta el rellano. Abrió de golpe la puerta de la habitación.

—No hagas nada de lo que te puedas arrepentir... —comenzó a decir y después se detuvo al darse cuenta del total silencio que había en el interior.

La habitación estaba vacía.



Capítulo 17

En el que Abdullah alcanza al fin el castillo en el aire

Había un cojín en la mesa, dentro de una cesta, entre los restos de comida de la cena. Y una arrugada oquedad en una de las camas y una nube de tabaco sobre ella, como si el soldado hubiese estado tumbado fumando hasta hace muy poco. La ventana estaba cerrada. Abdullah corrió hacia allí, intentando abrirla y mirar fuera (no por ninguna razón en especial, sino porque eso fue todo lo que se le ocurrió), pero se tropezó con un platillo lleno de leche. El platillo se volcó, derramando una larga raya de leche blanca y espesa encima de la alfombra mágica.

Abdullah se quedó mirándola. Al menos la alfombra estaba todavía allí. ¿Qué significaba aquello? No había señales del soldado y desde luego no había señales de un bebé ruidoso en ninguna parte de la habitación. Y, mirando rápidamente hacia todos los sitios en los que pudo pensar, se dio cuenta de que tampoco había señales de la botella del genio.

—¡Oh, no! —dijo Sophie, llegando a la puerta—. ¿Dónde está? Si la alfombra sigue aquí, no puede haber ido lejos.

Abdullah deseó estar tan seguro como ella.

—No deseo alarmarte, madre del bebé más móvil de todos —dijo—, pero he de observar que parece que el genio también falta.

Un ligero ceño arrugó la piel de la frente de Sophie.

—¿Qué genio?

Abdullah recordó que, siendo Medianoche, Sophie nunca había dado muestras de notar la existencia del genio y entonces llegó Lettie resoplando a la habitación, con una mano apoyada en su costado.

—¿Qué pasa? —jadeó.

—No están aquí —dijo Sophie—. Supongo que el soldado ha debido llevar a Morgan con la posadera. Ella debe saber de bebés.



Con la sensación de estar agarrándose a un clavo ardiendo, Abdullah dijo: «Voy a ver». Era posible que Sophie tuviese razón, eso es lo que haría la mayoría de los hombres si se encontrara de repente con un bebé gritón (siempre y cuando ese mismo hombre no tuviese entre sus manos un genio embotellado), pensó mientras bajaba corriendo el primer tramo de escaleras.

El último tramo de escaleras estaba lleno de gente que se dirigía hacia arriba, hombres que calzaban pesadas botas y una especie de uniforme. El posadero les mostraba el camino diciendo: «En el segundo piso, caballeros. Vuestra descripción del estrangiano casaría con este hombre si se hubiese cortado la trenza y el joven es obviamente el cómplice del que habláis».

Abdullah se giró y volvió a subir aprisa las escaleras, esta vez de puntillas, de dos en dos escalones.

—¡Desastre general, oh, las más hechiceras entre las mujeres! —dijo jadeando a Lettie y a Sophie—. El posadero, un pérfido empresario, trae guardias para arrestarnos a mí y al soldado. ¿Qué podemos hacer?

Era el momento idóneo para que una mujer decidida tomase las riendas. Abdullah se alegró de que Sophie fuese una de ellas. Actuó enseguida. Cerró la puerta y echó el pestillo.

—Dame tu pañuelo —le dijo a Lettie y cuando Lettie se lo pasó, Sophie se arrodilló y limpió con él la leche de la alfombra mágica—. Ven aquí —le dijo a Abdullah—, súbete conmigo y dile a la alfombra que nos lleve donde está Morgan. Tú quédate aquí, Lettie, y retén a los guardias. No creo que la alfombra pueda contigo.

—De acuerdo —dijo Lettie—. De todas formas quiero volver con Ben antes de que el rey empiece a culparlo. Pero primero le cantaré las cuarenta a ese posadero. No me vendrá mal practicar antes de ver al rey.

Lettie, tan resuelta como su hermana, cuadró sus hombros, dobló los codos y clavó los puños en su cintura, en una postura que prometía hacer pasar un mal rato al posadero y a los agentes.

Abdullah también estaba contento con Lettie. Se sentó en cuclillas sobre la alfombra y dio un suave ronquido. La alfombra tembló. Era un temblor reacio.

—Oh, fabuloso tejido, carbúnculo y crisolita entre las alfombras —dijo Abdullah—, este miserable y tosco salvaje te pide perdón encarecidamente por haber derramado leche sobre tu inestimable superficie.

Sonoros golpes llegaron de la puerta.

—¡Abre, en nombre del rey! —bramó alguien desde el otro lado.

No había tiempo para seguir adulando a la alfombra.

—Alfombra, te lo imploro —susurró—, transpórtanos a esta señora y a mí a donde el soldado haya llevado al bebé.



La alfombra tembló con irritación, pero obedeció. Se arrojó contra la ventana cerrada del modo que era habitual en ella. Esta vez, Abdullah se mantuvo lo suficientemente alerta como para alcanzar a ver por un instante, mientras la atravesaban como si fuese agua, el vidrio y el oscuro marco de la ventana y después se elevaron sobre los globos de plata que iluminaban las calles. Pero dudó de que Sophie hubiese hecho lo mismo. Agarraba el brazo de Abdullah con ambas manos y este pensó que tendría los ojos cerrados.

—Odio las alturas —dijo ella—. Espero que no esté lejos.

—Esta excelente alfombra nos llevará a la máxima velocidad, venerable bruja —añadió Abdullah, intentando confortar a la vez a Sophie y a la alfombra. Aunque no sabía si funcionaría con alguna de ellas. Sophie continuó aferrada dolorosamente a su brazo, emitiendo pequeños gritos de pánico y, tras hacer un enérgico y mareante giro alrededor de las torres y luces de Kingsbury, la alfombra rodeó vertiginosamente lo que parecían ser las cúpulas del palacio y emprendió otro circuito por la ciudad.

—¿Qué está haciendo? —jadeó Sophie. Evidentemente sus ojos no estaban cerrados del todo.

—Serenidad, oh, la más sosegada de las hechiceras —la tranquilizó Abdullah—. Gira en círculos para ganar altura a la manera de los pájaros —aunque en su interior estaba convencido de que la alfombra había perdido el rastro. Sin embargo, cuando pasaron por tercera vez sobre las luces y cúpulas de Kingsbury, se dio cuenta de que casualmente había acertado en su comentario. Ahora se elevaban varias decenas de metros más. En la cuarta vuelta, que fue más amplia que la tercera (aunque igual de mareante), Kingsbury pasó a ser un pequeño racimo enojado por debajo de ellos, muy a lo lejos.

La cabeza de Sophie se inclinó para echar un vistazo. Apretó a Abdullah todavía más fuerte, si es que eso era posible.

—¡Oh, madre mía! ¡Seguimos subiendo! ¡Creo que el desdichado soldado se ha ido con Morgan tras el demonio!

Tanta era la altura a la que estaban que Abdullah pensó que tenía razón.

—Sin duda su deseo era rescatar a la princesa —dijo Abdullah—, con la esperanza de recibir una gran recompensa.

—¡Pero no tenía derecho a llevarse mi bebé! ¡Espera que lo vea! ¿Y cómo lo ha conseguido sin la alfombra?

—Debe de haber ordenado al genio que siguiera al demonio, oh, luna de la maternidad.

A lo que Sophie contestó:

—¿Qué genio?



—Te aseguro, oh, la más avispada de las mentes hechiceras, que además de la alfombra poseo un genio, aunque tú nunca te hayas dado cuenta —dijo Abdullah.

—Me fiaré de tu palabra —dijo Sophie—. Sigue hablando. Habla... O miraré abajo, y si miro abajo... sé que me caeré.

Sophie se agarraba con tanta fuerza al brazo de Abdullah, que estaba seguro de que, si ella se caía, él se caería también. Kingsbury era ahora un punto brillante y brumoso, que aparecía alternativamente a un lado y a otro mientras la alfombra continuaba subiendo en espiral. El resto de Ingary se disponía alrededor como un enorme plato azul oscuro. Si pensaba en una caída desde tan alto, Abdullah se sentía casi tan asustado como Sophie. Empezó a relatarle rápidamente todas sus aventuras, cómo había conocido a Flor-en-la-noche, cómo el sultán le había metido en la prisión, cómo el genio había sido pescado en la laguna del oasis por los hombres de Kabul Aqba (que eran ángeles en realidad) y lo difícil que había sido pedir deseos que no fueran saboteados por la malicia del genio.

Para entonces, el desierto se veía como un pálido mar al sur de Ingary, aunque habían llegado tan alto que era bastante difícil distinguir nada.

—Ahora veo que el soldado aceptó que yo había ganado la apuesta para convencerme de su honestidad —dijo Abdullah con pesar—. Creo que siempre ha pretendido robarme el genio y probablemente también la alfombra.

Sophie se mostraba interesada. Para gran alivio de Abdullah, su apretón en el brazo se relajó ligeramente.

—No puedes culpar a ese genio por odiar a todos —dijo—. Piensa en cómo te sentirías si estuvieses encerrado en la mazmorra.

—Pero el soldado... —dijo Abdullah.

—¡Esa es otra cuestión! —afirmó Sophie—. ¡Sólo espera a que le eche las manos encima! ¡No puedo soportar a la gente que va de suave con los animales y después engaña a cada humano con el que se cruza! Pero volviendo al genio que dices que poseías, parece que el demonio quería que lo tuvieses. ¿Crees que forma parte de su plan para que los desconsolados pretendientes le ayuden a ganar la batalla contra su hermano?

—Eso creo —dijo Abdullah.

—Entonces, cuando lleguemos al castillo de nubes, si es que es ahí adonde vamos —dijo Sophie—, deberíamos contar con la ayuda de otros pretendientes.

—Quizá —dijo Abdullah prudentemente—. Pero quiero recordar, oh, el más curioso de los gatos, que te escabulliste en los arbustos mientras el demonio hablaba, y este no esperaba a nadie más que a mí.

Abdullah miró hacia arriba. Empezaba a hacer más frío y las estrellas parecían incómodamente apagadas. Cierta toque plateado en la oscuridad azul del cielo



sugería que había luz de luna intentando despuntar desde algún sitio. Era maravilloso. El corazón de Abdullah se hinchó con el pensamiento de que, finalmente, parecía estar en camino de rescatar a Flor-en-la-noche.

Desafortunadamente, Sophie también miró hacia arriba. Apretó el brazo con más fuerza.

—Habla —dijo ella—. Estoy aterrada.

—En ese caso, deberías hablar tú también, valeroso azúcar de los conjuros —dijo Abdullah—. Cierra los ojos y háblame del príncipe de Ochinstan, con el que Flor-en-la-noche se prometió.

—No creo que esto haya sido posible —dijo Sophie casi balbuceando. Estaba verdaderamente aterrada—. El hijo del rey es sólo un niño. Por otra parte, está el hermano del rey, el príncipe Justin, pero supuestamente se iba a casar con la princesa Beatrice de Strangia, aunque ella lo rechazó y huyó. ¿Crees que estará en poder del demonio? En mi opinión, tu sultán sólo va detrás de las armas que fabrican nuestros magos... Y no podrá conseguirlas. Nunca dejan que los mercenarios se las lleven al sur. De hecho, Howl dice que no se deberían mandar mercenarios. Howl... —su voz se desvaneció y sus manos temblaron en el brazo de Abdullah—. ¡Habla! —gritó.

Se estaba haciendo difícil respirar.

—Apenas puedo hacerlo, sultana de fuertes manos —jadeó Abdullah—. Creo que el aire es escaso aquí. ¿No puedes hacer algún encantamiento que nos ayude a respirar?

—Probablemente no. Tú me llamas bruja, pero en realidad soy bastante nueva en esto —contestó Sophie—. Ya lo viste, cuando era un gato, hacerme más grande fue todo lo que pude lograr.

Pero soltó a Abdullah un momento para hacer unos gestos breves y entrecortados sobre sus cabezas.

—¡Aire! —dijo ella—. ¡Esto es realmente vergonzoso! Vas a tener que dejarnos respirar un rato más o no duraremos mucho. ¡Agrúpate aquí alrededor y deja que te respiremos! —Se agarró de nuevo a Abdullah—. ¿Mejor?

Parecía que realmente había más aire, aunque era más frío que nunca. Abdullah estaba sorprendido por el método de lanzar conjuros de Sophie, que le había parecido de lo menos mágico (de hecho, no era muy diferente de su propia manera de convencer a la alfombra para que se moviera). Aunque tuvo que admitir que había funcionado.

—Sí, muchas gracias, recitadora de conjuros.

—¡Habla! —dijo Sophie.

Estaban tan alto que abajo el mundo ya no se veía. Abdullah no tenía problemas para entender el horror que sentía Sophie. La alfombra navegaba a través del oscuro



vacío, arriba, arriba. Abdullah sabía que, de hallarse solo, estaría gritando.

—Habla tú, poderosa señora mágica —tembló—. Háblame de ese mago Howl tuyo.

Los dientes de Sophie rechinaron, pero dijo con orgullo:

—Él es el mejor mago de Ingary, y de todas partes. De haber contado con tiempo, él mismo habría vencido a ese demonio. Y es vago y egoísta y vanidoso como un pavo real, y cobarde, y no puedes hacer que se comprometa con nada.

—¿De veras? —preguntó Abdullah—. Es extraño que hables con tanto orgullo de tal dechado de vicios, oh, la más encantadora de las señoras.

—¿Qué quieres decir con vicios? —preguntó Sophie enfadada—. Sólo estaba describiendo a Howl. Debes saber que proviene de un mundo completamente diferente llamado Gales, y me niego a creer que esté muerto... ¡Ohhh!

Terminó la frase con un gemido mientras la alfombra se zambulló en un diáfano velo de nube, allá en lo alto. Dentro de la nube el velo resultó estar formado por escamas de hielo que les salpicaron en forma de fragmentos, astillas y cantos, como en una tormenta de granizo. Ambos se quedaron boquiabiertos mientras la alfombra aceleraba para salir de allí. Luego volvieron a quedarse con la boca abierta, pero maravillados.

Se encontraban en un nuevo país, bañado por la luz de la luna (con el tinte dorado de la luna de la cosecha). Pero cuando Abdullah se detuvo un instante para buscar el astro lunar, no lo encontró por ningún sitio. La luz parecía venir del propio cielo azul plateado. Tachonado de enormes y cristalinas estrellas doradas. Sólo pudo echarles una ojeada. La alfombra salió frente a un brumoso y transparente mar y se movió junto con las suaves olas que rompían en las rocas de nube. Aun cuando podía ver a través de cada ola como si fueran de seda verde y dorada, sus aguas eran realmente húmedas y amenazaban con inundar la alfombra. El aire era cálido. Y la alfombra, por no hablar de sus propias ropas y su pelo, estaba cargada de montones de hielo derritiéndose. Durante los primeros minutos, Sophie y Abdullah estuvieron completamente ocupados tirando el hielo por los bordes de la alfombra al translúcido océano, donde se hundía en el cielo hasta desvanecerse allá abajo.

Cuando la alfombra, más ligera otra vez, pudo volver a alzarse y tuvieron la oportunidad de mirar alrededor, se quedaron boquiabiertos una vez más. Pues aquí estaban las islas y promontorios y bahías de tenue oro que Abdullah había visto al atardecer, extendiéndose desde donde ellos estaban hasta la lejana y plateada distancia, en donde descansaban silentes y tranquilos y encantados, como si fuesen una visión del paraíso mismo. Las olas cristalinas rompían en la orilla nubosa con sólo el más débil de los susurros, que parecía sumarse al silencio.

Parecía incorrecto hablar en tal sitio. Sophie le dio un codazo a Abdullah y señaló al frente. Allí, en el cabo de nube más cercano, se alzaba un castillo, una multitud de



orgullosas y elevadas torres con oscuras ventanas de plata visibles en ellas. Estaba hecho de nube. Mientras lo contemplaban, un buen número de las torres más altas fluctuaron de un lado a otro y abandonaron la existencia, deshaciéndose, mientras otras se hundían y ensanchaban. Bajo sus ojos, el castillo creció como un borrón y se transformó en una enorme fortaleza arrugada y después su forma volvió a cambiar. Pero todavía estaba allí y todavía era un castillo y parecía ser el lugar adonde les estaba llevando la alfombra.

La alfombra iba con paso rápido pero suave, apegada a la orilla como si no tuviese ningún deseo de ser vista. Había arbustos nubosos más allá de las olas, teñidos de rojo y plata como los resquicios del atardecer. Al recorrer la bahía para llegar al promontorio, la alfombra se escondió al abrigo de estos, como se había escondido tras los árboles en la Llanura de Kingsbury.

Mientras marchaban, vieron otros paisajes de mares dorados, en los que, a lo lejos, se movían remotas formas de humo que bien podían ser barcos o quizá criaturas de nube ocupadas en sus propios asuntos. Todavía en profundo, susurrante silencio, la alfombra se arrastró cautelosa hacia el cabo, donde no había ya arbustos, y empezó a moverse sigilosamente pegada al nuboso suelo del mismo modo que se había deslizado pegada a los tejados de Kingsbury. Abdullah pensó que hacía lo correcto. Frente a ellos, el castillo cambiaba de nuevo, alargándose hasta convertirse en un imponente pabellón. Mientras la alfombra entraba en la gran avenida que conducía a sus cancelas, las cúpulas iban creciendo y sobresaliendo, y un borroso minarete de oro despuntó como si les hubiese visto llegar.

La avenida estaba bordeada de figuras de nube que también parecían observarles. Las figuras crecían en el suelo, a la manera en que un penacho de nube a veces sobresale visiblemente de la masa principal. Pero, al contrario que el castillo, estas no cambiaban de forma. Cada una se enarbolaba con orgullo, como un caballito de mar o los caballos de ajedrez, aunque sus caras eran más planas e inexpresivas que esas caras equinas y estaban rodeadas de ondulados rizos que no eran ni de nube ni de caballo.

Mientras pasaban a su lado, Sophie miró cada una de ellas con creciente desaprobación.

—No tengo muy buena opinión de su gusto en lo que respecta a las estatuas.

—¡Silencio, oh, la más franca de las damas! —susurró Abdullah—. No son estatuas, sino los doscientos ángeles guardianes de los que habló el demonio.

El sonido de sus voces atrajo la atención de la figura de nube más cercana. Se agitó brumosamente, abrió un par de inmensos ojos de piedra lunar y se dobló para examinar la alfombra que pasaba sigilosamente junto a ella.

—¡No te atrevas a detenernos! —le dijo Sophie—. Sólo hemos venido a por mi bebé.



Los enormes ojos parpadearon. Evidentemente el ángel no estaba acostumbrado a que se le hablara de un modo tan brusco. Alas de nube blanca empezaron a desplegarse de sus costados.

Rápidamente, Abdullah se levantó en la alfombra e hizo una reverencia.

—Saludos, noble mensajero de los cielos —dijo—. Lo que la señora tan abruptamente ha dicho es la verdad. Por favor, perdónala. Es del norte. Pero ella, como yo, viene en son de paz. Los demonios están cuidando de su hijo y nosotros sólo venimos a recogerlo y rendirles nuestra mayor humildad y nuestras devotas gracias.

Esto pareció aplacar al ángel. Las alas desaparecieron de sus nubosos costados y aunque su extraña cabeza se giró para mirarlos mientras la alfombra seguía deslizándose, no intentó detenerlos. Pero el ángel del otro extremo del camino tenía ya los ojos abiertos y los dos siguientes también se volvieron a mirarlos. Abdullah no se atrevió a sentarse de nuevo. Aseguró sus pies para no perder el equilibrio y se inclinó ante cada par de ángeles que pasaban. No era fácil de hacer. La alfombra sabía tan bien como Abdullah lo peligrosos que podían llegar a ser los ángeles y avanzaba más y más deprisa.

Incluso Sophie se dio cuenta de que un poco de cortesía podría ser de ayuda. Mientras pasaban a toda prisa, saludó a cada ángel agachando la cabeza y diciendo: «Buenas tardes. Hermoso atardecer el de hoy. Buenas tardes». No tenía tiempo para más porque la alfombra recorrió disparada el último trecho de la avenida. Cuando alcanzó las cancelas del castillo, que estaban cerradas, pasó a través de ellas como una rata atraviesa una alcantarilla. Abdullah y Sophie se sintieron sofocados con la neblinosa humedad y después salieron a la calma de una luz dorada. Descubrieron que estaban en un jardín. En ese momento, la alfombra cayó al suelo, mustia como un estropajo, y allí se quedó. Pequeños escalofríos le recorrían a todo lo largo, como haría una alfombra si temblase de miedo o jadeara de esfuerzo, o ambas cosas a la vez.

Puesto que el suelo era sólido y no parecía estar hecho de nube, Sophie y Abdullah saltaron cuidadosamente sobre él. Era un césped firme en el que crecía plateada hierba verde. A lo lejos, entre los ordenados setos, el agua manaba de una fuente de mármol. Sophie miró la fuente, miró alrededor y comenzó a fruncir el ceño.

Abdullah se agachó y enrolló la alfombra consideradamente, dándole palmaditas y hablándole con dulzura.

—Has sido muy valiente, oh, la más atrevida de los damascos —le dijo—. Ya está, ya está. No temas. No permitiré que ningún demonio, por muy poderoso que sea, dañe un solo hilo de tu preciada tela, ni un fleco de tu filo.

—Te pareces al soldado, armando escándalo con Morgan cuando era Mequetrefe —dijo Sophie—. Por ahí está el castillo.



Se dirigieron hacia él, Sophie mirando alerta alrededor y soltando uno o dos resoplidos, Abdullah con la alfombra tiernamente sobre sus hombros. Le daba palmaditas de vez en cuando y sentía que los temblores se extinguían mientras andaban. Caminaron durante un tiempo por el jardín que, aunque no era de nube, cambiaba y se alargaba en torno a ellos. Los setos se convirtieron en artísticos bancos de flores de color rosa pálido y la fuente, que podían ver con claridad en la distancia todo el tiempo, parecía ahora de cristal o posiblemente de crisolita. Unos pocos pasos más y todo estuvo lleno de enojadas macetas y frondosas enredaderas que se elevaban alrededor de pilares lacados. Los resoplidos de Sophie se hicieron más sonoros. La fuente, según podían ver, estaba hecha de plata con zafiros incrustados.

—Ese demonio se ha tomado libertades con un castillo que no es suyo —dijo Sophie—. A menos que esté completamente equivocada, esto solía ser nuestro baño.

Abdullah se sintió enrojecer. Fuese o no el cuarto de baño de Sophie, esos eran los jardines de sus propios sueños. Hasruel se burlaba de él, como había hecho todo el tiempo. Cuando la fuente se convirtió en oro y centelleante vino oscuro con rubíes, Abdullah se enfadó tanto como Sophie.

—Un jardín no debería ser así, incluso si nos olvidamos de los continuos cambios —dijo Abdullah con irritación—. Un jardín debería tener un aspecto natural, con secciones salvajes, y debería incluir una gran área de jacintos del bosque.

—Exacto —dijo Sophie—. ¡Mira ahora esa fuente! ¡Qué manera de tratar un baño! La fuente era de platino y esmeraldas.

—Ridículamente ostentoso —dijo Abdullah—. Cuando yo diseñe mi jardín... Fue interrumpido por los gritos de un niño. Ambos echaron a correr.



Capítulo 18

Que está bastante lleno de princesas

Los gritos del niño aumentaron. No había duda de la dirección de la que procedían. Mientras Sophie y Abdullah corrían a lo largo de un claustro columnado en dirección al lugar, Sophie jadeó:

—No es Morgan. Es un niño mayor.

Abdullah pensó que tenía razón. Escuchaba palabras entre los gritos, aunque no podía distinguir cuáles. Y, aunque se pusiera a berrear con todas sus fuerzas, Morgan no tenía todavía pulmones tan grandes como para emitir ese tipo de ruido. Los gritos se hicieron casi insoportables y después se convirtieron en chirriantes sollozos. Y los chirriantes sollozos dieron lugar a un continuo y persistente «¡Bua, bua, bua!» y, justo cuando ese sonido se hizo verdaderamente intolerable, el niño alzó la voz de nuevo con histéricos gritos.

Sophie y Abdullah siguieron el sonido hasta el final del claustro y salieron a una enorme sala de nube. Allí se detuvieron prudentemente detrás de un pilar.

—¡Nuestro salón, deben haberlo inflado como un globo! —dijo Sophie.

Era una sala muy grande y lo que gritaba, en su centro, era una niña. Tendría unos cuatro años, rizos rubios y llevaba un camisón blanco. Su cara estaba roja, su boca era un enorme agujero negro y alternativamente se arrojaba al suelo de pórfido verde y se levantaba para volver a tirarse. Si había una niña hecha una furia, era esta. Los ecos de la gran sala gritaban con ella.

—Es la princesa Valeria —murmuró Sophie a Abdullah—. Justo lo que pensaba.

Cerniéndose sobre la princesa chillona estaba la oscura figura de Hasrue. Otro demonio, mucho más pequeño y pálido, se escondía tras él.

—¡Haz algo! —gritó el demonio pequeño. Se le escuchaba entre el estrépito porque su voz era como de trompetas plateadas—. ¡Me está volviendo loco!

Hasrue giró su enorme rostro hacia la gritona cara de Valeria.

—Pequeña princesa —le arrulló retumbante—. Deja de llorar. Nadie te va a hacer daño.



Como respuesta, la princesa Valeria primero se levantó, gritó a la cara de Hasruel, después se lanzó de bruces al suelo, se puso a rodar y patalear allí.

—¡Bua, bua, bua! —vociferó—. ¡Quiero mi casa! ¡Quiero a mi papá! ¡Quiero a mi niñera! ¡Quiero a mi tío Justin! ¡Buaaaa!

—Pequeña princesa —le arrulló Hasruel desesperadamente.

—¡No le hagas sólo arrullos! —voceó el otro demonio, que era claramente Dalzel—. ¡Haz algo de magia! ¡Una nana, un conjuro de silencio, mil ositos, una tonelada de caramelos *toffe*! ¡Lo que sea!

Hasruel se volvió hacia su hermano. Sus alas abiertas desencadenaron agitados vendavales que revolvieron el pelo de Valeria y removieron su camisón. Sophie y Abdullah tuvieron que aferrarse al pilar para que la fuerza del viento no los lanzara hacia atrás. Pero nada de esto cambió la rabieta de la princesa Valeria. En todo caso, gritó más fuerte.

—¡Lo he intentado todo, hermano mío! —tronó Hasruel.

Ahora la princesa Valeria gritaba sin parar «¡MADRE, MADRE, ESTÁN SIENDO MUY MALOS CONMIGO!

Hasruel tuvo que alzar su voz hasta que se convirtió en un completo estruendo.

—¿No sabes —retumbó— que casi ningún tipo de magia puede parar a una cría con este genio?

Dalzel se tapó las orejas con sus pálidas manos (las orejas eran puntiagudas, con cierto aspecto de hongos).

—¡Pues no puedo soportarlo! —se desgañó Dalzel—. ¡Ponla a dormir durante doscientos años!

Hasruel asintió con la cabeza. Se volvió hacia la princesa Valeria, que gritaba y se revolcaba por el suelo, y extendió su enorme mano sobre ella.

—¡Oh, querido! —dijo Sophie a Abdullah—. ¡Haz algo!

Puesto que Abdullah no tenía ni idea de qué hacer y puesto que en su interior sentía que cualquier cosa que parara ese ruido sería una buena idea, no hizo nada salvo alejarse dubitativamente del pilar. Y afortunadamente, antes de que la magia de Hasruel tuviera algún efecto notable en la princesa Valeria, llegó una muchedumbre de personas. Una voz fuerte, bastante áspera, atravesó el barullo:

—¿Qué es todo este ruido?

Ambos demonios retrocedieron. Las recién llegadas eran todas mujeres y todas parecían extremadamente disgustadas; pero dicho esto, sólo tenían en común ambas cosas. Permanecían en fila, unas treinta, mirando fija, acusadoramente, a los dos demonios, y eran altas, bajas, corpulentas, delgadas, jóvenes y viejas y de cada color de piel producido por la raza humana. Los ojos de Abdullah se movieron



rápidamente y con asombro a lo largo de la hilera. Debían de ser las princesas raptadas. Esa era la tercera cosa que tenían en común. El conjunto iba desde una diminuta, frágil, princesa amarilla, la más cercana a él, hasta una encorvada anciana situada más o menos en el medio. Y llevaban todo tipo de ropa imaginable, desde un vestido de gala a pantalones de deporte.

La que había gritado era una princesa de complexión fuerte, de mediana estatura que permanecía ligeramente al frente de las demás. Llevaba ropa de montar. Su cara, aparte de estar bronceada y un poquito arrugada por haber pasado mucho tiempo al aire libre, transmitía sinceridad y sensatez. Miraba a los dos demonios con profundo desprecio.

—¡Esta es la más ridícula de todas las cosas ridículas que he visto! —dijo—. ¡Dos enormes y poderosas criaturas como vosotros, y no podéis ni siquiera hacer que una niña deje de llorar! —Y avanzó hacia Valeria y le dio una brusca cachetada en su sucio trasero—. ¡Cállate!

Funcionó. Nunca nadie le había pegado antes en toda su vida. Se dio la vuelta y se enderezó como si alguien la hubiese empujado. Miró a la princesa más que asombrada, con los ojos hinchados.

—¡Me has pegado!

—¡Y lo haré de nuevo si hace falta! —dijo la princesa con franqueza.

—Gritaré —Su boca se convirtió de nuevo en un agujero negro. Respiró profundamente.

—No. No lo harás —dijo, severa, la princesa. Cogió a Valeria y la puso bruscamente en los brazos de dos princesas que había tras ella y que, junto con algunas más, la encerraron en un corrillo haciendo sonidos tranquilizadores. En el medio del corrillo, Valeria empezó a gritar de nuevo, pero de modo poco convincente. La princesa de aspecto sensato se puso las manos en las caderas y se volvió con desprecio a los demonios.

—¿Veis? —dijo—. ¡Todo lo que necesitáis es un poquito de firmeza y algo de amabilidad, pero no se puede esperar que ninguno de vosotros dos entienda eso!

Dalzel avanzó hacia ella. Ahora que no estaba tan angustiado, Abdullah descubrió con sorpresa que Dalzel era guapo. Si no hubiese sido por sus orejas de hongo y sus pies de garra, podría haber pasado por un hombre alto y angelical. Unos rizos dorados crecían en su cabeza, y sus alas, aunque pequeñas y de aspecto atrofiado, eran doradas también. Su boca, intensamente roja, mostró una dulce sonrisa. En conjunto tenía una belleza sobrenatural que iba muy bien con el extraño reino de nube donde vivía.

—Por favor, llévate a la niña —dijo— y consuélala, princesa Beatrice, la más excelente de mis esposas.

La princesa Beatrice ya estaba haciendo gestos a las otras princesas para que se



llevaran a Valeria lejos, pero se volvió de repente al escuchar eso:

—Te he dicho, muchacho —dijo ella—, que ninguna de nosotras es tu mujer. Puedes decirlo hasta que te pongas azul, pero eso no cambiará nada. ¡No somos tus mujeres, y no lo seremos jamás!

—¡Exacto! —dijeron casi todas las princesas, en un firme pero desigual coro. Todas ellas, excepto una, se dieron la vuelta y se marcharon, llevándose con ellas a la sollozante princesa Valeria.

La cara de Sophie se iluminó con una sonrisa encantada. Susurró:

—¡Parece que las princesas se están defendiendo!

Abdullah no podía prestarle atención. La princesa que se había quedado atrás era Flor-en-la-noche. Era, como siempre, dos veces más hermosa de lo que la recordaba, parecía muy dulce y solemne, con sus enormes ojos oscuros, fijos en Dalzel con seriedad. Se inclinó educadamente. Los sentidos de Abdullah cantaron cuando la vieron. Los pilares de nube a su alrededor parecían balancearse dentro y fuera de la realidad. Su corazón palpitaba de alegría. ¡Estaba a salvo! ¡Estaba aquí! Le estaba hablando a Dalzel.

—¡Perdóname, gran demonio, si me quedo a preguntarte algo —dijo ella, y su voz era incluso más melodiosa y alegre de lo que recordaba, como una fuente fresca.

Para extrañeza de Abdullah, parecía que Dalzel reaccionaba con horror.

—¡Oh, no, tú de nuevo! —resonó Dalzel, a lo cual, Hasruel, de pie como una columna oscura en el fondo, cruzó sus manos y sonrió maliciosamente.

—Sí, yo, severo raptor de las hijas de los sultanes —dijo Flor-en-la-noche con su cabeza inclinada educadamente—. Sólo quiero preguntar qué hizo que la niña empezara a llorar.

—¿Y cómo podría saberlo? —preguntó Dalzel—. ¡Siempre me estás haciendo preguntas que no puedo responder! ¿Por qué lo preguntas?

—Porque —respondió Flor-en-la-noche—, ladrón de las crías de los gobernadores, la manera más fácil de calmar a la niña es dar con la causa de su berrinche. Y lo sé por propia experiencia pues, en mi infancia, yo era muy dada a los berrinches.

«¡Seguro que no!», pensó Abdullah. «Está mintiendo con un propósito. ¡Una naturaleza tan dulce como la suya no podría haber gritado nunca por nada!» Con todo, como se asombró de ver, Dalzel no tenía ninguna dificultad para creerlo.

—¡Apuesto a que lo eras! —dijo Dalzel.

—Entonces, ¿cuál fue la causa, raptor de lo excelso? —persistió Flor-en-la-noche—. ¿Fue que quería volver a su propio palacio o tener su muñeca especial o era simplemente que estaba asustada por tu cara o...?

—No la voy a mandar de vuelta si es eso lo que me pides —interrumpió Dalzel—.



Ahora es una de mis esposas.

—Entonces te ruego encarecidamente que descubras lo que la hizo llorar, raptor de lo honrado —dijo educadamente Flor-en-la-noche—, porque sin ese conocimiento ni treinta princesas podrán silenciarla. —Efectivamente, mientras hablaba, la voz de la princesa Valeria iba subiendo el tono otra vez en la distancia (¡bua, bua, BUA!).— Sé de lo que hablo —observó Flor-en-la-noche—. Una vez grité día y noche, durante toda una semana, hasta que perdí la voz, porque mis zapatos favoritos se me habían quedado pequeños.

Abdullah notó que Flor-en-la-noche estaba diciendo exactamente la verdad. Por más que intentaba creerla no podía imaginarse a su amorosa Flor-en-la-noche tirada en el suelo, pataleando y gritando.

De nuevo, Dalzel no parecía tener esa dificultad. Se estremeció y se giró con enfado hacia Hasrueel.

—Piensa, ¿es que no puedes? Tú la trajiste. Debes haber notado lo que la hizo ponerse a llorar.

El gran rostro marrón de Hasrueel se arrugó con impotencia.

—Hermano mío, la traje a través de la cocina, pues como estaba callada y blanca de miedo pensé que quizás un dulce la haría feliz. Pero le echó los dulces al perro del cocinero y permaneció callada. Sus llantos sólo comenzaron, como bien sabes, después de que la pusiera junto a las otras princesas y sus gritos, sólo cuando la trajiste aquí.

Flor-en-la-noche levantó un dedo:

—¡Ah! —dijo.

Ambos demonios se volvieron hacia ella.

—Lo tengo —siguió diciendo—. Debe ser el perro del cocinero. A menudo los niños tienen animales. Y ella está acostumbrada a que le den todo lo que quiere, y lo que quiere es el perro. Pide a tu cocinero, rey de los secuestradores, que lleve el animal a nuestros aposentos y el ruido cesará, te lo prometo.

—Muy bien —contestó Dalzel—. ¡Hazlo! —dijo luego a Hasrueel con su voz de trompeta.

Flor-en-la-noche se inclinó.

—Te lo agradezco. —Y se giró y alejó con gracia.

Sophie sacudió el brazo de Abdullah:

—Sigámosla.

Abdullah no se movió ni contestó. Se quedó mirando a Flor-en-la-noche, sin poder creer que la estuviera viendo y sin poder creer tampoco que Dalzel no cayera a sus pies y la adorara. Tenía que admitir que eso era un alivio, pero al mismo tiempo...



—Esa es la tuya, ¿no? —dijo Sophie después de mirarle la cara. Abdullah asintió con ensimismamiento—. Entonces tienes buen gusto —dijo Sophie—. ¡Ahora vamos, antes de que nos vean!

Se escurrieron tras los pilares en la misma dirección que Flor-en-la-noche, echando precavidamente un ojo a la enorme sala mientras se iban. A lo lejos, Dalzel se acomodaba de mal humor en un enorme trono situado sobre un tramo de escaleras. Cuando Hasruek volvió de donde quiera que estuviese la cocina, Dalzel le hizo una señal para que se arrodillara frente al trono. Ninguno de los dos miró hacia ellos. Sophie y Abdullah caminaron de puntillas hacia un arco donde aún se movía la cortina que había alzado Flor-en-la-noche para pasar. Apartaron la cortina y la siguieron.

Al frente había una habitación grande, bien iluminada, confusamente repleta de princesas. Desde algún lugar entre ellas la princesa Valeria sollozaba:

—¡Quiero irme a casa ahora!

—Calma, querida, pronto te irás —respondió alguien.

La voz de la princesa Beatrice dijo:

—Lloras maravillosamente, Valeria. Todas estamos muy orgullosas de ti. ¡Pero ahora deja de llorar, sé una buena chica!

—¡No puedo! —sollozó Valeria—. ¡Me he acostumbrado!

Sophie miraba la habitación con creciente extrañeza:

—¡Este es nuestro armario de limpieza! ¡De verdad!

Abdullah no pudo prestarle atención porque Flor-en-la-noche estaba bastante cerca, llamando suavemente: «¡Beatrice!».

La princesa Beatrice la oyó y salió de repente de entre la muchedumbre.

—¿Y bien? —dijo—. Lo has hecho. Perfecto. Esos demonios no saben lo que les espera contigo, Flor. Las cosas irán maravillosamente si ese hombre acepta. —En este punto ella descubrió a Sophie y a Abdullah.— ¿De donde habéis salido vosotros?

Flor-en-la-noche se giró. Por un momento, cuando vio a Abdullah, apareció en su cara todo lo que él había deseado: reconocimiento, deleite, amor y orgullo. «¡Sabía que vendrías a rescatarme!», decían sus grandes ojos oscuros. Después, para dolor y perplejidad de Abdullah, todo desapareció. Su rostro se mostró inexpresivo y educado. Hizo una reverencia cortés.

—Este es el príncipe Abdullah de Zanzib —dijo ella—, pero no conozco a la dama.

El comportamiento de Flor-en-la-noche sacó a Abdullah de su estupor. Estaría celosa de Sophie, pensó. Él también hizo una reverencia y se apresuró a explicar:

—Esta dama, oh, perlas de las muchas diademas de un rey, es la esposa del mago real Howl y viene en busca de su niño.



La princesa Beatrice giró su entusiasmada y estropeada cara hacia Sophie.

—¡Oh, es tu bebé! —dijo—. ¿Está Howl contigo, por casualidad?

—No —dijo Sophie tristemente—. Esperaba que estuviera aquí.

—No hay rastro de él, me temo —dijo la princesa Beatrice—. Una pena, habría sido útil, a pesar de que ayudó a conquistar mi país. Pero tenemos a tu bebé, ven por aquí.

La princesa Beatrice la condujo a la parte de atrás de la habitación, más allá del grupo de princesas que intentaba consolar a Valeria. Puesto que Flor-en-la-noche fue con ellas, Abdullah las siguió. Para su creciente angustia, Flor-en-la-noche apenas lo miraba, sólo inclinaba su cabeza educadamente ante cada princesa junto a la que pasaban.

—La princesa de Alberia —dijo formalmente—. La princesa de Farqtan. La dama heredera de Thayack. Esta es la princesa de Peichstan y, junto a ella, la sin-par de Inhico. Tras ella ves a la damisela de Dorimynde.

Así pues, si no eran celos, ¿qué era?, se preguntó tristemente Abdullah.

En la parte trasera de la habitación, había un gran banco con cojines.

—¡Mi estante de los retales! —gruñó Sophie.

Tres princesas se sentaban en el banco. La princesa mayor que había visto antes, una princesa abultada envuelta en un abrigo y la diminuta princesa amarilla sentada entre ambas. Los brazos como ramitas de la princesa menuda envolvían el cuerpo regordete y rosa de Morgan.

—Ella es, según podemos pronunciarlo, la alta princesa de Tsapfan —dijo Flor-en-la-noche formalmente—. A su derecha está la princesa de High Norland. A su izquierda, la jharín de Jham.

La diminuta princesa de Tsapfan parecía una niña con una muñeca demasiado grande, pero alimentaba a Morgan con un gran biberón, de la manera más experta y experimentada.

—Está bien con ella —dijo la princesa Beatrice—. Y también ha sido bueno para ella, ha dejado de estar deprimida. Dice que tuvo catorce bebés.

La pequeña princesa les miró con una sonrisa tímida.

—Tódoz chícoz —dijo con una pequeña, ceceante voz.

Los pies y manos de Morgan se movían, abriéndose y cerrándose. Era el retrato de un bebé satisfecho. Sophie se quedó mirándolo fijamente un momento.

—¿Dónde consiguió esa botella? —preguntó como si temiera que pudiera estar envenenada.

La diminuta princesa miró de nuevo. Sonrió y señaló con un dedo minúsculo.



—No habla muy bien nuestro idioma —explicó la princesa Beatrice—. Pero ese genio parece entenderla.

El dedo de ramita de la princesa apuntaba al suelo junto al banco. Allí, debajo de su pequeño pie que colgaba en el aire, había una familiar botella malva azulada. Abdullah se lanzó a por ella. Y también se lanzó a la vez la abultada jharín de Jham, con una mano inesperadamente enorme y fuerte.

—¡Déjalo! —el genio aulló desde dentro mientras se peleaban por él—. ¡No voy a salir! Esos demonios seguro que me matan esta vez.

Abdullah agarró la botella con ambas manos y tiró. El tirón hizo que el abrigo que tapaba a la jharín se cayera. Abdullah se encontró mirando unos ojos azules en una arrugada cara, dentro de un matojo de pelo grisoso. El rostro del soldado guiñó inocentemente, le dedicó una avergonzada sonrisa y soltó la botella.

—¡Tú! —dijo Abdullah indignado.

—Uno de mis leales súbditos —explicó la princesa Beatrice—. Apareció para rescatarme. Bastante torpemente, por cierto. Tuvimos que ocultarlo.

Sophie apartó a Abdullah y a la princesa Beatrice.

—¡Dejadme que lo agarre! —dijo.



Capítulo 19

En el que un soldado, un cocinero y un vendedor de alfombras fijan todos su precio

Durante un instante, el ruido fue tan ensordecedor que ahogó por completo el escándalo de la princesa Valeria. Casi todo el ruido lo hacía Sophie, que empezó con palabras suaves como ladrón y mentiroso y llegó a acusar a gritos al soldado de crímenes que Abdullah no había oído jamás y que quizá el soldado no había pensado nunca cometer. Al escuchar a Sophie, Abdullah consideró que el sonido de engranajes metálicos que solía hacer como Medianoche era más agradable que el que estaba haciendo ahora. Pero el soldado también hacía algo de ruido. Con una rodilla en el suelo y ambas manos delante de su cara, gritaba cada vez más y más alto: «¡Medianoche, quiero decir, señora! ¡Deja que me explique! ¡Medianoche, esto..., señora!».

Al tiempo, la princesa Beatrice seguía añadiendo con voz áspera: «¡No, déjame explicarlo!».

Y varias princesas se sumaron al clamor gritando «¡Oh, por favor callaos o los demonios nos oirán!».

Abdullah intentó detener a Sophie agitando su brazo de modo suplicante. Pero con toda probabilidad, Sophie habría seguido gritando, pese a todo, de no ser por Morgan que sacó su boca del biberón, miró alrededor con angustia y empezó a llorar también. Entonces Sophie cerró la boca con un chasquido y después la abrió para decir: «Está bien. Explícate».

En la relativa y reciente tranquilidad, la princesa diminuta calmó a Morgan y se puso de nuevo a alimentarlo.

—Yo no pretendía traerme al bebé —dijo el soldado.

—¿Qué? —respondió Sophie— Ibas a abandonar a mi...

—No, no —siguió el soldado—. Le dije al genio que lo pusiera en un lugar donde alguien pudiera cuidarlo y que me llevara a mí tras la princesa de Ingary. No negaré que quería conseguir una recompensa —se dirigió a Abdullah—. Pero ya sabes cómo



es el genio, ¿no? Lo siguiente que recuerdo es que estábamos todos aquí.

Abdullah alzó la botella y la miró.

—Consiguió su deseo —dijo el genio desde dentro con disgusto.

—Y el bebé estaba armando un escándalo de muy señor mío —dijo la princesa Beatrice—. Dalzel mandó a Hasruel para que averiguara de dónde venía el ruido y todo lo que se me ocurrió decir es que Valeria tenía un berrinche. Luego, por supuesto, tuvimos que hacer que Valeria se pusiera a gritar. Fue entonces cuando Flor empezó a hacer planes.

Se volvió hacia Flor-en-la-noche, que estaba claramente pensando en algo más (y ese algo más no tenía nada que ver con Abdullah, como notó Abdullah con consternación). Miraba fijamente hacia el otro lado de la habitación.

—Beatrice, creo que ha llegado el cocinero con el perro —dijo Flor-en-la-noche.

—¡Oh, bien! —dijo Beatrice—. Venid todos. —Y dio unas zancadas hacia el centro de la habitación.

Allí estaba el hombre, con un sombrero de chef. Era un tipo arrugado y venerable con un solo ojo. El perro estaba pegado a sus piernas, gruñendo a toda princesa que se le acercaba. Lo cual, probablemente, también expresaba cómo se sentía el cocinero. Parecía desconfiar profundamente de todo.

—¡Jamal! —gritó Abdullah. Después alzó la botella y la miró de nuevo.

—Bueno, este era el palacio más cercano aparte de Zahzib —afirmó el genio.

Abdullah estaba tan encantado de ver a salvo a su viejo amigo que no discutió con el genio. Empujó a diez princesas al pasar, olvidando por completo sus maneras, y agarró a Jamal de la mano.

—¡Amigo mío!

El ojo de Jamal le miró. Se le escapó una lágrima mientras a su vez retorció con fuerza la mano de Abdullah.

—¡Estás a salvo! —dijo.

El perro de Jamal botó sobre sus patas traseras y colocó sus patas delanteras en el estómago de Abdullah, jadeando amigablemente. Un familiar aliento a calamares llenó el aire.

Y Valeria de repente empezó a llorar de nuevo.

—¡No quiero a ese perrito! ¡HUELE MAL!

—¡Oh, calla! —dijeron al menos seis princesas. Finge, querida, finge, necesitamos la ayuda del hombre.

—¡NO... QUIERO! —gritó la princesa Valeria.

Sophie se apartó un momento de donde estaba, esto es, inclinada con ojo crítico



sobre la princesa diminuta, y se dirigió hacia Valeria.

—Déjalo ya, Valeria —dijo—. Me recuerdas, ¿no?

Quedó claro que Valeria la recordaba. Corrió hacia ella y rodeó con sus brazos las piernas de Sophie y rompió a llorar con lágrimas mucho más auténticas.

—¡Sophie, Sophie! ¡Llévame a casa!

Sophie se sentó en el suelo y la abrazó.

—Ya está, ya está. Por supuesto que te llevaremos a casa. Sólo tenemos que organizarlo todo primero. Esto es muy raro —comentó a las princesas que la rodeaban—. Cuando se trata de Valeria me siento una experta, pero estoy muerta de miedo de que se me caiga Morgan.

—Aprenderás —dijo la princesa anciana de High Norland, sentada rígidamente junto a ella—. Me han dicho que todas lo hacen.

Flor-en-la-noche caminó hacia el centro de la habitación.

—Amigas mías —dijo— y vosotros, trío de amables caballeros, si pensamos en la difícil situación en la que nos encontramos y aportamos ideas, entre todos podríamos trazar un plan para liberarnos pronto. No obstante, antes de nada, sería prudente hacer un conjuro de silencio en la entrada. Eso impedirá que nos escuchen nuestros raptos. —Sus ojos, de la manera más considerada y neutral, se dirigieron a la botella del genio que Abdullah llevaba en la mano.

—No —dijo el genio—. ¡Intenta que haga algo y os convertiré a todos en sapos!

—Yo lo haré —dijo Sophie. Se alzó con Valeria todavía aferrada a sus faldas y fue hacia la entrada, donde agarró un puñado de cortina.

—Veamos, tú no eres la clase de tela que deja que pasen los sonidos, ¿verdad? —Le comentó a la cortina—. Te sugiero que tengas unas palabras con los muros y dejes eso bien claro. Diles que nadie debe ser capaz de oír ni una palabra de lo que digamos dentro de esta habitación.

Un murmullo de alivio y aprobación llegó de la mayoría de las princesas. Pero Flor-en-la-noche comentó:

—Te pido disculpas por la crítica, valiosa bruja, pero creo que los demonios deberían poder escuchar algo o empezarán a sospechar.

La minúscula princesa de Tsapfan paseaba con Morgan, que parecía enorme en sus brazos. Cuidadosamente le pasó el bebé a Sophie. Sophie parecía aterrada y lo sostuvo como si fuese una bomba a punto de explotar. Esto pareció disgustar a Morgan que agitó sus brazos y, mientras la diminuta princesa colocaba sus manos sobre la cortina, por su cara cruzaron con rapidez varias miradas de profundo disgusto. «¡Burp!», observó.

Sophie dio un saltó pero Morgan no se le cayó.



—¡Cielos! —dijo—. No tenía ni idea de que hicieran eso.

Valeria reía entusiasmada:

—Mi hermano lo hace todo el tiempo.

La princesa diminuta hizo gestos para demostrar que se había ocupado de la objeción de Flor-en-la-noche. Todo el mundo escuchó atentamente. Ahora se podía escuchar el agradable murmullo de princesas charlando juntas a lo lejos. Había incluso un grito aislado que sonaba como Valeria.

—Perfecto —dijo Flor-en-la-noche. Sonrió cariñosamente a la princesa diminuta y Abdullah deseó que por lo menos le sonriera a él de esa manera—. Ahora, si os sentáis, podemos pensar algunos planes para escapar.

Todo el mundo obedeció a su manera. Jamal se puso en cuclillas con el perro entre sus brazos, mirando con desconfianza. Sophie se sentó en el suelo tomando torpemente a Morgan en sus brazos y con Valeria, que estaba ahora bastante feliz, apoyada sobre ella. Abdullah se sentó con los pies cruzados junto a Jamal. El soldado llegó y se sentó unos dos sitios más allá, de modo que Abdullah agarró bien fuerte la botella del genio y asió la alfombra sobre sus hombros con la otra mano.

—Esa chica, Flor-en-la-noche, es una auténtica maravilla —observó la princesa Beatrice mientras se sentaba entre Abdullah y el soldado—. Llegó aquí sin saber nada salvo lo que había leído en los libros. Y aprende todo el tiempo. Le llevó dos días cogerle la medida a Dalzel; y ahora el desdichado demonio le tiene miedo. Antes de que ella llegara, todo lo que había conseguido yo era dejar claro a la criatura que no íbamos a ser sus esposas. Pero ella piensa en grande. Tenía en mente escapar desde el principio. Ha estado organizándolo todo para conseguir que el cocinero nos ayude. Y ahora lo ha logrado. ¡Mírala! Parece preparada para regir un imperio, ¿no es así?

Abdullah asintió con tristeza y miró a Flor-en-la-noche mientras esperaba a que el resto se sentara. Ella tenía puesta todavía la ropa de seda que llevaba cuando Hasrue la secuestró en el jardín nocturno. Estaba igual de delgada, graciosa y hermosa. Aunque sus ropas estaban arrugadas y un poco deshilachadas. Abdullah no tenía duda de que cada arruga, cada desgarrón y cada hilo suelto significaba algo nuevo que Flor-en-la-noche había aprendido. «¡Hecha para gobernar un imperio, desde luego!», pensó. Si comparaba a Flor-en-la-noche con Sophie, que le había desagradado por ser tan tozuda, sabía que Flor-en-la-noche tenía el doble de tenacidad que esta. Y por lo que a él se refería, eso sólo hacía a Flor-en-la-noche más excelente. Lo que le hacía desdichado era la manera en que ella cuidadosa y educadamente evitaba dirigirse a él por completo. Y deseaba saber porque.

—El problema al que nos enfrentamos —iba diciendo Flor-en-la-noche cuando Abdullah empezó a prestar atención— es que estamos en un sitio del que, simplemente, no podemos salir. Si consiguiéramos escabullirnos del castillo sin que los demonios se dieran cuenta o sin que los ángeles de Hasrue nos lo impidieran, lo único que podríamos hacer sería tirarnos sobre las nubes y arrojarnos a la Tierra, y



sería una buena caída. Incluso si pudiéramos superar esas dificultades de alguna manera... —Sus ojos se volvieron hacia la botella en la mano de Abdullah y, pensativamente, hacia la alfombra sobre sus hombros, pero desafortunadamente no hacia Abdullah—. No parece que haya nada que evite que Dalzel mande a su hermano para que nos traiga de vuelta. Así, la esencia de cualquier plan que ideemos ha de ser la derrota de Dalzel. Sabemos que su poder principal deriva del hecho de que ha robado la vida de su hermano Hasrue, de manera que Hasrue debe obedecerle o morir. Con lo cual, para escapar deberemos encontrar la vida de Hasrue y devolvérsela. Nobles damas, excelentes caballeros y apreciado perro, os invito a exponer vuestras ideas sobre esta materia.

«¡Excelentemente expuesto, oh, flor de mi deseo!», pensó Abdullah tristemente mientras Flor-en-la-noche se sentaba con gracia.

—Pero todavía no sabemos dónde puede estar la vida de Hasrue —berreó la gorda princesa de Farqtan.

—Exacto —dijo la princesa Beatrice—. Sólo Dalzel lo sabe.

—Pero la horrorosa criatura está siempre lanzando indirectas —se quejó la princesa rubia de Thayack.

—¡Para presumir de lo listo que es! —dijo amargamente la princesa de piel oscura de Alberia.

Sophie alzó la vista:

—¿Qué indirectas? —dijo.

Hubo un confuso clamor cuando al menos veinte princesas intentaron contárselo a Sophie a la vez. Abdullah forzó sus oídos para captar al menos una de las mencionadas indirectas y Flor-en-la-noche se estaba levantando para poner orden cuando el soldado gritó:

—¡Oh, callaos todas!

Esto desencadenó un completo silencio. Los ojos de cada una de las princesas se volvieron hacia él con una fría indignación real. El soldado encontró esto muy divertido.

—¡Relamidas! —dijo—. Miradme tanto como os plazca, señoritas. Pero mientras lo hacéis, pensad si acaso yo he accedido a ayudaros a escapar. No, ¿verdad? ¿Y por qué habría de hacerlo? Dalzel nunca me ha hecho ningún daño.

—Eso —dijo la vieja princesa de High Norland— es porque no te ha encontrado todavía, mi buen hombre. ¿Quieres esperar y ver qué pasa cuando lo haga?

—Me arriesgaré —dijo el soldado—. Por otra parte, podría ayudar, y reconozco que no llegaréis demasiado lejos si no lo hago, pero siempre que una de vosotras haga que mi esfuerzo merezca la pena.

Flor-en-la-noche, suspendida sobre sus rodillas, lista para levantarse, dijo con



maravillosa arrogancia:

—¿Qué podríamos hacer para compensarte, ínfimo mercenario? Todas nosotras tenemos padres que son muy ricos. El dinero te lloverá una vez que hayamos vuelto. ¿Quieres asegurarte una cantidad de cada una de nosotras? Podemos acordarlo.

—No diré que no —respondió el soldado—. Pero no me refería a eso, bonita. Cuando empecé con esta travesura, se me prometió que conseguiría mi propia princesa. Eso es lo que quiero... Una princesa para casarme. Una de vosotras debería poder ayudarme. Y si no podéis o no queréis, entonces no contéis conmigo, estaré fuera haciendo las paces con Dalzel. Puede que me contrate para vigilaros.

Esto causó un silencio, si cabe, más frío, indignado y soberano que antes, hasta que Flor-en-la-noche se calmó y se puso de pie de nuevo.

—Amigas mías —dijo—, todos necesitamos la ayuda de este hombre, aunque sólo sea por su despiadada y rastrera astucia. Lo que no queremos es tener una bestia como él encima de nosotras vigilándonos. Así que voto que se le permita elegir una esposa de entre todas nosotras. ¿Quién no está de acuerdo?

Parecía claro que el resto de las princesas no estaba para nada de acuerdo. Nuevas miradas frías cayeron sobre el soldado, que sonrió con burla y dijo:

—Si voy a Dalzel y me ofrezco para vigilaros, de sobra está decir que nunca escaparéis. Me conozco todos los trucos. ¿No es verdad? —le preguntó a Abdullah.

—Es verdad, oh, el más astuto de los cabos —confirmó Abdullah.

La princesa diminuta emitió un débil murmullo.

—Dice que ella está casada, ya sabéis, esos catorce niños —comentó la princesa anciana, que parecía haber entendido el murmullo.

—En ese caso, que todas las que no estén casadas levanten la mano, por favor —dijo Flor-en-la-noche y levantó la suya con gran determinación.

Titubeante y renuientemente, las dos terceras partes de las princesas levantó también la mano. El soldado giró la cabeza lentamente mientras las miraba y su mirada le recordó a Abdullah la de Sophie cuando, siendo Medianoche, estaba a punto de darse un festín de salmón y leche. El corazón de Abdullah se quedó quieto mientras los ojos azules del hombre viajaban de princesa a princesa. Era obvio que elegiría a Flor-en-la-noche. Su belleza resaltaba como un lirio a la luz de la luna.

—Tú —dijo al fin el soldado y señaló. Para alivio del atónito Abdullah, estaba señalando a la princesa Beatrice.

La princesa Beatrice se quedó igualmente atónita.

—¿Yo? —dijo.

—Sí, tú —dijo el soldado—. Siempre he querido una agradable, mandona y franca princesa como tú. Eso, y el hecho de que seas también de Strangia, te hace ideal.



La cara de la princesa Beatrice se había vuelto de un brillante rojo remolacha. Lo cual no mejoraba su aspecto.

—Pero, pero... —dijo y después se calmó—. Mi buen soldado, tendrás que saber que se supone que tengo que casarme con el príncipe Justin de Ingary.

—Entonces tendrás que decirle que ya estás comprometida —dijo el soldado—. Cuestiones políticas, ¿no? Me parece que estarás contenta de librarte de eso.

—Bien, yo... —comenzó a decir la princesa Beatrice. Para sorpresa de Abdullah había lágrimas en sus ojos, y tuvo que empezar de nuevo.

—¡No lo dices en serio! —dijo—. No soy bien parecida ni nada de eso.

—Eso va conmigo —dijo el soldado—. Puestos los pies en la tierra, ¿qué haría yo con una princesita bonita y endeble? Apuesto a que me apoyarás en cualquier lío en el que me meta y apuesto a que puedes remendar calcetines.

—Lo creas o no, sé remendar —dijo la princesa Beatrice—. Y arreglo botas. ¿De veras es en serio?

—Sí —dijo el soldado.

Ambos se habían girado para mirarse de frente y estaba claro que los dos iban completamente en serio. Y las demás princesas habían olvidado su frialdad y su realeza. Cada una de ellas se inclinaba hacia delante con una tierna y aprobadora sonrisa. Flor-en-la-noche tenía la misma sonrisa en la cara mientras dijo:

—Ahora, si nadie se opone, podemos continuar con nuestra discusión.

—Yo lo hago —dijo Jamal—. Me opongo.

Todas las princesas gruñeron. La cara de Jamal estaba casi tan roja como la de la princesa Beatrice y su único ojo mostraba bochorno, pero el ejemplo del soldado le había hecho envalentonarse.

—Adorables señoritas —dijo—, mi perro y yo estamos asustados. Hasta que nos raptaron para que yo fuese vuestro cocinero, corríamos en el desierto con los camellos del sultán pisando nuestros talones. No queremos volver a eso. Pero si todas vosotras, sublimes princesas, os vais de aquí, ¿qué haremos nosotros? Los demonios no comen el tipo de comida que yo puedo cocinar. Sin querer faltáros al respeto a ninguna de vosotras, si os ayudo a escapar, mi perro y yo nos quedaremos sin trabajo. Es tan simple como eso.

—Oh, querido —dijo Flor-en-la-noche. Y parecía no saber qué más decir.

—Una pena. Es muy buen cocinero —observó una princesa rellenita con una toga roja suelta, que era probablemente la sin-par de Inhico.

—Decididamente es una pena —dijo la princesa anciana de High Norland. Me estremezco sólo de pensar en la comida que esos demonios robaban para nosotras antes de que él llegara. —Se volvió hacia Jamal—. Mi abuelo tuvo una vez un



cocinero de Rashpuht —dijo—, ¡y hasta tu llegada, nunca había probado un calamar frito como el de aquel hombre! El tuyo es incluso mejor. Mi buen hombre, ayúdanos a escapar y te emplearé rápidamente, con perro y todo. Pero —añadió mientras una sonrisa brillaba en la curtida cara de Jamal— por favor recuerda que mi anciano padre sólo gobierna un pequeño principado. Conseguirás comida y alojamiento, aunque no puedo costear un gran sueldo.

La amplia sonrisa se mantuvo en los rasgos de Jamal.

—Mi gran, gran señora —dijo—. No son sueldos lo que quiero, sólo seguridad. A cambio, cocinaré para ti comida de ángeles.

—Mmm... —dijo la vieja princesa—. No estoy segura de qué comen los ángeles, pero ya está decidido. ¿Alguno de vosotros dos quiere algo más antes de ayudarnos?

Todo el mundo miró a Sophie.

—En realidad no —dijo Sophie bastante tristemente—. Tengo a Morgan y, puesto que Howl no parece estar aquí, no hay nada más que necesite. Os ayudaré de todos modos.

Así que todo el mundo miró a Abdullah.

Se puso en pie e hizo una reverencia.

—Oh, lunas de los ojos de muchos monarcas —comenzó a decir Abdullah—, alguien tan poco valioso como yo difícilmente puede imponer alguna condición a tales mujeres a cambio de su ayuda. La ayuda que se da libremente es la mejor, como nos dicen los libros. —Había llegado hasta aquí en su magnífico y generoso discurso cuando se dio cuenta de que era todo un sinsentido. Había algo que quería (además mucho). Rápidamente cambió su táctica—. Y mi ayuda será entregada libremente —dijo—, tan libre como el aire sopla o la lluvia rocía las flores. Trabajaré hasta la extinción por vuestros nobles propósitos y a cambio sólo ansío una muy pequeña bendición, lo más simple que se puede conceder...

—Continúa, joven —dijo la princesa de High Norland—. ¿Qué quieres?

—Cinco minutos de charla privada con Flor-en-la-noche —admitió Abdullah.

Todo el mundo miró a Flor-en-la-noche. Su cabeza se alzó, bastante peligrosamente.

—¡Venga, Flor! —dijo la princesa Beatrice—. ¡Cinco minutos no te matarán!

Flor-en-la-noche dejó bastante claro que sí que la matarían. Como una princesa que va a su ejecución, contestó:

—Muy bien.

Dirigió a Abdullah una mirada aún más fría de lo normal y dijo:

—¿Ahora?



—O muy pronto, paloma de mi deseo —dijo él haciendo una firme reverencia.

Flor-en-la-noche asintió glacialmente y caminó indignada hacia un lado de la habitación, con aspecto definitivamente martirizado.

—Aquí —dijo mientras Abdullah la seguía.

Él hizo otra reverencia, más firme incluso.

—Dije en privado, oh, estrellado asunto de mis suspiros —señaló él.

Con irritación, Flor-en-la-noche dio un tirón a una de las cortinas que colgaba frente a ella.

—Probablemente todavía pueden escucharnos —dijo ella fríamente, haciéndole señas para que la siguiera.

—Pero no vernos, princesa de mi pasión —dijo Abdullah acercándose tras la cortina.

Se encontró en una diminuta alcoba. La voz de Sophie llegó a él claramente.

—Ese es el ladrillo suelto donde solía esconder el dinero. Espero que tengan sitio ahí.

Fuese lo que fuese lo que la habitación había sido antes, ahora parecía el guardarropa de las princesas. Había una chaqueta de montar colgada detrás de Flor-en-la-noche mientras ella cruzaba sus brazos y encaraba a Abdullah. Capas, abrigos y unas enaguas con aro que evidentemente iban debajo del vestido rojo suelto que llevaba la sin-par de Inhico, colgaban alrededor de Abdullah mientras se enfrentaba a Flor-en-la-noche. Con todo, reflexionó Abdullah, no era mucho más pequeño ni estaba más abarrotado que su propio puesto en Zanzib, que era suficientemente privado por lo general.

—¿Qué querías? —preguntó Flor-en-la-noche fríamente.

—¿Preguntar la razón de esta tremenda frialdad! —dijo Abdullah acalorado—. ¿Qué he hecho para que tú apenas quieras mirarme y apenas hablarme? ¿No he venido hasta aquí expresamente para rescatarte? ¿No he desafiado yo, el único entre todos los amantes desconsolados, cada peligro para llegar a este castillo? ¿No he sufrido las más agotadoras aventuras, permitiendo a tu padre amenazarme, al soldado engañarme, al genio mofarse de mí, solamente para traerte mi ayuda? ¿Qué más tengo que hacer? ¿O debería concluir que te has enamorado de Dalzel?

—¿Dalzel! —exclamó Flor-en-la-noche—. ¡Encima me insultas! ¡Añades el insulto a la injuria! Ahora veo que Beatrice tenía razón y que es verdad que no me amas.

—¿Beatrice! —retumbó Abdullah—. ¿Qué tiene ella que decir de cómo me siento?

Flor-en-la-noche agachó un poco la cabeza, pero parecía más enfurruñada que avergonzada. Hubo un silencio total. De hecho, el silencio era tan total que Abdullah se dio cuenta de que los sesenta oídos de todas las demás princesas (no, sesenta y



ocho oídos, si contabas a Sophie, al soldado, a Jamal y a su perro, y asumiendo que Morgan estuviese dormido), en fin, todos esos oídos estaban en aquel momento enfocados completamente en lo que él y Flor-en-la-noche se decían.

—¡Hablad entre vosotros! —gritó.

El silencio se hizo incómodo. Fue roto por la anciana princesa:

—Lo más angustioso de estar aquí arriba sobre las nubes es que no hay clima del que sacar conversación.

Abdullah esperó hasta que esta afirmación fue seguida por un murmullo de voces y después volvió a Flor-en-la-noche.

—Y bien, ¿qué dijo la princesa Beatrice?

Flor-en-la-noche levantó su cabeza con arrogancia.

—Dijo que los retratos de otros hombres están bien y que los bonitos discursos también están bien, pero que ella no podía dejar de advertir que nunca habías hecho el más ligero intento de besarme.

—¡Mujer impertinente! —dijo Abdullah—. Cuando te vi la primera vez, supuse que eras un sueño. Supuse que simplemente te desvanecerías.

—Pero —dijo Flor-en-la-noche— la segunda vez que me viste, parecías bastante seguro de que era real.

—Ciertamente —dijo Abdullah—, pero entonces habría sido impropio porque, si lo recuerdas, no habías visto otros hombres vivos que no fuésemos tu padre y yo.

—Beatrice —dijo Flor-en-la-noche— opina que los hombres que sólo sirven para dar buenos discursos son pobres maridos.

—¡A quién le importa la princesa Beatrice! —dijo Abdullah—. ¿Qué piensas tú?

—Yo pienso... —dijo Flor-en-la-noche—, yo pienso que quiero saber porque me encontraste tan poco atractiva como para no besarme.

—¡NO te encontré poco atractiva! —vociferó Abdullah. Entonces recordó los sesenta y ocho oídos tras la cortina y añadió en un feroz susurro—. Si quieres saberlo, yo... yo nunca he besado a una joven y tú eres demasiado maravillosa para mí como para estropearlo.

Una pequeña sonrisa, precedida de un hoyuelo, nació en la boca de Flor-en-la-noche.

—¿Y a cuántas jóvenes dices que has besado?

—A ninguna —gruñó Abdullah—. ¡Soy todavía un completo *amateur*!

—Igual que yo —admitió Flor-en-la-noche—. Aunque al menos ahora sé lo suficiente como para no confundirte con una mujer. ¡Eso fue muy estúpido!



Ella gorjeó una risita. Abdullah también. Y en poco tiempo ambos estaban riéndose a carcajadas, hasta que Abdullah dijo entrecortadamente: «¡Creo que deberíamos practicar!».

Después de esto reinó el silencio detrás de la cortina. El silencio duró tanto que el resto de las princesas se quedaron sin conversación, excepto la princesa Beatrice que parecía tener mucho que decirle al soldado. Desde lejos Sophie llamó:

— ¿Habéis terminado vosotros dos?

— Ciertamente — gritaron Flor-en-la-noche y Abdullah—. ¡Absolutamente!

— Entonces hagamos algunos planes — dijo Sophie.

En el estado mental en el que se encontraba ahora, los planes no eran ningún problema para Abdullah. Salió de detrás de la cortina llevando a Flor-en-la-noche de la mano, y si el castillo, por alguna razón, se hubiera desvanecido en ese momento, habría caminado sobre las nubes o, faltando estas, sobre el aire. Cruzó lo que ahora le parecía un suelo de mármol de poca utilidad y simplemente se hizo cargo de la situación.



Capítulo 20

En el que la vida de un demonio es encontrada y después escondida

Diez minutos más tarde, Abdullah dijo:

—Ya están trazados nuestros planes, oh, las más eminentes e inteligentes personas. Sólo queda que el genio...

El humo púrpura se derramó desde la botella y se arrastró en agitadas olas a lo largo del suelo de mármol.

—¡No me uses! —gritó el genio—. ¡Dije sapos y quiero decir sapos! ¡Hasruel me puso en esta botella!, ¿no lo entiendes? ¡Si hago cualquier cosa contra él, me meterá en algún sitio peor!

Sophie levantó la vista y el humo le hizo fruncir el ceño:

—¡Hay un genio de verdad!

—Pero sólo requiero tus poderes de adivinación para decirme dónde está escondida la vida de Hasruel —explicó Abdullah—. No te estoy pidiendo un deseo.

—¡No! —aulló el humo malva.

Flor-en-la-noche recogió la botella y la balanceó sobre su rodilla. El humo fluyó hacia abajo en ráfagas y parecía que intentaba infiltrarse a través de las grietas del suelo de mármol.

—Es razonable —dijo Flor-en-la-noche— que, puesto que cada hombre al que le hemos pedido ayuda ha fijado su precio, este genio fije su propio precio también. Eso ha de ser una característica masculina. Genio, si ayudas a Abdullah, te prometo la recompensa adecuada que me dicte la lógica.

Gruñón, el humo malva empezó a escurrirse de vuelta a la botella.

—Oh, muy bien —dijo el genio.

Dos minutos después, la cortina encantada en la entrada de la habitación de las princesas se apartó y todo el mundo se dirigió hacia la gran sala, clamando por la



atención de Dalzel y arrastrando a Abdullah entre ellos, un prisionero indefenso.

—¡Dalzel! ¡Dalzel! —clamaron las treinta princesas—. ¿Es este el modo en que nos proteges? ¡Deberías estar avergonzado de ti mismo!

Dalzel levantó la vista. Estaba echado de lado en su gran trono, jugando al ajedrez con Hasrue. Palideció un poco ante lo que vio y le hizo señas a su hermano para que quitara el tablero. Afortunadamente, la muchedumbre de princesas era demasiado densa para que descubriera a Sophie y la jharín de Jham apiñados en el medio, aunque sus adorables ojos recayeron en Jamal y los encogió con estupefacción.

—¿Qué pasa ahora? —dijo.

—¡Un hombre en nuestra habitación! —gritaron las princesas—. ¡Un terrible y malísimo hombre!

—¿Qué hombre? —resonó Dalzel—. ¿Qué hombre podría atreverse?

—¡Este! —chillaron todas las princesas—. Abdullah fue arrastrado hacia delante entre la princesa Beatrice y la princesa de Alberia, vestido de la más vergonzosa manera, con nada encima salvo las enaguas de aro que colgaban tras la cortina. Estas enaguas eran una parte esencial del plan. Dos de las cosas que había ocultas debajo eran la botella del genio y la alfombra mágica. Cuando Dalzel le miró, Abdullah se alegró de haber tomado esas precauciones. Él no sabía que los ojos de un demonio podían arder. Los ojos de Dalzel eran como dos calderas azuladas. El comportamiento de Hasrue hizo que Abdullah se sintiera todavía más incómodo. Una sonrisa mezquina se extendió por los enormes rasgos de Hasrue y dijo: «Ah, tú de nuevo». Entonces cruzó los brazos y miró de un modo muy sarcástico.

—¿Cómo consiguió este tipo llegar aquí? —preguntó Dalzel con su voz de trompeta.

Antes de que nadie pudiera responder, Flor-en-la-noche realizó su parte del plan apareciendo de entre las otras princesas y arrojándose con gracia a los escalones del trono.

—¡Ten piedad, gran demonio! —gritó—. Sólo vino a rescatarme.

Dalzel rio despectivamente.

—Entonces el muchacho es un loco. Debería arrojarlo directamente de vuelta a la Tierra.

—¡Haz eso, gran demonio, y nunca te dejaré en paz! —manifestó Flor-en-la-noche.

No estaba actuando, lo decía de verdad y Dalzel lo sabía.

Un escalofrío recorrió su delgado y pálido cuerpo, y sus dedos de garras doradas se aferraron al trono. Pero sus ojos todavía llameaban de ira.

—¡Haré lo que yo desee! —retumbó.

—Entonces desea ser misericordioso —gritó Flor-en-la-noche—. Dale al menos



una última oportunidad.

—¡Cállate, mujer! —resonó Dalzel—. No lo he decidido todavía. Antes quiero saber cómo consiguió llegar hasta aquí.

—Disfrazado de perro del cocinero, por supuesto —dijo la princesa Beatrice.

—¡Y bastante desnudo cuando se transformó en hombre! —dijo la princesa de Alberia.

—Un escandaloso asunto —dijo la princesa Beatrice—, Tuvimos que meterlo en las enaguas de la sin-par.

—Traedlo más cerca —ordenó Dalzel.

La princesa Beatrice y su asistente arrastraron a Abdullah hacia las escaleras del trono. Abdullah caminaba con pequeños pasos remilgados que esperaba que los demonios atribuyeran a las enaguas. Pero se debía en realidad a que la tercera cosa que había debajo de ellas era el perro de Jamal. Estaba agarrado firmemente entre las rodillas de Abdullah para que no se escapara. En esta parte del plan sobraba un perro y ninguna de las princesas había confiado en que Dalzel no mandara a Hasruel en su busca y probara que todo el mundo estaba mintiendo.

Dalzel contempló a Abdullah y Abdullah deseó con fuerza que fuese verdad que Dalzel no tenía poderes propios. Hasruel había llamado a su hermano «débil». Pero se le ocurría a Abdullah que incluso un demonio débil era varias veces más fuerte que un hombre.

—¿Llegaste aquí como un perro? —resonó Dalzel—. ¿Cómo?

—Con magia, gran demonio —dijo Abdullah. Su intención era hacerle una detallada explicación al respecto, pero por debajo de las enaguas tenía lugar una escondida lucha. El perro de Jamal resultó odiar a los demonios más de lo que había odiado a toda la raza humana. Quería ir a por Dalzel.

—Me disfracé del perro de vuestro cocinero —empezó a explicar Abdullah. En este punto el perro de Jamal estaba ya tan ansioso por lanzarse sobre Dalzel que a Abdullah le preocupaba que se soltase. Se vio forzado a apretar sus rodillas todavía con más fuerza. La respuesta del perro fue gruñir y dar un enorme ladrido.

—¡Lo siento! —jadeó Abdullah. El sudor le llenaba la frente—. Todavía tengo tanto de perro, que no puedo reprimir mis gruñidos de vez en cuando.

Flor-en-la-noche se dio cuenta de que Abdullah tenía problemas y rompió en lamentaciones.

—¡Oh, el más noble de los príncipes! ¡Sufrir la forma de un perro por mi culpa! ¡Libérale, noble demonio! ¡Libérale!

—Cállate, mujer. ¿Dónde está ese cocinero? Traedlo aquí.

Jamal fue empujado hacia delante por la princesa de Farqtan y la heredera de



Thayack. Se retorció las manos y se encogió.

—¡Honorable demonio, esto no tiene nada que ver conmigo, lo juro! —gimió Jamal—. ¡No me hagas daño! ¡Nunca supe que no era un perro de verdad!

Abdullah habría jurado que Jamal estaba en un estado de auténtico terror. Y quizá era así pero, pese a esto, tuvo la entereza de darle una palmadita a Abdullah en la cabeza.

—Buen perro —dijo—. Buen compañero. —Después se tiró al suelo y se postró en las escaleras del trono a la manera de Zanzib—. ¡Soy inocente, grandeza! —lloriqueó—. ¡Inocente! ¡No me dañes!

El perro se calmó al escuchar la voz de su amo. Sus gruñidos desaparecieron. Abdullah pudo relajar un poco sus rodillas.

—Yo también soy inocente, oh, coleccionista de doncellas reales —dijo—. Vine sólo a rescatar a la que amo. Puesto que tú mismo amas a tantas princesas, mi devoción debe despertar tu bondad.

Dalzel frotó perplejo su mentón.

—¿Amar? —dijo—. No, no puedo decir que entienda el amor. No puedo entender cómo nada puede hacer que alguien se exponga a una situación como esta, mortal.

Hasrue, se agachó, vasto y oscuro junto al trono, y sonrió más malévolamente que nunca.

—¿Qué quieres que haga con la criatura, hermano? —retumbó—, ¿Asarlo? ¿Extraer su alma y convertirla en parte del suelo? ¿Desbaratarlo?

—¡No, no! ¡Sé compasivo, gran Dalzel! —gritó de repente Flor-en-la-noche—. Dale al menos una oportunidad. Si lo haces, nunca te haré preguntas ni me quejaré ni te sermonearé. ¡Seré dócil y educada!

Dalzel frotó su mentón de nuevo y miró con dudas. Abdullah se sintió bastante aliviado. Dalzel era en verdad un demonio débil, al menos débil de carácter.

—Si le diera una oportunidad... —empezó.

—Acepta mi consejo, hermano —le cortó Hasrue—, no lo hagas. Este es un liante.

Justo entonces, Flor-en-la-noche alzó otro gran lamento y se golpeó el pecho. Abdullah gritó a través del ruido:

—Déjame adivinar dónde escondes la vida de tu hermano, gran Dalzel. Si no lo acierto, mátame. Si lo adivino, déjame partir en paz.

Esto divirtió mucho a Dalzel. Su boca se abrió mostrando afilados dientes plateados y su risa resonó alrededor de la sala de nubes como una fanfarria de trompetas.

—¡Pero nunca lo adivinarás, pequeño mortal! —dijo mientras se reía. Después, tal



como las princesas le habían asegurado repetidamente a Abdullah, Dalzel fue incapaz de resistirse a dar pistas—. He escondido la vida tan inteligentemente —dijo con alegría—, que puedes mirarla y no verla. Hasrue! no la puede ver y es un demonio. Así que, ¿qué esperanza tienes tú? Pero creo que te daré tres oportunidades, por pura diversión, antes de matarte. Así que, primer intento: ¿Dónde he escondido la vida de mi hermano?

Abdullah lanzó una rápida mirada a Hasrue! por si decidía interferir. Pero este se mantuvo simplemente agachado, con aspecto inescrutable. Por ahora el plan estaba teniendo éxito. A Hasrue! le interesaba no intervenir. Abdullah había contado con eso. Le dio un firme agarrón con sus piernas al perro y se ajustó las enaguas de la sin-par, mientras hacía como que pensaba. Lo que realmente estaba haciendo era empujar la botella del genio.

—Mi primer intento, gran demonio... —dijo y miró al suelo como si el verde pórvido pudiera inspirarle. ¿Cumpliría el genio su palabra? Durante un desagradable momento Abdullah se asustó pensando que el genio le había traicionado como siempre y que iba a tener que arriesgarse intentándolo por sí mismo. Después, con gran alivio, vio un diminuto tirabuzón de humo púrpura arrastrarse fuera de las enaguas, y quedarse, quieto y vigilante, junto al pie desnudo de Abdullah—. Mi primer intento es que escondiste la vida de Hasrue! en la luna.

Dalzel rio con deleite.

—¡Incorrecto! ¡Él la habría encontrado ahí! No, es mucho más obvio y mucho menos obvio que eso. ¡Piensa que estás jugando al escondite!

Esto le dijo a Abdullah que la vida de Hasrue! se encontraba en el castillo, como la mayoría de las princesas había imaginado. Fingió que se esforzaba mucho en pensar.

—Mi segundo intento es que se lo diste a uno de los ángeles guardianes para que la guardara —continuó.

—¡Incorrecto de nuevo! —dijo Dalzel, más deleitado que nunca—. Los ángeles se la habrían devuelto inmediatamente. Es mucho más ingenioso que eso, pequeño mortal. Nunca lo adivinarás. ¡Es sorprendente cómo nadie puede ver lo que tiene delante de sus propias narices!

En este momento, en un arrebató de inspiración, Abdullah estuvo seguro de que sabía dónde estaba verdaderamente la vida de Hasrue!. Flor-en-la-noche le amaba. Todavía se sentía flotando en el aire. Su mente estaba inspirada y él lo sabía. Pero estaba mortalmente asustado de cometer un error. Cuando en breve llegara el momento en que él mismo tendría que apoderarse de la vida de Hasrue!, sabía que debería ir directamente a por ella porque Dalzel no le daría una segunda oportunidad. Era por esto que necesitaba que el genio confirmase su suposición. El tirabuzón de humo estaba todavía allí, casi invisible, y si él lo había adivinado, seguramente también el genio lo sabía, ¿no?



—Eh... —dijo Abdullah—. Um...

El tirabuzón de humo se arrastró sin ruido de vuelta dentro de las enaguas de la sin-par donde se expandió y debió de hacer cosquillas en la nariz al perro de Jamal. El perro estornudó. «¡Achís!», gritó Abdullah, y casi ahoga el hilo de voz del genio que le susurraba: «¡Es el aro de la nariz de Hasrue!».

—¡Achís! —dijo Abdullah y fingió que se equivocaba. Esta era la parte en que su plan se volvía abiertamente arriesgado—. La vida de tu hermano está en uno de tus dientes, gran Dalzel.

—¡Incorrecto! —retumbó Dalzel—. ¡Hasrue!, ásallo!

—¡Perdónale! —gimió Flor-en-la-noche mientras Hasrue, con el disgusto y la desilusión escritos en cada parte de su cuerpo, empezó a levantarse.

Las princesas estaban preparadas para este momento. Diez manos reales empujaron instantáneamente a Valeria fuera de la muchedumbre en dirección a los escalones del trono.

—¡Quiero a mi perrito! —proclamó Valeria. Este era su gran momento. Como Sophie le había señalado, ahora tenía treinta nuevas tías y tres nuevos tíos y todos ellos le habían suplicado que gritara tan fuerte como pudiera. Nunca nadie había querido que ella gritara. Además todas las nuevas tías le habían prometido una caja de caramelos si tenía un berrinche realmente bueno. Treinta cajas. Eso merecía que lo hiciera lo mejor que podía. Volvió a abrir el enorme agujero de su boca. Expandió su pecho. Dio todo lo que tenía—: ¡QUIERO A MI PERRITO! ¡NO QUIERO A ABDULLAH! ¡QUIERO QUE VUELVA MI PERRITO! —Se arrojó a los escalones del trono, cayó frente a Jamal, se arrojó de nuevo y se lanzó al trono. Dalzel rápidamente saltó en el trono para apartarse de su camino—. ¡DAME A MI PERRITO! —bramó Valeria.

En el mismo momento la diminuta princesa amarilla de Tsapfan le dio a Morgan un astuto pellizco, justo en el lugar adecuado. Morgan había estado dormido en sus diminutos brazos, soñando que era de nuevo un gatito. Se despertó de un sobresalto y descubrió que seguía siendo un niño indefenso. Su furia no conocía límites. Abrió la boca y rugió. Sus pies patalearon con enfado. Sus manos se agitaban sin cesar. Y sus rugidos fueron tan potentes que si esta hubiera sido una competición entre Valeria y él mismo, Morgan habría ganado. Así, el sonido era inenarrable. En la sala los ecos doblaban los gritos, los hacían más fuertes y devolvían la estridente mezcla al trono.

—Más eco para esos demonios —dijo Sophie en el tono conversacional de su magia—. No sólo el doble, el triple.

La sala era una casa de locos. Ambos demonios se taparon sus puntiagudas orejas con las manos. Dalzel ululó:

—¡Detenlos! ¡Detenlos! ¿De dónde ha salido ese bebé?



A lo que Hasrue! aulló:

—¡Las mujeres tienen bebés, demonio tonto! ¿Qué esperabas?

—¡QUIERO QUE VUELVA MI PERRO! —declaró Valeria, golpeando el sillón del trono con sus puños.

La voz de trompeta de Dalzel luchó para ser oída:

—Dale un perrito, Hasrue!, o te mataré a ti.

A estas alturas de los planes de Abdullah, él había previsto (si es que no lo habían matado para entonces) que lo convirtieran en perro. Eso era lo que había preparado. Y había calculado que entonces también se liberaría el perro de Jamal. Él había contado con la estampa no de un perro, sino de dos irrumpiendo de debajo de las enaguas de la sin-par, para añadir confusión. Pero Hasrue! estaba tan distraído con los gritos, y el triple de ecos de los gritos, como lo estaba su hermano. Se giraba hacia un lado y otro, agarrando firmemente sus orejas y gritando de dolor, la viva imagen de un demonio a punto de volverse loco. Finalmente cruzó sus grandes alas y se convirtió en un perro él mismo.

Era un perro enorme, entre un burro y un bulldog, marrón y gris a parches, con un gran aro en su nariz respingona. El perro puso sus fantásticas pezuñas en el brazo del trono y lanzó una enorme lengua babeante hacia la cara de Valeria. Hasrue! estaba intentando parecer amigable. Pero a la vista de algo tan grande y tan feo, Valeria, como era natural, gritó más fuerte que nunca. El sonido asustó a Morgan, que gritó más fuerte también.

Hubo un momento en el que Abdullah estuvo bastante perdido, sin saber qué hacer, y después otro en el que estuvo seguro de que ninguno le oiría gritar.

—¡Soldado —rugió—, agarra a Hasrue! ¡Que alguien sujete a Dalzel!

Afortunadamente el soldado estaba alerta. Era bueno para eso. La jharín de Jham se desvaneció con revuelo de viejas ropas y el soldado subió de un salto las escaleras del trono. Sophie se apresuró tras él, llamando a las princesas. Arrojó sus brazos alrededor de las finas y blancas rodillas de Dalzel, mientras el soldado envolvía con sus fornidos brazos el cuello del perro. Las princesas franquearon los escalones frente a ellas y la mayoría se arrojó también sobre Dalzel, con aire de princesas con mucha necesidad de venganza (todas excepto Beatrice, que arrastró a Valeria fuera de la muchedumbre y comenzó la difícil tarea de hacerla callar). La diminuta princesa de Tsapfan, mientras tanto, se sentó con calma en el suelo de pórvido y balanceó a Morgan para que se durmiera.

Abdullah intentó correr hacia Hasrue!. Pero tan pronto como se movió, el perro de Jamal aprovechó su oportunidad y se escapó. Salió de golpe de debajo de las enaguas para observar la lucha que tenía lugar. Adoraba las luchas. También vio otro perro. Si había algo que odiara más que a los demonios o a los humanos, era a los perros. No importaba de qué tamaño fuesen. Corrió ladrando al ataque. Mientras Abdullah



estaba todavía liberándose de las enaguas de la sin-par, el perro de Jamal se lanzó a la garganta de Hasrueel.

Esto fue demasiado para Hasrueel, ya acuciado por el soldado. Se convirtió en demonio de nuevo. Hizo un gesto de enfado y el perro salió volando para caer estrepitosamente con un aullido al otro lado de la sala. Después Hasrueel intentó levantarse pero para entonces el soldado estaba sobre su espalda, impidiéndole desplegar sus pellejadas alas. Hasrueel se movía arriba y abajo con fuerza.

—¡Mantén tu cabeza agachada, Hasrueel, yo te conjuro! —gritó Abdullah, liberándose por fin de una patada de las enaguas. Subió los escalones, vestido sólo con sus calzoncillos y se agarró a la enorme oreja izquierda de Hasrueel. En este momento, Flor-en-la-noche entendió dónde estaba la vida de Hasrueel y para alegría de Abdullah, saltó y se agarró a la oreja derecha de Hasrueel. Y allí estaban los dos colgados, alzados de tanto en tanto en el aire, cuando Hasrueel ganaba al soldado, y devueltos de golpe al suelo cuando el soldado le ganaba a Hasrueel, con los brazos del soldado alrededor del cuello del demonio justo junto a ellos dos y la enorme cara enojada de Hasrueel en medio. En algunos momentos, Abdullah vislumbraba a Dalzel de pie en el asiento de su trono bajo un montón de princesas. Había desplegado sus débiles alas doradas. No parecían muy útiles para volar, pero golpeaba con ellas a las princesas y pedía ayuda a gritos a Hasrueel.

Los gritos de trompeta de Dalzel parecieron inspirar a Hasrueel. Empezó a ganarle al soldado. Abdullah intentó soltar una mano para poder alcanzar el aro dorado, colgando justo sobre su hombro, bajo la nariz ganchuda de Hasrueel. Abdullah liberó su mano izquierda. Pero su mano derecha estaba sudando y escurriéndose de la oreja de Hasrueel. Se agarró (desesperadamente) antes de caerse.

No había pensado en el perro de Jamal. Después de yacer aturdido casi un minuto, se levantó más enfadado que nunca, y lleno de odio hacia los demonios. Vio a Hasrueel y supo que era su enemigo. Llegó corriendo desde el fondo de la sala con el pelo erizado, y pasó ladrando junto a la diminuta princesa y a Morgan, junto a la princesa Beatrice y Valeria, a través de las princesas arremolinadas alrededor del trono, junto a la agachada figura de su amo y saltó hacia la parte del demonio más fácil de alcanzar. Abdullah quitó su mano justo a tiempo.

—¡Chas! —mascaron los dientes del perro—. ¡Glup! —bajó por la garganta.

Después de eso una mirada de desconcierto cruzó la cara del perro y cayó al suelo, hipando molesto. Hasrueel aulló con dolor y saltó con ambas manos agarradas a su nariz. El soldado fue arrojado al suelo. Abdullah y Flor-en-la-noche salieron volando cada uno para un lado. Abdullah se lanzó a por el perro hipante, pero Jamal llegó primero y lo cogió cariñosamente.

—¡Pobre perro, mi pobre perro! ¡Pronto te sentirás mejor! —le arrulló, y bajó cuidadosamente los escalones con él en brazos.

Abdullah levantó al soldado aturdido y ambos se pusieron frente a Jamal.



—¡Alto, todo el mundo! —gritó—. ¡Dalzel, yo te conjuro a que pares! ¡Tenemos la vida de tu hermano!

La lucha en el trono cesó. Dalzel permaneció con las alas desplegadas y sus ojos como hornos de nuevo.

—No te creo —dijo—. ¿Dónde?

—Dentro del perro —dijo Abdullah.

—Pero sólo hasta mañana —añadió con dulzura Jamal, cuyos pensamientos eran sólo para su perro con hipo—. Tiene el intestino irritado de comer tanto calamar. Da gracias...

Abdullah le dio un golpe para que se callara.

—El perro se ha comido el aro de la nariz de Hasrue! —dijo.

El disgusto de la cara de Dalzel le confirmó que el genio había acertado. Y él lo había adivinado.

—¡Oh! —dijeron las princesas—. Todos los ojos se volvieron hacia Hasrue! enorme e inclinado, con lágrimas en sus fieros ojos y ambas manos sobre su nariz. Sangre de demonio, que era clara y verdosa, goteaba entre sus enormes dedos como cuernos.

—Debedía habedme dado cuenta —masculló Hasrue! con disgusto—. Estaba justo debajo de mis nadices.

La vieja princesa de High Norland se apartó de la muchedumbre que rodeaba el trono, cogió un pequeño pañuelo de encaje de su manga y se lo acercó a Hasrue!.

—Aquí tienes —dijo—. Sin resentimientos.

Hasrue! cogió el pañuelo con un agradecido «gdacias» y lo presionó en la punta sangrante de su nariz. El perro no había comido mucho más aparte del aro. Después de limpiarse, Hasrue! se arrodilló pesadamente y le hizo señas a Abdullah, que estaba arriba de las escaleras del trono.

—¿Qué quieres que haga ahora que soy bueno de nuevo? —preguntó con profunda tristeza.



Capítulo 21

En el que el castillo baja a la tierra

Abdullah no necesitó pensar mucho la pregunta de Hasrue.

—Debes exiliar a tu hermano, poderoso demonio, a un lugar del que no retorne —dijo.

Dalzel enseguida rompió a llorar con conmovedoras lágrimas azules.

—¡No es justo! —sollozó y dio una patada en el suelo—. ¡Todo el mundo contra mí! ¡Tú no me quieres, Hasrue! ¡Me has engañado! ¡Ni siquiera intentaste librarte de esos tres que colgaban de ti!

Abdullah estaba seguro de que Dalzel tenía razón en eso. Conociendo el poder que tenía un demonio, Abdullah estaba seguro de que Hasrue los podría haber lanzado, al soldado, a Flor-en-la-noche y a él mismo, a los confines de la tierra si hubiera querido.

—¡No es que estuviese haciendo ningún daño! —gritó Dalzel—. Tenía derecho a casarme, ¿no?

—Hay una isla errante al sur, en el océano, que sólo se puede encontrar una vez cada cien años. Tiene un palacio y muchos árboles frutales, ¿Puedo mandar allí a mi hermano? —susurró Hasrue a Abdullah mientras Dalzel lloraba y pataleaba.

—¡Y ahora vas a mandarme lejos! —gritó Dalzel—. A ninguno de vosotros le preocupa lo solo que voy a estar.

—Por cierto —masculló Hasrue—, los familiares de la primera mujer de tu padre hicieron un pacto con los mercenarios, lo que les permitió huir de Zanzib para escapar de la cólera del sultán, pero dejaron a dos sobrinas atrás. El sultán ha encerrado a las dos desafortunadas chicas, que son los único familiares cercanos a ti que pudo encontrar.

—Es de lo más espantoso —dijo viendo dónde quería llegar Hasrue—. ¿Quizá, poderoso demonio, podrías celebrar tu vuelta a la bondad trayendo aquí a esas dos damiselas aquí?

La horrorosa cara de Hasrue se iluminó. Alzó sus enormes manos de garras.



Hubo una palmada de truenos, seguida por algunos chillidos femeninos y las dos gordas sobrinas aparecieron de pie frente al trono. Fue tan simple como eso. Abdullah comprobó que antes, evidentemente, Hasruel había contenido su fuerza. Y mirando a los enormes ojos oblicuos del demonio (que todavía tenían lágrimas en las esquinas del ataque del perro) vio que Hasruel sabía que él lo sabía.

—¡No más princesas! —dijo la princesa Beatrice. Estaba agachada junto a Valeria, parecía bastante abrumada.

—Nada por el estilo, te lo aseguro —dijo Abdullah.

Las dos sobrinas difícilmente habrían podido tener menos aspecto de princesas. Estaban vestidas con sus ropas más viejas, rosa práctico y amarillo de diario, desgastadas y manchadas por sus malas experiencias, y el pelo de ambas se había quedado aplastado. Le echaron un vistazo a Dalzel, pataleando y lloriqueando sobre ellas en el trono, otro vistazo a la enorme figura de Hasruel y después una tercera mirada a Abdullah, que llevaba sólo los calzoncillos puestos, y gritaron. Cada una intentó esconderse en el hombro regordete de la otra.

—Pobres chicas —dijo la princesa de High Norland—. Un comportamiento poco majestuoso.

—¡Dalzel! —gritó Abdullah al lloriqueante demonio—. Bello Dalzel, cazador furtivo de princesas, tranquilízate un momento y mira el regalo que te entrego para que te lo puedas llevar al exilio.

Dalzel se detuvo a medio sollozo:

—¿Un regalo?

Abdullah señaló:

—Contempla a estas dos esposas, jóvenes, succulentas y completamente necesitadas de un novio.

Dalzel derramó lágrimas luminosas sobre sus mejillas e inspeccionó a las sobrinas de la misma manera que los astutos clientes de Abdullah solían examinar sus alfombras.

—Un par a juego —dijo Dalzel—. ¡Y maravillosamente gordas! ¿Dónde está la trampa? Quizá no sean tuyas y no puedas entregarlas en matrimonio.

—Sin trampas, brillante demonio —dijo Abdullah. Le parecía que, ahora que los otros familiares de las chicas las habían abandonado, podrían decidir por sí mismas. Pero por precaución añadió—: Puedes raptarlas, poderoso Dalzel. —Abdullah fue hacia las sobrinas y le dio una palmadita a cada una en su regordete brazo—. Señoras —dijo—, las más grandes lunas de Zanzib, os ruego me perdonéis por ese poco afortunado voto que me impedía disfrutar para siempre de vuestra grandeza. Mirad hacia arriba y contemplad al marido que os he encontrado en mi lugar.

Las cabezas de ambas sobrinas se levantaron tan pronto como escucharon la



palabra marido. Observaron a Dalzel.

—Es tan guapo —dijo la de rosa.

—Me gustan con alas —dijo la de amarillo—. Es diferente.

—Los colmillos son bastante sexis —reflexionó la de rosa—. Y también las garras, siempre que tenga cuidado al ponerlas en las alfombras.

Dalzel sonreía más y más ampliamente con cada puntualización.

—Debería raptarlas ahora mismo —dijo—. Me gustan más que las otras princesas. ¿Por qué no coleccioné señoras gordas, Hasrue!

Una cariñosa sonrisa mostró los colmillos de Hasrue!

—Fue tu decisión, hermano —su sonrisa se desvaneció—. Si estás preparado, es mi deber mandarte al exilio.

—Ahora no me importa demasiado —dijo Dalzel, todavía con sus ojos fijos sobre las dos sobrinas.

Lentamente, Hasrue! extendió otra vez sus manos con arrepentimiento y lentamente, con los retumbos de tres truenos, Dalzel y las dos sobrinas se desvanecieron. Hubo un ligero olor a mar y un débil sonido de gaviotas. Morgan y Valeria empezaron a llorar de nuevo. El resto suspiró, Hasrue! más profundamente que nadie. Abdullah se dio cuenta con cierta sorpresa de que Hasrue! amaba de verdad a su hermano. Y aunque era difícil de entender cómo nadie podría amar a Dalzel, Abdullah no podía culparle. «¿Quién soy yo para criticar?», pensó mientras Flor-en-la-noche se levantaba y cruzaba su brazo con el suyo.

Hasrue! soltó un suspiro aún más profundo y se sentó en el trono (que iba mejor con su tamaño que con el de Dalzel) con sus grandes alas cayendo tristemente a cada lado.

—Hay otro asunto —dijo, tocando su nariz con cautela. Parecía que ya estaba curándose.

—¡Sí, lo hay! —dijo Sophie. Había estado esperando en las escaleras del trono su oportunidad para hablar—. Cuando te apropiaste de nuestro castillo ambulante, hiciste desaparecer a mi marido, Howl. ¿Dónde está? Quiero que vuelva.

Hasrue! levantó su cabeza con tristeza, pero antes de que pudiera responder, las princesas gritaron alarmadas. Todas las que estaban al final de la escalera se alejaron de las enaguas de la sin-par. Estaban hinchándose y desinflándose sobre sus aros como una concertina.

—¡Ayuda! —gritó el genio dentro—. ¡Sácame, me lo prometiste!

La mano de Flor-en-la-noche brincó hacia su boca.

—¡Oh, se me olvidó por completo! —dijo y salió disparada del lado de Abdullah, bajando las escaleras. Lanzó a un lado las enaguas rodeadas de humo púrpura—.



¡Deseo —gritó— que seas liberado de tu botella, genio, y seas libre para siempre jamás!

Como acostumbraba a hacer, el genio no gastó tiempo en dar las gracias. La botella explotó con un escandaloso estallido. Envuelta en tolvaneras de humo, una figura decididamente sólida se alzó sobre sus pies. Sophie dio un grito al verlo:

—¡Oh, bendita muchacha! ¡Gracias, gracias! —Sophie alcanzó tan rápido el humo que se desvanecía, que casi chocó contra el hombre de carne y hueso que había dentro. Pero esto no parecía molestarle, y alzó a Sophie y le dio vueltas y vueltas—. ¡Oh! ¿Por qué no lo supe? ¿Por qué no me di cuenta? —jadeó ella, tambaleándose sobre los cristales rotos.

—Fue a causa del encantamiento —dijo HasrueI tristemente—. Si se hubiera sabido que él era el mago Howl, alguien podría haberlo liberado. No podías saber quién era, ni él podía decírselo a nadie.

Howl, el mago del rey, era un hombre más joven que el mago Suliman y mucho más elegante. Estaba ricamente vestido con un traje de satén malva, que contrastaba con el tono amarillo y bastante inverosímil de su cabello. Abdullah miró los ojos iluminados del mago en su rostro huesudo. Había visto esos mismos ojos claramente, una mañana de hace ya mucho tiempo. Pensó que debería haberlo adivinado. Además se sintió en una posición incómoda. Él había usado al genio. Y sentía que lo conocía muy bien. ¿Significaba eso que conocía al mago? ¿O no?

Por esta razón, Abdullah no se unió cuando todo el mundo, incluyendo al soldado, se apelonó en torno al mago Howl, gritando y felicitándole. Vio a la diminuta princesa de Tsapfan caminar tranquilamente entre la muchedumbre y poner gravemente a Morgan en los brazos de Howl.

—Gracias —dijo Howl—. Pensé que era mejor llevarlo donde pudiera echarle un ojo —le explicó a Sophie—. Lo siento si te asusté. —Howl parecía más acostumbrado a llevar bebés de lo que lo estaba Sophie. Acunó a Morgan con dulzura y lo miró. Morgan lo miró a él también, adustamente—. ¡Córcholis, qué feo es! —dijo Howl—. De tal palo tal astilla.

—¡Howl! —dijo Sophie. Pero no parecía enfadada.

—Un momento —dijo Howl—. Avanzó hacia las escaleras del trono y miró a HasrueI.

—Mira hacia aquí, demonio —dijo—. Tengo que ajustar cuentas contigo. ¿Qué pretendías birlándome mi castillo y encerrándome en una botella?

Los ojos de HasrueI se encendieron con un naranja enfadado.

—Mago, ¿crees que tu poder se compara al mío?

—No —dijo Howl—. Quiero una explicación.

Abdullah se descubrió admirando al hombre. Sabiendo lo cobarde que había sido



el genio, no había duda de que Howl era una gelatina de terror en su interior. Pero ahora no mostraba ningún signo de cobardía. Cargaba a Morgan sobre su hombro de seda malva y le devolvía la mirada a Hasrue.

—Muy bien —respondió Hasrue—. Mi hermano me ordenó secuestrar el castillo. Y en esto no tenía opción. Pero Dalzel no me dio otra orden con respecto a ti que la de asegurarme de que no pudieras recuperar el castillo. Habrías sido igual de inofensivo si simplemente te hubiese transportado a la isla donde está ahora mi hermano. Pero sabía que habías usado tu magia para conquistar un país vecino...

—¡No es justo! —dijo Howl—. ¡El rey me lo ordenó! —por un momento sonó como Dalzel y debió darse cuenta de que lo hacía. Paró. Lo pensó. Y después continuó con pesar—: Me atrevería a decir que podría haber redirigido la mente de su majestad si se me hubiera ocurrido. Tienes razón. Pero no dejes que te alcance donde yo mismo pueda ponerte en una botella, eso es todo.

—Lo merecería —admitió Hasrue—. Y lo merezco aún más porque puse mucho esfuerzo en que todas las personas involucradas se encontraran con el destino más apropiado que pude concebir. —Sus ojos se inclinaron hacia Abdullah— ¿No?

—Un tremendo esfuerzo, gran demonio —convino Abdullah—. Todos mis sueños se hicieron realidad, no sólo los agradables.

Hasrue asintió.

—Y ahora —dijo—, debo dejaros en cuanto haya realizado una cosa más, pequeña y necesaria. —Sus alas se elevaron y sus manos gesticularon. Instantáneamente estaba en medio de un enjambre de extrañas formas aladas. Se sostuvieron en el aire sobre su cabeza y alrededor del trono como transparentes caballitos de mar, completamente en silencio salvo por el débil susurro de sus alas batientes.

—Sus ángeles —explicó la princesa Beatrice a la princesa Valeria.

Hasrue susurró algo a las formas aladas y estas le abandonaron tan de repente como habían surgido para reaparecer en el mismo enjambre susurrante alrededor de la cabeza de Jamal. Jamal se apartó de ellas, horrorizado, pero no funcionó. El enjambre le siguió. Una tras otra, las formas aladas fueron a posarse en diferentes partes del perro de Jamal. Cuando aterrizaban, menguaban y desaparecían entre el pelo del perro, hasta que sólo quedaron dos.

Abdullah se encontró de repente a estas dos figuras sobrevolando a la altura de sus ojos. Las esquivó, pero las figuras le siguieron. Dos pequeñas voces hablaron, con un timbre que parecían captar sólo sus oídos.

—Después de pensarlo mucho —dijeron—, hemos llegado a la conclusión de que preferimos esta forma a la de los sapos. Creemos en la luz de la eternidad y por lo tanto te lo agradecemos —y después de decir esto las dos figuras se posaron en el perro de Jamal, donde también ellas menguaron y desaparecieron en la retorcida piel de sus orejas.



Jamal miró al perro en sus brazos:

— ¿Por qué estoy sosteniendo un perro lleno de ángeles? — le preguntó a Hasruel.

— No te harán daño a ti ni a tu bestia — dijo Hasruel. Simplemente esperarán a que reaparezca el aro de oro. Creo que dijiste mañana, ¿no? Tienes que entender que me preocupe de seguirle la pista a mi vida. Cuando mis ángeles la encuentren me la llevarán adondequiera que yo esté — suspiró lo suficientemente fuerte como para revolver el pelo de todo el mundo—. Y no sé adónde ir — dijo—. Debería encontrar algún lugar para exiliarme en las lejanas profundidades. He sido malvado. No puedo unirme de nuevo al rango de los Demonios Buenos.

— ¡Oh, vamos, gran demonio! — dijo Flor-en-la-noche—. Aprendí que la bondad es perdón. Seguramente los Demonios Buenos te darán la bienvenida.

Hasruel agitó su enorme cabeza.

— Inteligente princesa, tú no lo entiendes.

Abdullah descubrió que él sí había comprendido muy bien a Hasruel. Quizá su entendimiento tenía algo que ver con que había sido algo menos que educado con los familiares de la primera mujer de su padre.

— ¡Chsss!, amor — dijo—. Hasruel quiere decir que disfrutó de su maldad y que no se arrepiente.

— Es verdad — dijo Hasruel—. Lo he pasado mejor estos últimos meses de lo que lo he pasado en los cientos de años anteriores. Dalzel me lo enseñó. Ahora me debo marchar por miedo a empezar a tener la misma diversión entre los Demonios Buenos. Si sólo supiera dónde ir.

Un pensamiento parecía golpear a Howl. Tosió:

— ¿Por qué no ir a otro mundo? — sugirió—. Hay muchos otros mundos, ya sabes.

Las alas de Hasruel se alzaron y batieron con emoción, arremolinando el aire y los vestidos de cada princesa en la sala.

— ¿Los hay? ¿Dónde? Muéstrame cómo puedo llegar hasta otro mundo.

Howl puso a Morgan en los torpes brazos de Sophie y subió saltando las escaleras del trono para hacerle a Hasruel unos extraños gestos y asentir una o dos veces con la cabeza. Hasruel parecía entender perfectamente. Asintió a su vez. Después se levantó del trono y simplemente se fue sin más palabra, cruzando la sala y atravesando el muro como si fuera una niebla espesa. La enorme sala se sintió de repente vacía.

— ¡Ya era hora! — dijo Howl.

— ¿Lo mandaste a tu mundo? — preguntó Sophie.

— ¡De ninguna manera! — contestó Howl—. Allí tienen bastante con lo que preocuparse. Lo mandé justo en la dirección contraria. Me arriesgué a que el castillo desapareciera. — Se giró despacio, mirando el fondo nuboso de la sala—. Todo sigue



en su sitio —dijo—. Eso significa que Calcifer debe estar aquí en algún lugar. Es él quien mantiene esto en funcionamiento —dio un resonante grito—: ¡Calcifer! ¿Dónde estás?

Las enaguas de la sin-par parecieron una vez más cobrar vida propia. Esta vez salieron lanzadas de lado sobre sus aros para dejar flotar a la alfombra mágica libremente. La alfombra mágica se sacudió, de la misma manera en que lo estaba haciendo el perro de Jamal. Entonces para sorpresa de todos, se dejó caer al suelo y empezó a deshilacharse. Abdullah casi gritó con la pérdida. El largo hilo que giraba libre era azul y curiosamente brillante como si la alfombra no estuviese hecha en absoluto de lana corriente. El hilo libre se movía disparado hacia delante y hacia atrás de la alfombra y se elevaba más y más alto a medida que crecía, hasta que se extendió entre el alto techo de nubes y el casi desnudo lienzo en el que había sido tejido. Finalmente, con un salto impaciente, el otro cabo se desprendió del lienzo y se redujo hacia arriba con el resto para estirarse primero de un modo parpadeante, reducirse de nuevo, y expandirse después formando una nueva figura parecida a una lágrima boca abajo o quizá a una llama. Esta figura bajó moviéndose lentamente, con paso seguro y determinación. Cuando estuvo cerca, Abdullah pudo ver una cara al frente compuesta de pequeñas llamas púrpura o verdes o naranjas. Abdullah se encogió de hombros con gesto fatalista. Parecía que se había desprendido de todas esas monedas de oro para comprar un demonio de fuego y no una alfombra mágica.

El demonio de fuego habló, con su púrpura y parpadeante boca:

—¡Gracias! ¡Madre mía! —dijo—. ¿Por qué nadie pronunció mi nombre antes? Dolía.

—¡Oh, pobre Calcifer! —dijo Sophie—. ¡No lo sabía!

—No te estoy hablando a ti —le contestó el extraño ser en forma de llama—. Me clavaste tus garras. Ni a ti tampoco —dijo mientras pasaba flotando cerca de Howl—. Tú me metiste en esto. No era yo quien quería ayudar al ejército del rey. Le hablo a él —dijo, balanceándose sobre el hombro de Abdullah que escuchó cómo su pelo crepitaba suavemente. La llama estaba caliente—. Es la única persona que ha tratado de halagarme en toda mi vida.

—¿Desde cuándo —preguntó Howl ácidamente— has necesitado halagos?

—Desde que he descubierto lo agradable que es que me digan que soy agradable —dijo Calcifer.

—Pero yo no creo que tú seas agradable —replicó Howl—. Sé agradable, entonces. —Le dio la espalda a Calcifer con un vuelo de mangas de satén malva.

—¿Quieres ser un sapo? —preguntó Calcifer—. ¡Tú no eres el único que puede hacer sapos, ya lo sabes!

Howl daba golpecitos en el suelo, enfadado, con uno de los pies calzados en botas malva.



—Quizá —dijo—, tu nuevo amigo podría pedirte que llevaras este castillo abajo, a donde pertenece.

Abdullah se sintió un poco triste. Howl parecía estar dejando claro que él y Abdullah no se conocían el uno al otro. Pero cogió la indirecta. Hizo una reverencia.

—Oh, zafiro entre los seres sobrenaturales —dijo—, llama de festividad y vela entre alfombras, cien veces más magnífico en tu forma real que como preciado tapiz.

—¡Avanza! —masculló Howl.

—¿Consentirías gentilmente en recolocar este castillo en la Tierra? —terminó Abdullah.

—Con placer —dijo Calcifer.

Todos sintieron cómo bajaba el castillo. Fue tan rápido al principio que Sophie se agarró firmemente al brazo de Howl y un montón de princesas gritaron. Como dijo Valeria en voz alta, el estómago de alguien se había quedado atrás, en el cielo. Era posible que Calcifer no tuviera práctica después de estar en una forma inadecuada durante tanto tiempo. Cualquiera que fuese la razón, el descenso disminuyó de velocidad después de un minuto y se hizo tan suave que apenas lo notaba ya nadie. Y menos mal, porque mientras descendía, el castillo empezó a ser notablemente más pequeño. Todos se daban empujones entre sí y tenían que luchar por hacerse sitio para poder mantener el equilibrio. Las paredes se movieron hacia adentro, transmutándose de púrpura nuboso en yeso común mientras llegaban al suelo. El techo se desplazó hacia abajo. Y sus bóvedas se transformaron en grandes vigas negras y una ventana apareció detrás de donde había estado el trono. Estaba oscuro al principio. Abdullah se volvió hacia la ventana ansiosamente para mirar por última vez el mar transparente con sus islas de atardecer, pero tan pronto como la ventana se convirtió en una ventana real, sólida, fuera sólo quedó cielo, inundando la habitación (que ahora era del tamaño de la habitación de una casita) de pálido atardecer amarillo. Para entonces todas las princesas estaban amontonadas, Sophie estaba aplastada en una esquina agarrando a Howl con un brazo y a Morgan con el otro y Abdullah estaba estrujado entre Flor-en-la-noche y el soldado.

Abdullah se dio cuenta de que el soldado no había dicho una palabra en mucho tiempo. De hecho se comportaba definitivamente de una manera rara. Se había puesto de nuevo sus velos prestados sobre la cabeza y estaba inclinado sobre un banco pequeño que había aparecido junto a la chimenea mientras el castillo menguaba.

—¿Estás bien? —le preguntó Abdullah.

—Perfectamente —dijo el soldado. Incluso su voz sonaba rara.

La princesa Beatrice se abrió camino para llegar a él.

—¡Oh, aquí estás! —dijo ella—. ¿Qué pasa contigo? ¿Estás preocupado de que deshaga mi promesa ahora que volvemos a la normalidad? ¿Es eso?



—No —dijo el soldado—. O quizá sí. Esto te va a molestar.

—No me molestará para nada —dijo bruscamente la princesa Beatrice. Cuando hago una promesa, la mantengo. El príncipe Justin puede irse a... Puede irse a freír pimientos.

—Pero yo soy el príncipe Justin —añadió el soldado.

—¿Qué? —exclamó la princesa Beatrice.

Muy despacio y con vergüenza el soldado se quitó sus velos y la miró. La suya era todavía la misma cara, los mismos ojos azules completamente inocentes o profundamente deshonestos, o ambas cosas a la vez, pero ahora era una cara más suave y educada. Otro tipo de marcialidad emanaba de él.

—Ese maldito demonio me encantó también —dijo—. Ahora lo recuerdo. Estaba aguardando en un bosque al pelotón de búsqueda para recibir el informe. —Parecía muy arrepentido—. Buscábamos a la princesa Beatrice..., esto, tú..., tú sabes..., sin mucha suerte, y de repente mi tienda salió volando y allí estaba el demonio, agazapado entre los árboles. «Me llevo a la princesa» —me dijo—. «Y puesto que tú has derrotado su país con el injustificado uso de la magia, serás uno de los soldados derrotados, a ver si eso te gusta.» Y la siguiente cosa que supe es que deambulaba en el campo de batalla creyendo ser un soldado estrangiano.

—¿Y te pareció odioso? —preguntó la princesa Beatrice.

—Bueno —dijo el príncipe—. Fue duro. Pero en cierto modo me hice con aquello y aprendí todas las cosas útiles que pude, e ideé algunos planes. Ahora veo que tengo que hacer algo por todos esos soldados derrotados. Pero... —Una sonrisa que era puramente la del viejo soldado cruzó su cara—. Para decir la verdad, disfruté muchísimo, vagando por Ingary Me lo pasé bien estando embrujado. Soy como ese demonio, en realidad. Volver a gobernar es lo que me deprime.

—Bueno, ahí te puedo ayudar yo —dijo la princesa Beatrice—. Después de todo, sé de qué va eso.

—¿De verdad? —dijo el príncipe y la miró del mismo modo que el soldado había mirado al gatito en su sombrero.

Flor-en-la-noche le dio un suave y encantador golpecito con el codo a Abdullah.

—¡El príncipe de Ochinstan! —susurró—. ¡No hay necesidad de temerle!

Poco después, el castillo llegó a tierra tan ligeramente como una pluma. Flotando por las vigas del techo, Calcifer anunció que lo había colocado en los campos de las afueras de Kingsbury.

—Y he mandado un mensaje a uno de los espejos de Suliman —dijo con petulancia.

Eso exasperó a Howl:



—Yo también —replicó con enfado—. Te haces cargo de muchas cosas tú solo, ¿no?

—Entonces recibió dos mensajes —dijo Sophie—, ¿y qué?

—¡Qué cosa más estúpida! —exclamó Howl, y empezó a reír.

También Calcifer chisporroteó con risas, parecían de nuevo amigos. Reflexionando, Abdullah entendió cómo se sentía Howl. Había estado ardiendo de enfado durante todo el tiempo que había sido un genio, y aún ardía de enfado, y no tenía a nadie con quien desquitarse excepto Calcifer. Y probablemente Calcifer sentía lo mismo. Ambos tenían una magia demasiado poderosa como para arriesgarse a enfadarse con la gente normal.

Claramente, ambos mensajes habían llegado a su destino. Alguien frente a la ventana gritó «¡Mirad!» y todo el mundo se amontonó para ver cómo se abrían las puertas de Kingsbury y dejaban pasar el carruaje de rey, que aceleraba el paso tras una escuadrilla de soldados. De hecho, era un desfile. Los carruajes de numerosos embajadores seguían al del rey, engalanados con la insignia de casi todos los países donde Hasruek había raptado princesas.

Howl se giró hacia Abdullah.

—Siento que te conozco bastante bien —dijo—. ¿Y tú a mí? —preguntó Howl.

Abdullah se inclinó:

—Al menos tan bien como tú me conoces a mí.

—Eso me temía —dijo Howl con pesar—. Bien, entonces sé que puedo contar contigo para que des una buena y rápida charla cuando sea necesario. Y será necesario en cuanto todos esos carruajes lleguen aquí.

Así fue. Siguió un momento de máxima confusión durante el transcurso del cual Abdullah se quedó ronco. Pero, en lo que concernía a Abdullah, la parte más confusa fue que cada princesa, por no hablar de Sophie, Howl y el príncipe Justin insistían en decirle al rey lo valiente e inteligente que Abdullah había sido. Abdullah quería corregirlos. No había sido valiente, sólo había estado en las nubes porque Flor-en-la-noche le amaba.

El príncipe Justin llevó a Abdullah aparte, a una de las muchas antesalas del palacio:

—Acéptalo —dijo—. Nadie es alabado nunca por las razones apropiadas. Mírame. Los estrangianos están encantados conmigo porque les estoy dando dinero a sus viejos soldados y mi real hermano está radiante porque he dejado de poner trabas a la boda con la princesa Beatrice. Todo el mundo piensa que soy un príncipe modelo.

—¿Te opusiste a casarte con ella? —preguntó Abdullah.

—Oh, sí —dijo el príncipe—. No la conocía entonces, por supuesto. El rey y yo habíamos tenido una de nuestras peleas al respecto y yo amenacé con tirarlo por el



tejado del palacio. Cuando desaparecí, pensó que me había ido un tiempo con una rabieta. Ni siquiera había empezado a preocuparse.

El rey estaba tan encantado con su hermano y con Abdullah por traer a Valeria y a su otro mago real que encargó una magnífica boda doble para el día siguiente. Esto sumó urgencia a la confusión. Howl fabricó rápidamente un extraño simulacro de mensajero del rey (construido en su mayor parte de pergamino), el cual fue enviado por medios mágicos al sultán de Zanzib, para ofrecerle transporte a la boda de su hija. Este simulacro volvió media hora después, bastante deteriorado, con las noticias de que el sultán tenía una estaca de veinte metros preparada para Abdullah si alguna vez mostraba su cara en Zanzib de nuevo. Así que Sophie y Howl fueron a hablar con el rey, y el rey creó dos nuevos puestos llamados «Embajadores Extraordinarios para el Reino de Ingary» y le dio esos puestos a Abdullah y Flor-en-la-noche esa misma noche.

La boda del príncipe y el embajador hizo historia, pues la princesa Beatrice y Flor-en-la-noche tenían catorce princesas cada una como damas de honor y el rey en persona entregó a las novias. Jamal fue el padrino de Abdullah y, mientras le pasaba a Abdullah el anillo, le informó en susurros de que los ángeles se habían marchado muy temprano esa mañana, llevándose la vida de Hasrueel con ellos.

—¡Otra cosa buena! —dijo Jamal—. Ahora mi pobre perro dejará de rascarse.

Casi las únicas personas notables que no asistieron a la boda fueron el mago Suliman y su esposa. Esto tenía que ver indirectamente con el enfado del rey. Parecía que Lettie le había hablado tan decididamente al rey cuando este se dispuso a arrestar al mago Suliman, que se había puesto de parto mucho antes de la fecha. El mago Suliman tenía miedo de apartarse de su lado. Y así, el mismo día de la boda Lettie dio a luz a una hija completamente sana.

—¡Oh, dios! —dijo Sophie—. Sabía que estaba hecha para ser tía.

La primera tarea de los dos nuevos embajadores fue acompañar a las numerosas princesas raptadas a sus hogares. Algunas de ellas, como la diminuta princesa de Tsapfan, vivían tan lejos que apenas se había oído hablar de sus países. Los embajadores tenían instrucciones de hacer alianzas de comercio y también de anotar todos los lugares extraños que encontraran por el camino, con vistas a una futura exploración. Howl había conversado con el rey y ahora, por alguna razón, toda Ingary hablaba de trazar el mapa del globo. Se estaban eligiendo y formando grupos de exploradores.

Entre viajar, mimar princesas y discutir con reyes extranjeros, Abdullah estaba, de algún modo, demasiado ocupado para hacer su confesión a Flor-en-la-noche. Siempre parecía que habría un momento más prometedor al día siguiente. Pero al final, cuando estaban a punto de llegar al muy lejano Tsapfan, de dio cuenta de que no podía retrasarlo más.

Respiró hondo. Sintió que el color abandonaba su cara.



—En realidad, no soy un príncipe —lo soltó. Al fin. Ya estaba dicho.

Flor-en-la-noche levantó la vista de los mapas que estaba dibujando. La lamparita de la tienda la hacía casi más maravillosa de lo normal.

—¡Oh!, ya lo sé —dijo.

—¿Qué? —susurró Abdullah.

—Bueno, naturalmente, cuando estuve en el castillo en el aire, tuve mucho tiempo para pensar en ti —dijo—. Y pronto me di cuenta de que estabas fantaseando, porque todo era muy parecido a mi propia ensoñación, sólo que al revés. Yo solía imaginar que era una chica normal, ya ves, y que mi padre era un mercader de alfombras en el Bazar. Solía imaginar que le llevaba el negocio.

—¡Eres maravillosa! —dijo Abdullah.

—Y tú también —dijo, y volvió a su mapa.

Volvieron a Ingary en el tiempo convenido, con un caballo sobrecargado con las cajas de caramelos que las princesas habían prometido a Valeria. Había chocolates y naranjas cubiertas de azúcar, y coco glaseado, y nueces con miel, pero lo más maravilloso de todo fueron los dulces de la princesa diminuta, capa sobre capa de delgado papel de caramelo que la princesa diminuta llamaba Hojas de Verano. Venían en una caja tan hermosa que la princesa Valeria la usó como joyero cuando se hizo mayor. Insólitamente, Valeria casi había dejado de gritar. El rey no lo podía entender, pero como ella le explicó a Sophie, si treinta personas te dicen a la vez que tienes que gritar, eso te quita las ganas por completo.

Sophie y Howl volvieron a vivir (discutiendo bastante, hay que confesarlo, aunque decían que eran felices de esa manera) en el castillo ambulante. Una de sus fachadas era una bonita mansión en el valle de Chipping. Cuando Abdullah y Flor-en-la-noche regresaron, el rey les dio también unas tierras en el valle de Chipping y permiso para construir allí un palacio. La casa que construyeron era bastante modesta (incluso tenía un techo de paja) pero sus jardines pronto comenzaron a ser una de las maravillas del lugar. Se decía que al menos uno de los magos reales le había ayudado en su diseño, pues ¿de qué otra manera podría tener un embajador un bosque de jacintos azules que daba flores todo el año?

Fin